



Revista española de investigaciones sociológicas n. 160 (2017)

Artículos

Actitudes hacia la participación ciudadana en personas mayores.....p. 3-18
KARIM AHMED-MOHAMED

Las preferencias de gasto público de los españoles: ¿interés propio o valores?..... p. 19-38
RUTH CICUÉNDEZ SANTAMARÍA

¿Influye la pobreza en la juventud en la pobreza en la etapa adulta? Un análisis para España.....p. 39-60
BEGOÑA CUETO, VANESA RODRÍGUEZ, PATRICIA SUÁREZ

Determinantes socioculturales del deseo sexual femenino..... p. 61-78
AINA FAUS-BERTOMEU, ROSA GÓMEZ-REDONDO

La intensificación del trabajo en España (2007-2011): trabajo en equipo y flexibilidad. p. 79-94
FRANCISCO JAVIER PINILLA GARCÍA, ANTONIO LÓPEZ PELÁEZ

Análisis de las estadísticas oficiales del suicidio en España (1910-2011).....p. 95-114
JESÚS JAVIER SÁNCHEZ BARRICARTE, BORJA MARTÍ RUBIO, ANDY ERIC CASTILLO PATTON

Características de las madres primerizas y de los padres primerizos en la España del siglo XXI
.....p. 115-138
ELENA VIDAL-COSO, PAU MIRET-GAMUNDI

Notas de investigación

Comparación de dos índices de medición de la xenofobia en Andalucía..... p. 139-150
GONZALO HERRANZ DE RAFAEL, JUAN SEBASTIÁN FERNÁNDEZ PRADOS

Crítica de libros

Creatividad. Números e imaginarios..... p. 151-155
JOSÉ ÁNGEL BERGUA (DIR.), ENRIQUE CARRETERO, JUAN MIGUEL BÁEZ, DAVID PAC

La secesión de los ricos..... p. 155-159
ANTONIO ARIÑO, JUAN ROMERO

Hidden in Plain Sight. The Social Structure of Irrelevance..... p. 159-162
EVIATAR ZERUBAVEL

Dioses útiles, naciones y nacionalismos..... p. 162-164
JOSÉ ÁLVAREZ JUNCO

Con la música a otra parte? Entre política y sociedad..... p. 165-167
JAIME FERRI (ED.)

Actitudes hacia la participación ciudadana en personas mayores

Attitudes towards Citizen Participation in Elderly People

Karim Ahmed-Mohamed

Palabras clave

- Actitudes políticas
- Modelos *age-period-cohort*
- Participación política
- Personas mayores
- Socialización política

Key words

- Political Attitudes
- Age-Period-Cohort Models
- Political Participation
- Elderly People
- Political Socialisation

Resumen

La evidencia empírica tradicional ha señalado que las personas de más edad tienen actitudes más refractarias a participar en el ámbito político y social. Sin embargo, es un área de investigación todavía inconclusa, debido a la imposibilidad metodológica que provoca no poder atender simultáneamente los efectos conjuntos de la edad, la generación política de pertenencia y el periodo considerado. Este trabajo sortea esta problemática tratando la edad no como variable continua, sino agrupada y utilizando cinco muestras cuasilongitudinales provenientes de la Encuesta Mundial y de la Encuesta Europea de Valores y del Banco de Datos del CIS, abarcando un periodo de casi treinta años. Los resultados revelan que, cuando se controlan simultáneamente así estos efectos, el ciclo vital no resulta un factor explicativo de las actitudes hacia la participación ciudadana.

Abstract

Empirical evidence has traditionally indicated that older people have more unyielding attitudes towards political and social participation. However, it is still an inconclusive area of research, due to the methodological impossibility of simultaneously taking into account the joint effects of age, political generation membership, and the period under consideration. This study addresses these issues by treating age not as a continuous variable, but as a group variable, and using five quasi-longitudinal samples from the World and European Values Surveys and the CIS Data Bank, covering a period of almost 30 years. The results show that, when these effects are simultaneously controlled, the life cycle is not an explanatory factor for attitudes towards citizen participation.

Cómo citar

Ahmed-Mohamed, Karim (2017). «Actitudes hacia la participación ciudadana en personas mayores». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 160: 3-18. (<http://dx.doi.org/10.5477/cis/reis.160.3>)

La versión en inglés de este artículo puede consultarse en <http://reis.cis.es>

Karim Ahmed-Mohamed: Universidad Carlos III de Madrid | karim.ahmed@cchs.csic.es

INTRODUCCIÓN¹

A partir de 2002 emerge en la investigación empírica y en las políticas públicas sobre personas mayores un nuevo paradigma de envejecimiento: el envejecimiento activo. En ese año la Organización de Naciones Unidas, a través de la Organización Mundial de la Salud, elaboró el documento «Active Ageing: A Policy Framework». Este documento procura ser una guía de referencia para la investigación y las políticas públicas sobre envejecimiento en cada país. Lo que se pretende es que estas políticas públicas estén guiadas por un nuevo paradigma alejado de la clásica consideración de la vejez como problema. A partir de este documento, la potenciación de la participación de los mayores en todos los ámbitos de la sociedad, incluido el ámbito público, pasa a ser uno de los pilares prioritarios de actuación recomendado a todos los países.

En España, esta conceptualización de la vejez, centrada en realzar el aporte de este grupo de edad a la sociedad, ha sido contemplada por los principales autores sobre el tema (Bazo, 2005; Durán, 2012; Fernández-Ballesteros, 2006; Pérez Díaz, 2003; Sánchez Vera, 1992).

Ciertamente, en los últimos años las cuestiones referidas a la participación ciudadana han emergido con especial relevancia no solo en nuestro país y no solo asociadas a problemáticas de grupos sociales específicos. Estas cuestiones recogen más bien una preocupación, la de la crisis de legitimidad y rendimiento de la democracia representativa, que no es nueva (véase Blanco y Font, 2005), pero que en los últimos años ha cobrado intensidad. El 15-M, por ejemplo,

podría entenderse en este sentido como un indicador claro que deja vislumbrar una ciudadanía más crítica con los poderes públicos. Investigaciones como las de Blanche-Tarragó y Fernández-Ardèvol (2014) muestran que el grupo de personas mayores ha tenido visibilidad propia en muchos de los movimientos de reivindicación y protesta de los últimos años, incluido el mencionado caso de nuestro 15-M. Esta ciudadanía más crítica se ha visto reflejada en evidencias empíricas (Norris, 1999) basadas en otros indicadores de participación política.

Ya desde los trabajos de Almond y Verba (1963), la ciencia política entendió la necesidad de contemplar factores de muy distinto tipo a la hora de intentar explicar la participación política. Esta necesidad ha significado un lastre para la investigación empírica, ya que, en general, los indicadores que miden comportamientos políticos dependen en gran medida de un conjunto de factores amplio que ninguna encuesta ha abordado comprensivamente. Así, la mayoría de las fuentes provee información únicamente parcial sobre algunos de los factores derivados del influyente modelo de voluntarismo cívico de Verba, Schlozman y Brady (1995), como son los recursos individuales (socioeconómicos y sociodemográficos) o las actitudes políticas. Pero como han señalado Rosentone y Hansen (1993), la mayoría no contempla otro de los factores de este modelo, como son las redes de reclutamiento y movilización; Campbell (2003: 30) advierte de que tampoco la importancia de *issues* contingentes ha sido contemplada sistemáticamente en las encuestas sobre comportamiento político y Morales (2006: 25-26) hace consideraciones análogas respecto al tratamiento dado tradicionalmente a variables sobre la estructura de oportunidades políticas. Por último, Mondak *et al.* (2010) nos alertan igualmente de la ausencia sistemática de variables que informen sobre rasgos generales de personalidad que pueden explicar el comportamiento político.

¹ Este artículo está basado en una investigación financiada parcialmente por la Beca de Formación de Personal Investigador otorgada por el Ministerio de Ciencia e Innovación (2007-2011) y llevada a cabo en el Centro de Ciencias Humanas y Sociales del CSIC y la «Ayuda para la finalización de tesis doctorales», del Centro de Investigaciones Sociológicas en la convocatoria de 2012.

La falta de fuentes comprensivas que recojan información sobre todos estos tipos de factores explicativos del comportamiento político nos empuja la mirada hacia indicadores actitudinales en vez de indicadores de comportamiento político.

Las actitudes políticas forman parte del conjunto de variables relacionadas con los recursos individuales disponibles y tradicionalmente han sido contempladas como predictores efectivos de la participación. A este respecto, Bonet, Martín y Montero (2004: 4-5) han recogido el consenso de la literatura acerca de la relación directa entre actitudes y participación políticas.

Dada esta relación, cobra relevancia profundizar en las actitudes de las personas mayores respecto a la participación política. Esta importancia se debe a lo mencionado inicialmente en esta Introducción sobre los «nuevos» roles de la vejez en la sociedad y al hecho de que, al mismo tiempo, distintos datos empíricos (Navarro *et al.*, 2009; Dalton, 2008; Morales, 2005) avalan los resultados tradicionales (Verba y Nie, 1972; Verba *et al.*, 1978) que reflejan que el grupo de edad de los mayores se muestra más apático en algunos indicadores de participación política.

A pesar de que la evidencia empírica que hemos señalado es consistente, en ocasiones las investigaciones no contemplan a la vez las tres maneras a través de las cuales el paso del tiempo puede influir en una variable dependiente: la edad, el periodo y la generación. Uno de los motivos de esto es la dificultad metodológica de obtener indicios de los efectos separados de cada una de estas variables (Winship y Harding, 2008). En los modelos *age-period-cohort* cualquiera de estos tres efectos es una combinación lineal de los otros dos, lo que provoca problemas de multicolinealidad. Los efectos de la multicolinealidad incidirían en los errores de tipo II, al aumentar los errores típicos de los coeficientes, provocando así que consideremos

como no significativos coeficientes que en realidad sí lo son.

No obstante, resulta imprescindible atender esta problemática. De lo contrario, los supuestos efectos negativos del ciclo vital que la literatura ha identificado en las personas mayores quizá respondan más bien, por ejemplo, a efectos asociados a un periodo histórico determinado. Como se sabe, sin investigaciones longitudinales no podemos eliminar del todo este riesgo.

Así mismo, podemos estar achacando erróneamente a efectos del ciclo vital los efectos relacionados en realidad con la pertenencia a una generación política determinada. El concepto de generación política está basado en la idea de que acontecimientos políticos señalados marcan a las distintas generaciones, confiriéndoles unas pautas peculiares y duraderas de actitudes y comportamientos políticos (Mannheim, 1952). Así, los individuos interiorizan unas normas, valores y actitudes políticas principalmente durante los últimos años de la adolescencia y primeros años de su vida adulta, los «años impresionables» (Markus, 1986; Sears, 1975), y estas les acompañan con una estabilidad relativa a lo largo de su vida. Varios estudios (Morales, 2005; Montero *et al.*, 1998; Montero y Torcal, 1990; Torcal, 1992) han enfatizado la importancia de contemplar la generación política de pertenencia a la hora de estudiar las actitudes políticas y la participación ciudadana.

Ser capaz de distinguir adecuadamente los efectos del ciclo vital de los efectos de la pertenencia a una generación política es muy importante. No tiene las mismas implicaciones afirmar que el ciclo vital tiene un efecto determinado (ejemplo, «las personas mayores son políticamente más apáticas que otros grupos de edad») que afirmar que es la pertenencia a una generación política determinada la que provoca ese efecto (ejemplo, «los miembros de la generación *a* son políticamente más apáticos que los miembros de

la generación *b*»). La diferencia es clara: una generación política determinada es finita, muere con la muerte del último de sus miembros que ha sido socializado en ella. Por el contrario, las categorías del ciclo vital una vez definidas siempre permanecen: los individuos transitan entre las distintas categorías definidas (jóvenes, adultos de mediana edad y mayores, por ejemplo) a medida que cumplen años, pero estas categorías sociológicas siempre permanecen, no «mueren», porque los miembros que la abandonan son reemplazados por otros miembros que cumplen el requisito de la edad.

Se han propuesto distintos abordajes a la problemática de identificar conjuntamente efectos de edad, periodo y generación, todos a la altura de la complejidad metodológica de la cuestión, pero finalmente es una cuestión que permanece irresoluble todavía (al respecto, véase, por ejemplo, la edición especial de *Electoral Studies* de 2014, volumen 33). Este trabajo pretende igualmente contribuir al debate sobre los efectos del paso del tiempo en las actitudes políticas. Sin embargo, para eludir los problemas de multicolinealidad que presentan los modelos *age-period-cohort*, nuestro trabajo no utiliza la variable edad como variable continua, sino que se centra en los efectos del ciclo vital. Esto es, analiza la edad como variable ordinal, centrándose así no en los efectos de la edad, sino en los efectos de la pertenencia a un grupo de edad concreto (jóvenes, 18-29 años; adultos de mediana edad, 30-64 años, o personas mayores, 65 años o más). Con esto se evita que cualquiera de los efectos de edad, periodo o cohorte sea una combinación lineal de los otros dos. Específicamente, el objetivo de nuestro trabajo es identificar si el ciclo vital se mantiene como un factor explicativo de actitudes proparticipativas en España, una vez controlados conjuntamente los efectos de las otras dos variables de tiempo, la generación política y el periodo, así como los de otras variables relevantes.

Las hipótesis que manejamos, en la línea de la literatura general mencionada hasta aquí, son las siguientes:

H1: El grupo de edad es un factor explicativo de actitudes favorables hacia la participación ciudadana, incluso cuando controlamos los efectos del periodo y de la generación política.

H1.1: Las personas mayores expresan actitudes menos favorables hacia la participación ciudadana que otros grupos de edad.

MÉTODOS

Fuentes

Para la consecución del objetivo de investigación fue necesario utilizar o construir bases de datos cuasilongitudinales. Estas bases de datos tienen la característica de que miden una serie de preguntas en al menos dos momentos distintos en el tiempo y están basadas en encuestas que comparten una metodología común, lo cual permite homogeneizarlas en una misma base de datos. Sin embargo, no son encuestas longitudinales en sentido estricto, ya que los sujetos preguntados difieren en ambas muestras. El análisis de este tipo de encuestas ha alcanzado una gran extensión debido al esfuerzo de macroproyectos de investigación internacionales de naturaleza periódica que ponen al servicio de los investigadores las matrices brutas de datos. Proyectos como las encuestas Mundial y Europea de Valores, los Eurobarómetros, los Latinobarómetros, la Encuesta Social Europea o el International Social Survey Programme ofrecen bases de datos agregadas compuestas por encuestas de distintos años realizadas con la misma metodología y en distintos países. Diferentes variables de ponderación presentes en estas bases de datos permiten a los investigadores la manipulación de los análisis al nivel deseado. En nuestro caso, exploramos las posibilidades de todas las encuestas anteriormente mencionadas y utilizamos bases de datos

agregadas de cada una de ellas para el caso de España.

Las bases de datos agregadas usadas finalmente fueron las siguientes:

1. Base de datos agregada compuesta por las distintas olas de las encuestas Mundial y Europea de Valores (muestras representativas para población de 18 y más años), creada por el equipo técnico de las encuestas Mundial y Europea de Valores. EEV 1981, n=2.303; EEV 1990, n=2.637; EMV 1995, n=1.211; EEV 1999, n=1.200; EMV 2000, n=1.209; EMV 2007, n=1.200; EEV 2008, n=1.500; N total=11.260.

2. Base de datos agregada de los Latino-barómetros. Los Latino-barómetros forman parte de otro proyecto de colaboración internacional dirigido a investigar sobre el desarrollo de la democracia, la economía y distintos valores en países del ámbito iberoamericano. Son estudios anuales que empezaron en España en 1996, realizados por el Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) a población española mayor de 18 años. Nosotros utilizamos los Latino-barómetros I (1996, n=2.481, se corresponde con el estudio 2218 del CIS) y XI (2008, n=2.471, se corresponde con el estudio 2777 del CIS) para crear una base de datos agregada (N total=4.952).

3. Base de datos agregada del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS). Aparte de estas encuestas internacionales, a través del Banco de Datos del Centro de Investigaciones Sociológicas de España puede accederse a distintas encuestas con variables de interés para nuestra pregunta de investigación. Para cada variable objeto de interés buscamos dentro del Banco de Datos aquellas encuestas realizadas con la misma metodología. De estas encuestas se seleccionaron las dos más alejadas temporalmente para construir con ellas una base de datos homo-

génea con el objeto de trabajar con ella igual que se trabaja con las bases de datos agregadas de las encuestas internacionales anteriormente mencionadas. Así, se utilizaron las encuestas 1788 (1989, n=3.356) y 2701 (2007, n=2.983), N total=6.339. Otra muestra agregada se construyó con las encuestas 1788 (1989, n=3.356) y 2766 (2008, n=2.463). N total=5.819.

Todas las muestras pertenecientes a una misma base de datos agregada fueron convenientemente ponderadas para que pesaran lo mismo.

Medidas

A pesar de las ventajas que ofrecen las bases de datos agregadas provenientes de macroproyectos de investigación internacionales o del Banco de Datos del CIS, la utilización de estas fuentes de datos determina, por una simple cuestión de disponibilidad de variables, el diseño de nuestra investigación.

En lo concerniente a las actitudes favorables a la participación ciudadana en política, el indicador más claro presente con frecuencia en las fuentes trabajadas es uno de los ítems que utiliza Inglehart (1977) en su escala para medir valores posmaterialistas. Esta escala, en su versión reducida de 4 ítems, pregunta al entrevistado por el primer y segundo objetivos en importancia que su país debía plantearse en los siguientes diez años. Entre sus otros ítems («Mantener el orden del país», «Frenar el alza de los precios», «Proteger la libertad de expresión») aparece «Aumentar la participación de los ciudadanos en las decisiones importantes del Gobierno». Esta categoría clave es coherente con las definiciones de Easton (1965) y Dahl (1965) de participación política y que después siguieron otros trabajos clásicos en los que el acento se pone en el aspecto más institucional (intento de influencia en las decisiones del Gobierno).

Hemos considerado que cuando una persona escoge explícita e indudablemente (re-

chaza escoger cualquiera de los otros ítems o las opciones «no sabe» o «no contesta») este objetivo como el primero en importancia, este ítem puede considerarse un indicador de una actitud claramente favorable hacia la participación ciudadana.

En las fuentes analizadas se han encontrado otras configuraciones similares de la misma pregunta, como «¿qué es lo primero y lo segundo más importante para usted?» (de entre los cuatro ítems anteriormente nombrados). Esta pregunta no difiere sustantivamente de la anterior, por lo que el fichero oficial agregado de las Encuestas de Valores 1981-2008, creado por el equipo técnico de las mismas, trata las dos preguntas como una sola variable.

En algunas Encuestas de Valores se formuló, adicionalmente, otra pregunta también referida al primer y segundo objetivos en importancia que el país debía plantearse en los siguientes diez años, aunque con ítems diferentes a los anteriormente mencionados. En este caso las posibilidades de respuesta fueron: «Mantener un alto nivel de crecimiento económico», «Asegurar que este país tenga unas Fuerzas Armadas importantes», «Intentar que nuestras ciudades y nuestro campo sean más bonitos» y «Lograr que la gente pueda participar más en cómo se hacen las cosas en su trabajo y comunidad». Esta pregunta la hemos analizado separadamente, aunque la lógica de codificación ha sido la misma: cuando una persona escoge explícita e indudablemente (rechaza escoger cualquiera de los otros ítems o las opciones «no sabe» o «no contesta») el objetivo de «Lograr que la gente pueda participar más en cómo se hacen las cosas en su trabajo y comunidad» como el primero en importancia, lo hemos considerado un indicador de una actitud favorable a la participación ciudadana. En esta ocasión la definición de participación política es más amplia, contemplando contextos de participación no institucionales en la línea de los indicadores de la «pequeña democracia» (van Deth *et al.*, 2006).

Finalmente, algunas encuestas del CIS permiten un acercamiento a nuestro objeto de estudio a través de la pregunta: «Cuando las autoridades deben resolver algún problema, ¿deben consultar siempre a los ciudadanos o las asociaciones que los representan aunque esto retrase su actuación o es mejor que tomen decisiones rápidas sin consultar a los ciudadanos o las asociaciones que los representan?». Cuando el entrevistado escoge explícita e indudablemente la primera opción (y, por tanto, rechaza tanto la opción referida a que las autoridades tomen decisiones rápidas sin consultar a los ciudadanos como las opciones «no sabe» o «no contesta»), lo hemos considerado un indicador de una actitud favorable a la participación ciudadana.

Respecto a la variable de edad, hay que recordar que nuestro objeto de investigación se centra en un grupo de edad específico, las personas mayores. Nuestra pregunta de investigación no se plantea los efectos de la edad en cualquier momento del ciclo vital, sino que profundiza sobre la supuesta singularidad de las personas mayores (actitudes menos favorables a la participación ciudadana) en comparación con los jóvenes y adultos de mediana edad. Por este motivo, para la variable edad se crearon tres grupos de edad: 18-29 años (jóvenes); 30-64 años (mediana edad) y 65 años o más (mayores). El objetivo era aislar al grupo de edad objeto de nuestro interés (el de 65 y más años) para así poder compararlo con otros rangos de edad que de alguna manera recogen las características diferenciadas que acontecen en el ciclo vital.

Para controlar los efectos generacionales hemos optado por el concepto de generación política. En la literatura sobre el tema existe un relativo consenso en las distintas etapas o periodos políticos relevantes en España durante el siglo XX: la II República, la Guerra Civil; el periodo de autarquía, en el cual la España de la dictadura de Franco sufre el aislacionismo internacional; la etapa del

desarrollismo, en la cual la dictadura de Franco emprende distintas medidas modernizadoras; la etapa de transición política hacia la democracia y la etapa de la consolidación democrática. No obstante, el consenso no es el mismo a la hora de demarcar estos periodos unívocamente (Martín, 2005; Montero *et al.*, 1998: 36; Montero y Torcal, 2000: 95-96; Morales, 2005: 56). Nuestros análisis fueron realizados a partir de la siguiente clasificación que aquí se propone.

Siguiendo los pasos de la literatura anterior, se ha escogido el momento en el que los individuos cumplen los 18 años como punto para determinar la generación de pertenencia, de acuerdo con la idea de que los años «impresionables» (en los que se va forjando la actitud compartida generacionalmente) corresponden a los años finales de la adolescencia y los iniciales de la edad adulta (Mannheim, 1952; Sears y Levy, 2003). Así, las generaciones creadas son las siguientes: generación de la Pre-Guerra Civil (nacidos hasta 1917), cumplen los 18 años como máximo antes del inicio de la Guerra Civil (1936); generación de la autarquía (nacidos entre 1918 y 1940), cumplen la mayoría de edad entre el inicio de la Guerra Civil (1936) y la aprobación del Plan Nacional de Estabilización Económica de 1959, que puso fin al periodo de la autarquía; generación del desarrollismo (nacidos entre 1941 y 1954), que alcanzan la mayoría de edad en el periodo de despegue económico de España anterior a la Transición; generación de la Transición (nacidos entre 1955 y 1964), que alcanzan la mayoría de edad entre el asesinato de Carretero Blanco en 1973 (presidente del Gobierno durante la etapa final de la dictadura de Franco) y la primera victoria electoral del PSOE en 1982; generación de la normalización democrática (nacidos entre 1965 y 1982), que alcanzan la mayoría de edad entre los primeros gobiernos socialistas y la segunda victoria electoral del PP, en el 2000; generación del siglo XXI (nacidos con posterioridad a 1983), que alcanzan la mayoría de

edad durante los primeros acontecimientos políticos del siglo, el 11-S, la participación de España en la guerra de Irak y los atentados de Madrid del 11-M.

A estas variables principales se han añadido, como variables de control, otras variables. La selección de estas últimas está basada en los resultados obtenidos por la literatura (Morales, 2006: 137-208; Verba *et al.*, 1995) dentro de los límites de disponibilidad que marca el diseño metodológico (las variables deben aparecer medidas igual en las encuestas utilizadas). En general, estas variables de control responden a variables referidas a aspectos sociodemográficos, recursos personales y actitudes. Estas variables ponen a prueba la intensidad de la relación entre las variables «grupo de edad» y «generación» y la variable «interés político».

La variable «periodo» es contemplada también como variable de control. Hace referencia al año en el que se llevó a cabo el trabajo de campo de la encuesta. Mediante esta variable se controlan los efectos contextuales derivados del año en el que se recogieron los datos.

Análisis

Primeramente, se realizaron tablas de contingencia en las que se exploró la relación bivariable entre las variables «actitud participativa» y «grupos de edad» en cada una de las encuestas disponibles. Se utilizó el coeficiente V de Cramer para medir la intensidad de la asociación. Posteriormente se realizaron regresiones logísticas binarias (método de introducción *Enter*) con cada una de las bases de datos agregadas. Estas regresiones controlan por grupo de edad, generación y periodo, así como por otras variables de control disponibles. El índice de bondad de ajuste del modelo se evaluó a través del test de Hosmer-Lemeshow (Hosmer y Lemeshow, 2000), en el que valores inferiores a 0,05 indican mal ajuste del modelo.

Como ha quedado reflejado en la descripción de las variables, los análisis controlan los efectos de las tres variables de tiempo: edad, generación política y periodo. Los problemas de identificación asociados a los modelos *age-period-cohort* pueden evitarse con la utilización de bases de datos agregadas procedentes de encuestas de distintos años, como las aquí utilizadas. Con esto se consigue atenuar la correlación entre la variable de ciclo vital y la de generación política, ya que dos individuos de la misma edad no pertenecerán necesariamente a la misma generación política, puesto que pueden proceder de encuestas realizadas en años distintos. En la base de datos agregada ambos individuos podrían tener la misma edad, pero podrían haber nacido en años distintos, dependiendo del año de la encuesta a la que pertenecieran. Por tanto, en este caso estarían en el mismo grupo de edad, pero no compartirían generación política.

Sin embargo, la cuestión de la multicolinealidad no se resuelve automáticamente mediante este método, es necesario realizar análisis que comprueben que los resultados de los coeficientes son fiables. Siguiendo las recomendaciones de la literatura recogidas por Menard (2002: 76), la multicolinealidad fue evaluada a través de los coeficientes VIF y el índice de condicionamiento. Se realizaron análisis de regresiones con todas las variables de cada modelo. Los criterios de aceptabilidad fueron los clásicos fijados por la literatura: VIF superiores a 10 (Hair *et al.*, 1999: 85) o Índice de Condicionamiento mayor de 30 a la vez que más de una dimensión con carga superior a 0,50 (Belsley *et al.*, 2004: 112-113). Los resultados de esta evaluación arrojaron una evaluación aceptable de estos estadísticos, por lo que nuestros modelos no se ven afectados por la multicolinealidad.

Por otro lado, hay que indicar que la estrategia de análisis para confrontar los resultados con nuestras hipótesis de investigación ha seguido una lógica popperiana

(Popper, 1965). Se han buscado resultados consistentes que ayuden a falsar sustantivamente la hipótesis planteada de que el ciclo vital y, en concreto, pertenecer al grupo de edad de personas mayores suponen un factor explicativo de actitudes favorables a la participación ciudadana. Por tanto, hay que explicitar que el foco de análisis es esta relación entre el grupo de edad y las actitudes proparticipativas, teniendo en cuenta los efectos de la generación política de pertenencia. Es por ello por lo que no se comentarán resultados que atañen a otras variables de control. Finalmente, las comparaciones en la variable *dummy* de la generación política se harán tomando como referencia la generación del desarrollismo. Este grupo de población es relevante a la hora de extraer conclusiones, puesto que sus miembros pertenecen actualmente a los «nuevos mayores», personas que están a punto de entrar o están en la fase «joven» de la llamada tercera edad.

Más información sobre las características de las fuentes, la medición de las variables de control utilizadas y los resultados del análisis de multicolinealidad está a disposición de los lectores bajo petición al autor.

Limitaciones metodológicas

1) La definición de la medición de la variable dependiente necesariamente limita el alcance de las conclusiones. En cuatro de los cinco modelos predictivos hace referencia a una definición general centrada en la característica de influir en las decisiones del gobierno y que no discrimina entre tipos de participación (convencional o no convencional, por ejemplo). En el otro modelo se refiere a participación política en contextos concretos no institucionales (trabajo y comunidad) y tampoco discrimina por tipología de participación.

2) Medición de la variable dependiente: hubiera sido deseable disponer en las muestras de un indicador sobre actitudes hacia la participación más directo; esto es, que la

construcción de la variable no dependiera de otras opciones de respuesta, pero es infrecuente encontrar indicadores que reflejen directamente la actitud del individuo hacia la participación política en general. Son más habituales los indicadores actitudinales sobre participación política específica (actitudes, por ejemplo, respecto a manifestaciones, boicots y similares) o actitudes hacia la política en general (importancia de la política en la vida del individuo), el cual es un indicador más amplio e inconcreto que el de participación política.

3) Falta de consenso en la literatura respecto a la delimitación de variables clave como grupos de edad o generación política de pertenencia. Ya ha sido discutida en la descripción de la variable «generación política» la falta de consenso a la hora de demarcar cuándo empiezan y terminan las etapas políticas distintivas que pueden identificarse durante el último siglo en nuestro país.

Respecto a la demarcación de los grupos de edad, esto provoca que las conclusiones se refieran de manera homogénea a una categoría social como la de «personas mayores» que en la realidad refleja más diversidad intragrupo de la que los análisis pueden capturar.

Hay que indicar que aparte de la definición generacional utilizada, se intentó realizar los análisis utilizando otras definiciones operativas de generación política, como las propuestas por Martín (2005), Montero *et al.* (1998: 36); Montero y Torcal (2000: 95-96) o Morales (2005: 56). Igualmente se hicieron pruebas con definiciones de edad diferentes a las empleadas (definiendo a los mayores a partir de 60 años o a los jóvenes hasta los 24 o los 35). Ninguna combinación diferente a la utilizada ofreció mejores estadísticos de multicolinealidad y, por tanto, coeficientes más fiables.

4) Por otro lado, respecto a las muestras utilizadas, las encuestas del CIS utilizan muestras compuestas por españoles, mientras que el resto de fuentes utiliza muestras

compuestas por residentes. Hay que decir, no obstante, que el porcentaje de extranjeros en las demás encuestas es lo suficientemente pequeño para no tener repercusiones sustantivas en la consideración de las conclusiones globales. Independientemente de esto, también hay que recordar que estos dos tipos de muestras no se mezclan en los análisis.

5) Como en cualquier modelo predictivo, los aquí desplegados tampoco pueden evitar que sus resultados pudieran estar sesgados por un error de especificación. En este caso, los derivados de la ausencia en las muestras utilizadas de variables de control que pudieran ser importantes, como la edad de acceso a la jubilación o variables más específicas que las utilizadas para controlar los efectos de la posición socioeconómica del mayor (cargas familiares, por ejemplo).

6) Finalmente, es necesario entender la lógica popperiana que permite delimitar las conclusiones alcanzadas en este trabajo. El tipo de diseño metodológico empleado no permite, obviamente, identificar la causa de las divergencias que se den en los modelos predictivos, ya que cada modelo es distinto. Sin embargo, si se dan resultados idénticos en este tipo de diseño metodológico, la investigación ve reforzada su validez externa, al ser obtenidos estos en diferentes condiciones (muestras, variables y años distintos).

RESULTADOS Y DISCUSIÓN

Las tablas 1, 2 y 3 muestran distintas formas de medir actitudes positivas hacia la participación política por parte de los ciudadanos. La tabla 1 muestra el porcentaje de aquellos que tienen claro, y así lo expresan (el porcentaje contrario contempla los «no sabe» y «no contesta»), que ante un problema que deba ser resuelto por las autoridades, estas deben consultar con la ciudadanía.

Mediante este indicador puede apreciarse (tanto para la población general como

TABLA 1. Necesidad de consulta a los ciudadanos o asociaciones en decisiones de las autoridades, según grupos de edad, 1989-2007

	CIS 89	CIS 07
65 o más	37,6	58,8
30-64	55,8	65,3
18-29	64,2	71,6
Todos	55,2	65,3
χ^2	***	***
V de Cramer	0,17	0,09
N	3.341	2.984

Cuando las autoridades deben resolver algún problema... «...deben consultar siempre a los ciudadanos o las asociaciones que los representan aunque esto retrase su actuación». Las otras opciones de respuesta consideradas en una misma categoría son «...es mejor que tomen decisiones rápidas sin consultar a los ciudadanos o las asociaciones que los representan» y «No sabe o No contesta». Los estudios CIS referidos son el 1788 (1989) y el 2701 (2007).

para la población mayor) un aumento importante de actitudes favorables a la participación ciudadana en las decisiones políticas.

Sin embargo, si confrontamos este valor proparticipativo con otros valores materialistas o posmaterialistas, la realidad es distinta.

Las tablas 2 y 3 reflejan el porcentaje de quienes tienen claro, y así lo expresan (el porcentaje contrario contempla los «no sabe» y «no contesta»), la importancia de aumentar la participación de los ciudadanos en el espacio público general (decisiones políticas, tabla 2) y en otros ámbitos (trabajo y comu-

TABLA 2. Importancia de «aumentar la participación de los ciudadanos en las decisiones importantes del Gobierno», según grupos de edad, 1981-2008

	EEV 81	CIS 89	EEV 90	EMV 95	LB 96	EEV 99	EMV 00	EMV 07	EEV 08	CIS 08	LB 08
65 o más	4,8	8,2	11,1	10,5	10,6	12,3	23,9	16,3	16,7	5,9	7,7
30-64	12,9	16,1	27,9	20,9	21,8	26,3	21,3	20,1	27,2	12,4	19,6
18-29	23,3	24,9	37,3	29,8	26,6	30,1	27,6	21,6	31,5	14,6	19,8
Todos	14,4	17,3	27,7	21,5	21,0	24,6	23,4	19,7	19,3	11,5	17,2
χ^2	***	***	***	***	***	***	N.S.	*	***	***	***
V de Cramer	0,17	0,14	0,19	0,15	0,13	0,14	0,06	0,29	0,11	0,09	0,13
N	2.301	3.344	2.636	1178	2.479	1.200	1.195	1.173	1.497	2.462	2.478

En los estudios EEV 81, CIS 89 (1788), EEV 99, CIS 08 (2766) y EEV 08 se preguntó al encuestado por su opinión sobre el primer objetivo en importancia que España debía plantearse en los siguientes diez años. En los estudios, EEV 90, EMV 95, LB 96 (CIS 2218), EMV 00, EMV 07 y LB 08 (CIS 2777) se preguntó por cuál, de entre una serie de opciones de respuesta, era más importante para el entrevistado. A pesar de que la literalidad de la pregunta es distinta, el sentido sustantivo es el mismo, al igual que las opciones de respuesta, es por ello por lo que el archivo conjunto de las encuestas Mundial y Europea de Valores, creado por el equipo técnico de las Encuestas de Valores, codifica ambas preguntas como una sola. Las casillas representan el porcentaje de quienes se decantaron por «Aumentar la participación de los ciudadanos en las decisiones importantes del Gobierno». El resto de opciones de respuestas (idénticas en el resto de estudios aquí señalados) fueron: «Mantener el orden del país», «Frenar el alza de los precios», «Proteger la libertad de expresión» y «No sabe o no contesta».

TABLA 3. Primer objetivo que España debe plantearse en los próximos diez años: lograr que la gente pueda participar más en cómo se hacen las cosas en su lugar de trabajo y en su comunidad, según grupos de edad, 1990-2007

	EEV 90	EMV 95	EMV 00	EMV 07
65 o más	23,3	21,5	26,6	31,5
30-64	34,6	32,7	35,3	39,3
18-29	44,2	36,3	39,8	40,3
Todos	35,3	31,8	35	37,9
χ^2	***	***	**	N.S.
V de Cramer	0,14	0,11	0,09	0,07
N	2.638	1.182	1.187	1.160

La pregunta cuestiona por el primer y el segundo objetivo más importante. Los porcentajes se refieren solo al primer objetivo. Las otras opciones de respuesta consideradas fueron: «Mantener un alto nivel de crecimiento económico», «Asegurar que este país tenga unas Fuerzas Armadas importantes», «Intentar que nuestras ciudades y nuestro campo sean más bonitos» y «No sabe o no contesta».

nidad, tabla 3) en comparación con otros objetivos nacionales.

Como puede verse en los porcentajes para población general, en este caso nos encontraríamos con cambios mucho más leves en el largo plazo, encontrándonos más bien ante una relativa estabilidad en cuanto a actitudes en favor de la participación ciudadana en distintos ámbitos. Así, este tipo de actitudes constituirían un elemento «grueso» de nuestra cultura política, en el sentido descrito por Mishler y Pollack (2003), es decir, serían relativamente más rígidas al cambio. Estos autores distinguen entre elementos «gruesos» (*thick*) y «finos» (*thin*) de la cultura política. Las actitudes gruesas dependen más de factores continuistas de carácter cultural y estructural, mientras que las segundas son más contingentes y, por tanto, pueden depender más de factores contextuales. Esto entroncaría con el modelo de explicación «tradicionalista-culturalista», propuesto inicialmente por Lerner (1958), que sostiene que las actitudes políticas cambian con gran lentitud porque constituyen rasgos culturales que se han formado a través de procesos de socialización largos y que tienden a reproducirse en el tiempo. Ciertamente, los condicionantes estructurales pueden ayudar a consolidar actitudes poco propensas a con-

siderar la participación ciudadana una prioridad. La estructura de oportunidades políticas puede desincentivar actitudes positivas hacia la participación ciudadana. En este sentido, Navarro *et al.* (2009: 24), en sus análisis sobre participación política local en las ciudades de tamaño medio españolas, encuentran que el contexto predominante es la percepción de que existe un «cierre participativo»: el 70% de los ciudadanos considera a la vez que es poco o nada la medida en que un ciudadano puede influir en la política local y que es poco o nada el esfuerzo que realiza el ayuntamiento para ello.

Más allá de la caracterización general del fenómeno, interesa aquí resaltar las diferencias claras encontradas por grupos de edad. Las personas mayores presentan actitudes más refractarias hacia la participación ciudadana en cualquier indicador o periodo temporal examinado. Esto no resulta ninguna sorpresa, pues ya reseñamos en la Introducción que la literatura sobre el tema ha encontrado múltiples resultados similares. Precisamente lo que se impone, pues en este caso no siempre la literatura lo ha hecho convenientemente, es comprobar si estas diferencias por grupo de edad se mantienen cuando controlamos a la vez variables de grupo de edad, de generación y de periodo.

TABLA 4. Regresiones logísticas binarias. Actitudes proparticipativas. Odds ratio

	Modelo 1: 81-08	Modelo 2: 89-08	Modelo 3: 96-08	Modelo 4: 90-07	Modelo 5: 89-07
Grupo de edad (Ref.=65 años o más)					
30-64 años	0,95	1,02	1,06	0,97	1,07
18-29 años	1,13	1,01	0,92	0,97	1,34
Generación (Ref.= Generación Desarrollismo)					
Gen. Pre-Guerra Civil	0,44***	0,73	0,31*	0,59*	0,52***
Gen. autarquía	0,81*	0,81	0,63*	0,84	0,84
Gen. transición	0,99	0,98	1,13	0,97	0,95
Gen. normaliz. demo.	0,88	0,94	1,15	1,12	0,92
Gen. s. XXI	0,88	1,01	1,25	0,88	0,85
R² de Nagelkerke	0,09	0,13	0,12	0,04	0,07
Prueba de Hosmer y Lemeshow	0,43	0,85	0,59	0,98	0,83
N válido	10.783	5.623	4.783	5.931	6.099
N total	11.260	5.819	4.952	6.257	6.339

***p< 0,001; **p<0,01; *p< 0,05.

Modelo 1: Fuentes: EEV 81, EEV 90, EMV 95, EEV 99, EMV 00, EMV 07 y EEV 08. Variable dependiente: más importante para usted/objetivo que considera más importante de España en los próximos años (variable creada por el servicio técnico de las Encuestas de Valores, véase sección de Medidas): 1=Dar a la gente mayor participación en las decisiones importantes del Gobierno; 0=Otros («Mantener el orden del país»/«Frenar el alza de los precios»/«Proteger la libertad de expresión»/«No sabe o no contesta»). Variables de control: *periodo, interés, definición religiosa, extremismo ideológico, práctica religiosa, estudios, relación con la actividad laboral, tamaño del municipio, sexo, confianza social, satisfacción con la vida, estado civil, ingresos, confianza política.*

Modelo 2: Fuentes: CIS 1788 (1989) y CIS 2766 (2008). Variable dependiente: primer objetivo en importancia que España debía plantearse en los siguientes diez años, 1=Aumentar la participación de los ciudadanos en las decisiones importantes del Gobierno; 0=Otros («Mantener el orden del país»/«Frenar el alza de los precios»/«Proteger la libertad de expresión»/«No sabe o no contesta»). Variables de control: *periodo, estudios, extremismo ideológico, creencia religiosa, sexo, relación con la actividad laboral, tamaño del municipio.*

Modelo 3: Fuentes: LB 96 y LB 08. Variable dependiente: cuál de estas cosas considera más importante para usted, 1=Dar a la gente mayor participación en las decisiones importantes del Gobierno; 0=Otras («Mantener el orden del país»/«Frenar el alza de los precios»/«Proteger la libertad de expresión»/«No sabe o no contesta»). Variables de control: *periodo, estudios, actitud frente a las manifestaciones, religión, confianza social, satisfacción con la democracia, relación con la actividad laboral, tamaño del municipio, sexo, situación económica del país, extremismo ideológico, capacidad de ahorro.*

Modelo 4: Fuentes: EEV 90, EMV 95, EMV 00 y EMV 07. Variable dependiente: primer objetivo en importancia que España debía plantearse en los siguientes diez años, 1=Lograr que la gente pueda participar más en cómo se hacen las cosas en sus trabajos y comunidad; 0=Otros («Mantener un alto nivel de crecimiento económico»/«Asegurar que este país tenga unas Fuerzas Armadas importantes»/«Intentar que nuestras ciudades y nuestro campo sean más bonitos»/«No sabe o no contesta»). Variables de control: *periodo, religiosidad, extremismo ideológico, satisfacción con la vida, confianza política, tamaño del municipio, ingresos, estudios, relación con la actividad laboral, confianza social, sexo, activismo asociativo, interés, práctica religiosa, estado civil y periodo.*

Modelo 5: Fuentes: CIS 1788 (1989) y CIS 2701 (2007). Variable dependiente: 1=Cuando las autoridades deben resolver algún problema «...deben consultar siempre a los ciudadanos o las asociaciones que los representan aunque esto retrase su actuación»; 0=«...es mejor que tomen decisiones rápidas sin consultar a los ciudadanos o las asociaciones que los representan»/«No sabe o No contesta». Variables de control: *periodo, extremismo ideológico, estudios, relación con la actividad laboral, pertenencia asociativa, creencia religiosa, sexo, tamaño del municipio.*

La tabla 4 muestra la regresión logística binaria sobre distintos indicadores de actitudes favorables a la participación ciudadana. Para facilitar la lectura de la tabla se incluyen en ella solo las variables de grupo de edad y de generación política, aunque todos los modelos controlan también por periodo y por el resto de variables de control descritas a pie de tabla (en cursiva las estadísticamente significativas).

Los resultados de los modelos son consistentes. Reflejan la ausencia de relación estadísticamente significativa entre la pertenencia a un grupo de edad y actitudes favorables hacia la participación ciudadana en los asuntos políticos o del ámbito del trabajo y la comunidad. Si bien se ha afirmado que el perfil por edad de las personas movilizadas por los mecanismos de participación ciudadana desplegados por la Administración local es el de un individuo de mediana edad (Navarro *et al.*, 2009: 91), nuestros resultados no muestran diferencias por grupo de edad en el plano actitudinal, por lo que estas diferencias en el comportamiento habría que encontrarlas, en todo caso, en otros factores. Semejante conclusión se extrae de los efectos generacionales. Incluso cuando aparece como variable significativa, en estos casos la interpretación no apoya la hipótesis de que la generación del desarrollismo, la de los «nuevos mayores», tenga una actitud más pasiva que otras generaciones más recientes. Más bien estos indicios reflejan que es una generación con actitudes más favorables hacia la participación ciudadana que las de generaciones precedentes, no encontrándose diferencias con las generaciones posteriores. Este último resultado, por tanto, no apoya de manera general la hipótesis de la «revolución silenciosa» planteada por Inglehart (1977, 1990), según la cual las edades y generaciones más jóvenes, por haberse socializado en mejores condiciones económicas, son más probables que presenten valores posmaterialistas, como la participación ciudadana, que sus contrapartes mayores. En todo caso, si hubo un efecto en la

actitud de los ciudadanos hacia la participación provocado por una mejora en las condiciones materiales de vida, este efecto no es lineal, del tipo a mejores condiciones materiales mayor apoyo a valores posmaterialistas como el de la participación, ya que este efecto es visible solo para la generación del desarrollismo en comparación con las generaciones anteriores. Este resultado (indicios de actitudes más desfavorables hacia la participación en miembros de generaciones socializadas durante los años treinta, cuarenta y cincuenta) sería parcialmente coherente con los hallazgos de Díez Medrano *et al.* (1989) sobre el incremento de los valores materialistas en España en periodos de crisis económica, como por los que pasó España en las décadas mencionadas. No obstante, posteriores mejoras materiales en las condiciones de vida no se reflejan en actitudes diferentes hacia la participación entre la generación del desarrollismo y las generaciones posteriores. Nuestros datos sugieren, pues, que a partir de cierto bienestar material (el derivado de la época del desarrollismo) las tesis de Inglehart no quedan respaldadas en el contexto estudiado.

Las mismas consideraciones que acabamos de hacer son aplicables a razones de socialización política. A excepción de aquellos socializados políticamente durante los años treinta, cuarenta y cincuenta, en los que la crisis política derivó en una guerra civil de efectos políticamente alienantes para todos en los años posteriores (Aguilar, 1996), nuestros datos no muestran diferencias estadísticamente significativas entre la generación del desarrollismo y las posteriores (socializadas políticamente o no durante la dictadura).

En definitiva, según nuestros resultados, las personas mayores constituirían un grupo poblacional que no presentaría diferencias específicas distintas de los jóvenes o los adultos de mediana edad en lo relativo a sus actitudes hacia la participación ciudadana. Tampoco los efectos generacionales serían negativos para la generación de los «nuevos mayores». Por tanto, nuestros datos no apoyan teorías clásicas

cas sobre la vejez, como la de la desvinculación (Cumming y Henry, 1961), que preconizan un paulatino alejamiento social de los mayores, funcional tanto para ellos como para la sociedad. Más bien, estos resultados son un aval de nuevos marcos teóricos como el del envejecimiento activo, que promueven, entre otros objetivos, la normalización de la participación ciudadana en las personas mayores.

CONCLUSIONES

Un aspecto tradicional de investigación en la ciencia política ha sido la relación entre la edad y distintas variables de implicación política, ya sea medidas estas a través de indicadores actitudinales, ya sea medidas a través de indicadores de comportamiento.

Las investigaciones empíricas que sistemáticamente han encontrado una menor implicación de las personas mayores en el ámbito público han colaborado en extender la visión de las personas mayores como un grupo de población poco proclive a la participación ciudadana, tanto desde un punto de vista actitudinal como desde un punto de vista efectivo. Sin embargo, estas investigaciones no siempre han tratado de manera adecuada los efectos de la socialización política. No siempre los cortes de edad con los que tradicionalmente distinguimos a jóvenes, adultos de mediana edad y mayores se corresponden con una socialización política homogénea intragrupo. Es por esto por lo que es necesario tener específicamente en cuenta los efectos de la generación política de pertenencia a la hora de explorar los factores explicativos de actitudes o comportamientos políticos. Controlar simultáneamente efectos de grupo de edad, de generación política y de periodo, así como disponer a la vez de otras variables explicativas relevantes, no está exento de dificultades metodológicas, pero es imprescindible para obtener una visión no sesgada del fenómeno derivada de problemas de especificación de los modelos predictivos.

En este trabajo nos hemos centrado en estudiar la relación entre el ciclo vital y algunos indicadores actitudinales hacia la participación ciudadana. La crisis económica y su gestión política ha provocado un cuestionamiento del sistema político como entramado institucional capaz de resolver este y otros tipos de crisis. En este contexto de duda que alcanza por igual a instituciones y partidos políticos, analizar las actitudes hacia la participación ciudadana nos ofrece información importante sobre cómo es percibida la fuente de legitimación del sistema democrático.

Los resultados aquí obtenidos ayudan, en este sentido, a clarificar el conocimiento sobre las actitudes de las personas mayores respecto a la participación ciudadana. Como se ha mostrado, los resultados descriptivos, en los que las personas mayores tienen actitudes hacia la participación ciudadana significativamente más negativas que los jóvenes o adultos, enmascaran una realidad distinta. Cuando se controla adecuadamente la socialización política de pertenencia, el periodo y otras variables relevantes, observamos que el grupo de mayores no tiene ninguna característica distintiva en comparación con el de jóvenes o adultos de mediana edad. Existen indicios de cierta influencia negativa de la socialización política de pertenencia, pero estos efectos solo estarían presentes en las generaciones socializadas antes de la Guerra Civil (nacidos hasta 1917) o durante la autarquía (nacidos entre 1918 y 1940), unas generaciones que o bien prácticamente han desaparecido o están próximas a hacerlo. Las personas que se han socializado políticamente con posterioridad no presentan actitudes diferentes respecto a la importancia que otorgan a la participación ciudadana. Esta conclusión también es extensiva a la relación entre aumento de bienestar material e incremento de apoyo a valores posmaterialistas, ya que el resultado es idéntico: ausencia de diferencias a partir de la época del desarrollismo. Este resultado es consistente en los cinco modelos analizados (muestras, años, indicadores y variables de control diferentes),

lo que asegura la validez externa de este resultado. Es un resultado relevante porque al rechazar la hipótesis de que es la edad un factor explicativo de las actitudes en favor de la participación ciudadana, elimina los prejuicios a la hora de visualizar a la población mayor como una población con actitudes comparativamente más negativas respecto a su vinculación con el entorno político.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguilar Fernández, Paloma (1996). *Memoria y olvido de la Guerra Civil española*. Madrid: Alianza.
- Almond, Gabriel A. y Verba, Sidney (1963). *The Civic Culture; Political Attitudes and Democracy in Five Nations*. Princeton: Princeton University Press.
- Bazo Royo, M.^a Teresa (2005). «Consecuencias del envejecimiento en la sociedad española actual». *Panorama Social*, 1: 48-57.
- Belsley, David A.; Kuh, Edwin y Welsch, Roy E. (2004). *Regression Diagnostics: Identifying Influential Data and Sources of Collinearity*. Hoboken, New Jersey: John Wiley.
- Blanche-Tarragó, Daniel y Fernández-Ardèvol, Mireia (2014). «The laioflautas movement in Catalonia: A seniors' networked social movement» *5th ECREA European Communication Conference*, Lisboa, Portugal. Disponible en: https://www.academia.edu/9347899/The_laioflautas_movement_in_Catalonia_A_seniors_networked_social_movement, acceso el 21 de octubre de 2016.
- Blanco, Ismael y Font, Joan (2005). «La participación local: factores estructurales, ideológicos e instrumentales». *Working Papers Online Series. Working Paper 42/2005*. Departamento de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, Universidad Autónoma de Madrid. Disponible en: http://portal.uam.es/portal/page/portal/UAM_ORGANIZATIVO/Departamentos/CienciaPoliticaRelacionesInternacionales/publicaciones%20en%20red/working_papers/archivos/42_2005.pdf, acceso el 14 de abril de 2016.
- Bonet, Eduard; Martín, Irene y Montero, José R. (2004). «Actitudes políticas de los españoles: un enfoque comparado en el tiempo y en el espacio». *Working Papers Online Series. Working Paper 36/2004*. Departamento de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, Universidad Autónoma de Madrid. Disponible en: http://portal.uam.es/portal/page/portal/UAM_ORGANIZATIVO/Departamentos/CienciaPoliticaRelacionesInternacionales/publicaciones%20en%20red/working_papers/archivos/36_2004.pdf, acceso el 21 de octubre de 2016.
- Campbell, Andrea L. (2003). «Participatory Reactions to Policy Threats: Senior Citizens and the Defense of Social Security and Medicare». *Political Behavior*, 25(1): 29-49.
- Cumming, Elaine y Henry, William E. (1961). *Growing Old: The Process of Disengagement*. New York: Basic Books.
- Dahl, Robert A. (1965). *Modern Political Analysis*. Englewood Cliffs: Prentice Hall.
- Dalton, Russell J. (2008). «Citizenship Norms and the Expansion of Political Participation». *Political Studies*, 56: 76-98.
- Díez Medrano, Juan; García-Mon, Blanca y Díez Nicolás, Juan (1989). «El significado de ser de izquierdas en la España actual». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 45: 9-41.
- Durán, M.^a Ángeles (2012). «Jubilados, pero no viejos». *Lychnos*, 8: 82-83.
- Easton, David (1965). *A Framework for Political Analysis*. Englewood Cliffs: Prentice Hall.
- Fernández-Ballesteros, Rocío (2006). «Geropsychology. An Applied Field for the 21st Century». *European Psychologist*, 11: 312-323.
- Hair, Joseph F. et al. (1999). *Análisis Multivariante* (5^a ed.). Madrid: Prentice Hall Iberia.
- Hosmer, David W. y Lemeshow, Stanley (2000). *Applied Logistic Regression*. New York: Wiley.
- Inglehart, Ronald (1977). *The Silent Revolution*. Princeton, New Jersey: Princeton University Press.
- Inglehart, Ronald (1990). *Culture Shift in Advanced Industrial Society*. Princeton, New Jersey: Princeton University Press.
- Lerner, Daniel (1958). *The Passing of Traditional Society: Modernizing the Middle East*. Glencoe: Free Press.
- Mannheim, Karl (1952). «The Problem of Generations». En: Kecskemeti, P. (ed.). *Essays on the Sociology of Knowledge*. London: Routledge & Kegan.
- Markus, Gregory B. (1986). «Stability and Change in Political Attitudes: Observed, Recalled, and 'Explained'». *Political Behavior*, 8: 21-44.

- Martín, Irene (2005). «Contending Explanations about Interest in Politics in two new Democracies: Greece and Spain». *Working Papers Online Series. Working Paper 52/2005*. Departamento de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, Universidad Autónoma de Madrid. Disponible en: http://portal.uam.es/portal/page/portal/UAM_ORGANIZATIVO/Departamentos/CienciaPoliticaRelacionesInternacionales/publicaciones%20en%20red/working_papers/archivos/52_2005.pdf, acceso el 15 de marzo de 2016.
- Menard, Scott (2002). *Applied Logistic Regression Analysis* (2ª ed.). Thousand Oaks, California: Sage.
- Mishler, William y Pollack, Detlef (2003). «On Culture Thick and Thin: Toward a Neo-Cultural Synthesis». En: Pollack, D. y Jacobs, J. (eds.). *Political Culture in Post-communist Europe*. London: Ashgate.
- Mondak, Jeffery J.; Hibbing, Matthew V.; Canache, Damarys; Seligson, Mitchell A. y Anderson, Mary R. (2010). «Personality and Civic Engagement: An Integrative Framework for the Study of Trait Effects on Political Behavior». *American Political Science Review*, 104(1): 85-110.
- Montero, José R.; Gunther, Richard y Torcal, Mariano (1998). «Actitudes hacia la democracia en España: legitimidad, descontento y desafección». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 83: 9-50.
- Montero, José R. y Torcal, Mariano (1990). «La cultura política de los españoles: pautas de continuidad y cambio». *Sistema*, 99: 39-74.
- Montero, José R. y Torcal, Mariano (2000). «La formación y consecuencia del capital social en España». *Revista Española de Ciencia Política*, 2: 79-122.
- Morales, Laura (2005). «¿Existe una crisis participativa? La evolución de la participación política y el asociacionismo en España». *Revista Española de Ciencia Política*, 13: 51-87.
- Morales, Laura (2006). *Instituciones, movilización y participación política: el asociacionismo político en las democracias occidentales*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- Navarro, Clemente; Cuesta, María y Font, Joan (2009). *¿Municipios participativos? Participación política y ciudadana en ciudades medias españolas*. Madrid: CIS.
- Norris, Pippa (ed.) (1999). *Critical Citizens. Global Support for Democratic Governance*. Oxford: Oxford University Press.
- Pérez Díaz, Julio (2003). *La madurez de las masas*. Madrid: IMSERSO.
- Popper, Karl R. (1965). *The Logic of Scientific Discovery*. London: Harper & Row.
- Rosentone, Steven J. y Hansen, John M. (1993). *Mobilization, Participation, and Democracy in America*. New York: Macmillan.
- Sánchez Vera, Pedro (1992). «Bases y fundamentos para una aproximación sociológica a la vejez». *Papers*, 40: 99-120.
- Sears, David O. (1975). «Political Socialization». En: Greenstein, F. I. y Polsby, N. W. (eds.). *Handbook of Political Science, vol. 2*. Reading, Massachusetts: Addison-Wesley.
- Sears, David O. y Levy, Sheri (2003). En: Sears, D. O.; Huddy, L. y Jervis, R. (eds.). *Childhood and Adult Political Development*. Oxford: Oxford University Press.
- Torcal, Mariano (1992). «Análisis dimensional y estudio de valores: el cambio cultural en España». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 58: 97-122.
- van Deth, Jan W.; Montero, José R. y Westholm, Anders (eds.) (2006). *Citizenship and Involvement in European Democracies. A Comparative Analysis*. London: Routledge.
- Verba, Sidney y Nie, Norman H. (1972). *Participation in America. Political Democracy and Social Equality*. New York: Harper & Row.
- Verba, Sidney; Nie, Norman H. y Kim, Jae-on (1978). *Participation and Political Equality. A Seven-nation Comparison*. New York: Cambridge University Press.
- Verba, Sidney; Scholzman, Kay L. y Brady, Henry E. (1995). *Voice and Equality. Civic Voluntarism in American Politics*. London: Harvard University Press.
- Winship, Christopher y Harding, David J. (2008). «A Mechanism-based Approach to the Identification of Age-period-cohort Models». *Sociological Methods and Research*, 36(3): 362-401.

RECEPCIÓN: 04/06/2016

REVISIÓN: 08/09/2016

APROBACIÓN: 24/01/2017

Las preferencias de gasto público de los españoles: ¿interés propio o valores?

Public Expenditure Preferences in Spain: Self-interest or Values?

Ruth Cicuéndez Santamaría

Palabras clave

Gasto público
 • Interés propio
 • Opinión pública
 • Políticas públicas
 • Predisposiciones simbólicas

Key words

Public Spending
 • Self-Interest
 • Public Opinion
 • Public Policies
 • Symbolic
 Predispositions

Resumen

En este artículo se analizan algunos de los factores que condicionan las preferencias de gasto público de los ciudadanos en España, centrándose en el papel que juegan las motivaciones económicas de los individuos, su ideología y sus valores. Para abordar estas cuestiones, se han aplicado dos teorías: la del interés propio y la de las predisposiciones simbólicas. El análisis empírico demuestra que tanto las características sociodemográficas y económicas como la ideología y las creencias de los ciudadanos influyen en la articulación de las demandas específicas de gasto público. Además, se identifica cuáles son los mejores predictores de las preferencias en cada programa de gasto, concluyendo que el impacto del interés propio y de las predisposiciones simbólicas varía significativamente en función de la naturaleza de las diferentes políticas públicas.

Abstract

This article analyses the factors that condition the public expenditure preferences of citizens in Spain. It focuses on the role that individuals' economic motivations, ideology and values play in forming these preferences. Two theories were selected for this purpose: self-interest theory and symbolic predispositions. An empirical analysis showed that demographic and economic characteristics such as citizens' ideology and values influence how specific demands for public spending are articulated. In addition, the best predictors of the preferences in each public spending programmes are identified. The conclusion is that the impact of self-interest and symbolic predispositions varies significantly depending on the nature of the different public policies.

Cómo citar

Cicuéndez Santamaría, Ruth (2017). «Las preferencias de gasto público de los españoles: ¿interés propio o valores?». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 160: 19-38. (<http://dx.doi.org/10.5477/cis/reis.160.19>)

La versión en inglés de este artículo puede consultarse en <http://reis.cis.es>

Ruth Cicuéndez Santamaría: Universidad Rey Juan Carlos de Madrid | ruth.cicueendez@urjc.es

INTRODUCCIÓN

El análisis de las preferencias ciudadanas de gasto público se ha basado durante mucho tiempo en las doctrinas económicas, especialmente en la teoría de la elección racional, centrándose en el efecto de las motivaciones económicas sobre las demandas sociales. Sin embargo, la sociología y la ciencia política dieron un paso más al introducir en el análisis la ideología y los valores como posibles condicionantes de las actitudes sociopolíticas.

El propósito de este trabajo es avanzar en el estudio del poliédrico proceso de formación de las preferencias colectivas de gasto público. Con esta finalidad, se han aplicado dos teorías, tradicionalmente antagónicas pero que aquí se consideran complementarias, para interpretar las actitudes: el interés propio y las predisposiciones simbólicas¹. Se pretende comprobar si los españoles apoyan prioritariamente aquel gasto público que se destina a las políticas que maximizan sus beneficios personales, o si el nivel de apoyo depende preminentemente de los posicionamientos ideológicos.

La investigación empírica de los factores que inciden en la formación de las preferencias de gasto público es compleja, y no parece posible identificar una única tipología de variables que permita explicar este proceso en todas las políticas públicas (Monroe, 1979; Jacoby, 1994; Carrillo y Tamayo, 2011). No obstante, gran parte de la literatura académica sostiene que las características sociodemográficas —como expresión de los intereses individuales—, junto con las variables ideológicas, son los principales determinantes de las actitudes hacia el gasto (Sears *et al.*, 1980; Lewis, 1983; Mouritzen, 1987; Jæger, 2006).

En línea con este planteamiento, a lo largo del artículo se intenta responder a dos preguntas: ¿qué variables resultan mejores predictores de la formación de preferencias

de gasto de los españoles a lo largo del tiempo, el interés propio o las predisposiciones simbólicas? ¿El impacto de ambos tipos de condicionantes varía de una política pública a otra? Para ello se mide la correlación entre determinadas características sociodemográficas e ideológicas y la demanda de gasto en diferentes programas.

Lo novedoso de esta investigación es que su diseño metodológico combina el análisis longitudinal, para observar la evolución del efecto de estos factores, con el análisis sectorial por políticas públicas, para identificar qué variables ejercen mayor influencia sobre las preferencias en cada área.

Inicialmente, se exponen las teorías en las que se basa el estudio empírico. A continuación se describe la metodología, los datos y variables utilizadas, y se formulan las hipótesis de investigación. Después, se presentan los resultados y, finalmente, se discuten los hallazgos y limitaciones del trabajo.

MARCO ANALÍTICO: INTERÉS PROPIO Y VALORES

El marco analítico en el que se fundamenta esta investigación considera dos teorías recurrentes en el estudio de la opinión pública. La primera es la «tesis del interés propio», la cual sugiere que las preferencias individuales sobre las políticas públicas se conforman a partir de una evaluación racional de los beneficios y los costes asociados a cada programa (Citrin, 1979: 122). La segunda, denominada «perspectiva de las predisposiciones simbólicas», plantea que las actitudes sociales dependen básicamente de la ideología y los valores internalizados por cada persona durante el proceso de socialización (Eis-meier, 1982; Henderson *et al.*, 1995).

Las motivaciones económicas del individuo: la teoría del interés propio

Resulta preceptivo ofrecer una definición de «interés propio». Sears y Funk (1991: 16) per-

¹ En inglés, «the symbolic politics perspective».

filan un concepto operativo en los siguientes términos: «particular postura actitudinal adoptada en función de (1) el impacto a corto y medio plazo (2) en el bienestar material (3) de la vida personal del individuo (o de su familia cercana)». A tenor de este concepto, el interés se entiende en su acepción económica más individualista, esto es, cuanto más interesada está una persona en determinados programas públicos, más propensa será a desarrollar actitudes positivas hacia los mismos, y a favorecer el incremento del gasto destinado a financiarlos. Esto implica que los ciudadanos tienden a hacer elecciones, políticas o de otro tipo, que puedan aumentar su riqueza, poder o prestigio (Citrin y Green, 1990) o, en el caso de las políticas públicas, elecciones que contribuyan a mejorar su seguridad material.

Fue Birdsall (1965: 238 y ss.) uno de los primeros economistas en considerar que el individuo es, ante todo, un «maximizador de utilidades personales», que intentará elevar al «máximo» su bienestar. Su modelo asume que la demanda privada de gasto se basa en un análisis racional de costes y beneficios de cada programa, y que esta puede explicarse recurriendo a las variables utilizadas en la teoría económica del consumo de bienes: características sociodemográficas, renta, bienes públicos consumidos, etc. (Birdsall, 1965: 283-284).

Utilizando este modelo, estudios sociológicos y politológicos² han aplicado la hipótesis del interés propio para explicar cómo se produce la demanda de gasto público, presuponiendo que «el hombre es egoísta, racional y maximizador de utilidades» (Citrin y Green, 1990: 1). En la misma línea, Sears y Funk (1991: 4) afirman que tres tendencias básicas determinan la formación de las actitudes sociopolíticas: la racionalidad, el ma-

terialismo y el egoísmo; y el interés propio sería una conjunción de las tres.

La tesis básica del autointerés, adaptada al tema investigado, plantea que aquellos ciudadanos que necesiten, actualmente o en el futuro, para sí o para sus familias, determinadas prestaciones públicas serán más partidarios de incrementar los recursos asignados a esas políticas, de acuerdo con la hipótesis de los «underdogs» (Hasenfeld y Rafferty, 1989: 1030).

La verificación empírica de esta popular teoría resulta compleja, obteniéndose resultados dispares en su aplicación. Algunos estudios respaldan dicha tesis, concluyendo que predominan las actitudes utilitaristas y egoístas en las personas (Kristensen, 1982). Otros demostraron que los ciudadanos se mueven, principalmente, por el interés público o altruismo (Kinder y Kiewiet, 1981; Lewin, 1991). Un tercer grupo de publicaciones confirmaron que tanto los comportamientos egoístas como los motivos altruistas son determinantes (Ferris, 1983; Mouritzen, 1987; Funk, 2000). Sea como fuere, una amplia evidencia estadística confirma que las motivaciones económicas no explican *per se* las preferencias de gasto público (Sears y Funk, 1991; Andreß y Heinen, 2001; Linos y West, 2003; Lau y Heldman, 2009), argumentándose incluso que la ideología es un moderador del impacto de los intereses materiales en la configuración de las preferencias (Eismeier, 1982: 136).

El papel de las predisposiciones simbólicas en la formación de preferencias

El auge de las doctrinas económicas contribuyó a relegar las investigaciones focalizadas en el efecto de los valores sobre las actitudes sociales. Pero, desde los años setenta, muchos de los trabajos sobre este tema probaron que, si bien el apoyo al gasto público es una función del interés propio, había una influencia significativa de otras variables, como la ideología y la afiliación a un

² Véanse Sears *et al.* (1980), Feldman (1982), Ferris (1983), Taylor-Gooby (1983), Lewin (1991), Jacoby (1994), Tamayo y Carrillo (2011), entre otros muchos.

partido político. Algunas investigaciones sostenían que el autointerés no es el factor determinante en las demandas de gasto, sino el autopoicionamiento ideológico del ciudadano (Schokkaert, 1987: 182), de forma que sus preferencias deben ser interpretadas en términos de orientación ideológica y filiación política, más que en términos utilitaristas (Lewis, 1983: 161).

De acuerdo con la perspectiva «the symbolic politics», las actitudes concretas hacia las políticas públicas se basarían en la relación simbólica que establece cada persona entre estas políticas y sus valores, interiorizados desde una edad temprana y a largo plazo (Sears *et al.*, 1980: 683). A partir de esta tesis, se identifican cuatro planteamientos relevantes. Primero, las preferencias del individuo son resultado de su socialización durante la infancia, es decir, son respuestas emocionales —*predisposiciones simbólicas*— aprendidas mediante experiencias tempranas de formación (Citrin y Green, 1990: 4). Segundo, las opiniones están determinadas prioritariamente por los valores adquiridos durante esa etapa de socialización y estos encuentran acomodo en una ideología que, por añadidura, condicionará las preferencias (Sears y Funk, 1990: 72-75). Tercero, algunas actitudes sociopolíticas se habrán desarrollado sin que la persona haya hecho evaluación alguna de sus necesidades (Sears *et al.*, 1980: 671). Cuarto, el nivel de apoyo individual al gasto en cada programa correlacionará con su sistema general de orientaciones políticas y creencias ideológicas (Hasenfeld y Rafferty, 1989: 1042).

En conclusión, en el proceso de evaluación se activan en el sujeto una serie de predisposiciones simbólicas subyacentes que actúan a la hora de formalizar sus actitudes y demandas, también en materia de gasto público (Jacoby, 1994). Pero la influencia del posicionamiento ideológico será diferente en cada política, porque tienen características, destinatarios e impactos distintos (Rudolph y Evans, 2005: 662).

Interés propio y predisposiciones simbólicas: uniendo teorías

La literatura internacional sobre opinión pública y Estado de bienestar incorporó como línea de investigación, a partir de los años ochenta, el estudio de los condicionantes de las actitudes hacia el bienestar. Estos trabajos han proporcionado abundante evidencia empírica para probar que los factores ideológicos y el interés propio son los principales predictores de las actitudes hacia el Estado de bienestar en sus diferentes dimensiones (Taylor-Gooby, 1983; Hasenfeld y Rafferty, 1989; Sears y Funk, 1991; Lau y Heldman, 2009). Estos mismos resultados se obtienen en los estudios comparados (Andreß y Heinen, 2001; Blekesaune y Quadagno, 2003; Linos y West, 2003; Jæger, 2006).

Asimismo, investigaciones especializadas en el estudio de las actitudes hacia el gasto han demostrado que, tanto los atributos individuales que expresan el interés propio, como la ideología y las creencias, son los determinantes primordiales que interactúan en el proceso de formación de preferencias (Citrin, 1979; Sanders, 1988; Jacoby, 1994; Rudolph y Evans, 2005). Sobre lo que no hay acuerdo, es si muestra mayor capacidad predictiva el interés propio o las predisposiciones simbólicas (Sears *et al.*, 1980).

Las distintas publicaciones sobre la materia sí coinciden en que las preferencias ciudadanas y sus determinantes varían notablemente en función del sector de política pública (Eismeier, 1982; Rudolph y Evans, 2005), aunque suelen analizar un reducido número de políticas. Incluso si fuera posible identificar una batería de variables que incidan de forma sistemática en las actitudes hacia un área específica, como según Jacoby (1994) sucede en los programas de bienestar, el grado de influencia de cada variable en la formación de preferencias difiere de una política a otra (Monroe, 1979; Sanders, 1988).

En el actual contexto de crisis financiera internacional, la ciudadanía ha modificado

sus demandas de gasto público, otorgando prioridad al incremento de los recursos en los programas de bienestar y promoción del crecimiento económico, frente a otras políticas como medio ambiente o cultura (Diamond y Lodge, 2013: 7), por lo que resulta lógico presuponer que se impondrán los intereses materiales sobre los valores. Diamond y Lodge (2013) estudian la situación en Europa y Brooks y Manza (2013) en Estados Unidos, concluyendo que durante la recesión los ciudadanos apoyan aquellas políticas de gasto en las que tienen un interés directo, especialmente las que conciernen a su bienestar material. También puede ocurrir que en este momento de incertidumbre muchos ciudadanos perciban que resulta imperioso defender el Estado de bienestar y sus valores esenciales, polarizándose las opiniones (Forma, 1999). Además, el impacto de la crisis es desigual, y puede incrementarse el apoyo al gasto en políticas sociales por parte de los más afectados, manteniéndose invariables las preferencias del resto de la población (Margalit, 2013).

En España, acreditados trabajos han descrito las actitudes en materia de gasto público, y en algunos casos se ha investigado sobre las preferencias y sus determinantes (del Pino, 2005; Arriba *et al.*, 2006; del Pino *et al.*, 2011; Carrillo y Tamayo, 2011; Calzada y del Pino, 2013). Se ha constatado que los españoles manifiestan un claro apoyo al aumento continuado de los recursos en casi todas las áreas de política, principalmente en los programas de bienestar (del Pino *et al.*, 2011: 39-42) y que, con oscilaciones, esa tendencia se ha mantenido durante la crisis (Calzada y del Pino, 2013: 179-181). Al mismo tiempo, se ha verificado que determinadas características sociodemográficas, junto con la ideología, son los principales factores explicativos de sus demandas de gasto, al menos en las políticas sociales (Arriba *et al.*, 2006: 78-80). Con todo, en nuestro país el impacto del interés propio y de los valores es limitado y varía perceptible-

mente de una política a otra (Carrillo y Tamayo, 2011: 215-216).

En definitiva, las preferencias son contingentes y están condicionadas por múltiples variables, pero falta por responder: ¿cuáles son los mejores predictores en cada política pública?

METODOLOGÍA: DATOS, VARIABLES E HIPÓTESIS

Con la finalidad de aplicar las teorías descritas al caso español, se han recopilado los datos demoscópicos procedentes de la encuesta anual «Opinión Pública y Política Fiscal», del Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS). Se trata de veintisiete estudios cuantitativos de ámbito nacional, con una muestra que oscila entre los 2.400 y 2.500 entrevistados, realizados entre 1985 y 2015³. En el cuadro 1 se describen las variables de análisis, construidas aprovechando preguntas incluidas en los estudios.

La variable dependiente —preferencias individuales de gasto en cada política pública— se elabora utilizando una pregunta relativa a la intensidad de la demanda de gasto en doce programas distintos. Como variables independientes se seleccionan aquellas previamente testadas en diversos trabajos sobre la materia, diferenciando entre las referidas al interés propio y las referidas a valores e ideología.

En consonancia con la teoría del autointerés, se plantea inicialmente la siguiente hipótesis: *las personas con bajos ingresos, de clase social baja, con menor nivel de forma-*

³ En la investigación se han analizado año a año los datos del período comprendido entre 1985 y 2015. Por la extensión del artículo, solo figuran los datos correspondientes a fechas seleccionadas. Asimismo, se han realizado análisis para evidenciar si existía correlación entre la demanda de gasto en algunas políticas y el hecho de ser usuario o beneficiario de esas prestaciones. Para obtener información detallada, contacte con la autora.

CUADRO 1. Descripción de las variables e indicadores

Variables	Preguntas tomadas como indicador	Valores de la variable
Variable dependiente		
Preferencias de gasto en cada política pública	Las administraciones públicas destinan el dinero que en España pagamos en impuestos a financiar servicios públicos y prestaciones. Dígame si cree que dedican demasiados, los justos o muy pocos recursos a cada uno de los servicios que mencione	1=Demasiados 2=Los justos 3=Muy pocos
Variables de interés propio		
Tamaño del hábitat	Tamaño del municipio de residencia del entrevistado	1=Menos o igual a 2.000 hab. 2=2.001 a 10.000 hab. 3=10.001 a 50.000 hab. 4=50.001 a 100.000 hab. 5=100.001 a 400.000 hab. 6=400.001 a 1.000.000 hab. 7=Más de 1.000.000 hab.
Sexo	Sexo de la persona entrevistada	1=Hombre 2=Mujer
Edad	¿Cuántos años cumplió en su último cumpleaños?	Edad del entrevistado en años (18 a 99 años)
Nivel de estudios	¿Cuáles son los estudios de más alto nivel oficial que ha cursado?	1=Sin estudios 2=Primaria 3=Secundaria 4=Formación Profesional 5=Estudios Superiores 6=Estudios de Postgrado
Estatus socioeconómico	Estatus socioeconómico de la persona entrevistada	1=Clase alta/media-alta 2=Nuevas clases medias 3=Viejas clases medias 4=Obreros/as cualificados/as 5=Obreros/as no cualificados/as
Ingresos del hogar	¿De cuántos ingresos disponen por término medio en su hogar al mes, después de la deducción de impuestos?	Escala en euros dividida en 11 tramos, que van desde «1=ningún tipo de ingresos» a «11= más de 6.000 euros anuales»
Variables ideológicas y valores		
Religiosidad	¿Cómo se define en materia religiosa?	1=Católico/a 2=Creyente de otra religión 3=No creyente 4=Ateo/a
Práctica de la religión	¿Con qué frecuencia asiste a misa u otros oficios religiosos?	1=Casi nunca 2=Varias veces al año 3=Alguna vez al mes 4=Casi todos los domingos/festivos 5=Varias veces a la semana
Autoubicación ideológica	Al hablar de política se utilizan las expresiones izquierda y derecha. En estas casillas que van de izquierda a derecha, ¿en qué casilla se colocaría?	Escala de 1 a 10, donde 1 equivale a extrema izquierda y 10 a extrema derecha
Identificación con un partido político	En las últimas elecciones generales, ¿podría decirme a qué partido o coalición votó?	Listado de partidos políticos que se presentan a las elecciones. Respuestas precodificadas.

ción, los jóvenes y los ancianos, los usuarios habituales de los servicios públicos y los beneficiarios de las políticas de transferencias, la gente con alto riesgo de sufrir pobreza o desempleo y los residentes en municipios de tamaño medio y grande mostrarán mayor apoyo al gasto público dedicado a financiar las principales políticas. Para probar esta hipótesis, se escogen determinadas variables, cuyos mecanismos causales se explican a continuación.

El nivel de ingresos y la clase social son, según la literatura especializada, excelentes indicadores del interés propio (Sanders, 1988; Himmelstein y McRae, 1988). Las personas con menor nivel de ingresos y de bajo estatus socioeconómico, claramente favorecidas por el intercambio impuestos-prestaciones, están más interesadas en que se destinen cuantiosos recursos a los principales programas de gasto que los grupos pertenecientes a la clase alta y con elevados ingresos, los cuales soportan la carga fiscal aunque sea improbable que utilicen tales prestaciones (Svallfors, 2003).

Por otra parte, el grado de formación puede tener efectos tanto positivos como negativos sobre el apoyo al gasto público (Erikson *et al.*, 1989). Los ciudadanos con mayor formación se incorporan más fácilmente al mercado de trabajo, acceden a puestos bien remunerados y sufren menor riesgo de desempleo, por lo que no perciben la necesidad de apoyar las políticas de renta y de redistribución. Sin embargo, es probable que la educación promueva la socialización en valores igualitarios, generando actitudes favorables hacia el gasto en programas de bienestar (Andreß y Heinen, 2001). La mayoría de las investigaciones indican que existe una relación negativa entre formación y apoyo al gasto público en los Estados de bienestar (Linos y West, 2003; Jæger, 2006), pero otras determinan que se produce una correlación positiva (Sears y Funk, 1991).

Otras variables sociodemográficas, invariablemente relacionadas con las preferencias, son sexo y edad. En general, las mujeres y los jóvenes se muestran más favorables al gasto público, especialmente en programas sociales (Sanders, 1988; Carrillo y Tamayo, 2011). Las mujeres demandan en mayor medida que los hombres el incremento de los recursos públicos debido a su posición más vulnerable en el mercado de trabajo y al papel que tradicionalmente han asumido en el cuidado de la familia (Svallfors, 2003). Asimismo, se espera que la juventud apoye mayoritariamente las políticas sociales porque las cohortes jóvenes han disfrutado de elevados niveles de bienestar material, más que las generaciones anteriores, y tienen valores más igualitarios (Inglehart, 1998). Y es lógico suponer que los jóvenes se vean como posibles beneficiarios de los programas para infancia y familia, de las prestaciones por desempleo o de los servicios culturales, mientras que los ancianos podrán utilizar los servicios sociales, las pensiones para la tercera edad o la sanidad. Consecuentemente, estos grupos demográficos serán más favorables al gasto que los adultos de mediana edad (Blekesaune y Quadagno, 2003).

Igualmente, el tamaño del hábitat, indicador del contexto social, condicionará las actitudes, pues los habitantes de municipios más pequeños perciben que deben sufragar numerosas prestaciones a las que tienen difícil acceso por su lugar de residencia (Carrillo y Tamayo, 2011).

Las variables seleccionadas para medir el efecto de valores e ideología son: religiosidad, práctica semanal de la religión, auto-ubicación ideológica e identificación con un partido político. Se propone la subsiguiente hipótesis básica: *las personas de ideología de izquierdas, y/o que votan a partidos de izquierda o centro-izquierda, demandan el aumento del gasto público en mayor medida que las personas de ideología de derechas, y/o que votan a partidos de derecha.* Al mismo tiempo, la religiosidad afectará a las opi-

niones sobre el papel del mercado y del Estado, sobre la solidaridad y la atención a grupos vulnerables.

La asociación entre ideología y preferencias de gasto está bien documentada. Los individuos con ideología de izquierda o que votan a partidos de izquierda son más propensos a apoyar las diferentes políticas públicas, principalmente del área de bienestar (Jacoby, 1991; Shivo y Uusitalo, 1995; Rudolph y Evans, 2005; Arriba *et al.*, 2006). Parece razonable considerar que estos ciudadanos, especialmente proclives a incrementar la intervención pública y afines ideológicamente con el Estado de bienestar, se mostrarán más partidarios de incrementar el gasto social, para asegurar los niveles de calidad de vida que el sistema de bienestar salvaguarda (Lau y Heldman, 2009).

Para evaluar el efecto del interés propio y de las predisposiciones simbólicas sobre las preferencias de gasto se han calculado correlaciones bivariadas entre la variable dependiente y cada una de las variables independientes, aplicando distintos coeficientes en función de si la variable explicativa era ordinal (ro de Spearman), nominal (coeficiente de contingencia) o de intervalo (r de Pearson), y también se han elaborado tablas de contingencia.

En función de los comportamientos previstos por las teorías del marco analítico, se formulan las siguientes hipótesis concretas de trabajo:

H₁: Las preferencias de los ciudadanos hacia los programas de gasto público dependen de sus intereses individuales, de forma que apoyarán el gasto destinado a aquellos programas que les benefician en la actualidad, o puedan beneficiarles en un futuro, a ellos o a su familia.

H₂: Las preferencias en materia de gasto público dependen esencialmente de la orientación ideológica y de los valores del individuo.

H₃: El impacto, tanto del interés propio como de las predisposiciones simbólicas,

varía de una política a otra; en las políticas económicas y de transferencias de renta tienen mayor influencia los intereses individuales en la formación de preferencias, mientras que en las políticas de soberanía y en las políticas postmaterialistas es mayor el efecto de los valores y la ideología.

H₄: En las etapas de crisis económica prolongada aumenta la influencia del interés propio en la formación de preferencias de gasto público.

RESULTADOS: LOS CONDICIONANTES DE LAS PREFERENCIAS DE GASTO

Los resultados del análisis estadístico sobre el efecto del interés propio y de los valores como predictores de las preferencias de gasto público de los españoles se recogen en la tabla 1.

El primer hallazgo relevante es que, como predice la teoría, los intereses de los individuos influyen en sus preferencias de gasto público, de forma moderada aunque no intrascendente. El autointerés tiene un efecto estadístico limitado sobre las actitudes hacia el gasto en la mayoría de políticas, incluso en aquellos programas directamente relacionados con cuestiones materiales que afectarían a las «utilidades» de los ciudadanos y/o sus familias.

El segundo hallazgo es que la variable que ejerce mayor influencia es el nivel de ingresos del hogar⁴, si bien solo se dispone de datos sobre este indicador desde 2010. Los ingresos familiares correlacionan negativamente con las preferencias de gasto en casi todos los programas, siendo esta asociación más intensa en las políticas de seguridad social y protección al desempleo, lo que encaja con la tesis del interés propio. Otras varia-

⁴ También se incluyeron en el análisis las variables «situación económica personal» —correlaciona estadísticamente con la demanda de gasto en la mayoría de políticas públicas— y «situación laboral».

bles estadísticamente significativas son el nivel de estudios, que afecta a las demandas de gasto en la mayoría de áreas, así como el tamaño del hábitat y la edad, que solo actúan sobre la demanda en determinados programas.

En cuanto al efecto de las predisposiciones simbólicas, hay que señalar, primero, que la ideología condiciona las preferencias en casi todas las políticas públicas, pero su influencia no es muy intensa ni constante. Durante el período considerado, las cuestiones ideológicas inciden, con oscilaciones, sobre la demanda de recursos en diez de los doce programas. Segundo, la identificación con un partido político es mejor predictor de las preferencias que la autoubicación ideológica. Tercero, como se pronosticaba, los ciudadanos que se ubican a la izquierda y/o votan a partidos de izquierda son más favorables al aumento del gasto, salvo en defensa y seguridad ciudadana. Por último, la religiosidad es un factor condicionante en la mayoría de programas.

Con todo, resulta más relevante el examen por políticas públicas, para identificar tendencias significativas.

Las políticas de soberanía

El factor que más influye en las actitudes hacia el gasto en *defensa*, aparte del nivel de ingresos, es la formación, siendo las personas con menos estudios más favorables a aumentar esta partida. En *seguridad ciudadana*, las demandas de recursos también correlacionan negativamente con el nivel de estudios, y positivamente con la edad. En este caso, el sexo se ha convertido en una variable explicativa, las mujeres están actualmente más preocupadas que los hombres por la intervención en orden público.

Llama la atención que defensa y seguridad ciudadana son las únicas materias en que la asociación entre autoubicación ideológica y demanda de recursos, además de ser algo más intensa, es de signo negativo:

los entrevistados con opiniones más positivas son los situados a la derecha del espectro político. Además, el respaldo al gasto militar es mayor entre los electores del PP y de CiU, reduciéndose entre los votantes de IU, mientras que los del PSOE ocupan una posición intermedia. Pese a estas correlaciones, en seguridad ciudadana el peso de las cuestiones ideológicas es cada vez menor, especialmente desde el inicio de la crisis.

En cuanto a los valores, las personas creyentes y que practican la religión apoyan en mayor medida el presupuesto para programas militares y de orden público. Precisar que, salvo las personas más religiosas y quienes se autoubican a la derecha, la opinión pública rechaza mayoritariamente el aumento de los recursos destinados a defensa. En definitiva, las preferencias de gasto en defensa están más determinadas por las predisposiciones simbólicas que por el interés propio. Sin embargo, en materia de seguridad ciudadana van adquiriendo más importancia los factores sociodemográficos, al tiempo que la influencia de la ideología disminuye.

Por lo que se refiere a *justicia*, los principales condicionantes son el nivel de estudios y el estatus socioeconómico. Concretamente, son las personas de clase alta y media-alta, urbanas e ilustradas, y de edades intermedias, quienes exigen mayor esfuerzo presupuestario en la Administración de justicia. Las preferencias de gasto se explican principalmente en función de la posibilidad de «consumir» justicia, pero las predisposiciones simbólicas apenas tienen impacto.

Las políticas de intervención en la economía

En esta área figuran las políticas de *obras públicas* y *transportes y comunicaciones*. En la primera, las dos variables más relevantes son el tamaño del hábitat y el sexo: los habitantes de los municipios pequeños y los hombres son más favorables a incrementar

TABLA 1. Influencia del interés propio, los valores y la ideología sobre las preferencias de gasto público de los ciudadanos por áreas de política (1985-2015)

	Tamaño hábitat	Sexo	Edad	Nivel de estudios	Estatus socio económico	Ingresos del hogar	Religiosidad	Práctica religión	Autoubicación ideológica	Identificación partido pol. ^a
Políticas de soberanía										
<i>Defensa</i>										
1985	-0,100**	0,053*	0,079**	-0,035					0,248**	0,283**
1990	0,001	0,069**	0,040	-0,059**					s.d.	0,288**
1995	0,012	0,030	0,079**	-0,053*	-0,027				0,170**	0,249**
2000	-0,023	0,062**	0,076**	-0,081**	0,018				0,184**	0,257**
2005	0,075**	0,006	0,024	-0,085**	0,021		-0,091**	0,092**	0,170**	0,254**
2010	0,011	0,023	-0,023	-0,067**	0,048*	-0,104**	-0,079**	0,088**	0,146**	0,178**
2015	-0,039	0,010	-0,026	-0,050*	0,005	-0,258**	-0,128**	0,074**	0,208**	0,258**
<i>Seguridad ciudadana</i>										
1985	-0,014	0,052*	0,069**	-0,015					0,261**	0,299**
1990	0,034	0,089**	0,052*	0,013					s.d.	0,317**
1995	0,013	0,033	0,056*	0,012	-0,061**				0,168**	0,309**
2000	0,111**	0,030	0,026	0,020	-0,014				0,057*	0,236**
2005	0,051*	0,033	0,093**	-0,073**	-0,048*		-0,039	0,024	0,024	0,247**
2010	-0,037	0,069**	0,092**	-0,043*	0,021	-0,086**	-0,060**	0,053**	0,056*	0,186**
2015	-0,001	0,030	0,037	-0,065**	0,036	-0,077**	-0,080**	0,013	0,110**	0,148**
<i>Justicia</i>										
1990	0,075**	-0,001	-0,014	0,026					s.d.	0,298**
1995	-0,014	0,020	-0,031	0,052**	-0,089**				0,056*	0,241**
2000	0,052*	0,020	0,020	0,073**	-0,048*				-0,062**	0,193
2005	0,039	0,016	0,067**	0,088**	-0,086**		0,001	0,013	-0,032	0,189
2010	-0,018	0,036	0,036	0,092**	-0,032	0,039	0,024	-0,075*	0,033	0,151**
2015	0,014	0,016	0,025	0,055*	-0,007	-0,043	0,034	-0,036	-0,100**	0,149
Políticas de intervención en la economía										
<i>Obras públicas</i>										
1985	0,100**	-0,019	-0,057*	0,066**					-0,095**	0,204
1990	-0,002	-0,055*	-0,022	0,060**					s.d.	0,242**
1995	-0,093**	-0,023	-0,020	0,030	-0,048*				0,024	0,235**
2000	-0,025	-0,076**	0,068**	0,031	-0,056*				-0,036	0,208**
2005	-0,107**	-0,084**	0,054*	-0,011	0,027		-0,022	0,014	0,007	0,214**
2010	-0,067**	-0,068**	0,037	-0,075**	0,054**	-0,061**	-0,029	0,051*	0,021	0,140*
2015	-0,098**	0,004	0,088**	-0,071**	0,041	-0,085**	-0,049**	-0,001	-0,053**	0,166*

TABLA 1. *Influencia del interés propio, los valores y la ideología sobre las preferencias de gasto público de los ciudadanos por áreas de política (1985-2015) (continuación)*

	Tamaño hábitat	Sexo	Edad	Nivel de estudios	Estatus socio económico	Ingresos del hogar	Religiosidad	Práctica religión	Autoubicación ideológica	Identificación partido pol. ^a
<i>Transporte y comunicaciones</i>										
1990	0,132**		0,020	-0,055*	0,114**				s.d.	0,306**
1995	-0,038		0,003	-0,020	0,044	-0,033			0,012	0,227*
2000	0,022		-0,011	0,024	0,040	-0,069**			-0,073**	0,191
2005	0,044*		0,005	-0,017	0,051*	-0,029	0,056*	-0,069**	-0,064*	0,207*
2010	-0,054		0,055*	0,085**	-0,084	-0,056*	-0,108**	0,053**	0,021	0,146*
2015	-0,095**		0,028	0,003	-0,036	0,038	-0,097**	0,011	-0,038	-0,084**
<i>Políticas de bienestar</i>										
<i>Vivienda</i>										
1985	0,151**		0,007	-0,047*	0,058*				-0,041	0,184
1990	0,163**		0,027	-0,028	0,055*				s.d.	0,247**
1995	0,115**		-0,014	-0,076**	0,114**	-0,079**			-0,036	0,221
2000	0,103**		0,022	-0,046*	0,066**	-0,008			-0,131**	0,152**
2005	0,105**		-0,001	-0,045*	0,102**	-0,081**	0,086**	-0,097**	-0,029	0,221**
2010	-0,007		0,061**	0,057*	-0,034	-0,009	-0,068**	0,082**	-0,080	-0,051*
2015	0,022		0,034	-0,025	-0,025	0,030	-0,093**	0,083**	-0,053	-0,210**
<i>Sanidad</i>										
1985	0,224**		-0,003	-0,083**	0,076**				-0,107**	0,261**
1990	0,085**		0,035	-0,058**	0,045*				s.d.	0,259**
1995	0,054*		-0,017	-0,071**	0,120**	-0,099**			0,046	0,241**
2000	0,022		0,017	0,005	0,032	-0,006			-0,056*	0,137*
2005	0,036		0,039	-0,018	0,042*	-0,031	0,041	-0,095**	-0,083**	0,207*
2010	0,024		0,072**	0,008	-0,012	-0,003	-0,047*	0,061**	-0,092**	-0,168**
2015	0,026		0,060**	-0,024	-0,018	-0,032	-0,049*	-0,039	-0,092**	-0,176**
<i>Enseñanza</i>										
1985	0,182**		0,031	-0,123**	0,153**				-0,006	0,177
1990	0,077**		0,016	-0,115**	0,153**				s.d.	0,273**
1995	0,107**		-0,003	-0,087**	0,157**	-0,085**			0,019	0,264**
2000	0,112**		0,024	-0,017	0,141**	-0,096**			-0,088**	0,206
2005	0,142**		0,012	-0,026	0,147**	-0,119**	0,083**	-0,084**	-0,052*	0,195
2010	0,058**		0,011	-0,163**	0,082**	-0,045**	-0,087**	0,055**	-0,044*	0,054*
2015	0,050*		0,082**	-0,030	0,024	0,047**	-0,091**	0,087**	-0,054*	0,016

TABLA 1. Influencia del interés propio, los valores y la ideología sobre las preferencias de gasto público de los ciudadanos por áreas de política (1985-2015) (continuación)

	Tamaño hábitat	Sexo	Edad	Nivel de estudios	Estatus socio económico	Ingresos del hogar	Religiosidad	Práctica religión	Autoubicación ideológica	Identificación partido pol. ^a
<i>Seguridad Social/Pensiones</i>										
1990	0,144**	0,034	0,042	-0,007					0,104**	0,243**
1995	0,084**	0,057**	0,023	0,005	-0,031				s.d.	0,270**
2000	0,032	0,053*	0,036	-0,022	0,040				0,022	0,209
2005	-0,006	0,068**	0,106**	-0,125**	0,054*				-0,115**	0,166**
2010	0,010	0,071**	0,018	-0,056*	0,076**	-0,149**	-0,053*	0,015	-0,093**	0,207*
2015	-0,012	0,091**	0,046*	-0,090**	0,079**	-0,102**	-0,034	0,091**	-0,080**	0,186**
<i>Protección por desempleo</i>										
1990	0,207**	0,005	-0,058**	0,021					s.d.	s.d.
1995	0,114**	-0,030	-0,124**	0,005	0,009				-0,039**	0,208
2000	0,084**	0,028	-0,080**	0,051**	0,025				-0,124**	0,265**
2005	0,031	0,047*	-0,091**	0,003	0,031		0,079**	-0,062**	-0,088**	0,146**
2010	0,006	0,060**	-0,060**	-0,114**	0,060**	-0,117**	0,015	-0,046**	-0,066**	0,160**
2015	0,052*	0,046*	-0,002	-0,058**	0,065**	-0,084**	0,062**	-0,170**	-0,170**	0,206**
<i>Cultura</i>										
1995	-0,014	0,020	-0,031	0,052**	-0,089**				-0,146**	0,234**
2000	0,052*	0,020	0,020	0,073**	-0,048*				-0,142**	0,234**
2005	0,039	0,016	0,067**	0,088**	-0,086**		0,086**	-0,116**	-0,119**	0,211*
2010	-0,018	0,036	0,036	0,092**	-0,032	0,039	0,082**	-0,110**	-0,091**	0,175**
2015	0,014	0,016	0,025	0,055*	-0,007	-0,043	0,083**	-0,027	-0,198**	0,206**
<i>Protección del medio ambiente</i>										
2000	0,114**	-0,029	-0,079**	0,151**	-0,087**				-0,164**	0,222*
2005	0,092**	0,011	-0,079**	0,155**	-0,150**		0,081**	-0,107**	-0,101**	0,232**
2010	0,032	0,043	0,105**	-0,048*	-0,114**	0,055**	0,146**	-0,126**	-0,091**	0,151*
2015	0,086**	0,021	-0,050*	0,116**	-0,077**	0,069**	0,153**	-0,018	-0,178**	0,179**

**Sig. $p < 0,010$, *Sig. $p < 0,050$. Correlaciones bivariadas.

^a La variable identificación con un partido político es de carácter nominal, por lo que se ha utilizado el coeficiente de contingencia, el cual varía entre 0 y 1, midiendo la intensidad de la relación pero no la dirección. Esta información se ha complementado con la procedente de las tablas de contingencia.

Fuente: Elaboración propia a partir de los estudios 1465 de 1985, 1880 de 1990, 2187 de 1995, 2394 de 2000, 2615 de 2005, 2841 de 2010 y 3105 de 2015 del CIS, y Carrillo y Tamayo (2011: 209-215).

los recursos para infraestructuras. En la segunda, los principales determinantes de las demandas de gasto son, nuevamente, el hábitat y, después, el nivel de ingresos. Hasta los años noventa, quienes vivían en las ciudades percibían que se destinaban escasos recursos tanto a obras públicas como a

transporte mientras que, actualmente, las comunidades rurales muestran mayor interés en que se dedique más dinero a estos programas, debido a que el esfuerzo inversor se centró en las zonas urbanas.

Se constata que la religiosidad no es un factor condicionante y que la significación de

la orientación ideológica ha aumentado en el caso de transporte y comunicaciones⁵ desde la agudización de la crisis. En definitiva, el efecto de las variables sociodemográficas tiende a atenuarse y, en lo referente a los valores no se distingue una pauta clara. En general, los españoles perciben que se ha hecho una importante inversión en estas infraestructuras, las cuales benefician a casi todos.

Las políticas de bienestar

Comenzando por la política de *vivienda*, se hallaron asociaciones estadísticas que concuerdan con la teoría del autointerés, destacando la edad como el principal predictor. Los jóvenes hasta 34 años, la población urbana y las familias con menos ingresos son los grupos sociodemográficos que reclaman mayor inversión pública. Se ha encontrado también correlación entre esta demanda de gasto y el hecho de vivir de alquiler o en una casa cedida temporalmente a bajo precio por la empresa o la familia.

Asimismo, tiene cierta influencia la religión, no así la práctica de la religión: ateos y agnósticos apoyan en mayor medida el aumento de recursos para vivienda pública. La ideología resulta una variable significativa desde mediados de los noventa, los individuos de izquierdas consideran que el presupuesto es escaso, y las diferencias entre votantes de los distintos partidos son notables. Así, el número de electores de IU que consideran insuficiente la inversión en vivienda supera en 30 puntos porcentuales al número de electores del PP.

En cuanto a *sanidad*, el grado de correlación con las variables explicativas es desigual, oscilando a lo largo del tiempo. Durante los años ochenta y noventa, los habitantes del medio urbano, los adultos entre 25 y 44 años y las personas más instruidas demandaban

más recursos sanitarios. Estos factores no resultan significativos posteriormente y, durante este siglo, el apoyo al gasto en sanidad es mayor entre las mujeres y las familias con pocos ingresos. Se incluyó, como posible predictor, el tipo de servicios sanitarios utilizado —públicos, privados o ambos— pero, existiendo relación estadística, apenas varían las actitudes hacia el gasto en función del consumo de sanidad pública o privada.

Los factores sociodemográficos han sido tradicionalmente los que más han incidido en las preferencias, pero desde 2010 adquiere importancia la religiosidad y, progresivamente, la ideología. Los entrevistados de izquierda, principalmente los votantes de IU, piden mayor financiación para sanidad, en un contexto de reducción presupuestaria.

Otra política esencial del Estado de bienestar es la *enseñanza*. Aquí las demandas de gasto dependen del tamaño del hábitat, el nivel de estudios, la clase social y los ingresos del hogar. Los ciudadanos que viven en municipios grandes⁶, más instruidos, de estatus medio-alto y aquellos con menos ingresos afirman que es necesario incrementar el presupuesto para educación. Curiosamente, ninguno de los indicadores del interés individual considerados —tener hijos en edad escolar, o tener hijos estudiando con una beca, o haber estudiado en un centro público la enseñanza obligatoria— está asociado con las preferencias.

Las actitudes están cada vez más condicionadas por las predisposiciones simbólicas, amén de la influencia del interés propio. La religión es una variable destacada debido, probablemente, al papel de los colegios concertados de la Iglesia católica y a los conflictos relativos a la asignatura de religión en los planes educativos. Pero la orientación ideológica no fue determinante hasta el comienzo de la crisis y, a partir de 2011, hay un cla-

⁵ Los votantes de todos los partidos afirman que los recursos destinados a obras públicas son suficientes.

⁶ En muchas ciudades, la demanda de plazas escolares públicas supera a la oferta, y además es necesario establecer servicios añadidos, como comedor.

ro incremento de la demanda de recursos para educación por parte de los electores de partidos de izquierdas. Ténganse en cuenta los sustanciales ajustes en los programas educativos que ha realizado el gobierno del PP y el debate entre partidos sobre la privatización de la enseñanza. En este sentido, Eismeier (1982: 138) afirmaba que las diferencias ideológicas tienen mayor impacto en las preferencias sobre educación o sanidad, en programas cuyas bases intelectuales y políticas están en el Estado de bienestar.

Mención aparte merecen las dos políticas de transferencia de rentas, *seguridad social* y *protección por desempleo*, que afectan directamente la situación material personal. Las preferencias de gasto en materia de pensiones correlacionan en algún momento con cada indicador del interés propio, aunque no de forma constante ni con la misma intensidad. Los predictores esenciales son: ingresos del hogar, nivel de estudios, estatus socioeconómico y sexo. Es decir, los individuos con escasos recursos, las personas con menos formación y las mujeres (especialmente las viudas) se muestran más partidarios de aumentar tales prestaciones. Además, hasta mediados de la década pasada, el apoyo a este programa era mayor entre los obreros cualificados y no cualificados, pero, a medida que avanza la recesión, crece el apoyo entre las viejas y nuevas clases medias.

Las preferencias de gasto en desempleo están relacionadas con estas mismas variables, aunque el factor primordial es la edad. Como se preveía, la demanda de recursos procede principalmente de los más jóvenes, también de individuos con menor instrucción, de obreros y de personas con menos ingresos, es decir, los colectivos más azotados por el paro. No obstante, durante la crisis todos los grupos sociodemográficos y económicos reclaman un aumento de estas prestaciones.

La identificación con un partido político tiene también cierta incidencia, sobre todo respecto al subsidio por desempleo. Los vo-

tantes de IU y PSOE son fuertemente partidarios de incrementar los recursos y, nuevamente, se observa que el cambio de ciclo económico ha polarizado las posturas de los electores de los distintos partidos.

Finalmente, se enumeran las variables que influyen en las opiniones sobre el gasto destinado a las políticas posmaterialistas, etiqueta referida a la *cultura* y *protección del medio ambiente*. La demanda de gasto en *cultura* depende del tamaño del hábitat, el nivel de estudios, la clase social y el nivel de ingresos. Quienes viven en municipios grandes desean el aumento del presupuesto destinado a cultura —tienen mayor facilidad de acceso—, así como las personas más formadas, de clase alta y aquellas que disponen de bastantes ingresos.

Las actitudes hacia la inversión pública en *protección del medio ambiente* están asociadas con todas las variables seleccionadas, excepto el sexo. Edad y estatus afectan negativamente a la intensidad de la demanda, mientras que el hábitat, la formación y los ingresos familiares tienen una asociación positiva.

Las preferencias en estos dos programas dependen tanto de los intereses como de las predisposiciones simbólicas y, aun teniendo algo más de peso el interés propio, el impacto de los valores tiende a crecer. Religiosidad y práctica de la religión afectan a la demanda de recursos —especialmente en medio ambiente—, así como la ideología y la adscripción a un partido. En ambas políticas, la formación de preferencias responde a los planteamientos del modelo postmaterialista de Inglehart (1998).

DISCUSIÓN: ¿SOMOS LOS ESPAÑOLES EGOÍSTAS EN NUESTRAS PREFERENCIAS DE GASTO PÚBLICO?

La principal conclusión de la investigación presentada es que en España, como sucede en otros países de nuestro entorno, tanto los factores demográficos y socioeconómicos

TABLA 2. Resumen de los principales determinantes individuales de las preferencias de gasto público de los ciudadanos

Política de defensa	Política de orden público	Política de justicia	Política de obras públicas
- Nivel estudios – - Ingresos del hogar – - Religiosidad – - Práctica religión + - Ideología +: derecha - Identificación partidos derecha	• Edad + • Nivel estudios – • Ingresos del hogar – • Religiosidad – • Práctica religión + • Ideología +: derecha • Identificación partidos derecha	- Nivel estudios + - Estatus – - Ingresos –	• Tamaño hábitat – • Sexo – • Ingresos del hogar – • Identificación partidos izquierda
Política de transporte y comunicaciones	Política de vivienda	Política de sanidad	Política de educación
- Tamaño hábitat – - Ingresos – - Identificación partidos izquierda	• Tamaño hábitat + • Edad – • Nivel estudios + • Ingresos del hogar – • Religiosidad + • Ideología -: izquierda • Identificación partidos izquierda	- Ingresos del hogar – - Práctica religión – - Ideología -: izquierda - Identificación partidos izquierda	• Tamaño hábitat + • Nivel estudios + • Estatus – • Ingresos del hogar – • Religiosidad + • Práctica religión • Identificación partidos izquierda
Política de seguridad social	Política de desempleo	Política de cultura	Política de medio ambiente
- Sexo + - Nivel estudios – - Estatus + - Ingresos del hogar – - Identificación partidos izquierda	• Edad – • Nivel estudios – • Ingresos del hogar – • Práctica religión – • Ideología -: izquierda • Identificación partidos izquierda	- Tamaño hábitat + - Nivel estudios + - Estatus – - Ingresos del hogar + - Religiosidad + - Práctica religión – - Ideología -: izquierda - Identificación partidos izquierda	• Tamaño hábitat + • Edad – • Nivel estudios + • Estatus – • Religiosidad + • Práctica religión – • Ideología -: izquierda • Identificación partidos izquierda

Nota: los signos + o - indican la orientación de las relaciones causales entre las variables descritas en epígrafes anteriores.

Fuente: Elaboración propia a partir del análisis de los datos estadísticos de la tabla 1.

como las creencias y la ideología juegan un papel significativo en la formación de las preferencias de gasto (tabla 2). Esto implica que la teoría del interés propio y la perspectiva de las predisposiciones simbólicas son, desde un punto de vista empírico, válidas para el caso español, aunque con matices.

Los resultados obtenidos son consistentes con las dos primeras hipótesis: los intereses individuales basados en motivaciones económicas (H_1) y, simultáneamente, los valores y la orientación ideológica (H_2) condicionan el grado de apoyo a cada programa de gasto, y ambas explicaciones no son excluyentes. Esta afirmación exige varias puntualizaciones.

Primera, los análisis realizados indican que, si bien las características sociodemográficas y socioeconómicas son predictores relevantes de las demandas de gasto público de los españoles en todas las políticas, fundamentalmente en el área de bienestar pero también en los programas de transferencia de rentas y en justicia, el grado de asociación estadística es moderado, por lo que la capacidad explicativa del modelo es limitada, como confirman estudios previos (Sears y Funk, 1990). Esto no implica que los resultados sean poco significativos. Así, se ha constatado que las personas más beneficiadas por las prestaciones públicas, así como los colectivos socioeconómicamente más vulnerables —bajo nivel de ingre-

sos, individuos con escasa formación, jóvenes, etc.—, apoyan generalizadamente el aumento del gasto público, conclusión que es un lugar común en la literatura sobre el interés propio (véanse, especialmente, Sanders, 1988; Rudolph y Evans, 2005).

Segunda, de acuerdo con Henderson *et al.* (1995: 40), se confirma que el principal predictor de las preferencias es el nivel de ingresos familiares, variable asociada con la demanda de gasto público en las doce políticas estudiadas. Los ciudadanos con menos ingresos desean que se incremente la financiación de prácticamente todos los programas porque valoran que les compensa el intercambio entre impuestos pagados y prestaciones recibidas, mientras que aquellos con altos ingresos no consideran que tengan posibilidad ni necesidad de acceder a tales prestaciones.

Tercera, pese a que trabajos previos sostienen que las actitudes hacia el gasto están condicionadas negativamente por el estatus socioeconómico —indicador asociado con los ingresos y la formación—, porque las personas de clase media y alta son menos favorables a mantener los recursos públicos en programas que no necesitan utilizar (Himmelstein y McRae, 1988; Svallfors, 2003), en España el grado de asociación es relativamente bajo, excepto en enseñanza, pensiones, cultura y medio ambiente. Curiosamente, la clase media, y cada vez más la clase alta, apoyan ciertas políticas por considerarlas beneficiosas para el conjunto de la sociedad, cuestión simbólica que concordaría con el enfoque sociotrópico (Kinder y Kiwet, 1981).

Cuarta, el nivel de formación del individuo, según los estudios revisados, debe correlacionar negativamente con el grado de apoyo al gasto público (Linós y West, 2003; Jæger, 2006), tesis que se cumple en las políticas de soberanía, seguridad social y desempleo, pero existe una correlación positiva en el caso de las políticas postmaterialistas, de enseñanza y de justicia. No obstante, los

efectos del nivel educativo parecen reflejar el estatus socioeconómico más que el apoyo diferenciado a ciertos programas.

Quinta, atendiendo a las premisas de Hasenfeld y Rafferty (1989: 1042) y Sanders (1988: 320-321), se esperaba que mujeres y jóvenes, grupos socioeconómica y laboralmente más vulnerables, fuesen favorables a muchos programas de gasto. Las mujeres solo se muestran más partidarias que los hombres hacia el gasto en seguridad social. Por otra parte, los jóvenes demandan más recursos para vivienda, educación y prestaciones por desempleo, datos consistentes con la teoría del autointerés; pero también para medio ambiente, en línea con las tesis del postmaterialismo (Inglehart, 1998).

En el ámbito de las predisposiciones simbólicas, se ha encontrado evidencia empírica suficiente de que la ideología explica la preferencia por mayor o menor gasto público en numerosas áreas (H_2), si bien su impacto es más débil de lo previsto por algunas publicaciones que consideraban esta variable como el modulador principal de las actitudes hacia el gasto. Los datos indican que el factor esencial es la identificación con un partido político, y que, efectivamente, los ciudadanos que votan a partidos de izquierda apoyan el incremento de los recursos en la mayoría de programas. Estos hallazgos coinciden con los resultados de numerosas investigaciones sobre condicionantes de las actitudes hacia el Estado de bienestar (*v.g.* Jacoby, 1991; Blekesaune y Quadagno, 2003; Arriba *et al.*, 2006), las cuales concluyen que votar a un determinado partido está asociado con creencias ideológicas arraigadas —el apoyo al intervencionismo público, la defensa del Estado de bienestar o de la equidad (Shivo y Uusitalo, 1995; Funk, 2000)—, las cuales afectan a las preferencias de gasto.

Al mismo tiempo, como se pronosticaba inicialmente (H_3), el impacto del interés propio y de las predisposiciones simbólicas varía significativamente de una política a otra.

Las personas utilizan distintos criterios en la articulación de sus demandas de gasto en cada área, según pone de manifiesto este estudio estadístico. Es lógico suponer que, en esa articulación, incide que sean programas universalistas o sectoriales, prestaciones contributivas o dirigidas a grupos de renta baja, políticas generalistas o de equidad, etc.

Por ejemplo, en las políticas de transferencias de renta o en vivienda, la demanda de gasto proviene fundamentalmente de quienes creen que pueden verse beneficiados por estas prestaciones. En otras políticas, el condicionante primordial son los valores. Así, la demanda de gasto en defensa procede en gran parte de electores de derecha que defienden el refuerzo del área de soberanía por una cuestión de cultura política. Por el contrario, la demanda de gasto en materia de medio ambiente y cultura proviene principalmente de electores de izquierda y de los jóvenes, pues se trata de programas tradicionalmente asociados a los partidos de izquierda y a los valores propios del postmaterialismo (Inglehart, 1998).

Finalmente, el análisis confirma el incremento de la importancia de los «intereses» frente a las «cuestiones simbólicas» durante períodos de crisis graves y prolongadas (H_4), ya que en este contexto muchas personas ven menguada su capacidad económica y pasan a estar en situación de riesgo, convirtiéndose en usuarios de prestaciones públicas que antes no necesitaban. Esto parece ocurrir en aquellas políticas que afectan a la seguridad material de las personas. En paralelo, aparece la tendencia contraria: aumenta el impacto de la ideología en la demanda de gasto en ciertas políticas, especialmente en sanidad, seguridad social, protección del desempleo o educación; políticas del núcleo duro del sistema de bienestar que han sufrido reducciones presupuestarias. Presumiblemente, los electores de derecha apoyarán las medidas de ajuste del partido gobernante, suscribiendo el discurso neoliberal so-

bre la necesidad de reducir la intervención pública. Según Calzada y Del Pino (2013), estos votantes, muchos de ellos con elevados ingresos y de clase media y alta, parecen volverse más reacios a financiar el gasto destinado a los grupos desfavorecidos. Y los electores de izquierdas, tradicionalmente defensores de las políticas sociales, incrementarán su apoyo al gasto en contra de las medidas del gobierno, entendiéndolo que deben proteger el Estado de bienestar independientemente de sus intereses individuales. Se observa, pues, una polarización de las actitudes debido a la ideología, lo que apoyaría la tesis de Brooks y Manza (2013) relativa a que las crisis producen un giro a la izquierda de buena parte de la opinión pública, ampliándose la demanda de gasto social.

Queda contestar a la pregunta originaria: en la formación de las preferencias de gasto, a los españoles, ¿nos mueve el interés propio o nos condicionan los valores? La respuesta no es concluyente, pues las actitudes son multidimensionales y es complicado separar empíricamente el papel que juegan el autointerés y la ideología en la configuración de las preferencias. Nos movemos por el interés propio porque es atávico en la conducta humana, pero existe un efecto inherente de los valores y la ideología. Para profundizar en este tema se realizará en el futuro un modelo de regresión que analice el impacto combinado de las variables seleccionadas sobre las actitudes, controlando el efecto de la multicolinealidad.

BIBLIOGRAFÍA

- Andreß, Hans-Jürgen y Heinen, Thorsten (2001). «Four World of Welfare State Attitudes? A Comparison of Germany, Norway and United States». *European Sociological Review*, 17(4): 337-356.
- Arriba, Ana et al. (2006). *Los ciudadanos y el Estado de Bienestar en España (1985-2005)*. Madrid: CIS.
- Bergstrom, Theodore y Goodman, Robert (1973). «Private Demands for Public Goods». *American Economic Review*, 63(3): 280-296.

- Birdsall, William (1965). «A Study of Demand for Public Goods». En: Musgrave, R. A. (comp.). *Essays in Fiscal Federalism*. Washington: The Brookings Institution.
- Blekesaune, Morten y Quadagno, Jill (2003). «Public Attitudes toward Welfare State Policies: A Comparative Analysis of 24 Nations». *Sociological Review*, 19(5): 415-427.
- Brooks, Clem y Manza, Jeff (2013). «A Broken Public? Americans' Responses to the Great Recession». *American Sociological Review*, 78(5): 727-748.
- Calzada, Inés y Pino, Eloísa del (2013). «Algo cambia, algo permanece: los españoles ante el gasto público, el gasto social y los impuestos durante la crisis (2008-2012)». *Presupuesto y Gasto Público*, 71: 165-186.
- Carrillo, Ernesto y Tamayo, Manuel (2011). «La formación de las preferencias de gasto público: Un análisis comparado por políticas públicas». *Frontera norte*, 23(45): 193-229.
- Citrin, Jack (1979). «Do People Really Want Something for Nothing: Public Opinion on Taxes and Government Spending». *National Tax Journal*, 32(2): 113-129.
- Citrin, Jack y Green, Donald (1990). «The Self-Interest Motive in American Public Opinion». *Research in Micropolitics*, 3(1): 1-28.
- Deacon, Robert y Shapiro, Perry (1975). «Private Preference for Collective Goods Revealed through Voting on Referenda». *American Economic Review*, 65:943-955.
- Diamond, Patrick y Lodge, Guy (2013). «European Welfare States after the Crisis». *Policy Network/ IPPR Paper* (en línea). <http://www.policynetwork.net/publications/4320/European-Welfare-States-after-the-Crisis>, acceso junio de 2013.
- Eismeier, Theodore (1982). «Public Preferences about Government Spending: Partisan, Social, and Attitudinal Sources of Policy Differences». *Political Behaviour*, 4(2): 133-145.
- Erikson, Robert et al. (1989). «Political Parties, Public Opinion, and State Policy». *American Political Science Review*, 83(03): 729-750.
- Feldman, Stanley (1982). «Economic Self-Interest and Political Behavior». *American Journal of Political Science*, 3(26): 446-466.
- Ferris, James (1983). «Demands for Public Spending: An Attitudinal Approach». *Public Choice*, 40(2): 135-152.
- Forma, Pauli (1999). *Interests, Institutions and the Welfare State: Studies on Public Opinion towards the Welfare State*. Turku: STAKES, University of Turku.
- Funk, Carolyn (2000). «The Dual Influence of Self-Interest and Societal Interest in Public Opinion». *Political Research Quarterly*, 53(1): 37-62.
- Hasenfeld, Yeheskel y Rafferty, Jane (1989). «The Determinants of Public Attitudes toward the Welfare State». *Social Forces*, 67(4): 1027-1048.
- Henderson, Tammy L., et al. (1995). «Explaining public opinion toward government spending on child care». *Family relations*, 44(1): 37-45.
- Himmelstein, Jerome y McRae, James (1988). «Social Issues and Socioeconomic Status». *Public Opinion Quarterly*, 52(4): 492-512.
- Inglehart, Ronald (1998). *Modernización y posmodernización. El cambio cultural, económico y político en 43 sociedades*. Madrid: CIS.
- Jacoby, William (1991). «Ideological Identification and Issue Attitudes». *American Journal of Political Science*, 35(1): 178-205.
- Jacoby, William (1994). «Public Attitudes toward Government Spending». *American Journal of Political Science*, 38(2): 336-361.
- Jæger, Mads (2006). «Whats Makes People Support Public Responsibility for Welfare Provision: Self-interest or Political Ideology?». *Acta Sociológica*, 49(3): 321-338.
- Kinder, Donald y Kiewiet, Roderick (1981). «Sociotropic Politics: The American Case». *British Journal of Political Science*, 11(2): 129-161.
- Kristensen, Ole (1982). «Voter Attitudes and Public Spending: Is There a Relationship?». *European Journal of Political Research*, 10(1): 35-52.
- Lau, Richard y Heldman, Caroline (2009). «Self-interest, Symbolic Attitudes, and Support for Public Policy: A Multilevel Analysis». *Political Psychology*, 30(4): 513-537.
- Lewin, Leif (1991). *Self Interest and Public Interest in Western Politics*. Oxford: Oxford University Press.
- Lewis, Alan (1983). «Public Expenditures: Perceptions and Preferences». *Journal of Economic Psychology*, 3(2): 159-167.
- Linos, Katerina y West, Martin (2003). «Self-interest, Social Beliefs and Attitudes to the Redistribution: Re-addressing the Issue of Cross-national Variations». *European Sociological Review*, 19(4): 393-409.

- Margalit, Yotam (2013). «Explaining Social Policy Preferences: Evidence from the Great Recession». *American Political Science Review*, 107(1): 80-103.
- Monroe, Alan (1979). «Consistence between Public Preferences and National Policy Decisions». *American Politics Quarterly*, 7: 3-19.
- Mouritzen, Poul (1987). «The Demanding Citizen: Driven by Policy, Self-Interest or Ideology?». *European Journal of Political Research*, 15(4): 417-435.
- Pino, Eloísa del (2005). *¿Se han modificado las preferencias de los ciudadanos sobre las políticas del Bienestar en España?*. Documento de Trabajo, 05-05. Madrid: Unidad de Políticas Comparadas (CSIC).
- Pino, Eloísa del, et al. (2011). *La administración a juicio de los ciudadanos: actitudes hacia el gasto público*. Madrid: AEVAL.
- Rudolph, Thomas y Evans, Jillian (2005). «Political Trust, Ideology, and Public Support for Government Spending». *American Journal of Political Science*, 49(3): 660-671.
- Sanders, Arthur (1988). «Rationality, Self-Interest, and Public Attitudes on Public Spending». *Social Science Quarterly*, 69(2): 311-324.
- Sears, David et al. (1980). «Self-Interest vs. Symbolic Politics in Policy Attitudes and Presidential Voting». *American Political Science Review*, 74(3): 670-684.
- Sears, David y Funk, Carolyn (1990). «The Limited Effect of Economic Self-Interest on the Political Attitudes of the Mass Public». *Journal of Behavioral Economics*, 19(3): 2-91.
- Sears, David y Funk, Carolyn (1991). «The Role of Self-Interest in Social and Political Attitudes». *Advances in Experimental Social Psychology*, 24(1): 1-91.
- Shockkaert, Erick (1987). «Preferences and Demand for Local Public Spending». *Journal of Public Economics*, 34(2): 175-188.
- Shivo, Tuire y Uusitalo, Hannu (1995). «Attitudes towards the Welfare State. Evidence from Finland». *Scandinavian Journal of Social Welfare*, 4(4): 215-223.
- Svallfors, Stefan (2003). «Welfare Regimes and Welfare Opinions: A Comparison of Eight Western Countries». *Social Indicators Research*, 64(3): 495-520.
- Taylor-Gooby, Peter (1983). «Moralism, Self-interest and Attitudes to Welfare». *Policy and Politics*, 11(2): 145-160.

RECEPCIÓN: 14/09/2016

REVISIÓN: 26/01/2017

APROBACIÓN: 18/04/2017

¿Influye la pobreza en la juventud en la pobreza en la etapa adulta? Un análisis para España

Does Poverty on Youth Affect Poverty in Adulthood? An Analysis for Spain

Begoña Cueto, Vanesa Rodríguez y Patricia Suárez

Palabras clave

- Edad adulta
- Encuesta de Condiciones de Vida
- Juventud
- Movilidad social
- Pobreza

Key words

- Adulthood
- Life Conditions Survey (LCS)
- Youth
- Social mobility
- Poverty

Resumen

La correlación de los logros económicos, sociales y educativos entre generaciones de la misma familia es una cuestión de gran interés para el análisis de la igualdad de oportunidades en la sociedad. Nuestro objetivo en este artículo es cuantificar la incidencia e intensidad de la transmisión intergeneracional de la pobreza en España. Con datos del módulo específico sobre transmisión intergeneracional de situaciones de dificultades económicas de la ECV 2011 se utiliza *el propensity score matching* para estudiar la relación entre las dificultades económicas de una generación y las de la siguiente. Los resultados muestran que haber tenido dificultades económicas durante la adolescencia aumenta la probabilidad de pobreza en la etapa adulta. Este impacto se ha reducido en las generaciones más jóvenes.

Abstract

The correlation of economic, social and educational achievements between generations of the same family is a matter of great interest for the analysis of equal opportunities in society. The aim of this article is to quantify the impact and extent of the intergenerational transmission of poverty in Spain. Using data from the specific module on the intergenerational transmission of economic disadvantage in the 2011 Life Conditions Survey, propensity score matching was used to study the relationship between the economic disadvantage of one generation and the next. The results show that having economic disadvantage during adolescence increases the probability of poverty in adulthood. This impact has been reduced in younger generations.

Cómo citar

Cueto, Begoña; Rodríguez, Vanesa y Suárez, Patricia (2017). «¿Influye la pobreza en la juventud en la pobreza en la etapa adulta? Un análisis para España». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 160: 39-60. (<http://dx.doi.org/10.5477/cis/reis.160.39>)

La versión en inglés de este artículo puede consultarse en <http://reis.cis.es>

Begoña Cueto: Universidad de Oviedo | bcueto@uniovi.es

Vanesa Rodríguez: Universidad de Oviedo | rodriguezvanesa@uniovi.es

Patricia Suárez: Universidad de Oviedo | suarezcpatricia@uniovi.es

INTRODUCCIÓN

La correlación de los logros económicos, sociales y educativos entre generaciones de la misma familia es un hecho bien conocido y documentado. Tanto la educación como la renta o la clase social actúan como canales de transmisión de dichos logros (Black y Devereux, 2011; Blau y Duncan, 1967). En el caso de familias pobres o con problemas económicos y/o sociales, dicha correlación implica un mayor riesgo en los hijos de experimentar la misma situación durante la etapa adulta.

La literatura sobre la transmisión intergeneracional de ingresos, educación o clase social se ha preocupado de calcular elasticidades de ingresos entre padres e hijos que han puesto de manifiesto la existencia de diferencias entre países (Corak, 2006, 2013). Existen limitaciones importantes para realizar una comparación apropiada de la elasticidad de ingresos entre padres e hijos debido a las dificultades para encontrar bases de datos adecuadas. No obstante, los países del sur de Europa suelen encontrarse entre aquellos con mayor persistencia de la pobreza entre generaciones, mientras que los del norte se encuentran en la situación contraria, lo que puede explicarse por el menor gasto educativo del primer grupo (Blanden, 2013). No obstante, el autor señala que debemos ser cautos a la hora de esperar que un incremento del gasto en educación dé lugar a un efecto positivo en la movilidad.

Por otra parte, la literatura también ha puesto de manifiesto la relevancia de ciertas políticas para facilitar la movilidad socioeconómica. El desarrollo del Estado de bienestar ha favorecido la redistribución de recursos, reduciéndose así los niveles de pobreza. Sin embargo, este efecto presenta magnitudes muy diferentes en función de los países, debido a la distinta configuración de las políticas sociales en los distintos modelos de bienestar (Paugam, 2007; Beller y Hout, 2006). En general, podemos afirmar que en los países que

destinan más recursos a las políticas sociales las tasas de pobreza son menores.

Nuestro objetivo en este artículo es cuantificar la incidencia e intensidad de la transmisión intergeneracional de la pobreza en España, con un especial énfasis en el análisis de la relación entre las dificultades económicas de una generación y de la siguiente. Los resultados sugieren que, una vez controlado el efecto de las características de los padres, la pobreza en el hogar explica una parte relevante de la probabilidad de pobreza en la etapa adulta. En un contexto como el actual, en el que las tasas de pobreza han crecido y el número de niños en hogares pobres es cada vez mayor, nuestros resultados son, si cabe, más relevantes para apoyar la puesta en marcha de políticas que traten de paliar los efectos de la recesión sobre los hogares con niños, puesto que sus efectos pueden ser tan importantes en el corto plazo como en el largo.

MOVILIDAD SOCIAL Y TRANSMISIÓN INTERGENERACIONAL DE LOGROS

El análisis de la movilidad social es un tema clave tanto desde un punto de vista sociológico como económico. Desde ambas perspectivas, parece deseable que la movilidad social no sea baja, pues ello reflejaría una sociedad en la que los logros de las personas sean reflejo de sus decisiones y esfuerzos y no el resultado de las características de sus familias. Los análisis de la movilidad social se han ocupado tanto de cuantificarla como de explicar sus causas y mecanismos de transmisión, así como de analizar las políticas que puedan afectar a dicha movilidad. No obstante, hay que destacar que su estudio no es sencillo por la necesidad de datos longitudinales de padres e hijos que, en muchos casos, no están disponibles o resultan difíciles de obtener.

Tal y como se ha mencionado previamente, la comparación entre países ha puesto de manifiesto la existencia de importantes dife-

rencias. De acuerdo con Corak (2013), la transmisión de estatus económico entre padres e hijos (medida a través de la elasticidad de ingresos entre generaciones) es débil en los países nórdicos, mientras que en Estados Unidos, Reino Unido e Italia es mucho más alta. En un análisis sobre fluidez social en cinco países europeos con datos de la Encuesta de Condiciones de Vida europea (SILC, *Survey on Income and Living Conditions*, por sus siglas en inglés) en su edición de 2005, Rodríguez Menés (2016) encuentra que Gran Bretaña presenta una mayor movilidad ocupacional, seguida de Alemania, Dinamarca, Noruega y España. En general, la conclusión de la mayor parte de los estudios es que la transmisión intergeneracional de la pobreza es mayor en los países del sur de Europa que en los del norte.

Tan relevante como la cuantificación de la elasticidad de ingresos entre generaciones es el estudio de los mecanismos que explican la asociación entre los ingresos de ambas generaciones. Raitano y Vona (2015b) utilizan los datos de la Encuesta de Condiciones de Vida (ECV) en su edición de 2005, para ocho países de la Unión Europea con el objetivo de analizar los efectos directos e indirectos de las características familiares sobre los salarios de los hijos. Sus resultados muestran que la asociación directa entre la ocupación de los padres y los ingresos de sus hijos desaparecen una vez que se tienen en cuenta la ocupación y el nivel educativo (los canales que transmiten la desigualdad) en los países nórdicos y centrales. En un análisis previo, Franzini y Raitano (2009) muestran que estas diferencias persisten en los países del sur, entre ellos España, lo que confirma el importante papel que juegan las circunstancias familiares sobre la trayectoria laboral de los jóvenes.

Por otra parte, distintos estudios han identificado una mayor movilidad social en las clases sociales intermedias que en las inferiores o superiores (Escribà, 2006; Hertel y Groh-Samberg, 2014, entre otros). Además,

análisis centrados en países como Suecia, Alemania o Estados Unidos ya hablan de transmisión intergeneracional entre abuelos y nietos, señalando que la falta de movilidad social no se da únicamente entre dos cohortes consecutivas, sino que se prolonga en el tiempo (Hällsten, 2014; Hertel y Groh-Samberg, 2014). También para el caso de Suecia, otros trabajos identifican que los niños que vivían con sus padres en vecindarios pobres tienen una mayor probabilidad de vivir en este tipo de vecindarios en la etapa adulta. Esta experiencia infantil tiene un efecto negativo en sus ingresos después de abandonar el hogar familiar (Ham *et al.*, 2012; Hedman *et al.*, 2015).

La educación es uno de los canales de transmisión de los logros entre generaciones y, a la vez, una forma de aumentar la movilidad social. Es decir, por una parte, existe una elevada asociación entre niveles educativos de padres e hijos (Gil Izquierdo *et al.*, 2010; Kraaykamp *et al.*, 2013; Moreno Mínguez, 2011) y, a la vez, políticas educativas adecuadas pueden contribuir a reducir el impacto negativo que el bajo nivel educativo de los padres pueda tener sobre el de los hijos.

Para el caso de Escocia, Iannelli y Paterson (2007) encuentran que, aunque las desigualdades de logro educativo se han reducido desde la década de los setenta, no se ha reflejado en igual medida en el aumento de la movilidad social. Relacionan este resultado con la utilización, por parte de las empresas, de nuevos métodos de selección de personal que buscan más allá del nivel educativo y se centran en una serie de habilidades interpersonales que pueden estar favoreciendo a la clase media. Estos autores concluyen que la educación no puede ser utilizada, por sí sola, para erradicar las desigualdades sociales, pues las clases más bajas carecen de ciertas redes que les permitan acceder a las mismas oportunidades.

En el mismo sentido apuntan los resultados obtenidos por van Houten *et al.* (2013)

para Holanda. Su análisis concluye que ser miembro de alguna asociación (tanto en el caso de los padres como de los hijos) tiene un efecto positivo en la transmisión intergeneracional de la ocupación para los nacidos a partir de 1948. Para el mismo país, Tolsma y Wolbers (2014) encuentran que, en las nuevas cohortes, la ocupación de los hijos en su primer empleo está menos condicionada por la ocupación del padre. Según los autores, las causas serían que la expansión educativa prolongó la trayectoria escolar de los individuos y aumentó la edad de acceso al mercado de trabajo, lo que reduce el control parental y conduce a una menor influencia de la situación de los padres.

En definitiva, los padres transmiten a sus hijos sus circunstancias económicas en diferente medida. Esta influencia se puede ver matizada por distintas políticas, en particular las educativas, que pueden contribuir a mitigar los efectos de las desventajas asociadas a los hogares más pobres. En este sentido, nuestro objetivo en este artículo es analizar el efecto que la pobreza en la juventud pueda tener sobre la pobreza en la etapa adulta, una vez que se tienen en cuenta otras circunstancias familiares como son el nivel educativo de los padres o su situación laboral.

TRANSMISIÓN INTERGENERACIONAL DE LA POBREZA EN ESPAÑA

En el caso de España, los estudios sobre movilidad intergeneracional son relativamente recientes. Podemos citar a Carabaña (1999), que analizaba la movilidad ocupacional, mientras que otros autores han analizado la transmisión entre generaciones del nivel educativo (Gil Izquierdo *et al.*, 2010; Moreno Mínguez, 2011; Pascual, 2009), de la clase social (Marqués Perales y Herrera-Usagre, 2010) o de los ingresos (Cervini-Plá, 2015; Pascual, 2009).

Probablemente el estudio más detallado sobre movilidad sea el llevado a cabo por

Carabaña (1999). Con datos de la Encuesta Sociodemográfica, concluye la existencia de tres etapas diferentes en la movilidad ocupacional. Solamente en una (1932-1946) las tasas de movilidad relativa cambian, mientras que en las otras dos (1907-1931 y 1947-1961) permanecen estables. Más recientemente, Marqués Perales y Herrera-Usagre (2010) utilizan la información de la ECV correspondiente a 2005 y concluyen nuevamente que la inmovilidad es alta, es decir, las oportunidades para el intercambio no se observan entre niveles de manera que los hijos toman mayoritariamente la clase de sus padres.

En el ámbito educativo, Moreno Mínguez (2011), utilizando una encuesta realizada por el Instituto de la Juventud de 2008 y el módulo con datos de transmisión intergeneracional de situaciones de dificultades económicas de la ECV de 2005, identifica una tendencia a la reproducción de las desigualdades educativas en función del nivel educativo, del estatus ocupacional de los padres y del grado de eficiencia de los sistemas educativos y de las políticas educativas. Sus resultados señalan que la ocupación del padre incide de forma significativa en los estudios cursados por los hijos, lo que pone en entredicho, por una parte, la igualdad de oportunidades a pesar del cambio en las últimas décadas, y, por otro lado, la capacidad de la política educativa desarrollada para contrarrestar la inercia en la transmisión de los niveles educativos y de la clase social.

Gil Izquierdo *et al.* (2010) encuentran una mayor probabilidad de que los hijos superen el nivel educativo de sus padres. No obstante, el hecho de que los padres tengan estudios superiores determina en gran medida que sus hijos también los tengan. Los mayores niveles educativos de los padres influyen positivamente en la probabilidad de que los hijos alcancen mayores niveles educativos. También señalan que más de la mitad de los hijos de padres con estudios superiores completan este nivel educativo, si bien iden-

tifican un descenso llamativo hacia niveles de secundaria (tanto de primera como de segunda etapa). En el resto de niveles educativos se encuentran grandes probabilidades de ascenso, principalmente hacia la educación superior. La mayor movilidad intergeneracional se da en el caso de la educación primaria. Como conclusión final indican que sigue siendo más probable la movilidad ascendente que la descendente.

Respecto a la transmisión intergeneracional de los ingresos, a pesar de la importancia del tema, pocos análisis se han dedicado a su cuantificación. Pascual (2009) analiza la movilidad intergeneracional del ingreso en España a partir de datos sobre las personas y los hogares con el Panel de Hogares de la Unión Europea (PHOGUE, 1994-2001). Los resultados muestran que la elasticidad intergeneracional del ingreso (es decir, la proporción de ingresos que se transmite entre generaciones) en España entre los padres y el hijo es de alrededor de 0,30. Este resultado entre madres e hijas es ligeramente superior mientras que los resultados no son significativos entre padres e hijas y madres e hijos. Esto último se debe tanto al *gap* existente en términos de renta entre hombres y mujeres como al tradicional rol de cabeza de familia que ostentan los hombres en España. Los resultados subrayan, nuevamente, cómo las políticas educativas pueden romper los ciclos intergeneracionales y aumentar la movilidad de los ingresos.

Cervini-Plá (2015) ha realizado una exhaustiva revisión de la literatura sobre la movilidad del ingreso intergeneracional centrada en la ausencia de estudios españoles que tengan información a largo plazo sobre los ingresos de padres e hijos. Sus estimaciones muestran elasticidades de alrededor de 0,40 para los hijos. Para las hijas, esas elasticidades son bastante similares. La misma autora señala que la movilidad económica intergeneracional obtenida en España es similar a la movilidad en Francia, más baja que en los países nórdicos y el Reino Unido y más alta

que en Italia. Los resultados de Cervini-Plá (2013) sugieren que el componente más importante de la fuente de ingresos es la ocupación y la educación del padre. Esta influencia es especialmente importante cuando nos movemos en la cola inferior de la distribución de ingresos. Así, alrededor del 30% de los niños permanecen en el quintil inferior (superior) de la distribución de los ingresos, si su padre pertenece a ese quintil.

En un artículo complementario, Cervini-Plá y Ramos (2013) analizan la movilidad económica intergeneracional en España incorporando la importancia que tiene el emparejamiento selectivo en este proceso. La principal conclusión es la clara relación entre los ingresos de una familia y los ingresos de la familia con la que el hijo o hija se ha emparejado. La inercia en la transmisión de ingresos debida al emparejamiento selectivo en España es similar a la encontrada en países incluso con mayor movilidad intergeneracional, como Alemania y el Reino Unido.

En definitiva, los estudios existentes muestran que, en nuestro país, existe baja movilidad intergeneracional. Renta, nivel educativo y situación laboral de los padres contribuyen a explicar dicho resultado. Nuestro objetivo es tratar de aportar evidencia sobre la relevancia de cada uno de estos factores en la transmisión intergeneracional de la pobreza.

DATOS E HIPÓTESIS

Como se indicaba previamente, la literatura sobre movilidad intergeneracional es relativamente reciente y también escasa. Una de las razones que puede explicar esta escasez está relacionada con las limitaciones de los datos, dado que se necesita información de padres e hijos durante su etapa adulta, lo que resulta complicado si ambos no viven en el mismo hogar.

La fuente de información que se utiliza en este artículo es la Encuesta de Condiciones

CUADRO 1. Tasa de riesgo de pobreza

	2008	2009	2010	2011	2012	2013	2014	2015
Total	19,8	20,4	20,7	20,6	20,8	20,4	22,2	22,1
Menores de 16 años	26,8	28,9	28,8	27,2	26,9	26,7	30,1	28,8
De 18 a 64 años	16,5	17,2	18,1	19	20,4	20,4	22,9	22,8

Fuente: Encuesta de Condiciones de Vida (INE).

de Vida (ECV) que, en su edición de 2011, incluye un módulo específico para el estudio de la transmisión intergeneracional de situaciones de dificultades económicas. Estos módulos permiten disponer de información sobre la situación socioeconómica de la familia durante la adolescencia de la persona entrevistada (en concreto, a los 14 años), de manera que es posible relacionar esta situación con las circunstancias en la etapa adulta. En concreto, se dispone de información sobre la situación económica del hogar, el nivel educativo y la situación laboral de los padres. Estas preguntas se realizan a los individuos con edades comprendidas entre los 25 y los 59 años.

Por otra parte, la ECV también dispone de información sobre los ingresos del hogar y el número de miembros del mismo, de tal forma que es posible calcular la renta per cápita disponible en el hogar y, tomando como referencia el 60% de la renta mediana del país, estimar el porcentaje de personas en riesgo de pobreza. Así, el 18,8% de las per-

sonas que forman parte de la muestra del módulo se encuentran en una situación de riesgo de pobreza.

Los datos publicados por el INE con la información de la Encuesta de Condiciones de Vida muestran una tasa de riesgo de pobreza del 19% en 2011 para las personas entre 18 y 64 años, porcentaje que no ha dejado de crecer desde 2008 hasta 2014, habiéndose reducido en una décima en 2015, tal y como se puede observar en el cuadro 1.

Se ha calculado la tasa de pobreza en función de distintas características del hogar durante la adolescencia. Aunque no tenemos datos de la renta del hogar en dicho momento, en el caso de la ECV correspondiente al año 2011, sí se realizan dos preguntas que permiten aproximarla. La primera de ellas se refiere a la situación financiera del hogar y la segunda a la existencia de dificultades para llegar a fin de mes. En ambos casos, las respuestas toman valores de 1 a 6. La situación financiera del hogar puede calificarse desde

CUADRO 2. Distribución de las personas en la muestra según la situación del hogar en la juventud

Situación económica del hogar		Dificultades para llegar a fin de mes	
Muy mala	2,7	Con mucha dificultad	4,8
Mala	7,6	Con dificultad	10,8
Moderadamente mala	16,9	Con cierta dificultad	22,8
Moderadamente buena	41,2	Con cierta facilidad	37,9
Buena	29,6	Con facilidad	22,1
Muy buena	1,7	Con mucha facilidad	1,4

Fuente: Elaboración propia a partir de la ECV-2011.

CUADRO 3. Tasa de riesgo de pobreza según características del hogar durante la adolescencia

		Todos	Hombres	Mujeres
Total		15,9	15,6	16,3
Situación financiera del hogar	Buena	13,3	12,8	13,8
	Mala	22,9	22,8	23,0
	Estadístico gamma	0,271**	0,285**	0,259**
Dificultades para llegar a fin de mes	No	13,1	12,7	13,6
	Sí	20,4	20,2	20,7
	Estadístico gamma	0,226**	0,234**	0,220**

*: significativo al 10% (** al 5%; *** al 1%).

Fuente: Elaboración propia a partir de la ECV-2011.

muy mala (valor 1) a muy buena (valor 6), mientras que las respuestas sobre la capacidad para llegar a fin de mes pueden variar desde con mucha dificultad (valor 1) a muy fácilmente (valor 6).

Finalmente, debemos señalar que, con el fin de eliminar heterogeneidad de la muestra, el análisis se realizará para las personas españolas nacidas en España. Es decir, se incluye exclusivamente a las personas que han pasado la juventud en España. La muestra final se compone de 10.139 personas. Para este grupo, la tasa de pobreza se sitúa en un 15,9%.

En ambas preguntas, pocas personas se sitúan en los valores extremos. Si agregamos, podemos señalar que un 27,2% califica su situación en la adolescencia como mala en algún grado y un 38,4% indica algún grado de dificultad para llegar a fin de mes. La asociación entre ambas variables es muy elevada (0,925 de acuerdo con el estadístico gamma). No obstante, podemos señalar que la proporción de personas que indica dificultades para llegar a fin de mes es mayor que el porcentaje de individuos que indica una mala situación económica del hogar.

Nuestro objetivo es estudiar la posibilidad de que exista relación entre las dificultades económicas en la juventud y la pobreza en la etapa adulta. En el cuadro 3 podemos observar que la tasa de pobreza es mucho más elevada si la situación financiera del hogar era «mala». De hecho, casi duplica dicha

probabilidad respecto a si la situación financiera era «buena». Tenemos el mismo resultado si consideramos la existencia de dificultades para llegar a fin de mes. Si no había dificultades, la probabilidad de pobreza asciende a un 13,1%, mientras que alcanza un 20,4% cuando sí las había. Es decir, las dificultades económicas durante la juventud están asociadas a una mayor probabilidad de pobreza durante la etapa adulta. Además, dicha asociación se observa tanto para hombres como para mujeres. Utilizando la medida de asociación gamma de Goodman y Kruskal, se obtienen asociaciones positivas y significativas entre las variables, tal y como se puede observar en el cuadro 3.

Como se indicaba previamente, las características de los padres también están altamente asociadas con la probabilidad de pobreza. En el cuadro 4 se muestran las tasas de pobreza en función del nivel educativo y su situación laboral¹. Se puede observar que nos encontramos con diferencias sustanciales. Si los padres son analfabetos, la

¹ El nivel de estudios de los padres se codifica en cuatro categorías: analfabetos, nivel bajo (educación secundaria de primera etapa o inferior), nivel medio (educación secundaria de segunda etapa) y nivel alto (educación superior). En cuanto a la situación laboral, la variable original recoge seis posibles respuestas que se han recodificado en tres: ocupación (asalariado y empleador, empresario sin asalariados o trabajador independiente), desempleo (parado) e inactividad (jubilación, labores del hogar u otras clases de inactividad económica).

CUADRO 4. Tasa de riesgo de pobreza según características de los padres

	Todos	Hombres	Mujeres	
Nivel educativo del padre	Analfabeto	32,3	31,6	32,8
	Nivel bajo	16,4	16,2	16,5
	Nivel medio	11,5	11,8	11,2
	Nivel alto	6,7	4,9	8,6
	Estadístico gamma	-0,359**	-0,397**	-0,327**
Nivel educativo de la madre	Analfabeto	31,8	30,8	32,8
	Nivel bajo	15,5	15,4	15,6
	Nivel medio	8,9	6,9	11,0
	Nivel alto	5,2	4,2	6,2
	Estadístico gamma	-0,355**	-0,347*	-0,363**
Situación laboral del padre	Ocupación	15,7	15,5	16,1
	Desempleo	33,8	39,9	29,2
	Inactividad	18,8	16,3	20,3
	Estadístico gamma	0,255*	0,243*	0,260*
Situación laboral de la madre	Ocupación	14,2	12,9	15,5
	Desempleo	48,2	31,9	74,9
	Inactividad	16,4	16,3	16,4
	Estadístico gamma	0,030**	0,038**	0,025**

*: significativo al 10% (** al 5%; *** al 1%).

Fuente: Elaboración propia a partir de la ECV-2011.

tasa de pobreza supera el 30%, mientras que no llega al 10% si son universitarios. De la misma forma, el desempleo de los padres también aumenta la probabilidad de ser pobre durante la etapa adulta, mientras que esta es más baja si los padres están ocupados. En ambos casos, se encuentran fuertes asociaciones entre las variables que reflejan los resultados esperados. Así, la asociación es negativa entre nivel educativo de los padres y la tasa de pobreza, es decir, a mayor nivel educativo, menor probabilidad de pobreza. En cambio, el signo es positivo si se relaciona con la situación profesional, lo que muestra que si los padres están ocupados, la tasa de pobreza es menor.

Las tres variables consideradas —dificultades económicas, nivel educativo y situación laboral— están altamente relacionadas. Un mayor nivel educativo aumenta la probabilidad

de acceso al empleo y este el logro de un mayor nivel de renta, que a su vez reduce la probabilidad de pobreza. Por ello, nuestro objetivo en este artículo es ir más allá de la asociación entre las variables, tratando de establecer la importancia de cada uno de esos factores. Es decir, queremos estudiar si la pobreza durante la etapa adulta responde al hecho de haber vivido una situación de pobreza en la juventud o si se debe a factores de las familias de origen, como puede ser el nivel educativo de los padres o su situación laboral.

Las características ambientales y circunstancias tales como el nivel educativo de los padres, su situación laboral, la ausencia de padre en el hogar, el número de hermanos con los que convivía el adulto durante su infancia, etc., pueden ser muy relevantes, hasta el punto de reducir y llegar a anular la sig-

nificatividad de la relación entre pobreza en la infancia y pobreza en la vida adulta (Blanden y Gregg, 2004). En el apartado siguiente utilizaremos el *propensity score matching* para realizar el análisis de la relación entre pobreza durante la niñez y pobreza en la etapa adulta.

Hipótesis

La revisión de la literatura ha mostrado la baja movilidad existente en nuestro país, tanto en términos de clase social, nivel educativo o de ingresos. Se ha puesto de manifiesto que las características de las familias determinan, en gran medida, los logros tanto en la etapa educativa como en el mercado de trabajo. Por tanto, la primera hipótesis es la siguiente:

1. Los adultos que vivieron en hogares con una mala situación financiera durante la adolescencia tienen una mayor probabilidad de ser pobres en la etapa adulta.

La existencia de correlación entre los logros de generaciones sucesivas es un hecho bien documentado y probado (Blau y Duncan, 1967; Raitano y Vona, 2015b; Rodríguez Menés, 2016). Sin embargo, la existencia de causalidad resulta más difícil de probar dado que nivel educativo, situación laboral y dificultades financieras son variables altamente correlacionadas. En este artículo se propone el uso de una metodología de evaluación, como es el *propensity score matching*, para la estimación del efecto de las dificultades financieras durante la adolescencia sobre la probabilidad de ser pobre en la etapa adulta. Las limitaciones tanto de los datos como de la técnica no permiten una interpretación causal, pero sí tener en cuenta el efecto de otras variables, de forma que se pueda probar la asociación entre pobreza en la etapa infantil y pobreza en la etapa adulta, una vez considerado el efecto de educación y situación laboral de los padres. Así, nuestra segunda hipótesis es:

2. Una vez que se tienen en cuenta los efectos de las características de los padres (nivel educativo, situación laboral), la pobreza en el hogar durante la juventud sigue estando asociada a menores ingresos en la etapa adulta.

Por otra parte, no podemos dejar de tener en cuenta que la sociedad española ha experimentado fuertes transformaciones en los últimos años. Las generaciones más jóvenes han tenido acceso a un Estado de bienestar en el que la educación obligatoria se ha ampliado hasta los 16 años y donde el acceso a niveles educativos más elevados se ha extendido. Así, es posible que el contexto socioeconómico en el que han vivido las generaciones más jóvenes, así como las políticas desarrolladas en el marco de nuestro Estado de bienestar, hayan contribuido a mitigar los efectos negativos que las dificultades económicas en el hogar tienen sobre los logros de los hijos. De esta forma, la tercera hipótesis a contrastar es:

3. La transmisión intergeneracional de la pobreza es menor entre las cohortes más jóvenes que entre las de más edad.

ANÁLISIS EMPÍRICO

Para estudiar el impacto de la pobreza en la juventud sobre la probabilidad de pobreza en la etapa adulta se propone utilizar como método el *Propensity Score Matching* (PSM). Se trata de una técnica ampliamente utilizada en la evaluación de políticas², pero que apenas ha sido empleada en estudios similares al aquí propuesto, pudiendo citarse el caso de Bellani y Bia (2017), que lo em-

² Para el caso de las políticas de mercado de trabajo, Card *et al.* (2010) realizan una revisión de las evaluaciones de este tipo de políticas en la que se puede concluir el uso habitual del *propensity score matching* como técnica de evaluación. Se obtiene el mismo resultado si se revisan las evaluaciones para el caso español (Malo y Cueto, 2015).

plean con datos para el conjunto de la Unión Europea.

El objetivo del *propensity score matching* es la estimación del efecto causal derivado de un tratamiento (programa o política) sobre un grupo, reduciendo el sesgo basado en variables observables, por lo que es necesaria una fuente de datos que disponga de información extensa sobre la población a estudiar. La estimación se lleva a cabo en dos etapas. En primer lugar, se estima la probabilidad de que una persona pertenezca al grupo de tratamiento frente a la alternativa de estar en el grupo de control (*propensity score*). Mediante la estimación de modelos logit o probit se obtiene una probabilidad estimada para cada persona (*propensity score*). En segundo lugar, se compara la media de las diferencias entre los resultados de las observaciones del grupo de tratamiento y del grupo de control que tengan la misma probabilidad de tratamiento.

En este trabajo, nuestra variable resultado es el riesgo de pobreza en la etapa adulta y nuestra variable tratamiento es haber experimentado pobreza en la infancia (vivir en un hogar pobre). Las variables independientes a incluir en el modelo para la estimación del *propensity score* son aquellas que tengan efecto sobre la variable dependiente tales como el nivel educativo y la ocupación de los padres, la ausencia de padres en el hogar y la edad de la madre en el momento del nacimiento. Debemos señalar que las variables incluidas deben ser previas al tratamiento, por lo que no es posible incluir información relativa al nivel educativo o situación laboral de la persona en la etapa adulta.

Como se ha expuesto en los primeros apartados del artículo, la transmisión intergeneracional de la pobreza es un proceso complejo que se ve afectado por variables muy relacionadas entre sí, como son situación económica del hogar, nivel educativo y situación laboral de los padres. Por ello, a pesar de que el *propensity score matching* trata de

estimar un efecto causal, resulta difícil asumir esta causalidad en el tema propuesto. No obstante, como se verá a continuación, los resultados obtenidos muestran que, una vez tenidas en cuenta variables relativas a educación y situación laboral de los padres, la situación de pobreza del hogar sigue resultando relevante para explicar la pobreza adulta, lo que debería ser tenido en cuenta a la hora de diseñar políticas que traten de reducir el impacto de las desventajas asociadas al hogar sobre la trayectoria vital de las personas.

Propensity score matching

Nuestro objetivo es calcular el efecto medio del tratamiento (ser pobre en la adolescencia) sobre los tratados (*average treatment effect, ATT*), una vez descontado el sesgo de selección basado en las diferentes características de los grupos de tratamiento y de control, para lo que utilizaremos como técnica de análisis el método de emparejamiento basado en la probabilidad de asignación (*propensity score matching*).

Como hemos señalado, los métodos *matching* o de emparejamiento son métodos no experimentales de evaluación en los que se trata de reproducir las condiciones de un análisis experimental. El objetivo es restablecer las condiciones de un experimento construyendo un grupo de comparación adecuado al grupo de tratamiento, siendo ambos grupos lo más similares posible en términos de sus características observables. La hipótesis básica es que el sesgo de selección se elimina si se condiciona en las variables observables (Heckman *et al.*, 1998).

De forma muy sencilla se puede decir que este método consiste en hacer pares (*matches*) de unidades del grupo de tratamiento y del grupo de control que tengan las mismas características, de modo que se asigne a cada observación del grupo de tratamiento el resultado de una observación con las mismas características pero que pertenece al

grupo de control. El efecto medio del tratamiento sobre los tratados se estima como la media de las diferencias entre los resultados de las observaciones del grupo de tratamiento y del grupo de control de los pares realizados.

El método *matching* o de emparejamiento puede ser difícil de llevar a cabo si se condiciona en muchas variables, ya que implicaría encontrar pareja para todos los participantes entre los no participantes con las mismas características (sexo, edad, nivel de estudios, entre otras). Para evitar este problema derivado de la dimensionalidad, Rosenbaum y Rubin (1983) propusieron condicionar en la probabilidad de asignación (*propensity score*). El principal supuesto es la hipótesis de independencia condicionada que significa que, una vez que se ha estimado la probabilidad de asignación, la participación en el programa es independiente del resultado en caso de no participación. Esto requiere que todas las variables que afectan a la participación y al resultado en caso de no participación estén incluidas en la estimación de la probabilidad de asignación (Smith, 2000).

Esta hipótesis no se puede verificar. En cambio, sí es posible argumentar que disponemos de una serie de variables que permiten controlar las características de las personas del grupo de tratamiento y que la base de datos utilizada contiene información valiosa sobre diversos aspectos que pueden influir en la probabilidad de haber experimentado pobreza en la adolescencia: características personales (sexo, año de nacimiento) y variables relacionadas con la situación familiar durante la adolescencia (características socioeconómicas de los padres y del hogar).

Resultados

Con la base de datos utilizada, se puede aproximar la pobreza en la juventud a través de dos variables: la situación económica del

hogar y la existencia de dificultades para llegar a fin de mes. Tanto una como otra han sido utilizadas como proxy en distintos estudios³ y, como hemos visto previamente, ambas variables nos aportan información sobre la situación económica de la familia durante la adolescencia y están altamente correlacionadas. Ninguna de ellas es una medida objetiva de la situación económica del hogar puesto que no se dispone de datos de renta, pero ambas constituyen proxies de dicha situación. En nuestra opinión, la segunda puede tener un mayor componente subjetivo que la primera, puesto que es posible tener dificultades para llegar a fin de mes aun disponiendo de un elevado nivel de ingresos, si los gastos son también elevados. De hecho, como se veía previamente, el porcentaje de personas que indica dificultades para llegar a fin de mes es mayor que la proporción de individuos que declara una mala situación económica en el hogar. Por ello, aunque en el análisis que se realiza a continuación se utilizan ambas variables, la mayor parte de los comentarios se refieren a los efectos estimados tomando como variable de tratamiento la situación económica del hogar.

En resumen, el grupo de tratamiento está formado por los adultos cuya situación financiera durante la adolescencia era mala (tuvieron dificultades para llegar a fin de mes), mientras que el grupo de control está constituido por aquellas personas cuya situación financiera no era mala en esa etapa (no tuvieron dificultades para llegar a fin de mes).

La primera etapa del método consiste en la estimación del *propensity score*, para lo cual utilizamos un modelo *logit* cuya variable dependiente toma valor 1 si la persona vivió en un hogar que tenía una mala situación financiera durante la adolescencia y 0 en el caso opuesto. Los resultados se muestran

³ Por ejemplo, Raitano (2015) utiliza las dificultades para llegar a fin de mes mientras que Franzini y Raitano (2009) emplean la situación financiera del hogar.

CUADRO 5. Probabilidad de haber tenido dificultades económicas durante la juventud

		Todos		Hombres		Mujeres	
		Coef.	S.E.	Coef.	S.E.	Coef.	S.E.
Sexo (ref.: mujer)	hombre	0,043	0,028				
	30-34	0,042	0,070	0,022	0,098	0,074	0,100
	35-39	-0,080	0,076	-0,064	0,105	-0,077	0,110
	40-44	-0,098	0,082	-0,142	0,115	-0,040	0,119
	45-49	0,036	0,087	-0,046	0,122	0,136	0,126
	50-54	0,139	0,092	0,044	0,128	0,256	0,133 *
Edad (ref.: 25-29)	55-59	0,192	0,097 **	0,086	0,136	0,320	0,140 **
	Nivel bajo	-0,252	0,080 ***	-0,219	0,118 *	-0,278	0,110 **
Nivel educativo del padre (ref.: analfabeto)	Nivel medio	-0,788	0,104 ***	-0,761	0,153 ***	-0,817	0,143 ***
	Nivel alto	-1,068	0,109 ***	-1,027	0,157 ***	-1,121	0,154 ***
	Nivel bajo	-0,351	0,065 ***	-0,366	0,097 ***	-0,344	0,087 ***
Nivel educativo de la madre (ref.: analfabeto)	Nivel medio	-0,696	0,110 ***	-0,659	0,157 ***	-0,737	0,157 ***
	Nivel alto	-0,655	0,126 ***	-0,827	0,183 ***	-0,507	0,176 ***
Situación laboral del padre (ref.: ocupación)	Desempleo	0,962	0,221 ***	1,854	0,452 ***	0,581	0,274 **
	Inactividad	0,633	0,089 ***	0,591	0,150 ***	0,668	0,112 ***
Situación laboral de la madre (ref.: ocupación)	Desempleo	0,507	0,315	0,611	0,432	0,405	0,465
	Inactividad	0,030	0,035	0,045	0,052	0,022	0,048
Padre español nacido en España (ref.: otros)		-0,066	0,125	0,085	0,183	-0,197	0,171
Madre española nacida en España (ref.: otros)	< 1930	0,229	0,177	0,365	0,246	0,067	0,260
	1930-1939	0,188	0,170	0,244	0,235	0,105	0,250
	1940-1949	0,167	0,161	0,182	0,222	0,127	0,238
Año de nacimiento del padre (ref.: 1960 o posterior)	1950-1959	0,098	0,146	0,041	0,202	0,132	0,216
	< 1930	-0,330	0,144 **	-0,372	0,206 *	-0,285	0,203
	1930-1939	-0,375	0,134 ***	-0,414	0,192 **	-0,328	0,190 *
	1940-1949	-0,333	0,123 ***	-0,319	0,176 *	-0,340	0,174 **
Año de nacimiento de la madre (ref.: 1960 o posterior)	1950-1959	-0,358	0,103 ***	-0,338	0,149 **	-0,366	0,144 **
	Alquiler	0,461	0,039 ***	0,507	0,057 ***	0,422	0,055 ***
	Provista gratuitamente	0,557	0,072 ***	0,550	0,102 ***	0,573	0,101 ***
Presencia de padres en el hogar (ref.: vive con los padres)	Vive solo con el padre	0,199	0,295	-0,052	0,488	0,347	0,377
	Vive solo con la madre	0,869	0,148 ***	0,832	0,246 ***	0,891	0,188 ***
	Vive sin padres	0,011	0,116	0,132	0,178	-0,076	0,155
Miembros del hogar (ref.: 1-4)	5-6	0,017	0,038	-0,002	0,054	0,037	0,053
	7 o más	0,407	0,050 ***	0,342	0,071 ***	0,473	0,070 ***
Niños en el hogar (ref.: 1 o ninguno)	2	0,105	0,038 ***	0,091	0,054 *	0,118	0,053 **
	3 o más	0,285	0,047 ***	0,330	0,066 ***	0,236	0,067 ***
Constante		-0,135	0,211	-0,223	0,308	-0,019	0,294
Tamaño muestral			10.131		4.998		5.133
LR chi2			1.321,89		661,66		683,05
Prob > chi2			0,000		0,000		0,000
Log likelihood			-5.313,2162		-2.632,3357		-2.669,1953
Pseudo R2			0,111		0,112		0,113

*: significativo al 10% (** al 5%; *** al 1%).

en el cuadro 5. Aunque esta etapa es instrumental, aporta información valiosa sobre la influencia de las variables incluidas en el modelo sobre la probabilidad de haber sufrido una mala situación financiera en el hogar durante la juventud. Así, las variables con mayor significatividad son el nivel educativo de los padres y su situación laboral. Existe una relación inversa entre nivel educativo de los padres y la probabilidad de haber tenido dificultades económicas durante la adolescencia. De esta manera, tanto si el padre como la madre tienen un nivel educativo elevado, dicha probabilidad se reduce sustancialmente. Del mismo modo, el desempleo es la situación laboral que contribuye en mayor medida a la probabilidad de sufrir dificultades económicas, si bien esta variable resulta significativa en el caso de los padres y no en el de las madres.

Asimismo, mientras que el año de nacimiento del padre no afecta a la probabilidad de haber sufrido pobreza en la juventud, sí resulta significativo el año de nacimiento de la madre, de forma que la probabilidad de pobreza disminuye si este es anterior a 1960.

Si atendemos a las características del hogar, un mayor número de miembros y de niños en el mismo incrementa la probabilidad de dificultades económicas, al igual que el hecho de que la vivienda no sea en propiedad. Finalmente, los hogares monomarentales también tienen una mayor probabilidad de haber sufrido dificultades económicas. Como se puede observar en el cuadro, los resultados son muy parecidos tanto para hombres como para mujeres.

Si estimamos el *propensity score* tomando como grupo de tratamiento a aquellas personas que tuvieron dificultades para llegar a fin de mes, los resultados son similares⁴. Como diferencia, cabe destacar la significatividad de la variable sexo, indicando que los hombres

tienen una mayor probabilidad de haber vivido en un hogar con dificultades para llegar a fin de mes en la adolescencia.

La segunda etapa consiste en utilizar diferentes algoritmos para identificar las personas con el mismo *propensity score*, de forma que se compara cuál es el efecto de pertenecer al grupo de tratamiento (haber experimentado pobreza en la juventud) sobre la incidencia de la pobreza como personas adultas entre personas que son «estadísticamente iguales». Es decir, se han eliminado las posibles diferencias basadas en las distintas características de los individuos, de forma que se estudia la relación entre el tratamiento (pobreza en la juventud) y la variable resultado (incidencia de la pobreza en la etapa adulta). Entre las ventajas del PSM destaca su flexibilidad, puesto que no se requiere ninguna forma funcional específica para calcular el efecto del tratamiento. Como desventaja, cabe citar que se centra en la obtención de un único parámetro, por lo que para el estudio de las relaciones simultáneas con otras variables es preferible el análisis de regresión. No obstante, este es nuestro objetivo para, así, contrastar la hipótesis de asociación entre el estatus de padres e hijos y para identificar la relación en distintos grupos.

En el cuadro 6 se muestra la estimación del efecto del tratamiento sobre los tratados, es decir, del efecto que tienen las dificultades económicas durante la adolescencia sobre la probabilidad de ser pobre en la etapa adulta, una vez controlado el sesgo de selección derivado de otras variables que puedan afectar a dicha probabilidad. Las estimaciones muestran que el efecto se sitúa en torno a 6 puntos porcentuales, esto es, haber tenido dificultades económicas durante la adolescencia aumenta la probabilidad de pobreza en la etapa adulta en 5-6 puntos. Debemos tener en cuenta que la diferencia encontrada era de 9,6 puntos porcentuales, tal y como se veía en el cuadro 3. Por tanto, las variables incluidas en el modelo logit contribuyen a explicar en torno a una tercera parte de

⁴ Véase el cuadro A.2 en el Anexo.

CUADRO 6. ATT: efecto de las dificultades económicas durante la adolescencia sobre la probabilidad de ser pobre en la etapa adulta

	Situación financiera del hogar				Dificultades para llegar a fin de mes			
	diferencia	ATT*	S.E.	t-stat	diferencia	ATT*	S.E.	t-stat
Total	0,088	0,057	0,010	5,88	0,072	0,045	0,009	5,21
Hombres	0,090	0,064	0,014	4,53	0,073	0,046	0,012	3,78
Mujeres	0,086	0,057	0,013	4,11	0,070	0,045	0,012	3,71

* se ha utilizado el método Kernel.

esta brecha, mientras que las dificultades económicas durante la adolescencia explicarían las otras dos terceras partes. El efecto, además, es muy similar tanto para hombres como para mujeres.

Si en lugar de la situación financiera del hogar utilizamos como variable tratamiento las dificultades para llegar a fin de mes, obtenemos resultados parecidos a los ya explicados. Así, la diferencia en términos brutos, que ascendía a 7 puntos porcentuales, se reduce en una tercera parte. Es decir, haber tenido dificultades para llegar a fin de mes en la juventud aumenta la probabilidad de pobreza en la etapa adulta en 4,5 puntos porcentuales, una vez controlado el efecto de las características del hogar y otras características socioeconómicas.

También se han realizado estimaciones diferenciadas por cohortes (cuadro 7). Dado que la muestra incluye personas con edades comprendidas entre los 25 y los 54 años, el entorno social y económico en el que han vivido (y viven) tanto su etapa de juventud como la adulta ha sido muy distinto. Por ejemplo, los nacidos después de la década de los sesenta han accedido a un sistema educativo distinto, con una enseñanza obligatoria hasta los 14 años que, posteriormente, se amplió a los 16. Igualmente, el desarrollo del Estado de bienestar desde finales de la década de los setenta ha dado lugar a un mayor acceso a los estudios universitarios. Por tanto, para tener en cuenta la posibilidad de que el efecto de las dificultades

educativas difiera por cohortes, en los cuadros que siguen se muestran las estimaciones por cohortes.

En primer lugar, debemos señalar que la diferencia en términos brutos, antes de realizar ninguna estimación, es similar para todas las cohortes. Haber sufrido dificultades económicas durante la juventud aumenta entre 8 y 10 puntos la probabilidad de ser pobre en la etapa adulta en todos los grupos de edad considerados. Este resultado apoya la idea de la falta de movilidad en la sociedad española y la importante influencia que las circunstancias familiares tienen sobre los ingresos en la etapa adulta, en la línea de los estudios explicados en las secciones previas.

Una vez corregido el sesgo de selección, con las variables incluidas en el modelo logit para la estimación del *propensity score*, el efecto de las dificultades económicas se sitúa entre 5 y 6 puntos porcentuales. Aunque los resultados parezcan iguales para todas las cohortes, si comparamos la magnitud del efecto estimado con la diferencia previa observada, podemos señalar un cambio relevante. En las personas mayores de 45 años, el efecto del tratamiento calculado supone más del 70% de la diferencia previa. En cambio, para los menores de 40 años, significa en torno a la mitad. Por lo tanto, las dificultades económicas durante la adolescencia son menos relevantes para explicar la situación de pobreza durante la etapa adulta en el caso de las generaciones más jóvenes. La misma conclusión se pue-

CUADRO 7. ATT: efecto de las dificultades económicas durante la adolescencia sobre la probabilidad de ser pobre en la etapa adulta por cohortes

	Situación financiera del hogar				Dificultades para llegar a fin de mes			
	diferencia	ATT*	S.E.	t-stat	diferencia	ATT*	S.E.	t-stat
25 a 29	0,112	0,059	0,030	3,68	0,097	0,070	0,032	2,16
30 a 34	0,103	0,050	0,028	1,79	0,094	0,062	0,024	2,60
35 a 39	0,094	0,047	0,028	1,67	0,078	0,037	0,024	1,53
40 a 44	0,102	0,062	0,027	2,28	0,075	0,037	0,023	1,61
45 a 49	0,082	0,060	0,024	2,45	0,053	0,036	0,022	1,63
50 a 54	0,078	0,060	0,021	2,84	0,052	0,037	0,019	1,93
55 a 59	0,078	0,057	0,023	2,53	0,077	0,051	0,022	2,38

* se ha utilizado el método Kernel.

de inferir a partir de los resultados utilizando como tratamiento la variable que indica las dificultades para llegar a fin de mes. Los datos no nos permiten analizar las causas, pero sí podemos sugerir que las políticas desarrolladas desde finales de los setenta han podido mitigar los efectos negativos de las dificultades económicas en la juventud. Según Moreno (2015), durante la Edad de Plata del Bienestar en Europa (1976-2007), en España tuvo lugar la mayor expansión de las políticas sociales, incluyendo, de acuerdo con Guillén y Rodríguez Cabrero (2015), las reformas educativas que ampliaron la educación en todos los niveles educativos. En este sentido, como se mencionó previamente, Tolsma y Wolbers (2014) obtienen para Holanda una conclusión similar: la expansión educativa prolongó la trayectoria escolar de los individuos y aumentó la edad en que entran por primera vez al mercado de trabajo, siendo la influencia de la situación de los padres menor cuanto mayor es dicha edad.

Estos resultados nos permiten aceptar la primera hipótesis. Las dificultades financieras en el hogar durante la juventud afectan, sin ninguna duda, a la posibilidad de sufrir pobreza en la etapa adulta. Tras controlar el efecto de variables relativas a características

de los padres y del hogar durante la adolescencia, el efecto se reduce, pero sigue siendo positivo, lo que indica que también se acepta la segunda hipótesis. Son las dificultades económicas las que dan lugar a una mayor probabilidad de pobreza durante la etapa adulta.

Respecto a la segunda hipótesis, el análisis descriptivo de los datos muestra, para todas las cohortes consideradas, una mayor probabilidad de sufrir pobreza en la etapa adulta si se han sufrido dificultades financieras en el hogar en la juventud, incluso una vez controladas las características de los hogares y de los padres. Aunque la existencia de causalidad debe ser tratada con cautela, podemos señalar que las dificultades económicas en la juventud, en sí mismas, sí conducen a una mayor probabilidad de pobreza en la etapa adulta.

Finalmente, las estimaciones por cohortes nos muestran que la magnitud del efecto del tratamiento es menor en las cohortes más jóvenes, lo que llevaría a aceptar nuestra tercera hipótesis. No obstante, para valorar el efecto que las políticas educativas y sociales han podido tener sobre la transmisión intergeneracional de los ingresos, es necesaria una investigación más profunda de la cuestión.

CONCLUSIONES

Recientemente, la OCDE se hacía eco de las menores probabilidades de obtener un buen rendimiento educativo que tienen los estudiantes con menos recursos. Los efectos de la situación de pobreza en la infancia y en la juventud van más allá de la etapa educativa, pudiendo trascender a la etapa adulta. En este trabajo se ha estudiado la transmisión intergeneracional de la pobreza en España, es decir, hemos tratado de cuantificar en qué medida la situación de pobreza en la juventud afecta a la probabilidad de ser pobre durante la etapa adulta.

Se han utilizado los datos de la Encuesta de Condiciones de Vida en su edición de 2011, la cual incluye información sobre la situación del hogar durante la adolescencia de la persona. El análisis descriptivo nos permite señalar que haber sufrido dificultades económicas durante la juventud afecta a la probabilidad de experimentar pobreza en la etapa adulta. Nos encontramos ante una diferencia de en torno a diez puntos porcentuales, lo que, sin duda, muestra la gran importancia de este factor.

La simultaneidad en la condición de hogar con problemas económicos, junto con padres con bajo nivel educativo o en situación de desempleo, dificulta el establecimiento de relaciones de causalidad entre la situación durante la adolescencia y la etapa adulta. Aquellas personas cuyos padres tienen un nivel educativo bajo tienen mayor probabilidad de sufrir pobreza en la etapa adulta, al igual que aquellas cuyos padres no trabajan.

En este trabajo hemos asociado la situación de pobreza en la juventud con la pobreza en la etapa adulta, una vez controlados los efectos de nivel educativo y situación laboral de los padres. Para ello, se ha utilizado el *propensity score matching*, aislando el efecto de la situación de pobreza del resto de circunstancias del hogar. Los resultados muestran que, una vez controlados los efec-

tos de estas circunstancias y de las características de los padres, haber tenido dificultades económicas durante la adolescencia aumenta la probabilidad de pobreza en la etapa adulta en 5-6 puntos porcentuales. Esto supone que la mitad de la brecha en las tasas de pobreza entre quienes sufrieron pobreza en la juventud se relaciona con este hecho.

Los datos descriptivos son, sin duda, preocupantes, puesto que muestran la elevada transmisión de la pobreza entre generaciones. El resultado adicional señala, además, que una parte relevante de esa transmisión está asociada a la propia situación de pobreza, y no a las características del hogar o de los padres. Mientras que estas últimas no se pueden cambiar, la primera sí que es susceptible de ser objeto de política por parte de los Estados.

En este sentido, los resultados obtenidos en relación a la tercera hipótesis, en la que señalamos que la transmisión intergeneracional de la pobreza es menor entre las cohortes más jóvenes, se pueden relacionar con el desarrollo del Estado de bienestar español y sus efectos redistributivos, que hayan contribuido a reducir el efecto de esta transmisión en los últimos años. El análisis aquí realizado no permite concluir que los resultados estén relacionados con las políticas públicas y, en especial, con la evolución del sistema educativo. Estas son preguntas a responder en investigaciones futuras.

Sin duda, los resultados que hemos mostrado tienen gran interés. Más aún si tenemos en cuenta el incremento del riesgo de pobreza durante los años de crisis y los posibles efectos que dicho aumento tendrá sobre la trayectoria vital de los jóvenes. No obstante, tanto los datos utilizados como el método presentan limitaciones que futuras investigaciones deberían tratar de reducir. Por una parte, es necesario contar con más y mejores datos que permitan estudiar tanto la transmisión intergeneracional de la pobreza como los efec-

tos que las políticas puedan tener sobre dicha transmisión. Por otra parte, el uso de otros métodos contribuiría a aportar más evidencia sobre los canales de transmisión (pobreza, educación, situación laboral, ocupación) de los logros educativos o sociales.

BIBLIOGRAFÍA

- Bellani, Luna y Bia, Michael (2017). «The Impact of Growing up Poor in Europe». En: Atkinson, A. B.; Guio, A. C. y Marlier, E. (eds.). *Monitoring Social Europe. 2017 Edition*. Luxembourg: Publications Office of the European Union.
- Beller, Emily y Hout, Michael (2006). «Welfare States and Social Mobility: How Educational and Social Policy May Affect Cross-National Differences in the Association between Occupational Origins and Destinations». *Research in Social Stratification and Mobility*, 24(4): 353-365. doi:10.1016/j.rssm.2006.10.001.
- Black, Sandra E. y Devereux, Paul J. (2011). «Recent Developments in Intergenerational Mobility». En: Card, D. y Ashenfelter, O. (eds.). *Handbook of Labor Economics, vol. 4b*. Amsterdam: Elsevier. doi:10.1016/S0169-7218(11)02414-2.
- Blanden, Jo (2013). «Cross-Country Rankings in Intergenerational Mobility: A Comparison of Approaches From Economics and Sociology». *Journal of Economic Surveys*, 27(1): 38-73. doi:10.1111/j.1467-6419.2011.00690.x.
- Blanden, Joanne y Gregg, Paul (2004). «Family Income and Educational Attainment: A Review of Approaches and Evidence for Britain». *Oxford Review of Economic Policy*, 20(2): 245-263. doi:10.1093/oxrep/grh014.
- Blau, Peter M. y Duncan, Otis D. (1967). *The American Occupational Structure*. New York: Wiley. doi:10.2307/2092400.
- Carabaña, Julio (1999). *Dos estudios sobre movilidad intergeneracional*. Colección Igualdad. Vol. XV. Madrid: Argenteria-Visor.
- Card, David; Kluge, Jochen y Weber, Andrea (2010). «Active Labour Market Policy Evaluations: A Meta-Analysis». *The Economic Journal*, 120(1976): 452-477. doi:10.1111/j.1468-0297.2010.02387.x.
- Cervini-Plá, María (2013). «Exploring the Sources of Earnings Transmission in Spain». *Hacienda Pública Española*, 204(1): 45-66.
- Cervini-Plá, María (2015). «Intergenerational Earnings and Income Mobility in Spain». *Review of Income and Wealth*, 61(4): 812-828. doi:10.1111/roiw.12130.
- Cervini-Plá, María y Ramos, Xavier (2013). «Movilidad intergeneracional y emparejamiento selectivo en España». *Papeles de Economía Española*, 135: 217-229.
- Corak, Miles (2006). «Do Poor Children Become Poor Adults? Lessons from a Cross-Country Comparison of Generational Earnings Mobility». *Research on Economic Inequality*, 13: 143-188. doi:10.1016/S1049-2585(06)13006-9.
- Corak, Miles (2013). «Income Inequality, Equality of Opportunity, and Intergenerational Mobility». *The Journal of Economic Perspectives*, 7520: 79-102. doi:10.1257/jep.27.3.79.
- Escribà, Abel (2006). «Estructura familiar, estatus ocupacional y movilidad social intrageneracional en España». *Revista Internacional de Sociología*, 64(45): 145-170. doi:http://dx.doi.org/10.3989/ris.2006.i45.19.
- Franzini, Maurizio y Raitano, Michele (2009). «Persistence of Inequality in Europe: The Role of Family Economic Conditions». *International Review of Applied Economics*, 23(3): 345-366. doi:10.1080/02692170902811777.
- Gil Izquierdo, María; Pablos Escobar, Laura de y Martínez Torres, María (2010). «Los determinantes socioeconómicos de la demanda de educación superior en España y la movilidad educativa intergeneracional». *Hacienda Pública Española*, 193(2): 75-108.
- Guillén, Ana M. y Rodríguez Cabrero, Gregorio (2015). «Evolución del Estado de Bienestar en España». En: Torres Alberó, C. (ed.). *España 2015, situación social*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Hällsten, Martin (2014). «Inequality across Three and Four Generations in Egalitarian Sweden: 1st and 2nd Cousin Correlations in Socio-Economic Outcomes». *Research in Social Stratification and Mobility*, 35: 19-33. doi:10.1016/j.rssm.2013.09.002.
- Ham, Maarten van et al. (2012). «Intergenerational Transmission of Neighbourhood Poverty in Sweden: An Innovative Analysis of Individual Neighbourhood Histories». *Discussion Paper series, Forschungsinstitut zur Zukunft der Arbeit, No. 6572*. Disponible en: <http://nbn-resolving.de/urn:nbn:de:101:1-201301213769>

- Heckman, James J.; Ichimura, Hidehiko y Todd, Petra (1998). «Matching as an Econometric Evaluation Estimator». *Review of Economic Studies*, 65(2): 261-294. doi:10.1111/1467-937X.00044.
- Hedman, Lina et al. (2015). «Cumulative Exposure to Disadvantage and the Intergenerational Transmission of Neighbourhood Effects». *Journal of Economic Geography*, 15(1): 195-215. doi:10.1093/jeg/lbt042.
- Hertel, Florian R. y Groh-Samberg, Olaf (2014). «Class Mobility across Three Generations in the U.S. and Germany». *Research in Social Stratification and Mobility*, 35: 35-52. doi:10.1016/j.rssm.2013.09.007.
- Houten, Jasper M. A. van; Gesthuizen, Maurice y Wolbers, Maarten H. J. (2013). «Intergenerational Transmission of Occupational Status: The Role of Voluntary Association Membership as an Emerging Compensatory Strategy of Reproduction». *Research in Social Stratification and Mobility*, 33(1): 13-26. doi:10.1016/j.rssm.2013.04.002.
- Iannelli, Cristina y Paterson, Lindsay (2007). «Education and Social Mobility in Scotland». *Research in Social Stratification and Mobility*, 25(3): 219-232. doi:10.1016/j.rssm.2007.08.001.
- Kraaykamp, Gerbert; Tolsma, Jochem y Wolbers, Maarten H. J. (2013). «Educational Expansion and Field of Study: Trends in the Intergenerational Transmission of Educational Inequality in the Netherlands». *British Journal of Sociology of Education*, 34(5-6): 888-906. doi:10.1080/01425692.2013.816622.
- Malo, Miguel Á. y Cueto, Begoña (2015). «El impacto de las políticas activas de mercado de trabajo en España». *Documentación Social*, 178: 105-120.
- Marqués Perales, Ildelfonso y Herrera-Usagre, Manuel (2010). «¿Somos más móviles? Nuevas evidencias sobre la movilidad intergeneracional de clase en España en la segunda mitad del siglo XX». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 131: 43-73.
- Moreno, Luis (2015). «La europeización del bienestar». En: Torres Albero, C. (ed.). *España 2015, situación social*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Moreno Mínguez, Almudena (2011). «La reproducción intergeneracional de las desigualdades educativas: límites y oportunidades de la democracia». *Revista de Educación*, número extraordinario: 183-206.
- Pascual, Marta (2009). «Intergenerational Income Mobility: The Transmission of Socio-Economic Status in Spain». *Journal of Policy Modeling*, 31(6): 835-846. doi:10.1016/j.jpolmod.2009.07.004.
- Paugam, Serge (2007). «¿Bajo qué formas aparece hoy la pobreza en las sociedades europeas?». *Revista Española del Tercer Sector*, 5: 149-72.
- Raitano, Michele (2015). «Intergenerational Transmission of Inequalities in Southern European Countries in Comparative Perspective: Evidence from EU-SILC 2011». *European Journal of Social Security*, 17(2): 292-315.
- Raitano, Michele y Vona, Francesco (2015a). «Direct and Indirect Influences of Parental Background on Children's Earnings: A Comparison across Countries and Genders». *The Manchester School*, 83(4): 423-450. doi:10.1111/manc.12064.
- Raitano, Michele y Vona, Francesco (2015b). «Measuring the Link between Intergenerational Occupational Mobility and Earnings: Evidence from Eight European Countries». *The Journal of Economic Inequality*, 13(1): 83-102. doi:10.1007/s10888-014-9286-7.
- Rodríguez Menés, Jorge (2016). «Accounting for Structural and Exchange Mobility in Models of Status Attainment: Social Fluidity in Five European Countries». *Social Science Research*, 61: 112-125. doi:10.1016/j.ssresearch.2016.06.010.
- Rosenbaum, Paul R. y Rubin, Donald B. (1983). «The Central Role of the Propensity Score in Observational Studies for Causal Effects». *Biometrika*, 70(1): 41-55. doi:10.1093/biomet/70.1.41.
- Smith, Jeffrey (2000). «A Critical Survey of Empirical Methods for Evaluating Active Labor Market Policies». *Swiss Journal of Economics and Statistics*, 136(3): 247-268.
- Tolsma, Jochem y Wolbers, Maarten H. J. (2014). «Social Origin and Occupational Success at Labour Market Entry in The Netherlands, 1931-80». *Acta Sociológica*, 57(3): 253-269. doi:10.1177/0001699314533807

RECEPCIÓN: 19/02/2016

REVISIÓN: 28/06/2016

APROBACIÓN: 16/03/2017

ANEXO

Cuadro A.1. Estadísticos descriptivos

	Todos		Situación económica: buena		Situación económica: mala	
	Media	S.D.	Media	S.D.	Media	S.D.
Dificultad para llegar a fin de mes	0,420	0,494	0,166	0,372	0,969	0,174
Situación económica del hogar: mala	0,316	0,465	0,000	0,000	1,000	0,000
Hombre	0,503	0,500	0,500	0,500	0,510	0,500
25 a 29	0,092	0,289	0,100	0,300	0,073	0,260
30 a 34	0,163	0,369	0,172	0,377	0,145	0,352
35 a 39	0,173	0,378	0,185	0,388	0,145	0,352
40 a 44	0,162	0,368	0,167	0,373	0,150	0,357
45 a 49	0,156	0,363	0,153	0,360	0,164	0,370
50 a 54	0,141	0,348	0,122	0,328	0,181	0,385
55 a 59	0,114	0,318	0,101	0,301	0,143	0,350
<i>Nivel de estudios del padre:</i>						
analfabeto	0,051	0,220	0,033	0,179	0,091	0,288
nivel bajo	0,789	0,408	0,761	0,426	0,850	0,357
nivel medio	0,072	0,259	0,092	0,289	0,029	0,168
nivel alto	0,088	0,283	0,114	0,318	0,030	0,170
<i>Nivel de estudios de la madre:</i>						
analfabeto	0,081	0,273	0,054	0,226	0,141	0,348
nivel bajo	0,819	0,385	0,821	0,383	0,815	0,388
nivel medio	0,057	0,231	0,071	0,256	0,026	0,158
nivel alto	0,043	0,203	0,055	0,227	0,018	0,133
<i>Situación laboral del padre:</i>						
ocupado	0,968	0,175	0,980	0,139	0,941	0,236
parado	0,007	0,081	0,002	0,043	0,017	0,130
inactivo	0,025	0,157	0,018	0,132	0,042	0,201
<i>Situación laboral de la madre:</i>						
ocupado	0,269	0,444	0,281	0,450	0,243	0,429
parado	0,002	0,043	0,001	0,037	0,003	0,054
inactivo	0,729	0,445	0,717	0,450	0,754	0,431
<i>Año de nacimiento del padre:</i>						
antes de 1930	0,243	0,429	0,224	0,417	0,283	0,451
1930 a 1939	0,265	0,441	0,264	0,441	0,268	0,443
1940 a 1949	0,234	0,423	0,255	0,436	0,188	0,391
1950 a 1959	0,152	0,359	0,171	0,376	0,113	0,317
1960 o después	0,016	0,124	0,016	0,124	0,015	0,123
<i>Año de nacimiento de la madre:</i>						
antes de 1930	0,177	0,381	0,162	0,368	0,209	0,406
1930 a 1939	0,252	0,434	0,245	0,430	0,268	0,443
1940 a 1949	0,255	0,436	0,269	0,443	0,224	0,417
1950 a 1959	0,200	0,400	0,222	0,416	0,154	0,361
1960 o después	0,039	0,194	0,039	0,193	0,041	0,197
Vivienda en propiedad	0,830	0,376	0,876	0,330	0,730	0,444
Vivienda en alquiler	0,137	0,344	0,103	0,304	0,211	0,408
Vivienda: cesión gratuita	0,033	0,179	0,021	0,144	0,059	0,235
vivía con padre y madre	0,913	0,283	0,933	0,250	0,868	0,339
vivía con padre	0,011	0,103	0,009	0,096	0,014	0,118
vivía con madre	0,046	0,210	0,027	0,162	0,088	0,283
vivía sin padres	0,030	0,172	0,030	0,172	0,030	0,171

CUADRO A.1. Estadísticos descriptivos (continuación)

	Todos		Situación económica: buena		Situación económica: mala	
	Media	S.D.	Media	S.D.	Media	S.D.
1 a 4	0,391	0,488	0,429	0,495	0,308	0,462
5 a 6	0,404	0,491	0,416	0,493	0,378	0,485
7 o más	0,199	0,399	0,150	0,357	0,305	0,461
1 niño	0,286	0,452	0,316	0,465	0,221	0,415
2 niños	0,358	0,479	0,377	0,485	0,315	0,464
3 o más niños	0,352	0,478	0,303	0,460	0,458	0,498

CUADRO A.2. Probabilidad de haber tenido dificultades para llegar a fin de mes durante la juventud

		Todos		Hombres		Mujeres				
		Coef.	S.E.	Coef.	S.E.	Coef.	S.E.			
Sexo (ref.: mujer)	hombre	0,052	0,026	**						
	30-34	0,040	0,064		0,027	0,090	0,056	0,092		
	35-39	-0,034	0,069		-0,014	0,097	-0,044	0,100		
	40-44	-0,032	0,076		-0,071	0,106	0,008	0,109		
Edad (ref.: 25-29)	45-49	0,054	0,081		0,078	0,113	0,040	0,116		
	50-54	0,102	0,086		0,086	0,120	0,128	0,123		
	55-59	0,148	0,091		0,150	0,127	0,155	0,131		
Nivel educativo del padre (ref.: analfabeto)	Nivel bajo	-0,195	0,081	**	-0,161	0,120	-0,223	0,110	**	
	Nivel medio	-0,703	0,099	***	-0,565	0,145	***	-0,841	0,138	***
	Nivel alto	-0,891	0,101	***	-0,925	0,148	***	-0,846	0,140	***
Nivel educativo de la madre (ref.: analfabeta)	Nivel bajo	-0,291	0,065	***	-0,365	0,099	***	-0,230	0,087	***
	Nivel medio	-0,576	0,099	***	-0,574	0,143	***	-0,594	0,140	***
	Nivel alto	-0,662	0,114	***	-0,749	0,164	***	-0,609	0,160	***
Situación laboral del padre (ref.: ocupación)	Desempleo	0,757	0,226	***	1,498	0,453	***	0,440	0,275	
	Inactividad	0,508	0,089	***	0,368	0,149	**	0,610	0,113	***
Situación laboral de la madre (ref.: ocupación)	Desempleo	0,662	0,312	**	0,857	0,433	**	0,524	0,459	
	Inactividad	0,058	0,033	*	0,100	0,049	**	0,023	0,045	
Padre español nacido en España (ref.: otros)		0,008	0,120		0,118	0,175	-0,078	0,167		
Madre española nacida en España (ref.: otros)		-0,007	0,123		0,046	0,195	-0,031	0,159		
Año de nacimiento del padre (ref.: 1960 o posterior)	< 1930	0,206	0,168		0,216	0,232	0,201	0,247		
	1930-1939	0,196	0,161		0,217	0,222	0,184	0,238		
	1940-1949	0,188	0,153		0,183	0,210	0,196	0,226		
	1950-1959	0,097	0,140		0,037	0,192	0,161	0,208		

CUADRO A.2. Probabilidad de haber tenido dificultades para llegar a fin de mes durante la juventud (continuación)

		Todos		Hombres		Mujeres				
		Coef.	S.E.	Coef.	S.E.	Coef.	S.E.			
	< 1930	-0,257	0,135	*	-0,298	0,193	-0,217	0,191		
Año de nacimiento de la madre (ref.: 1960 o posterior)	1930-1939	-0,272	0,126	**	-0,391	0,180	**	-0,154	0,178	
	1940-1949	-0,308	0,116	***	-0,351	0,165	**	-0,266	0,163	
	1950-1959	-0,241	0,098	**	-0,290	0,140	**	-0,185	0,139	
	Alquiler	0,522	0,039	***	0,593	0,057	***	0,460	0,053	***
Propiedad de la casa (ref.: propiedad)	Provista gratuitamente	0,550	0,072	***	0,647	0,103	***	0,464	0,101	***
	Vive solo con el padre	0,240	0,278		-0,082	0,440		0,462	0,367	
Presencia de padres en el hogar (ref.: vive con los padres)	Vive solo con la madre	0,943	0,153	***	0,784	0,248	***	1,057	0,198	***
	Vive sin padres	0,174	0,109		0,180	0,172		0,172	0,141	
	5-6	0,064	0,035	*	0,071	0,050		0,053	0,049	
Miembros del hogar (ref.: 1-4)	7 o más	0,414	0,047	***	0,384	0,068	***	0,441	0,067	***
	2	0,063	0,035	*	0,010	0,050		0,111	0,049	**
Niños en el hogar (ref.: 1 o ninguno)	3 o más	0,238	0,044	***	0,218	0,062	***	0,257	0,062	***
	Constante	-0,100	0,204		-0,124	0,300		-0,089	0,284	
Tamaño muestral			10.124			4.995			5.129	
LR chi2			1.276,76			659,82			650,43	
Prob > chi2			0,000			0,000			0,000	
Log likelihood			-6.109,4414			-3.012,2474			-3.079,7813	
Pseudo R2			0,095			0,099			0,096	

*: significativo al 10% (** al 5%; *** al 1%).

Determinantes socioculturales del deseo sexual femenino

Sociocultural Determinants of Female Sexual Desire

Aina Faus-Bertomeu y Rosa Gómez-Redondo

Palabras clave

- Deseo sexual
- Edad
- Menopausia
- Mujeres
- Sexualidad

Key words

- Sexual Desire
- Age
- Menopause
- Women
- Sexuality

Resumen

Se concibe a las mujeres mayores como seres asexuales, donde el cuerpo anciano no puede ser objeto del deseo ni artífice de placer. Sin embargo, no existen investigaciones científicas que asocien los factores biológicos propios del climaterio con el cese de la actividad y el deseo sexual. A partir del análisis de la Encuesta Nacional de Salud Sexual, y tomando como marco de referencia el modelo biopsicosocial del interés sexual propuesto por DeLamater (2002), se analizan los factores psicocioculturales del deseo que afectan a las mujeres en las distintas fases de la menopausia. Los resultados confirman que el deseo sexual está mediatizado por distintos factores en función de la edad, destacando la disposición de una pareja estable, la carga familiar, el estado de salud y la propia definición de sexualidad.

Abstract

Older women are seen as asexual beings, as having old bodies that cannot be an object of desire or the author of pleasure. However, no scientific research has associated specific biological climacteric factors with the end of sexual activity and sexual desire. From an analysis of the National Survey on Sexual Health and using the biopsychosocial model of sexuality proposed by DeLamater (2002) as a reference framework, the psycho-sociocultural factors of the sex drive affecting women in the different stages of menopause are analysed. The results of this research confirm that sexual desire is influenced by a range of factors dependent on age, including having a steady partner, family responsibilities, state of health and the very definition of sexuality.

Cómo citar

Faus-Bertomeu, Aina y Gómez-Redondo, Rosa (2017). «Determinantes socioculturales del deseo sexual femenino». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 160: 61-78. (<http://dx.doi.org/10.5477/cis/reis.160.61>)

La versión en inglés de este artículo puede consultarse en <http://reis.cis.es>

Aina Faus-Bertomeu: Universidad Nacional de Educación a Distancia e Instituto Mixto de Investigación, IMIENS (UNED-Escuela Nacional de Sanidad) | afaus@der.uned.es

Rosa Gómez-Redondo: Universidad Nacional de Educación a Distancia e Instituto Mixto de Investigación, IMIENS (UNED-Escuela Nacional de Sanidad) | rgomez@poli.uned.es

INTRODUCCIÓN

La sexualidad es una dimensión humana importante en las relaciones interpersonales y en la salud y bienestar de las personas, y el deseo sexual es un componente de la sexualidad y uno de los pilares de la identidad sexual. Sin embargo, se excluye a las personas mayores de estos axiomas, concibiéndolas como seres asexuales, cuyo cuerpo anciano no puede ser objeto del deseo ni artífice de placer. La imagen de la vejez, influenciada por el edadismo, hace pervivir creencias que otorgan a las ancianas actitudes y comportamientos que corresponden a generaciones predecesoras, lo que conlleva que, en muchos casos, las necesidades de este grupo de población estén mal cubiertas o no reconocidas (Erikson, 1988). Así, para una mejor comprensión del proceso de envejecimiento y de bienestar en la vejez, resulta fundamental explicar cómo la satisfacción de los deseos y placeres sexuales influye en las formas renovadas de vivir de las personas mayores.

Este trabajo¹ parte de una amplia definición de sexualidad en la que se incluye toda práctica que contribuya a dar y recibir placer sexual, como hecho histórico y sociocultural (Bozon, 2002), entendida como un componente más para alcanzar el bienestar personal y, por lo tanto, como elemento integrante del estado de salud. Las mujeres objeto de este estudio, de más de 45 años y con relaciones heterosexuales², se encuentran en la

etapa del climaterio³, periodo que debe entenderse como natural dentro del ciclo vital y como momento de transición a la vejez (Arber y Ginn, 1996). Partiendo de la Encuesta Nacional de Salud Sexual (ENSS), el objetivo de esta investigación es cuestionar las creencias e imágenes que relacionan el climaterio con la pérdida del deseo sexual. Se analiza, desde una perspectiva social, la expresión del interés sexual y sus determinantes emocionales, sociales y culturales en un momento de la vida marcado por los cambios fisiológicos.

A pesar del escaso interés que ha despertado el estudio de la sexualidad en la vejez, son de destacar, en el ámbito español, las investigaciones desarrolladas por Nieto (1995), Moiola (2005), López y Olazábal (2006), Sánchez Vera y Bote (2011), y las más recientes, la de Vásquez-Bronfman (2006), un estudio comparativo entre España y Francia, y la de Ayuso y García (2014), centrado en la brecha generacional.

Determinados estudios ponen de manifiesto la complejidad del deseo sexual, puesto que los elementos que lo componen actúan de forma distinta en función de la edad y el género. Un amplio abanico de investigaciones concluyen que el deseo sexual disminuye con la edad, declinación más acusada en el caso de las mujeres (Kinsey *et al.*, 1953; DeLamater y Sill, 2005; McHugh e Interligi, 2014), lo que revela la necesidad de analizar el deseo en función del género (Bourdieu, 1998; Bozon, 2001). Desde este tipo de estudios, con perspectiva biologicista, se considera el deseo sexual como un impulso innato y, consecuentemente, el descenso del interés sexual es el resultado de los cambios hormonales derivados de la menopausia, reduciendo de

¹ Este estudio se enmarca en el desarrollo de una línea de investigación más amplia a través de dos proyectos financiados por el Ministerio de Ciencia e Innovación (CSO2010-18925 y CSO2014-54669-R), cuya IP es Rosa Gómez-Redondo, y de una ayuda predoctoral FPI (BES2011-045649), asociada al primero de esos proyectos y concedida a Aina Faus-Bertomeu.

Las autoras agradecen al profesor Javier Callejo (UNED) su disponibilidad y cualificada opinión sobre la metodología aplicada en este estudio.

² La ENSS no permite comparar la identidad sexual de las mujeres, siendo no significativa la muestra de mujeres no heterosexuales.

³ Entendemos el climaterio como el paso de la etapa adulta a la vejez en las mujeres. Comúnmente se utiliza el término menopausia, pero este concepto hace estricta referencia al cese de la menstruación, por lo que acordamos denominarla climaterio, ya que abarca todo el proceso de envejecimiento.

este modo la salud sexual de las mujeres a su etapa reproductiva. En oposición a esta línea aparece una nueva perspectiva encabezada por los estudios pioneros de Masters y Johnson (1966), que afirman que la capacidad del deseo sexual no decrece con la edad y a la que se adscriben multitud de autores (Moioli, 2005; García, 2005; Freixas *et al.*, 2010). Se arguye que no todas las mujeres envejecen del mismo modo ni al mismo tiempo, sino que los cambios fisiológicos se producen gradualmente, de modo que establecer una determinada edad como inicio del envejecimiento del cuerpo carece de sentido, además de que no todas las mujeres padecen los síntomas de la menopausia y estos pueden ser temporales o permanentes (Sampeiro, 2005). Una nueva postura en auge es la encabezada por Bajos y Bozon (2012), que reafirman un aumento en la satisfacción sexual experimentado en las últimas décadas, en especial en el género femenino y a partir de los 50 años, debido al alargamiento de la vida sexual, a la autonomía de las mujeres y a las transformaciones culturales.

Por otro lado, entre los factores influyentes del deseo sexual se consideran, y enfatizan según autores, el estado de salud (Gervás y de Celis, 2000; Rohde *et al.*, 2014) y determinados estados emocionales ocasionados por diferentes circunstancias en función del ciclo vital: el estrés y cansancio que produce la carga familiar, la corresponsabilidad del ámbito laboral y familiar, la pérdida del cónyuge, etc. (Carmenate *et al.*, 2006). Se citan también los mitos y creencias sociales alrededor de la sexualidad, como el tabú de la sexualidad en la vejez o la pérdida de deseo que acompaña a la menopausia (López y Olazábal, 2006). Así mismo, se erigen como factores predictores una trayectoria sexual activa, una actitud positiva hacia la sexualidad y una relación de pareja saludable (Santos-Iglesias *et al.*, 2013). La flexibilidad cognitiva y la plasticidad en la vejez (Maciel y Laganà, 2014) toman relevancia en los estudios que tienen como base el paradigma del envejecimiento activo. Y tam-

bién factores psicosociales, como los cánones de belleza imperantes en las sociedades occidentales y la percepción del propio cuerpo en una sociedad regida por la sobrevaloración de la juventud, con una concepción dominante de la sexualidad que enaltece el coitocentrismo (Freixas, 2007). Según lo cual, no siempre puede considerarse la pérdida de deseo como un problema sexual (Karadag *et al.*, 2014) sino más bien como una situación influenciada negativamente por alguno de los factores citados.

MARCO TEÓRICO

El estudio del deseo sexual se remonta a Freud, quien lo denominó libido (1921) y sugirió que este elemento de la expresión sexual, ligado a lo biológico, es un instinto reprimido y, por lo tanto, una condición innata al individuo. Posteriormente, Kinsey *et al.* (1953) lo definen como una acumulación de tensión fruto de un estímulo y con una descarga requerida. Masters y Johnson (1966) concluyeron que la respuesta sexual humana estaba compuesta por cuatro fases: excitación, meseta, orgasmo y resolución. Y Kaplan (1977), quien concibe el deseo como las sensaciones que motivan al individuo a ser receptivo a un estímulo sexual, introdujo este concepto en el modelo de Masters y Johnson constatando que existía una fase previa a la excitación a la que denominó deseo. Sin embargo, esta idea fue rechazada por Schnarch (1991), al demostrar que el deseo actúa en todas las fases. Las teorías funcionalistas de la sexualidad, basadas en la teoría del impulso, trataron de explicar el comportamiento sexual a través de las capacidades biológicas y psicológicas de los individuos con el fin de idear una teoría universal de la naturaleza humana (Weeks, 1985). Distinguiendo sexualidad y sociedad, argumentaban que la sociedad limita el impulso sexual con el fin de mantener la integridad del sistema familiar y social.

El principal reto a la concepción positivista se originó desde el interaccionismo simbólico, que trató de socavarla razonando que la sexualidad es una construcción social. Se traslada el enfoque al concepto de «aprendizaje», argumentando que cada interacción proporciona una experiencia de socialización, y se teorizan los procesos mediante los cuales se negocian los significados sexuales encarnados en la noción de guión y escenario sexual (Gagnon y Simon, 1973). La teoría de la identidad tratará de demostrar cómo las normas sociales limitan y dan forma al impulso sexual de los individuos que, como agentes activos, negocian la conducta sexual a través de la interacción social. La homosexualidad, como el resto de sexualidades no normativas, dejará de ser una desviación y se entenderá como una cuestión de identidad personal, una categoría social fruto de la libre elección de un estilo de vida vinculado a las relaciones sociales y a la pertenencia a un grupo (Henslin, 1971). Sin embargo, el modelo estructuralista de la sexualidad no explica, a nivel micro, por qué los individuos adoptan una u otra identidad; es decir, el vínculo entre las necesidades y los deseos y la identidad individual. Y a nivel macro tampoco esclarece de dónde vienen los escenarios culturales y cómo se transforman, subestimando el grado en que ciertos grupos conservan la capacidad de legitimar patrones sexuales «normales» y estigmatizar otros (Stein, 1989).

Foucault (1976) destaca claramente dentro de la tradición constructivista social, concluyendo que no solo las formas particulares de la regulación de la conducta sexual y los guiones sexuales, sino que incluso la propia noción de sexualidad es una construcción social. Extendió así el modelo de los interaccionistas, incorporando la noción de poder e intentando mostrar cómo los discursos institucionales, expresados a través de expertos con el monopolio de la «verdad», construyen la subjetividad sexual. La hipótesis represiva incide en que la sexualidad y, por ende, el

placer, se construyen a través de procesos de individualización y normalización, que actúan como dispositivos de control proporcionando una definición de los significados culturales en cada momento histórico. Las principales críticas a la propuesta foucaultiana provienen del concepto laxo de poder, del difícil desarrollo de una concepción de la causalidad y del rechazo a las nociones de la agencia y la estructura que impiden la comprensión del cambio social.

Los diferentes modelos de la sexualidad desde la sociología inciden en diferentes aspectos que impiden la superación teórica del modelo precedente o su complementariedad (Stein, 1989). Esto, y el consecuente disenso teórico en la definición del propio concepto de deseo sexual, nos lleva a considerar el modelo biopsicosocial del interés sexual propuesto por DeLamater (2002) como el más adecuado para el desarrollo de esta investigación, dado el objetivo, la distinción entre los efectos orgánicos y los sociales y culturales en el deseo sexual. Esta perspectiva combina elementos biológicos, como el padecimiento de enfermedades hormonales y vasculares; influencias emocionales, que incluyen variables como la salud mental, la importancia concedida a la sexualidad o el grado de información; y también variables sociales, que aglutinan elementos como la disposición de una pareja y la calidad en la relación con esta. En un intento de especificar en mayor medida la influencia ejercida por las variables socioculturales y relacionales, estas dimensiones han sido reformuladas en siete aspectos diferenciados, tal y como se explica en la metodología.

HIPÓTESIS Y OBJETIVOS

Recientes investigaciones concluyen que las prácticas sexuales siguen siendo habituales en edades longevas, ya que la capacidad de disfrutar de la sexualidad dura toda la vida,

pudiendo ser en condiciones adecuadas un elemento que enriquece positivamente el bienestar de las personas mayores (López y Olazábal, 2006; Freixas, 2007; Angelini *et al.*, 2012). En este contexto, la hipótesis de partida dicta que los cambios fisiológicos que se producen en la vejez no impiden mantener unas relaciones sexuales placenteras, sino que estas, al igual que el deseo sexual, dependen tanto o más de factores culturales, sociales y actitudinales. Dado el origen multidimensional del deseo, es esperable que en cada etapa del fin del ciclo reproductivo, con estilos de vida propios y normas sociales específicas, el deseo sexual esté mediatizado por distintos elementos. De este modo, en las mujeres premenopáusicas, con hijos dependientes, los cuidados pueden influir en el deseo; en las mujeres perimenopáusicas, en nido vacío, la relación con la pareja puede ser el elemento central de la motivación sexual; y en las mujeres posmenopáusicas, la ruptura con el modelo restrictivo de sexualidad en el que fueron socializadas puede fomentar el deseo sexual.

Así, el objetivo principal de esta investigación, que considera las experiencias sexuales femeninas en la etapa del climaterio⁴, es el de analizar la expresión del deseo sexual y, por ende, la carencia de este y sus determinantes psicosocioculturales. Por un lado, se trata de desvincular la motivación sexual del cese de la actividad sexual, y por el otro, de observar los elementos de índole sociocultural que inciden en el interés sexual en cada etapa del ciclo sexual no reproductivo femenino. Para ello se clasifica a las mujeres mayores de 45 años atendiendo a las diferentes etapas del climaterio. Esta orde-

nación biológica permite además clasificar por generaciones y ubicar socialmente el contexto en el que fueron socializadas, derivando así la atención sobre los elementos socioculturales predominantes para cada grupo de edad.

FUENTES Y METODOLOGÍA

La muestra seleccionada en la ENSS se compone de un total de 1.359 mujeres mayores de 45 años que han sido divididas en grupos de edad. Esta distribución responde a una clasificación en función de las etapas del fin del ciclo reproductivo (tabla 1). La primera fase o premenopausia, entre los 45 y 50 años, se caracteriza por un alargamiento en el intervalo entre los periodos menstruales. La perimenopausia, entre los 51 y 59 años, se define como una etapa marcada por la aparición de los síntomas clínicos, biológicos y endocrinos antes del cese final de la menstruación; es decir, de la menopausia, que se considera cuando la amenorrea persiste por más de un año completo y que caracteriza a las mujeres de más de 60 años (Carmenate *et al.*, 2006).

Estas mujeres, así mismo, han sido distribuidas según si su deseo sexual persiste o hay ausencia de este. Para ello se ha hecho uso de dos variables. Se han tenido en cuenta aquellas mujeres con abstinencia sexual alegando falta de deseo sexual⁵, a las que se han agregado aquellas que prosiguen la actividad sexual pero que durante sus experiencias sexuales piensan «que se acabe cuanto antes» con una frecuencia de siempre, casi siempre y a veces⁶. Es esta una

⁴ La carencia de consenso científico respecto al término para designar las transformaciones fisiológicas en los varones, las causas, síntomas y efectos fisiológicos, así como las etapas (García, 2005), deja fuera de este análisis al público masculino. Además, rara vez se relacionan estas modificaciones con su interés o prácticas sexuales, lo que constata una mayor mitificación y prejuicio hacia la sexualidad femenina.

⁵ En la ENSS se incluye el enunciado «¿Cuál es el motivo por el que no ha tenido relaciones sexuales durante los últimos doce meses?», siendo uno de los ítems de respuesta «Por falta de deseo sexual».

⁶ También en la ENSS, en una batería de variables, se introduce la formulación «Piensa “que se acabe cuanto antes”», cuyas posibles respuestas son: siempre, casi siempre, algunas veces y nunca.

clara expresión de carencia de motivación sexual. Tras aplicar un análisis de correlación entre esta variable construida, que incluye ambos perfiles y las independientes, se ha concluido que no existen diferencias estadísticamente significativas entre ambas tipologías, por lo que se han incluido en un mismo grupo. De este modo se ha obtenido un grupo de mujeres con escasa o nula motivación sexual que se contraponen a las mujeres con deseo (quienes «nunca» y «casi nunca» piensan «que se acabe cuanto antes»), grupo que disminuye a medida que se incrementa la edad. Se configura así la variable dependiente «Persistencia del deseo sexual», operacionizada como *dummy* (tabla 1).

Además, con el objetivo de operativizar el constructo «deseo sexual», se han construido siete dimensiones siguiendo el modelo biopsicosocial propuesto por DeLamater (2002), cuyas variables actúan de independientes en los análisis realizados. Por un lado, se incluyen variables sociodemográficas (nivel educativo, clase social y grado de religiosidad), pretendiendo medir su contribución al interés sexual y del que no se han obtenido resultados significativos.

La segunda dimensión es el estado de salud, compuesto por variables objetivas (enfermedades, discapacidad y medicamentos) y subjetivas (autovaloración), para observar cómo la salud interviene en las prácticas sexuales. De la bibliografía consultada se extrae que el estado de salud es determinante para el mantenimiento de la actividad sexual en edades longevas (López y Olazábal, 2006; Rohde *et al.*, 2014). En este sentido, ciertas dolencias pueden afectar al desarrollo de una vida sexual plena, como, por ejemplo, aquellas relacionadas con las alteraciones hormonales: la osteoporosis y las alteraciones reumatoides, la cardiopatía isquémica o los procesos neoplásicos, así como tratamientos farmacológicos inhibidores del deseo (Gervás y de Celis, 2000). Por otro lado, es obvio que a más edad aumentará el padecimiento y gravedad de enferme-

dades, el consumo de fármacos y el grado de discapacidad y, por tanto, su influencia en la práctica sexual.

Con el mismo objetivo se presenta el tercer bloque, que ahonda en el estado de ánimo o psicológico, y recoge información sobre la autodefinición y la autoaceptación física y emocional, evaluando cómo interactúan con el interés sexual. En las sociedades modernas se asocia la belleza a la juventud y la feminidad a la fertilidad. Los cambios corporales vinculados al climaterio y el valor que las mujeres les atribuyen se configuran como factores de estrés por su repercusión negativa en la autoestima y en la identidad (Thorpe *et al.*, 2015) al interpretarse como pérdida de belleza física. Asimismo, la ansiedad y la depresión son dos estados emocionales contrarios al deseo sexual (Santos-Iglesias *et al.*, 2013; Karadag *et al.*, 2014). Siendo la imagen corporal y la crisis identitaria determinantes en el estado de ánimo, se podría asociar la falta de deseo sexual, más que a una cuestión hormonal, a un estado emocional decaído fruto de la influencia negativa sobre la propia erótica.

También se incorpora una dimensión denominada «relaciones de pareja y familiares» donde se observa si los modos de vida, la distribución de las tareas domésticas y los cuidados, así como la relación con la pareja, influyen en la vivencia de la sexualidad. Dada la estructura familiar y la situación laboral, partimos de la hipótesis que enuncia que la independencia económica y unas relaciones igualitarias entre cónyuges implican un mayor deseo sexual, puesto que una situación de desigualdad aminora la calidad de vida de las mujeres y, por ende, el bienestar de las parejas, con implicaciones en la calidad de las relaciones afectivas y el deseo (Meil, 2005).

Por otra parte, se estudian las creencias asociadas a la sexualidad y la relación que se establece con el placer. Dado el contexto histórico y social, es de esperar que se mantenga en las mujeres longevas una definición

TABLA 1. *Mujeres clasificadas por grupo de edad, permanencia del deseo sexual y disposición de pareja estable*

			Mujeres sin pareja estable		Mujeres con pareja estable		TOTAL
			n	%	n	%	
Premenopáusicas: de 45 a 50 años	Sin deseo sexual	Prosiguen: 'Que se acabe'	3		104		
		Interrupción por falta de deseo	4		0		
		Total	7	28,0	104	25,7	111
	Con deseo sexual		11	44,0	300	74,3	311
	Total		25	100	404	100	429
Perimenopáusicas: de 51 a 59 años	Sin deseo sexual	Prosiguen: 'Que se acabe'	6		150		
		Interrupción por falta de deseo	10		0		
		Total	16	51,6	150	36,2	166
	Con deseo sexual		15	48,4	264	63,8	279
	Total		31	100	414	100	445
Posmenopáusicas: más de 60 años	Sin deseo sexual	Prosiguen: 'Que se acabe'	4		48		
		Interrupción por falta de deseo	71		0		
		Total	75	97,4	48	19,8	123
	Con deseo sexual		2	2,6	194	80,2	196
	Total		77	100	242	100	319

Fuente: Elaboración propia a partir de la ENSS.

clásica de la sexualidad, puesto que fueron socializadas en plena posguerra y en la autarquía franquista, donde los valores católicos promocionaban una concepción de la sexualidad simplificada a su función procreadora, institucionalizada en el matrimonio y donde la norma son las relaciones heterosexuales (Pérez, 2002). Y en las mujeres adultas, una definición más amplia, promovida por la revolución sexual y contraceptiva que separó la procreación de la sexualidad y su libre ejercicio (Osborne, 1993). Estudios precedentes (DeLamater y Sill, 2005; Faus-Bertomeu, 2013) constatan que el grado y la utilidad de la información recibida, la importancia otorgada a la sexualidad, el conocimiento del cuerpo y una aceptación de las relaciones homosexuales fomentan la satisfacción sexual en edades longevas, variables que se incluyen también en este estudio.

Asimismo se analizan las actitudes sexuales y su asociación con la satisfacción sexual. Existe un vínculo claro entre disponer

de una actitud activa y un incremento del deseo sexual, y a la inversa, puesto que la actitud es la propia expresión de lo sexual (Maciel y Laganà, 2014). Se consideran en esta dimensión conductas propias, como expresar el deseo o tomar la iniciativa y, en relación, la satisfacción en determinadas prácticas sexuales con la pareja. La hipótesis a contrastar considera que a mayor bienestar con la pareja mayor deseo sexual por esta. Sin embargo, no es posible analizar a través de la ENSS el estado de la relación con el cónyuge, por lo que el análisis se ve limitado al deseo experimentado ante ciertas prácticas desarrolladas con aquel.

Del mismo modo, se incluye una última dimensión sobre los comportamientos sexuales para indagar en su correlación con la motivación sexual. La ENSS muestra que la frecuencia y diversidad de prácticas en las relaciones disminuye con la edad (Faus-Bertomeu, 2013, 2017; Ayuso y García, 2014). Así, sería de esperar que las mujeres con una

TABLA 2. Resultados del análisis de regresión logística en los tres grupos de mujeres

	Variable	Significatividad	Odds Ratio
Mujeres premenopáusicas	Estado de salud sexual subjetivo: Malo		ref
	Regular		-
	Bueno	** p < 0,05	3,26
	Comparte las tareas del hogar: Nunca		ref
	A veces	-	-
	Siempre	*p < 0,1	1,85
	Horas dedicadas a cuidar de una persona mayor o dependiente: Más de 50 horas		ref
	No ha cuidado	** p < 0,05	4,38
	Menos de 10 horas	** p < 0,05	6,43
	De 11 a 25 horas	** p < 0,05	10,48
	De 26 a 50 horas	** p < 0,05	19,64
	Reprime sus deseos y placeres sexuales: Sí		ref
	No	***p < 0,000	3,36
	Sentimiento tras mantener relaciones sexuales: Culpa		ref
Bienestar	***p < 0,000	6,37	
N		379	
Chi-cuadrado		72,98	
- 2log de verosimilitud		347,118	
porcentaje global		81,00%	
Mujeres perimenopáusicas	Padece enfermedades reumatológicas: Sí		ref
	No	** p < 0,05	2,3
	Consume medicamentos: Sí		ref
	No	** p < 0,05	0,54
	Reprime sus deseos y placeres sexuales: Siempre		ref
	A veces	-	-
	Nunca	*p < 0,1	4,08
	Opinión 'La homosexualidad es una enfermedad': De acuerdo		ref
	Ni de acuerdo ni en desacuerdo	-	-
	En desacuerdo	** p < 0,05	2,83
	Frecuencia con la que le gustaría mantener relaciones sexuales: Con menor frecuencia		ref
	Con mayor frecuencia	** p < 0,05	2,12
	Con la misma frecuencia	** p < 0,05	2,5
	Satisfacción sexual con su pareja estable: Poca satisfacción		ref
Mucha satisfacción	***p < 0,000	5,59	
Bastante satisfacción	***p < 0,000	7,95	
N		336	
Chi-cuadrado		85,71	
- 2log de verosimilitud		348,62	
porcentaje global		76,5%	
Mujeres posmenopáusicas	Consume antidepresivos: Sí		ref
	No	** p < 0,05	0,273
	Padece alguna discapacidad que le impide desarrollar su vida sexual: Sí		ref
	No	** p < 0,05	2,52
	Dedica tiempo a cuidarse y a sentirse bien: Nunca		ref
	A veces	-	-
	Siempre	** p < 0,05	2,97
	¿Cuál es su forma de ser? Necesita la aprobación de los otros		ref
	Le gusta tomar sus propias decisiones	** p < 0,05	0,44
	Le hubiera gustado recibir información sobre «Problemas en las relaciones sexuales»: No		ref
	Sí	** p < 0,05	0,35
	Opinión «La sexualidad es necesaria para el equilibrio personal»: En desacuerdo		ref
	Ni de acuerdo ni en desacuerdo	*p < 0,1	6,65
	De acuerdo	** p < 0,05	13,35
	Satisfacción que le produce acariciar los genitales de su pareja: Insatisfacción		ref
	Satisfacción	** p < 0,05	2,95
	Opinión «Los varones tienen más deseos sexuales que las mujeres»: De acuerdo		ref
	Ni de acuerdo ni en desacuerdo	*p < 0,1	2,46
En desacuerdo	***p < 0,000	5,32	
Sentimiento tras mantener relaciones: Ninguno		ref	
Tristeza	*p < 0,1	0,89	
Alegría	***p < 0,000	5,7	
N		237	
Chi-cuadrado		92,43	
- 2log de verosimilitud		234,25	
porcentaje global		75,5%	

Fuente: Elaboración propia a partir de la ENSS.

vida sexual activa, y una amplia gama de prácticas con un componente seductivo, íntimo, sensual y romántico, incrementarían su deseo.

Para responder a los objetivos planteados en este estudio se ha utilizado el análisis binario y multivariable. A través de tablas de contingencia se ha observado la relación entre la variable dependiente y los siete campos descritos anteriormente (anexo). Se ha establecido que el vínculo entre dos variables sea estadísticamente significativo si $p < 0,05$. En el caso de la asociación entre una variable nominal y una ordinal, se ha utilizado el estadístico V de Cramer, y en el caso de la asociación entre variables ordinales, el estadístico D de Somers. Además, se toman como valores significativos aquellos en los que $n \geq 45$ y los residuos tipificados corregidos son $\pm 1,96$ (Sánchez Carrión, 1989). De este modo se han controlado las diferencias debidas a la edad de las mujeres, y se han seleccionado las variables óptimas para aplicar un análisis de regresión logística binaria, mediante la inclusión de variables «hacia adelante» de Ward, a cada grupo de edad (tabla 2), estimando la probabilidad de que las mujeres presenten o no deseo sexual en función de las variables independientes analizadas (Jovell, 1995) y siguiendo las recomendaciones de Mood (2009) sobre esta técnica, esto es, tener en cuenta el efecto del tamaño de la muestra y su heterogeneidad en los resultados. Siendo la variable dependiente el deseo sexual, se interpretan los coeficientes resultantes como un incremento del porcentaje total obtenido.

RESULTADOS

Estado de salud

El análisis binario no muestra grandes diferencias en el estado de salud entre mujeres con deseo y con carencia de este en ningún grupo de edad. Para las mujeres premenopáusicas y posmenopáusicas, se asocia un buen estado de salud sexual a una permanencia del deseo (D de Somers 0,202 de 45

a 50 años y de más de 60). En las perimenopáusicas, la divergencia proviene del grado de discapacidad (V de Cramer 0,202) y de los impedimentos consecuencia de este para desarrollar prácticas sexuales (V de Cramer 0,218), ambos obstáculos para el deseo sexual. Se confirman estos resultados al observar los datos obtenidos a partir del análisis multivariable. En las mujeres de 45 a 50 años, la disposición a mantener una motivación sexual plena aumenta un 23,44% en quienes presentan buenos niveles de salud sexual respecto a féminas con peores niveles. Más específico es el caso de las mujeres de 51 a 59 años, puesto que quienes no padecen dolencias del aparato locomotor o reumatológicas (V de Cramer 0,234) y aquellas que no toman medicamentos de forma continua (V de Cramer 0,583) incrementan su deseo sexual un 30,29 y un 64,8% respectivamente. Y para las mujeres mayores de 60 años, no consumir antidepresivos (V de Cramer 0,66) y no padecer incapacidades que afecten a su vida sexual (V de Cramer 0,202) acrecientan la persistencia del deseo sexual en un 78,52 y un 28,41%.

Estado de ánimo y emocional

Grosso modo, las mujeres con motivación sexual y con carencia de esta presentan una autovaloración positiva de sí mismas: a todas las edades se siente atractivas y muestran una autovaloración positiva. No obstante, se asocia en el grupo de mujeres posmenopáusicas la independencia (V de Cramer 0,153) y la dedicación personal (D de Somers 0,219) con el deseo sexual, incrementándose este un 25,13% en aquellas féminas que destinan tiempo a cuidarse y sentirse bien consigo mismas, y en un 69,1% en aquellas que toman sus propias decisiones sin tener en cuenta lo que opinen los demás.

Relaciones familiares y de pareja

El análisis binario no aporta resultados concluyentes, posiblemente porque los perfiles

de las mujeres de cada generación son similares en esta dimensión. Sin embargo, el análisis multivariable resuelve que el deseo sexual aumenta un 35% entre las mujeres premenopáusicas que habitan en hogares donde las tareas domésticas se comparten (D de Somers 0,368). También aquellas féminas sin personas dependientes o mayores a su cargo (D de Somers 0,43) añaden un 18,57% a su motivación sexual respecto a quienes se enfrentan a este tipo de carga familiar. Es más, las horas destinadas al cuidado son decisivas. Tomando como referencia a mujeres con una carga familiar de más de 50 horas semanales, quienes atienden de 26 a 50 horas incrementan su deseo un 4,84% respecto a las primeras; quienes asisten de 11 a 25 horas acrecientan su motivación sexual un 13,44% y quienes destinan menos de 10 horas a la atención de los cuidados aumentan su deseo un 17,09%.

Opiniones y creencias sexuales

El análisis bivariable asocia el grado de información sobre sexualidad con el deseo sexual en todas las generaciones (D de Somer 0,135, 0,288 y 0,203 respectivamente), así como la utilidad de esta en las de mayor edad (D de Somer 0,288 de 51 a 59 años y 0,133 en más de 60 años) y el conocimiento del propio cuerpo como medio para dar y recibir placer (D de Somers 0,126, 0,243 y 0,275). También se asocia la motivación sexual con otorgarle importancia a la sexualidad en la actualidad (V de Cramer 0,157, 0,246 y 0,25) y con una valoración satisfactoria de la trayectoria sexual global (D de Somers 0,147, 0,193 y 0,253).

Por otro lado, el análisis multivariable indica que las mujeres perimenopáusicas que no mantienen posturas de rechazo ante las relaciones homosexuales, sino que estas son aceptadas al mismo nivel que las heterosexuales (D de Somers 0,137), incrementan su deseo un 26,05%. Y en las posmenopáusicas que conciben la sexualidad como

un elemento necesario para el equilibrio personal (D de Somers 0,205), la motivación sexual se acrecienta un 6,96%; a quienes les hubiera gustado recibir más información sobre problemas sexuales (V de Cramer 0,122), un 73,86%, y a las que rechazan afirmaciones como «los hombres tienen más deseos sexuales que las mujeres» (D de Somers 0,187), un 15,81%.

Actitudes sexuales

El análisis bivariable concluye que el deseo sexual se incrementa con actitudes como tomar la iniciativa (D de Somers 0,119 en 45-50 años, 0,223 en 51-59 años y 0,234 en más de 60 años) y disminuye si se «reprimen los deseos y placeres sexuales» (D de Somers 0,275, 0,247 y 0,262, respectivamente). Así como con sentir una elevada satisfacción sexual con la pareja estable (D de Somers 0,261, 0,312 y 0,179) y gozar con prácticas como desnudarle (D de Somers 0,114, 0,199 y 0,179) o que la desnuden (D de Somers 0,097, 0,2 y 0,19), y acariciarle los genitales (D de Somers 0,102, 0,147 y 0,19) o que se los acaricien a ellas (D de Somers 0,143, 0,157 y 0,203).

Las mujeres premenopáusicas que exteriorizan sus deseos incrementan su motivación sexual en un 22,92%, y en las perimenopáusicas en un 19,68%. Además, en estas últimas la satisfacción sexual con la pareja es determinante: aquellas que gozan de «bastante» satisfacción aumentan su deseo en un 11,17%, y quienes sienten «mucho» satisfacción alcanzan un 15,15% más respecto a quien no siente satisfacción. Y las mujeres posmenopáusicas que sienten satisfacción al acariciar los genitales de su pareja añaden un 25,26% a su deseo.

Comportamiento sexual

El análisis bivariable muestra que la expresión de sentimientos tras la práctica sexual como la satisfacción (D de Somers 0,231 en

45-50 años, 0,233 en 51-59 años y 0,288 en más de 60), el placer (D de Somers 0,209, 0,224 y 0,274, respectivamente), el bienestar (D de Somers 0,266, 0,15 y 0,272), la tranquilidad (D de Somers 0,224, 0,134 y 0,169) y la alegría (D de Somers 0,255, 0,315 y 0,303) se asocian a la motivación sexual. No obstante, no se establecen resultados significativos sobre prácticas concretas como el sexo oral o el sexo coital.

El análisis multivariable indica que las mujeres perimenopáusicas cuya frecuencia deseada de relaciones sexuales es similar a la que mantienen (D de Somers 0,163) incrementan su deseo un 28,5%, y quienes quisieran mayor asiduidad añaden un 32,01%. Las mujeres premenopáusicas que sienten bienestar tras mantener relaciones sexuales con su pareja presentan un 13,56% más de deseo, y las mujeres posmenopáusicas que experimentan alegría, un 14,92%.

DISCUSIÓN

Los datos indican que a medida que aumenta la edad disminuyen las mujeres que gozan de deseo sexual. Sin embargo, también señalan que con el incremento de la edad también se acrecienta el número de mujeres sin una pareja estable. Siendo así, el elemento que se erige como principal del deseo es disponer de una pareja que permita proseguir con la vida sexual. Además, la edad de una persona no es un predictor fiable del tipo y de la calidad de las relaciones íntimas, y la intimidad emocional es una necesidad significativa independientemente de la edad (Angelini *et al.*, 2012). De hecho, y a pesar de que algunas mujeres argumentan su abstinencia sexual alegando falta de deseo sexual, no existe una relación directa entre los niveles hormonales y el deseo sexual, sino que ese vínculo está determinado por factores de tipo social y emocional que inhiben el erotismo femenino (Kinsey *et al.*, 1953; Hite, 1977; Masters y Johnson, 1966; Freixas *et al.*, 2010).

Los resultados obtenidos indican que el estado de salud es un factor destacable en el deseo sexual, que toma relevancia y se diversifica al tiempo que se incrementa la edad, al igual que la salud emocional. Sin embargo, los datos remarcan el peso de la carga familiar, o mejor dicho, de la estructura de los cuidados, que modela el deseo en especial en la etapa de la adultez. Se constata, asimismo, en la dimensión de las creencias y opiniones, que una postura de acceso al placer y una definición amplia de la sexualidad incrementan la motivación sexual, al igual que se vincula el goce sexual con la pareja en el campo actitudinal. Finalmente, se presenta como factor decisivo del deseo sexual, más que las propias prácticas sexuales, las sensaciones y emociones que estas despiertan en las mujeres, lo que confirma la determinación de una trayectoria sexual activa y satisfactoria para incrementar el deseo sexual. El aspecto decisivo que indica que la motivación sexual se constriñe o promueve a través de factores sociales y culturales son los diferentes elementos que influyen en las distintas generaciones, lo que confirma que lo biológico queda en un segundo lugar. Siendo así, los factores predictores del deseo en las mujeres premenopáusicas se configuran alrededor de unas relaciones igualitarias con la pareja y de la sobrecarga de cuidados derivada de la atención a sus progenitores y descendencia. Los componentes que inciden directamente en las mujeres perimenopáusicas son el estado de salud, una vida sexual activa y la satisfacción sexual que experimentan con su pareja. Y, finalmente, en las mujeres posmenopáusicas se erigen como elementos clave la salud, su propia independencia y cuidado y una amplia definición de sexualidad concebida como comunicación con la pareja. Se concluye, por lo tanto, que la sexualidad y sus formas de expresión, así como los factores que inciden en el deseo, cambian a lo largo del ciclo vital.

Estudios previos sugieren que la sexualidad femenina en edades longevas depende

de la sexualidad masculina, hasta el punto de que si no se dispone de pareja estable, se produce un cese en la actividad sexual (López y Olazábal, 2006; Maciel y Laganà, 2014). En este sentido, las mujeres construyen su deseo sexual basándose en la calidad de la relación con el otro. De las dimensiones analizadas se erigen como determinantes una vida sexual activa con la pareja, la actitud sexual hacia el compañero y las sensaciones y satisfacción que produce la práctica con él. Tal y como afirman Freixas *et al.*: «el tema central deberíamos situarlo en el nexo entre deseo sexual y calidad de la relación» (2010: 44). Por otro lado, Rubenstein (1978) afirmaba que los determinantes del deseo sexual en edades longevas incluyen la vergüenza y el pecado. Así pues, las mujeres que rompen los roles en los que han sido socializadas y asumen su propia sexualidad en un marco amplio de estímulos y sensaciones en el que, por ejemplo, experimentan satisfacción, placer y bienestar (en oposición a insatisfacción, dolor o culpa) tras sus prácticas sexuales, presentan mayor probabilidad de incrementar su deseo.

Históricamente se han atribuido a las mujeres los trabajos de reproducción, es decir, las tareas del hogar y el cuidado de los otros. La aceptación del trabajo doméstico como un deber inherente a la personalidad femenina ha contribuido a que no se relacione con el proceso de acumulación de capital, lo que lo convierte en invisible, marginal, natural o privado y a perder la conciencia de la necesidad de un tiempo para sí (del Re, 1995). Diversos estudios confirman el impacto que tiene la labor de cuidar sobre la autopercepción del estado de salud, la física y psicológica, y sobre la vida social, personal y económica (Fernández *et al.*, 2011; Gómez-Redondo *et al.*, 2017). La sexualidad no escapa a esta dinámica y la pérdida de deseo en las mujeres premenopáusicas se debe a la sobrecarga de cuidados, que incide en una mala salud mental reflejada en los niveles de estrés, ansiedad, depresión y

desinterés sexual (Maciel y Laganà, 2014). Tobío (2005) subraya que la realización personal y la independencia femenina, fruto de desempeñar un trabajo remunerado y de compartir las responsabilidades familiares, está muy relacionada con el gusto, el deseo y el placer. Lo que aquí cabe resaltar es que existe una clara asociación entre la responsabilidad laboral y familiar y la práctica sexual y, en concreto, la motivación sexual. Esta línea argumental nos permite, asimismo, justificar por qué el deseo sexual en las mujeres posmenopáusicas se ve mediatizado por el cuidado a sí mismas, puesto que «[A los 60] se va haciendo palpable, con más fuerza y permanencia que en etapas anteriores, la necesidad de detenerse un poco y pensar más en una misma, saturada en gran medida en hacerlo en los de alrededor, sean éstos más o menos numerosos» (Sáez, 2005: 42).

Una adecuada salud es un elemento importante a la hora de disfrutar de las relaciones sexuales. Es un hecho evidente que el estado de salud empeora con el paso de los años. La percepción de la salud se degrada, se padecen mayor número de enfermedades, incluso son más discapacitantes, y se toman más medicamentos. Siendo así, la salud se convierte en un determinante para la continuación o la interrupción de la sexualidad en edades longevas (Lindau y Gavrilova, 2010). Destaca la toma de medicamentos, en especial los antidepresivos, y las enfermedades discapacitantes como las relacionadas con el sistema nervioso, puesto que pueden alterar funciones sensoriales, motoras o cognitivas importantes, comprometen la actividad sexual en general y el deseo en particular (McHugh e Interligi, 2014). No obstante, lo reseñable, y que corrobora la hipótesis de que el deseo no se ve únicamente influenciado por los cambios orgánicos, es que no se han encontrado evidencias que asocien las alteraciones endocrinas, propias del climaterio, con la pérdida del deseo sexual.

CONCLUSIONES

Es cierto que la asunción de la menopausia como un problema médico habilita una actitud preventiva respecto a las consecuencias fisiológicas de la evolución hormonal. Pero también hay que tener en cuenta que el climaterio, y más concretamente la menopausia, está determinado por una variedad de factores sociales, psicológicos y de género. La aplicación del modelo biopsicosocial del deseo, compuesto por la combinación de elementos biológicos, emocionales y contextuales, permite concluir la no vinculación entre el interés sexual y el padecimiento de dolencias endocrinas o vasculares características del climaterio, lo que manifiesta el carácter actitudinal, relacional y sociocultural del deseo. En este análisis se ha puesto de relieve el carácter multidimensional del deseo sexual, así como las circunstancias sociales que lo caracterizan en cada generación de mujeres. Las consecuencias de la sujeción durante la vida al rol tradicional, las actitudes sexuales, el estado de salud así como la dependencia al cónyuge y la falta de proyectos de vida propios y dirigidos al cuidado de los otros, tienen sus efectos en el momento del ciclo vital de la madurez y la vejez. En este sentido, los datos muestran una clara correlación entre las tareas de cuidado, que se especifica incluso en las horas destinadas a estas labores, y los niveles de deseo sexual.

Estos resultados muestran la importancia que tienen los componentes sociales y culturales en el deseo sexual, remarcando que los cambios fisiológicos y morfológicos propios del proceso de envejecimiento pueden no ser tan determinantes en este fenómeno, lo que hace necesario incluir una visión más integral, y no solamente centrada en la propia práctica sexual, para alcanzar una interpretación completa. Por otro lado, el uso de instrumentos validados para examinar cada uno de los constructos propuestos contribuye a obtener conclusiones válidas y fiables, en compara-

ción con los estudios que evalúan constructos utilizando una única pregunta.

LIMITACIONES

A nivel académico, el estudio del deseo sexual femenino ha ocupado una posición secundaria en el campo de la sexualidad, y desde una perspectiva que se separa en dos campos, el biológico y el sociocultural, siendo necesaria una nueva reelaboración del deseo sexual y la implicación de género (Tolman y Diamond, 2001). Es por ello que se hace necesaria una aproximación que incluya un enfoque de género capaz de dar cabida a la encrucijada entre lo subjetivo y la calidad de la expresión de los deseos en los diferentes contextos socioculturales e interpersonales.

A ello hay que sumar los obstáculos derivados de la ENSS, que, a pesar de estar diseñada desde una perspectiva de género (CIS, 2009), no incluye preguntas relacionadas con los ciclos vitales de hombres y mujeres; es decir, no hay ninguna variable que indague sobre los efectos de la menopausia, aun a sabiendas de la existencia del mito que relaciona el fin de la sexualidad femenina con el cese de la menstruación. Así mismo, la no inclusión de variables que evalúen la relación con la pareja más allá de lo sexual constriñe la propia definición de sexualidad y su análisis.

BIBLIOGRAFÍA

- Angelini *et al.* (2012). «Age, Health and Life Satisfaction among Older Europeans». *Social Indicators Research*, 2(105): 293-308.
- Arber, Sara y Ginn, Jay (1996). *La relación entre género y envejecimiento. Un enfoque sociológico*. Madrid: Ediciones Narcea.
- Ayuso Sánchez, Luis y García Faroldi, Livia (2014). *Los españoles y la sexualidad en el siglo XXI*. Madrid: CIS.
- Bajos, Nathalie y Bozon, Michel (2012). «Les transformations de la vie sexuelle après cinquante ans:

- un vieillissement genré». *Gérontologie et société*, 1: 95-108.
- Bourdieu, Pierre (1998). *La dominación masculina*. Barcelona: Editorial Anagrama. (Edición 2000).
- Bozon, Michel (2001). «Sexuality, Gender and the Couple: A Sociohistorical Perspective». *Annual Review of Sex Research*, 12(1): 1-32.
- Bozon, Michel (2002). *Sociologie de la sexualité*. Paris: Armand Colin (2.ª ed., 2009).
- Carmenate, Margarita; Martínez, Antonio y Catasús, Sonia (2006). «Menopause: The Psychosocial Meanings of a Biological Transition». En: Dugerdiil, S. y Taylor, M. (eds.). *Human Clocks. The Bio-Cultural Meanings of Age*. Bern: European Academic Publishers.
- Centro de Investigaciones Sociológicas (2009). «Informe metodológico. Encuesta Nacional de Salud Sexual, Estudio 2.780» (www.cis.es).
- DeLamater, John (2002). «Sexuality across the Life Course: A Biopsychosocial Perspective». *Mid-continent Region Meeting, Society for the Scientific Study of Sexuality*. Big Rapids, MI.
- DeLamater, John y Sill, Morgan (2005). «Sexual Desire in Later Life». *Journal of Sex Research*, 42: 138-149.
- Erikson, Erik (1988). *El ciclo vital completado*. Madrid: Paidós.
- Faus-Bertomeu, Aina (2013). «La sexualidad de las mujeres mayores: Explotación estadística de la Encuesta Nacional de Salud Sexual (ENSS)». *Trabajos fin de master 2010-2011*. Madrid: UAM.
- Faus-Bertomeu, Aina (2017). *Salud, sexualidad y bienestar en las personas mayores*. Gómez-Redondo, Rosa (dir). Madrid: UNED. [Tesis doctoral, no publicada].
- Fernández de Larrinoa, Pedro et al. (2011). «Autopercepción del estado de salud en familiares cuidadores y su relación con el nivel de sobrecarga». *Psicothema*, 3(23): 388-393.
- Foucault, Michel (1976). *Historia de la sexualidad. La voluntad del saber*. Madrid: Siglo XXI. (Edición 2009).
- Freixas, Anna (2007). *Nuestra menopausia. Una versión no oficial*. Barcelona: Ediciones Paidós.
- Freixas, Anna; Luque, Bárbara y Reina, Amalia (2010). «Secretos y silencios en torno a la sexualidad de las mujeres mayores». *Debate Feminista*, 42: 35-51.
- Freud, Sigmund (1921). *Psicología de las masas y análisis del yo*. Obras Completas. Tomo XVIII. Buenos Aires: Amorrortu. (Edición 1999).
- Ganong, John y Simon, William (1973). *Sexual Conduct: The Social Origins of Sexual Development*. Chicago: Aldine.
- García, José L. (2005). *La sexualidad y la afectividad en la vejez*. Madrid: IMSERSO.
- Gervás, Juan y Celis, Mónica de (2000). «El climaterio en la mujer: una aproximación desde la teoría de los sexos». *Anuario de Sexología*, 6: 57-77.
- Gómez-Redondo, Rosa; Fernández-Carro, Celia; Cámara-Izquierdo, Noelia y Faus-Bertomeu, Aina (2017). *Salud en la vida adulta y su relación con el envejecimiento saludable: Tendencias actuales, oportunidades y retos futuros en España*. Madrid: Fundación Mapfre.
- Henslin, James (1971). *Studies in the Sociology of Sex*. New York: Appleton-Century.
- Hite, Shere (1977). *El informe Hite: estudio de la sexualidad femenina*. Barcelona: Plaza y Janés.
- Jovell, Albert (1995). *Análisis de regresión logística*. Madrid: CIS. (Reimp., 2006).
- Kaplan, Helen (1977). «Hypoactive Sexual Desire». *Journal of Sex and Marital Therapy*, 3(1): 3-9.
- Karadag, Hasan et al. (2014). «Body Mass Index and Sexual Dysfunction in Males and Females in a Population Study». *Bulletin of Clinical Psychopharmacology*, 19(24): 76-83.
- Kinsey, Alfred et al. (1953). *Sexual Behavior in the Human Female*. Philadelphia: Saunders. Bloomington, Indiana: Indiana University Press. (Ed. 1998).
- Lindau, Stacy y Gavrillova, Natalia (2010). «Sex, Health, and Years of Sexually Active Life Gained Due to Good Health: Evidence from Two US Population Based Cross Sectional Surveys of Ageing». *BMJ*, 340: C810.
- López, Félix y Olazábal, Juan Carlos (2006). *Sexualidad en la vejez*. Madrid: Pirámide.
- Maciel, Michelle y Laganà, Luciana (2014). «Older Women's Sexual Desire Problems: Biopsychosocial Factors Impacting them and Barriers to their Clinical Assessment». *Bio Med Research International*. Disponible en: <http://www.hindawi.com/journals/bmri/2014/107217/>, acceso el 8 de enero de 2014.
- Masters, William y Johnson, Virginia (1966). *La respuesta sexual humana*. Buenos Aires: Inter-Médica. (Edición 1978).
- McHugh, Maureen e Interligi, Camille (2014). «Sexuality and Older Women: Desirability and Desire».

- En: Muhlbauer; Chrisler y Denmark (eds.). *Women and Aging. An International, Intersectional Power Perspective*. Berlin: Springer.
- Meil, Gerardo (2005). «El reparto desigual del trabajo doméstico y sus efectos sobre la estabilidad de los proyectos conyugales». *REIS*, 111: 163-180.
- Moioli, Bruno (2005). «Aspectos conductuales, actitudinales y experienciales de la sexualidad en la vejez». *Sexología integral*, 2(1): 26-27.
- Mood, Carina (2009). «Logistic Regression: Why we Cannot Do what we Think we Can Do, and what we Can Do about it». *European Sociological Review*, 26(1): 67-82.
- Nieto, José A. (1995). *La sexualidad de las personas mayores en España*. Madrid: IMSERSO.
- Osborne, Raquel (1993). *La construcción sexual de la realidad: un debate en la sociología contemporánea de la mujer*. València: Universitat de València.
- Pérez, Jesús (2002). «El discurso pedagógico relativo a la sexualidad en España (1940-1963)». *Premios Nacionales de Investigación e Innovación Educativa*, 1: 591-618.
- Re, Alisa de (1995). «Tiempo de trabajo y tiempo de trabajo de reproducción». *Política y Sociedad*, 19: 75-81.
- Rohde, Gudrun; Berg, Kari y Haugeberg, Glenn (2014). «Perceived Effects of Health Status on Sexual Activity in Women and Men Older than 50 Years». *Health and Quality of Life Outcomes*, 12: 43.
- Rubenstein, Dan (1978). «On Being Socialized out of the Human Sexual Response in the Later Years». *Journal of Sociology and Social Welfare*, 4: 843-855.
- Sáez, Carmen (2005). «Salud y bienestar a lo largo de la vida». En: Freixas (ed.). *Abuelas, madres, hijas. La transmisión sociocultural del arte de envejecer*. Barcelona: Icaria.
- Sampedro, Pilar (2005). «Sexualidad y envejecimiento. La sexualidad de las mujeres cumple años». En: Freixas (ed.). *La transmisión sociocultural del arte de envejecer*. Barcelona: Icaria.
- Sánchez Carrión, Juan (1989). *Análisis de tablas de contingencia*. Madrid: CIS. (2ª ed., 1992).
- Sánchez Vera, Pedro y Bote, Marcos (2011). *Los mayores y el amor*. València: Nau Llibres.
- Santos-Iglesias, Pablo; Calvillo, Gema y Sierra, Juan (2013). «A Further Examination of Levine's Model of Sexual Desire». *Psychology and Sexuality*, 4(1): 34-45.
- Schnarch, David (1991). *Constructing the Sexual Crucible. An Integration of Sexual and Marital Therapy*. New York: NW Norton and Company.
- Stein, Arlene (1989). «Three Models of Sexuality: Drives, Identities and Practices». *Sociological Theory*, 7(1): 1-13.
- Thorpe, Rachel et al. (2015). «Old and Desirable: Older Women's Accounts of Ageing Bodies in Intimate Relationships». *Sexual and Relationship Therapy*, 30(1): 156-166.
- Tobío, Constanza (2005). *Madres que trabajan: Dilemas y estrategias*. Madrid: Cátedra.
- Tolman, Deborah y Diamond, Lisa (2001). «Desegregating Sexuality Research: Cultural and Biological Perspectives on Gender and Desire». *Annual Review of Sex Research*, 12(1): 33-74.
- Vásquez-Bronfman, Ana (2006). *Amor y sexualidad en las personas mayores: transgresiones y secretos*. Barcelona: Gedisa.
- Weeks, Jeffrey (1985). *Sexuality*. London: Routledge.

RECEPCIÓN: 29/04/2016

REVISIÓN: 21/07/2016

APROBACIÓN: 24/01/2017

ANEXO

Frecuencias de las variables significativas clasificadas en las seis dimensiones que forman el constructo sexualidad, por grupos de edad

Variables	Premenopáusicas		Perimenopáusicas		Posmenopáusicas	
	Sin deseo	Con deseo	Sin deseo	Con deseo	Sin deseo	Con deseo
<i>Autopercepción del estado de salud sexual (P45)</i>						
Malo	8	8	14	7	45	11
Regular	30	42	39	47	96	39
Bueno	70	257	106	210	130	141
<i>Padecimiento de enfermedades reumatológicas (P4606)</i>						
No	94	268	115	226	194	145
Sí	17	43	48	43	96	51
<i>Padecimiento de limitaciones en su actividad diaria (P46a)</i>						
No	36	100	49	104	107	91
Sí	27	44	48	42	116	62
<i>Padecimiento de limitaciones sexuales (P46b)</i>						
No	31	96	51	110	93	87
Sí	30	48	42	36	86	40
<i>Consumo de medicamentos (P47)</i>						
No	61	208	81	141	61	56
Sí	50	103	82	128	229	140
<i>Consumo de antidepresivos (P47a10)</i>						
No	96	291	149	249	271	176
Sí	15	20	14	20	19	20
<i>Frecuencia con la que se cuida (P4802)</i>						
Nunca	24	33	37	34	67	20
A veces	45	118	63	97	105	52
Siempre	42	159	63	137	118	124
<i>Personalidad (P49a)</i>						
Le gusta tomar sus propias decisiones	39	146	61	120	93	73
Necesita la aprobación de los demás	65	151	90	140	190	107
<i>Frecuencia con la que comparte las tareas domésticas (P4801)</i>						
Nunca	28	65	65	61	105	47
A veces	33	62	24	65	51	35
Siempre	49	177	70	135	128	108
<i>Horas semanales destinadas a cuidar de una persona dependiente (P6601)</i>						
No ha cuidado	73	206	97	189	220	142
Menos de 10 horas	18	45	27	32	30	20
De 11 a 25 horas	10	29	9	24	16	11
De 26 a 50 horas	3	20	14	8	8	11
Más de 51 horas	6	6	11	7	9	5

Frecuencias de las variables significativas clasificadas en las seis dimensiones que forman el constructo sexualidad, por grupos de edad (continuación)

Variables	Premenopáusicas		Perimenopáusicas		Posmenopáusicas	
	Sin deseo	Con deseo	Sin deseo	Con deseo	Sin deseo	Con deseo
<i>Grado de información sexual (P1)</i>						
Mala	16	20	23	19	76	26
Regular	22	46	58	52	98	50
Buena	73	242	81	197	113	119
<i>Utilidad de la información sobre sexualidad recibida (P4)</i>						
No ha recibido información	11	25	42	40	88	44
Nada útil	17	50	34	30	59	29
Medianamente útil	24	67	38	49	60	40
Muy útil	58	169	48	149	80	82
<i>Temas sobre los que quisiera más información: ¿Problemas en las relaciones sexuales? (P306)</i>						
No	58	178	90	159	179	144
Sí	53	137	73	110	111	52
<i>Grado de acuerdo con la afirmación «En el fondo, la homosexualidad es una enfermedad y como tal debe tratarse» (P605)</i>						
De acuerdo	10	31	35	28	86	45
Ni de acuerdo ni en desacuerdo	6	4	9	18	23	13
En desacuerdo	88	269	108	213	139	114
<i>Grado de acuerdo con la afirmación «La sexualidad es necesaria para el equilibrio personal» (P607)</i>						
En desacuerdo	5	10	14	18	33	5
Ni de acuerdo ni en desacuerdo	14	14	13	20	34	12
De acuerdo	89	284	134	226	193	168
<i>Importancia otorgada a la sexualidad en la actualidad (P8)</i>						
Poco importante	32	48	73	61	188	80
Muy importante	75	257	84	201	94	114
<i>Conocimiento del cuerpo para recibir y proporcionar placer (P24)</i>						
Poco	2	5	18	3	40	9
Aproximadamente	26	39	48	48	110	38
Bien	83	266	97	215	134	146
<i>Grado de acuerdo con la afirmación «Los hombres tienen más deseos sexuales que las mujeres» (P603)</i>						
De acuerdo	72	174	120	146	218	118
Ni de acuerdo ni en desacuerdo	13	31	15	37	22	24
En desacuerdo	20	98	23	71	29	42
<i>Satisfacción global con la trayectoria sexual (P20)</i>						
Insatisfactoria	8	2	8	7	29	3
Ni satisfactoria ni insatisfactoria	13	24	28	13	52	11
Satisfactoria	89	284	126	246	206	182

Frecuencias de las variables significativas clasificadas en las seis dimensiones que forman el constructo sexualidad, por grupos de edad (continuación)

Variables	Premenopáusicas		Perimenopáusicas		Posmenopáusicas	
	Sin deseo	Con deseo	Sin deseo	Con deseo	Sin deseo	Con deseo
<i>Frecuencia con la que toma la iniciativa (P2801)</i>						
Nunca	18	14	53	43	111	51
A veces	81	289	96	218	103	144
Siempre	6	7	1	7	5	1
<i>Frecuencia con la que reprime sus deseos y placeres sexuales (P2803)</i>						
Siempre	3	2	6	3	12	3
A veces	58	90	80	86	113	60
Nunca	39	214	60	176	86	127
<i>Grado de satisfacción con la pareja estable (P34)</i>						
Poca satisfacción	18	12	41	10	84	18
Bastante satisfacción	50	140	70	140	93	110
Mucha satisfacción	15	112	23	84	24	62
<i>Grado de satisfacción al desnudar a su pareja (P1902)</i>						
Insatisfacción	27	50	61	65	83	48
Satisfacción	66	223	61	152	74	89
<i>Grado de satisfacción cuando su pareja le desnuda (P1903)</i>						
Insatisfacción	19	34	47	42	81	41
Satisfacción	78	286	81	183	95	108
<i>Grado de satisfacción al acariciar los genitales de su pareja (P1904)</i>						
Insatisfacción	23	44	37	36	81	41
Satisfacción	71	240	88	175	95	108
<i>Grado de satisfacción cuando su pareja le acaricia los genitales (P1905)</i>						
Insatisfacción	17	22	29	22	65	24
Satisfacción	79	264	104	191	125	124
<i>Frecuencia deseada de relaciones sexuales (P29)</i>						
Con menos frecuencia	28	41	55	43	107	50
Con la misma frecuencia	52	192	74	179	89	122
Con más frecuencia	26	74	23	44	19	21
<i>Sentimiento tras mantener relaciones sexuales (P3101)</i>						
Ninguno	16	9	14	5	34	9
Insatisfacción	9	12	20	10	35	5
Satisfacción	78	288	117	253	146	177
<i>Sentimiento tras mantener relaciones sexuales (P3102)</i>						
Ninguno	15	7	22	13	57	12
Dolor	3	3	14	5	11	5
Placer	87	296	115	247	145	171
<i>Sentimiento tras mantener relaciones sexuales (P3103)</i>						
Ninguno	21	10	25	21	52	8
Culpa	2	1	4	2	7	4
Bienestar	80	294	123	244	154	177
<i>Sentimiento tras mantener relaciones sexuales (P3104)</i>						
Ninguno	23	15	22	17	40	14
Miedo	0	2	4	3	6	2
Tranquilidad	82	285	126	247	169	174
<i>Sentimiento tras mantener relaciones sexuales (P3105)</i>						
Ninguno	32	30	45	23	70	19
Tristeza	6	10	12	5	13	2
Alegría	67	264	93	238	131	167

Fuente: Elaboración propia a partir de la ENSS.

La intensificación del trabajo en España (2007-2011): trabajo en equipo y flexibilidad

The Intensification of Work in Spain (2007-2011): Teamwork and Flexibility

Francisco Javier Pinilla García y Antonio López Peláez

Palabras clave

- Diálogo social
- Estrés
- Flexibilidad
- Intensidad
- Organización del trabajo
- Riesgos laborales
- Trabajo en equipo

Key words

- Social Dialogue
- Stress
- Flexibility
- Intensity
- Work Organisation
- Occupational Risks
- Teamwork

Resumen

En este artículo analizamos la relación entre el proceso de intensificación del trabajo y la flexibilidad organizacional. Específicamente, nos centramos en el trabajo en equipo, como estrategia organizacional considerada emblemática de las organizaciones flexibles y eficientes. Analizamos la relación entre trabajo en equipo, intensidad y estrés, explotando los datos de las Encuestas Nacionales de Condiciones de Trabajo. A partir de los resultados obtenidos, proponemos incorporar el análisis de la intensidad del trabajo en el ámbito del diálogo social y en la prevención de riesgos laborales.

Abstract

In this article, we analyse the relationship between the intensification of work and organizational flexibility. Specifically, we focus on teamwork, considered as an emblematic organizational strategy of flexible and efficient organizations. The relationship between teamwork, intensity of work and stress is examined using data from Spain's National Survey on Working Conditions. Based on the results, we propose that analysis of the intensity of work be incorporated into social dialogue and the prevention of occupational risks.

Cómo citar

Pinilla García, Francisco Javier y López Peláez, Antonio (2017). «La intensificación del trabajo en España (2007-2011): trabajo en equipo y flexibilidad». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 160: 79-94. (<http://dx.doi.org/10.5477/cis/reis.160.79>)

La versión en inglés de este artículo puede consultarse en <http://reis.cis.es>

Francisco Javier Pinilla García: Universidad Nacional de Educación a Distancia | jpinilla@poli.uned.es

Antonio López Peláez: Universidad Nacional de Educación a Distancia | alopez@der.uned.es

INTRODUCCIÓN

Una de las paradojas del mercado de trabajo en nuestras sociedades de bienestar es la siguiente: los discursos que anuncian una deseable modernidad en forma de flexibilidad (Toffler, 1990), innovación (Florida, 2007) y trabajo en equipo (Kaufmann, 2011) conviven con un mercado de trabajo en el que la precariedad laboral se ha convertido en nuestra seña de identidad (Alonso y Fernández, 2013: 119). Un mercado de trabajo que se caracteriza por su diversidad interna (en lo relativo a los contratos, salarios, misiones y proyectos), por los cambios en la organización del trabajo (que tiende a incorporar una mayor flexibilidad e imprevisibilidad), y por una mutación en el propio contenido de las tareas (menos físicas, y más intelectuales y relacionales, pero no por ello menos monótonas y rutinarias) (Eurofound, 2016). Todo ello tiene como consecuencia la transformación del patrón de exposición a riesgos laborales (Pinilla, 2015).

Desde el punto de vista de las condiciones de seguridad y salud en el trabajo, la pregunta clave es siempre aquella que se interroga por las condiciones reales de trabajo (López y Castillo, 2010). La individualización y la flexibilización ya forman parte de nuestro modelo de organización del trabajo, y se potencian en lo que se denomina la economía digital (Degryse, 2016: 35-39). Y en cualquier modelo de gestión flexible, el trabajo en equipo ocupa un lugar principal (OCDE, 1999: 370). Sin embargo, frente al optimismo propio de la denominada literatura *managerial*, las encuestas de condiciones de trabajo muestran un malestar creciente entre los trabajadores europeos (Eurofound, 2012a; Amossé, 2015; Green, 2006; Paoli, 2006).

Nuestra investigación se centra en buscar las causas distales de este «malestar». Por un lado, los cambios tecnológicos y organizativos han tenido como resultado principal la pérdida de la estabilidad que aportaba

la «norma salarial anterior», y su sustitución por la «norma social del empleo flexibilizado» (Prieto, 2002; Prieto y Pérez, 2015). Por otro lado, la extensión de las prácticas de flexibilidad en el ámbito laboral (más allá de los procesos de precarización laboral) ha creado las condiciones necesarias para que se pueda exigir más esfuerzo al trabajador, a través de varias estrategias, no necesariamente excluyentes. Desde la adhesión voluntaria a un proyecto individual emancipador (en el que confluirían objetivos de la empresa con la realización del yo) (Boltansky y Chiapello, 2002) hasta la coacción y el miedo (Askenazy, 2005).

La constatación empírica del incremento de la intensidad del esfuerzo de trabajo requerido a los empleados se mostró con claridad en Francia (Gollac, 1997), Gran Bretaña (Green, 2001), y en el conjunto de los países de la UE (Green y McIntosh, 2001) en la última década del siglo XX. Diversos investigadores han analizado este proceso en España desde diferentes perspectivas (Pinilla, 2004; Lahera, 2004; Castillo y Agulló, 2012; Pérez *et al.*, 2015). La urgencia para realizar las tareas, la prisa, la rapidez, el corto plazo, en definitiva, la intensificación del esfuerzo de trabajo exigido a los trabajadores (mediante el incremento del ritmo de trabajo) se ha extendido a la mayoría de las ocupaciones y sectores laborales. Este proceso coincide en el tiempo con el incremento de las prácticas de flexibilidad organizacional, y la implantación y el desarrollo del empleo del trabajo en equipo como una herramienta fundamental de la nueva gestión. El trabajo en equipo se ha convertido en el elemento central de una forma de organizar el trabajo más productiva (Eurofound, 2007).

En este artículo analizamos la relación entre el proceso de intensificación del trabajo y la flexibilidad organizacional. Específicamente, nos centramos en el trabajo en equipo, en tanto que estrategia organizacional considerada emblemática de las organizaciones flexibles y eficientes (Ostermann, 2003;

Boltansky y Chiapello, 2002). En primer lugar, exponemos la metodología de investigación. En segundo lugar, analizaremos los resultados alcanzados. Y, finalmente, concluiremos señalando la importancia de introducir esta temática en el diálogo social, favoreciendo el abordaje del proceso de intensificación del trabajo desde la perspectiva de la prevención de riesgos laborales.

METODOLOGÍA

El punto de partida de nuestra investigación es precisamente abrir la «caja negra» del «trabajo en equipo» como estrategia organizacional. ¿Cuál es la relación entre las prácticas de gestión flexible de los procesos y de la organización del trabajo, específicamente el trabajo en equipo, y los procesos de intensificación del esfuerzo de trabajo exigido? ¿El trabajo en equipo tiene como consecuencia una mayor intensidad del trabajo para los trabajadores afectados (es decir, soportan un ritmo de trabajo mayor)? ¿Cómo influye en la salud de los trabajadores? Para responder a estas preguntas, nos centramos en dos objetivos. En primer lugar, analizar si la forma de trabajo en equipo provoca una mayor intensificación de los ritmos y cadencias del trabajo. En segundo lugar, analizar las consecuencias negativas para la salud, tomando como indicador las quejas y síntomas manifestados de estrés por los trabajadores.

Para ello empleamos los microdatos de las Encuestas Nacionales de Condiciones de Trabajo (ENCTs). Las Encuestas Nacionales de Condiciones de Trabajo (ENCTs) constituyen un instrumento de investigación validado y consolidado entre el conjunto de herramientas de que disponemos para el conocimiento de la realidad del trabajo y sus condiciones (Íñiguez *et al.*, 2012). En España, las ENCTs son, sin duda, la fuente de información oficial más representativa sobre las relaciones entre salud y trabajo y cumplen to-

dos los criterios para el análisis cuantitativo más riguroso: representatividad, calidad del procedimiento de muestreo, ejecución por encuestadores profesionales y altas tasas de respuesta. A este respecto la estabilidad del cuestionario y las amplias muestras empleadas en sus dos últimas ediciones (2007 y 2012) aconsejan limitar a este período el análisis de unos procesos de cambio que ya venían anunciándose en España con anterioridad (Pinilla, 2015).

Medir un fenómeno tan complejo como es el de la intensificación requiere el empleo de varios indicadores para mostrar las formas a través de las cuales los afectados se sienten presionados durante la realización de su tarea (Gollac, 2011). Para poder realizar el análisis estadístico, hemos sintetizado los indicadores primarios contenidos en las ENCTs, elaborando dos indicadores sintéticos:

- Indicador de «intensidad subjetiva»: se compone de tres indicadores primarios relativos a cómo percibe el trabajador la presión en el trabajo. Estos tres indicadores primarios tienen obviamente implícito el factor tiempo. Son los siguientes: la *rapidez* constante o variada a la que se debe trabajar para alcanzar objetivos; el *plazo temporal* en el cual se debe rendir cuentas de su cumplimiento, y si el ritmo es interrumpido y las prioridades modificadas por la obligación de *atender a varias tareas al mismo tiempo*.
- Indicador de «intensidad objetiva»: se refiere a las fuentes que determinan el ritmo con el que se trabaja, sea este percibido como intenso o no, por quien lo ejecuta. Se compone de seis indicadores primarios: *velocidad automática* de máquinas o desplazamiento de productos; el trabajo de los *compañeros*; *atención personal* (cara a cara) con clientes, pasajeros, alumnos, pacientes, etc.; *topes o cantidad de producción* o servicio que hay que alcanzar; *plazos de tiempo* que hay que

cumplir; *control* directo del jefe. Estos seis indicadores primarios difieren sustancialmente en su origen y naturaleza: unos son dependientes de dispositivos técnicos, otros, de normas de organización técnica, y otros dependen de la organización social del trabajo. No obstante, todos ellos tienen en común imponer una cadencia de trabajo determinada sobre el trabajador.

A partir de este planteamiento, hemos realizado un análisis estadístico consistente en el análisis de tablas de contingencia, complementado con análisis de correlación bivariado a fin de verificar la existencia de relaciones entre indicadores.

FLEXIBILIDAD Y TRABAJO EN EQUIPO EN EL MERCADO DE TRABAJO ESPAÑOL

El trabajo en equipo es una de las estrategias básicas de cualquier sistema de gestión flexible. En los últimos treinta años se han sucedido teorías y experiencias más o menos decididas de organizar el trabajo de forma distinta a los principios gerenciales tayloristas. Desde las experiencias de participación de los trabajadores desarrolladas bajo el movimiento de «humanización del trabajo» de los años setenta y ochenta, el enfoque nórdico de «democracia en el trabajo», también etiquetado como enfoque «sociotécnico», hasta la «reingeniería de procesos», pasando por los «círculos de calidad» y su sucesora, la «gestión de la calidad total» (Hague *et al.*, 2009). Todas estas experiencias comparten determinadas características de organización de la actividad laboral (OCDE, 1999: 370):

- Una definición de las tareas que implica la polivalencia de los trabajadores y la multiplicidad de tareas.
- La utilización general del trabajo en equipo.
- La reducción de los niveles jerárquicos.

- La delegación de responsabilidades en los individuos y los equipos.

El conjunto de nuevas prácticas de organización del trabajo y gestión de las personas, denominadas por Ostermann (2003) «sistemas de trabajo de alto rendimiento» (*High Performance Work Systems*) representó para muchos el nuevo «one best way» que aseguraba una mejora en la rentabilidad de las empresas (Ramsay *et al.*, 2000), influyendo positivamente en el incremento de productividad (Cappelli y Neumark, 2004). El resultado final de las nuevas formas de gestión debía conciliar el mayor bienestar y la alta motivación del empleado con la mayor rentabilidad para la empresa (Ostermann, 2000). Sin embargo, bien pronto otros estudios comenzaron a alertar de efectos nocivos, tales como la intensificación del esfuerzo que se exige a los trabajadores en estos sistemas de trabajo (Gallie, 2005; Green, 2001, 2004a, 2004b; Valeyre, 2004).

La tradicional asignación de un trabajador a un puesto o función específica, típica de la organización laboral fordista, siempre ha tenido sus excepciones. En las empresas y centros de trabajo pequeños, la separación de funciones ha sido siempre laxa para que permitiera un empleo contingente de los trabajadores allí donde hicieran falta. No se trata de una forma de organización laboral impropia de estos tiempos modernos, también esta forma de organizar el trabajo tiene su nicho de eficacia. En 2010, un 16% de las empresas europeas se podían clasificar como de «organización tradicional o sencilla», en las que los métodos de organización son sencillos o informales, debido, probablemente, a que las tareas son menos complejas (Comisión Europea, 2015: 215).

Pero, inclusive en las empresas más grandes, al menos un porcentaje de empleados debían disponer de suficiente cualificación y competencia como para poder sustituir a compañeros ausentes. Por ello, podemos deducir que siempre ha habido un

cierto volumen de trabajadores que rotaban entre tareas. El fenómeno no es fácil de captar, ya que aún hoy persiste una cierta ambigüedad en el empleo de conceptos tales como *rotación entre tareas*, *trabajo en equipo* y *polivalencia*. La propia OCDE, en las fechas en que se saludaban estas prácticas como la mejor forma de integrar beneficios para los asalariados y para la empresa, alertaba la gran variabilidad en su definición: «el trabajo en equipo adopta formas distintas en los diferentes países, incluso más que la rotación entre las tareas» (OCDE, 1999: 379).

Esta diversidad suele dividirse en dos grandes categorías: un tipo de trabajo en equipo denominado neotaylorista o «lean production» y otro autogestionado o autónomo. La principal diferencia entre ellos estriba en el grado de libertad o autonomía de que gozan los componentes del equipo de trabajo: escasa en el primer tipo y más amplia en el segundo. Se ha argumentado que solo esta última forma organizativa garantiza una conciliación de intereses de la empresa, en forma de productividad acrecentada, con los de los trabajadores, esto es, aprendizaje continuo, ingresos superiores y mejor calidad de vida. No obstante, también es cierto que el grado de

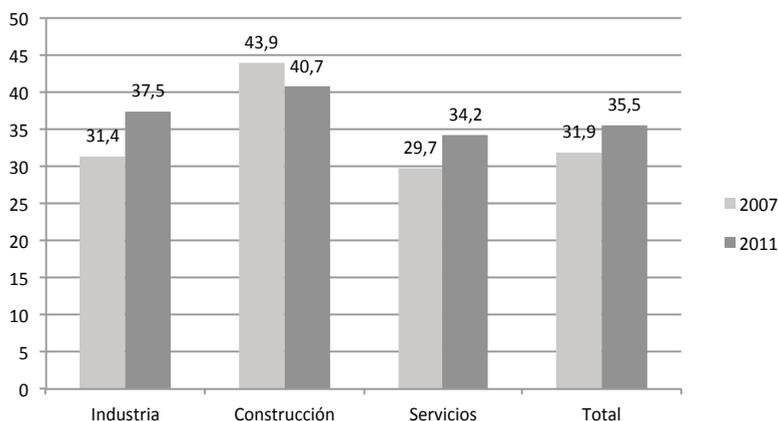
autonomía se relaciona estrechamente con la ocupación. De esta forma habría un tipo de trabajo en equipo con escasa libertad, reservado a las ocupaciones manuales o menos cualificadas, y otro de gran autonomía, propio de las ocupaciones profesionales y técnicas.

El distinto peso de estas categorías en la estructura ocupacional podría explicar, parcialmente, la diferente proporción de trabajadores que trabajan en equipos de trabajo con gran autonomía e implicación entre las distintas áreas regionales europeas. Así, en los países nórdicos la frecuencia de empleo de esta modalidad de equipos de trabajo autónomo es muy superior (Dinamarca, 38%; Suecia, 34%; Finlandia, 33% y Noruega, 32%) a la media de la UE 27 (20%) (Eurofound, 2012b).

Complementariamente a esta explicación, hay que tener en cuenta la existencia de importantes diferencias culturales e institucionales («regímenes») que regulan el mercado de trabajo en los países europeos, unos más proclives al fomento de la participación de los trabajadores que otros (Eurofound, 2013).

Lo cierto es que, con distintas orientaciones, los equipos de trabajo constituyen una

FIGURA 1. *Asalariados que trabajan en «equipos o grupos de trabajo» por sector (%)*



Base: asalariados industria, construcción y servicios 2007 (N: 8.459), 2011 (N: 7.090).

Fuente: VI Encuesta Nacional de Condiciones de Trabajo 2007 y VII Encuesta Nacional de Condiciones de Trabajo 2011.

de las herramientas estratégicas que cada día las empresas ensayan para mejorar sus resultados. En este sentido, según una encuesta a empresas en 2009, casi el 20% del total de los centros de trabajo en España de 10 o más empleados utilizaban «equipos de trabajo» (INSHT, 2009). En el período 2007-2011 podemos observar una expansión del «trabajo en equipo» como estrategia organizacional en todos los sectores de actividad. La figura 1 muestra la evolución de la forma de «trabajo en equipo» en España, señalando de manera nítida el crecimiento en todos los sectores, con excepción del de la construcción. Este sector, en dicho periodo, fue el más afectado por el derrumbe de su actividad derivada de la crisis económica. Así, en el sector de industria, el trabajo en equipo crece un 20% en esos cuatro años, implicando al 37,5% del total, y en servicios lo hace en un 15%, alcanzando a más de un tercio de los asalariados del sector.

Ya en 2007, el «trabajo en equipo», como forma de polivalencia, deja de ser un atributo de las ocupaciones manuales, para constituirse en una característica distintiva de las formas de trabajo de los directivos, profesionales y técnicos (tabla 1).

Cuatro años más tarde, una nueva formulación de la pregunta en la Encuesta Nacional de Condiciones de Trabajo desagrega el trabajo en equipo en dos modalidades (aquellos con autonomía decisional de los que no tienen tal) (tabla 2).

El trabajo en equipo involucraba en 2011 a más de un tercio de los empleados, la mitad de los profesionales y técnicos y alrededor del 40% en las ocupaciones manuales. Los equipos de trabajo con mayor autonomía son un atributo de las ocupaciones más cualificadas, directivos, profesionales y técnicos, sanitarios incluidos.

Las ocupaciones cualificadas de «cuello azul» también trabajan con alta frecuencia en el marco de estos equipos de trabajo, si bien es más común que no dispongan de

autonomía decisional amplia como para decidir la división de tareas. En todo caso, todas las ocupaciones muestran un incremento del empleo de esta forma de trabajo (tabla 2).

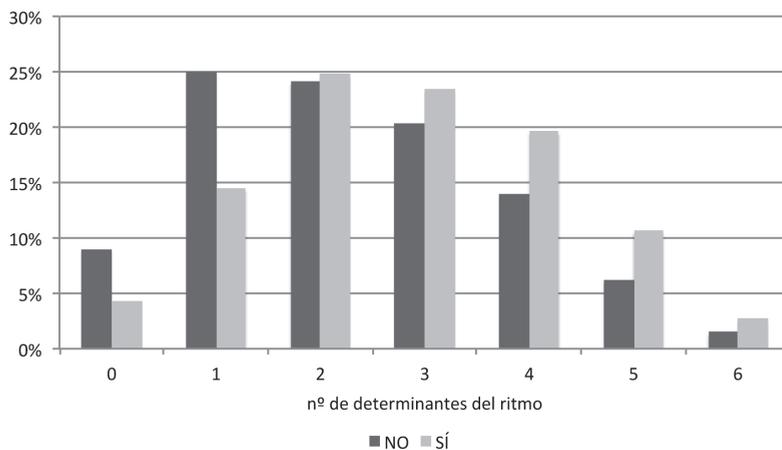
El crecimiento de la frecuencia del trabajo en equipo en el periodo 2007-2011 no modifica sustancialmente el reparto por sexo, siendo aún significativamente más frecuente entre los hombres, en razón de su distinta distribución ocupacional (tabla 3).

RESULTADOS

El trabajo en equipo como estrategia organizacional orientada a incrementar la flexibilidad en el ámbito de trabajo se ha implantado en la mayoría de las ocupaciones. Precisamente por eso es relevante analizar cuál es la relación entre intensidad y trabajo en equipo. Y en qué medida podemos afrontar, desde el punto de vista preventivo, un modelo de gestión que tome en consideración que el trabajo en equipo puede favorecer la intensificación en el trabajo.

Trabajo en equipo, flexibilidad e intensificación en el trabajo

En las ocupaciones más cualificadas se han producido una expansión y un crecimiento de las prácticas de trabajo en equipo. Los datos de la ENCTs nos permiten constatar que son dichas ocupaciones las que menos han reducido el número de fuentes de imposición del ritmo. Más aún, en los indicadores sintéticos que hemos elaborado (subjetivo y objetivo) se incrementa. La figura 2 muestra que el hecho de trabajar en equipo se relaciona con estar expuesto a un mayor número de determinantes del ritmo de trabajo impuesto (indicador este al que hemos denominado «intensidad objetiva»). Con ello se confirma lo que la literatura científica en la materia ha venido señalando al considerarla una práctica de trabajo de alto rendimiento (Ostermann, 2000). Esta mayor productivi-

FIGURA 2. Relación entre trabajo en equipo y número de determinantes del ritmo impuesto

Base: asalariados de industria, construcción y servicios (N: 7.049).

Fuente: VII Encuesta Nacional de Condiciones de Trabajo 2011.

dad se consigue gracias no solo a un trabajo más inteligente sino también a un trabajo más exigente.

Con respecto a este mismo indicador, pero de forma dicotomizada, es decir, separando los que acumulan tres o más de los que no, podemos observar la misma relación entre ambos indicadores (tabla 4).

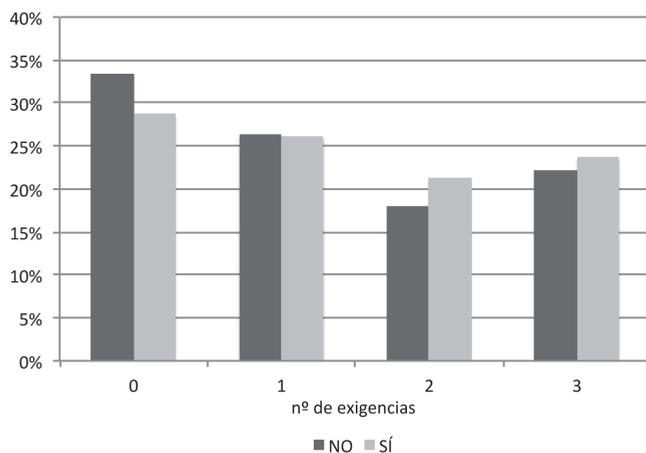
Un resultado similar se obtiene al analizar el indicador de «intensidad subjetiva» (tabla 5), construido con las respuestas a las preguntas «trabajar muy rápido», «trabajar con plazos muy estrictos y muy cortos» y «atender a varias tareas al mismo tiempo». En particular, quienes acumulan las tres tipos de exigencias son mucho más numerosos entre quienes trabajan en equipo.

Otra de las fuentes de flexibilidad es la horaria. Nos encontramos en una sociedad que demanda prestaciones y servicios las 24 horas de día, y consecuentemente la flexibilidad horaria ha pasado a convertirse en una necesidad para las empresas (López y Pinilla, 2006; Prunier-Poulmaire, 2015). Para poder relacionar la flexibilidad horaria y la intensidad en el trabajo, hemos elaborado un indicador compuesto de trabajo nocturno, a

turnos, fines de semana y festivos. La relación de este indicador con el indicador de intensidad subjetiva es evidente (figura 3).

Las formas de flexibilidad afectan a los indicadores que hemos construido de intensidad, tanto «objetiva» (la obligada por factores que determinan el ritmo de trabajo) como «subjetiva» (es decir, la sensación del trabajador de «trabajar muy rápido», con «plazos muy estrictos y muy cortos» y de «deber atender a varias tareas al mismo tiempo»). Para comprobar esta relación entre las variables de flexibilidad empleadas y los indicadores construidos de intensidad hemos realizado un análisis de correlaciones bivariadas entre todas esas variables (tabla 6).

Los resultados muestran una correlación consistente entre trabajo en equipo e intensidad objetiva, esto es, entre el trabajo en equipo y el indicador construido con la acumulación de determinantes del ritmo de trabajo. Dado que la forma de trabajo en equipo ha crecido en proporción de uso, y extendido entre la mayor parte de las ocupaciones, esta correlación entre trabajo en equipo e intensidad objetiva permite prever un futuro incremento de las formas de intensificación

FIGURA 3. Relación entre flexibilidad horaria e intensidad subjetiva

Base: asalariados de industria, construcción y servicios (N: 7.049).

Fuente: VII Encuesta Nacional de Condiciones de Trabajo 2011.

del trabajo (Degryse, 2016). La expansión del trabajo en equipo no puede analizarse solo en términos de mejora de la productividad. Tiene también consecuencias que no se ponen de relieve cuando se postula el trabajo en equipo como paradigma del trabajo en el siglo XXI: una mayor intensidad en el trabajo. Además, y dado que una mayor intensidad se relaciona con diversos tipos de riesgo laboral, desde el accidente de trabajo a suicidios o enfermedades mentales (Askenazy, 2009), es necesario desarrollar estrategias preventivas tomando en consideración la correlación que existe entre trabajo en equipo e intensidad.

Intensidad y estrés

El trabajo en equipo correlaciona positivamente con el indicador de intensidad objetiva que hemos elaborado. A la vez, el incremento de la intensidad en el trabajo se vincula con los daños y molestias manifestados por los trabajadores, en particular con el estrés. En prácticamente todas las sociedades desarrolladas (OCDE, 2014: 115), y en muchas otras en vías de desarrollo (OCDE, 2015: 237), los trabajadores se quejan, cada

día más frecuentemente, de estrés laboral. No obstante, los datos sobre la extensión del problema muestran todavía hoy una notable disparidad, debido a los diferentes métodos de medida de los estudios disponibles, basados unos en encuestas de opinión, otros en datos de aseguramiento, etc. (Cox *et al.*, 2000: 27-29).

Puede discutirse si las actividades laborales son más estresantes hoy en día que en el pasado. Los problemas tradicionales para la seguridad y salud de los trabajadores están lejos de ser resueltos, como muestra la evolución creciente de los índices de siniestralidad desde 2013 (INSHT, 2016). Pero al mismo tiempo emergen nuevos factores de riesgos que estaban ocultos precisamente por dichos problemas. En todo caso, las crecientes exigencias de los procesos laborales constituyen un predictor de estrés. Se ha señalado, por ejemplo, la vinculación entre el estrés y las mayores exigencias en el puesto de trabajo que afectan a cada vez más categorías de trabajadores, exigencias vinculadas con el tratamiento de la información (la cantidad y calidad de atención y concentración que debe mantenerse para la realización de la tarea). En 2011, para la mitad de los

trabajadores de servicios y el 40% de los industriales, su trabajo implicaba utilizar ordenadores (Pinilla, 2015). Por otra parte, como acabamos de analizar previamente, la expansión del trabajo en equipo también conlleva un incremento de la intensidad en el trabajo.

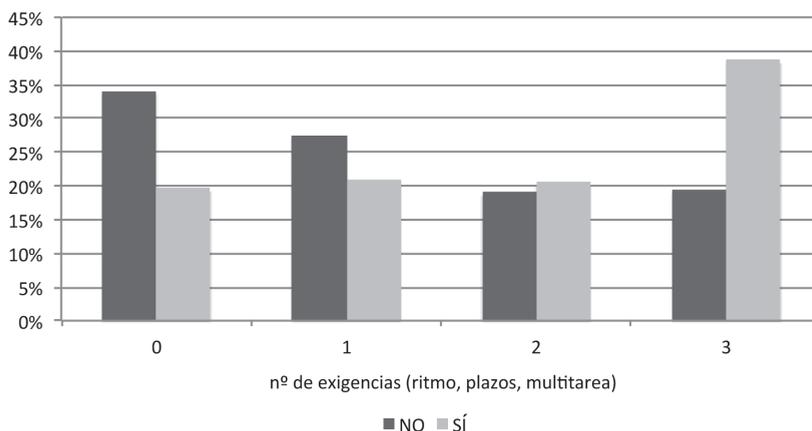
La investigación empírica ha mostrado la validez del modelo teórico exigencias/control (van der Doef, 1999; Vézina *et al.*, 2015). No obstante, las dos variables básicas del modelo de Karaseck, exigencias y control, no deben ser consideradas como independientes, ni con el mismo grado de influencia sobre la generación de reacciones de estrés. Es cierto que el nivel de autonomía (control) actúa moderando las consecuencias de la exposición a unas altas demandas de trabajo. No obstante, a menudo, cuando las exigencias de rapidez en la ejecución de la tarea son muy altas, cualquier discrecionalidad individual que ostente el trabajador debe plegarse a la urgencia. En ese caso, la única forma, medios y secuencia de trabajo posible es la más rápida, no la más cómoda o menos fatigosa (Volkoff, 2001: 70). Tampoco el apoyo social de mandos y compañeros es siempre posible en un contexto de trabajo

dominado por la prisa. De esta forma el tiempo, su escasez para realizar cada vez más tareas, más complejas y a más corto plazo, se convierte en el único «rey» de talleres y oficinas. El proceso de intensificación de los ritmos de trabajo y, en general, del conjunto de las exigencias laborales, constituye el único elemento común que puede explicar satisfactoriamente la evolución creciente de los síntomas y quejas relacionadas con el estrés.

La figura 4 muestra la relación entre la percepción de estrés laboral y la exposición al indicador de «intensidad subjetiva», construido con el número de casos en que se está afectado por «trabajar muy rápido», «trabajar con plazos muy estrictos y muy cortos» y «atender a varias tareas al mismo tiempo». Se observa que cuando se está expuesto a dos o tres de esas exigencias, la proporción de afectados por estrés en cada categoría aumenta.

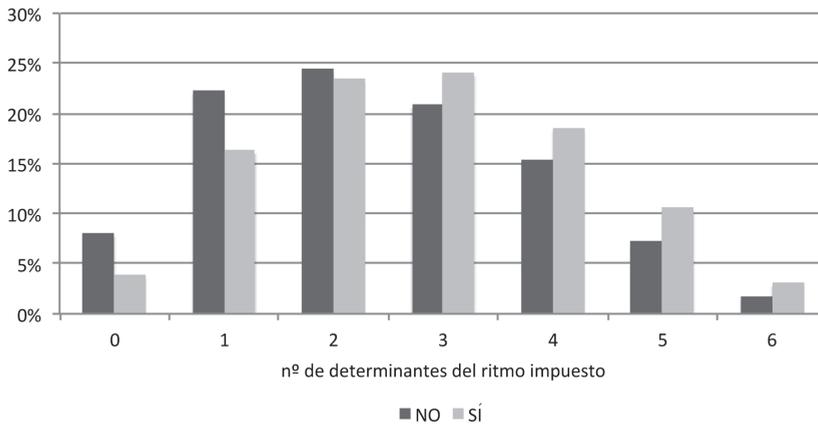
La figura 5 muestra también que, según aumenta el número de determinantes del ritmo de trabajo impuesto, esto es, la frecuencia del indicador que hemos denominado «intensidad objetiva», mayor es el porcentaje de casos de estrés manifestados por los trabajadores en cada categoría.

FIGURA 4. Relación entre estar expuesto al indicador de intensidad subjetiva y la percepción de estrés laboral



Base: asalariados de industria, construcción y servicios (N: 7.049).

Fuente: VII Encuesta Nacional de Condiciones de Trabajo 2011.

FIGURA 5. Relación entre estar expuesto al indicador de intensidad objetiva y la percepción de estrés laboral

Base: asalariados de industria, construcción y servicios (N: 7.049).

Fuente: VII Encuesta Nacional de Condiciones de Trabajo 2011.

Para comprobar esta relación entre las variables de intensidad y la percepción de estrés laboral, hemos efectuado un análisis de correlaciones bivariadas entre estrés laboral y los indicadores construidos de intensidad (tabla 7).

Así mismo, mediante análisis de regresión lineal, tomando como variables independientes «intensidad subjetiva» e «intensidad objetiva» y la percepción de estrés laboral como variable dependiente, obtenemos un resultado significativo, con un R^2 de 0,035 (3,5% de la varianza explicada).

La vinculación entre intensidad del trabajo y el padecimiento de sintomatología asociada al estrés es una constante en la literatura científica sobre este tema, y nuestro análisis estadístico con los indicadores construidos confirma esta asociación. En primer lugar, con respecto al indicador «subjetivo», la exposición a las tres exigencias duplica la probabilidad de manifestar sufrir estrés ligado al trabajo. La asociación es más fuerte aún en relación al indicador de intensidad objetiva. De esta forma, cuantos más determinantes condicionan el ritmo del trabajador más proporción de trabajadores manifiestan sufrir estrés relacionado con el trabajo.

En este sentido, la preocupación por el estrés que manifiestan los trabajadores españoles (casi el 50% de los ocupados españoles consideran que son comunes los casos de estrés en su lugar de trabajo) (AESST, 2013) coincide con los resultados de nuestra investigación: se expande el trabajo en equipo, el trabajo en equipo correlaciona con la intensidad objetiva, y la mayor intensidad objetiva y subjetiva correlaciona con el estrés.

CONCLUSIONES

En el ámbito del trabajo, los discursos sobre el presente ocultan una realidad más compleja, y sobre todo más precaria y volátil (Castillo, 2009). En el ámbito *managerial*, la distancia entre los discursos sobre los modelos de organización, en los que se entroniza la flexibilidad como un a priori de la buena gestión, y la realidad del mundo del trabajo es todavía mayor (Alonso y Fernández, 2013). La mayor flexibilidad aportada por el trabajo en equipo conlleva una mayor intensidad en el trabajo y, por su parte, la vinculación entre intensidad del trabajo y el padecimiento de sintomatología asociadas al estrés no deja ninguna duda. Por lo tanto, los modelos de gestión flexible

basados en el trabajo en equipo deben incorporar en su planteamiento medidas de prevención de los riesgos laborales que puedan hacer frente a esa mayor intensidad en el trabajo que parece acompañar a sus prácticas más novedosas.

En una sociedad laboral en la que se expande el trabajo en equipo, aumenta la intensidad objetiva y subjetiva experimentada por los trabajadores, y un porcentaje muy elevado de trabajadores sufre situaciones de estrés en su trabajo, es necesario desarrollar medidas de prevención que permitan hacer frente a una característica «invisible» en el discurso *managerial* sobre la flexibilidad y el trabajo en equipo: «el trabajo en equipo conlleva una mayor intensidad en el trabajo», y por lo tanto no puede saludarse tan solo como una estrategia organizacional que otorga más autonomía al trabajador al tiempo que le hace más productivo.

Desde la perspectiva de la prevención de riesgos laborales, es necesario gestionar las consecuencias negativas para la salud del trabajador asociadas al trabajo en equipo. La primera limitación para ello proviene del gran desconocimiento de lo que acontece en el interior de los lugares y de los procesos de trabajo, lo que impide una toma en consideración y en consecuencia una negociación fluida del esfuerzo en el trabajo. Hasta ahora, el proceso de trabajo, terreno de intercambio primordial entre capital y trabajo, permanece envuelto en una gran opacidad, inclusive para los negociadores sindicales. Son frecuentes los convenios colectivos firmados en España en los que los agentes negociadores saldan la negociación del esfuerzo con el recurso a cláusulas en las que el trabajador está obligado a un «rendimiento normal».

La intensidad del trabajo en cuanto dimensión interna implícita al proceso de trabajo y a la organización de este debe ser desvelada, incluso para quienes les afecta. El mejor conocimiento por parte de trabajadores y sus representantes de las variadas formas en que

se determina la aportación del trabajo humano a los procesos de trabajo solo puede ser aprehendido desde una puesta en común de experiencias individuales expresadas colectivamente. Es habitual que el diálogo social entre representantes de los trabajadores y la dirección se produzca sobre cuestiones tales como el volumen de empleo, los tipos de contrato, los niveles salariales, la duración del trabajo, las carreras profesionales, etc., pero muy raramente sobre la organización del trabajo, la distribución de las tareas, los tiempos establecidos y los recursos asignados a ellas.

A este respecto, en particular, los equipos de trabajo deben ser diseñados por la dirección y los propios integrantes de forma que se permita la mayor autonomía decisional posible tanto para la distribución de las cargas de trabajo como para decidir sobre los recursos humanos y materiales necesarios. En definitiva, un diálogo social en la empresa sobre lo cotidiano del trabajo es imprescindible para combinar las exigencias productivas y el bienestar de los trabajadores.

BIBLIOGRAFÍA

- Agencia Europea para la Seguridad y la Salud en el Trabajo (EU-OSHA) (2013). *Encuesta de opinión paneuropea sobre seguridad y salud en el trabajo*. Disponible en: <https://osha.europa.eu/es/surveys-and-statistics-osh/european-opinion-polls-safety-and-health-work/european-opinion-poll-occupational-safety-and-health-2013>
- Amossé, Thomas (2015). «Les conditions du travail en Europe dans les années 2000: de fortes inégalités sociales». En: Thebaud-Mony *et al.* (eds.). *Les risques du travail. Pour ne pas perdre sa vie à la gagner*. Paris: La Découverte.
- Alonso, Luis E. y Fernández Rodríguez, Carlos J. (2013). *Los discursos del presente. Un análisis de los imaginarios sociales contemporáneos*. Madrid: Siglo XXI.
- Askenazy, Philippe (2005). «Sur les sources de l'intensification». *Revue économique*, 56(2): 217-236.
- Askenazy, Philippe (2009). *Los desórdenes del trabajo. Investigaciones sobre el nuevo productivismo*. Madrid: Modus Laborandi.

- Boltansky, Luc y Chiapello, Ève (2002). *El nuevo espíritu del capitalismo*. Madrid: Akal.
- Castillo, Juan J. (2009). «El valor del trabajo en las ciencias sociales como fundamento del debate actual». *Sociología del Trabajo*, 67: 3-8.
- Castillo, Juan J. y Agulló, Itziar (2012). *Trabajo y vida en la sociedad de la información. Un distrito tecnológico en el norte de Madrid*. Madrid: La Catarata.
- Cappelli, Peter y Neumark, David (2004). «External Churning and Internal Flexibility: Evidence on the Functional Flexibility on Core-Periphery Hypotheses». *Industrial Relations*, 43: 148-182.
- Comisión Europea (2015). «El futuro del trabajo en Europa: la calidad del empleo y la organización del trabajo para un crecimiento inteligente, sostenible e inclusivo». En: *Evolución del empleo y de la situación social en Europa. 2014*. Madrid: Ministerio de Empleo y Seguridad Social.
- Cox, Tom; Griffiths, Amanda y Rial-González, Eusebio (2000). *Research on work-related stress*. European Agency for Safety and Health at Work.
- Degryse, Christophe (2016). *Digitalisation of the Economy and its Impact on Labour Markets*. Working Paper 2016.02. Brussels: European Trade Union Institute.
- Doef, Maes S. van der (1999). «The Job Demand-Control (-Support) Model and Psychological Well-Being: A Review of 20 years of Empirical Research». *Work and Stress*, 13: 87-114.
- Eurofound (2007). *Teamwork and High Performance Work Organisation*. Luxembourg: Publications Office of the European Union. Disponible en: http://www.eurofound.europa.eu/sites/default/files/ef_files/ewco/reports/TN0507TR01/TN-0507TR01.pdf
- Eurofound (2012a). *Trends in Job Quality in Europe*. Luxembourg: Publications Office of the European Union.
- Eurofound (2012b). *Fifth European Working Conditions Survey. Overview report*. Luxembourg: Publications Office of the European Union.
- Eurofound (2013). *Work Organization and Employee Involvement in Europe*. Luxembourg: Publications Office of the European Union.
- Eurofound (2016). *What Do Europeans Do at Work? A Task-Based Analysis: European Jobs Monitor 2016*. Luxembourg: Publications Office of the European Union.
- Florida, Richard (2007). *The Flight of the Creative Class*. New York: Harper Business.
- Gallie, Duncan (2005). «Work Pressure in Europe 1996-2001: Trends and Determinants». *British Journal of Industrial Relations*, 43: 351-375.
- Gollac, Michel (1997). «Des chiffres insensés? Pourquoi et comment on donne un sens aux données statistiques». *Revue française de sociologie*, 38-1: 5-36.
- Gollac, Michel (2011). «Mesurer les facteurs psychosociaux de risque au travail pour les maîtriser». *Rapport du Collège de expertise sur le suivi des risques psychosociaux au travail*. Ministère du Travail.
- Green, Francis (2001). «It's Been a Hard Day's Night: The Concentration and Intensification of Work in Late 20th Century Britain». *British Journal of Industrial Relations*, 39(1): 53-80.
- Green, Francis (2004a). «Why Has Work Effort Become More Intense?». *Industrial Relations*, 43: 709-41.
- Green, Francis (2004b). «Work Intensification, Discretion, and the Decline in Well Being at Work». *Eastern Economic Journal*, 30(4): 615-625
- Green, Francis (2006). *Demanding Work: The Paradox of Job Quality in the Affluent Economy*. Princeton: Princeton University Press.
- Green, Francis y McIntosh, Steven (2001). «The Intensification of Work in Europe». *Labour Economics*, 8: 291-308.
- Hague, Jeremy et al. (coord.) (2009). *Nuevas formas de organización del trabajo. Informes finales del grupo europeo INNOFLEX*. Madrid: Instituto Nacional de Seguridad e Higiene en el Trabajo.
- Instituto Nacional de Seguridad e Higiene en el Trabajo (INSHT) (2009). *Encuesta Nacional de Gestión de la Seguridad y Salud en las Empresas 2009*.
- Instituto Nacional de Seguridad e Higiene en el Trabajo (INSHT) (2016). *Informe anual de accidentes de trabajo en España 2015*. Disponible en: <http://www.oect.es/Observatorio/3%20Siniestralidad%20laboral%20en%20cifras/Informes%20anuales%20de%20accidentes%20de%20trabajo/Ficheros/InformeAnual2015.pdf>
- Íñiguez Itatí, M.^a José et al. (2012). «Encuestas de condiciones de trabajo y salud: su utilización en la investigación en salud laboral». *Med Segur Trab 2012*, 58: 205-215.
- Kaufmann, Alicia E. (2011). *Equipos de trabajo: de la emoción a la transformación*. Madrid: Universidad de Alcalá de Henares.

- Lahera Sánchez, Arturo (2004). «La participación de los trabajadores en la calidad total: nuevos dispositivos disciplinarios de organización del trabajo». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 106: 63-102.
- López Calle, Pablo y Castillo, Juan J. (2010). «Condiciones de trabajo y salud: la prevención desde la Constitución a la actualidad». En: VV.AA. *Trabajo y Salud. Desde la protección a la prevención*. Madrid: Instituto Nacional de Seguridad e Higiene en el Trabajo, Instituto de Higiene y Seguridad en el Trabajo, Fundación Francisco Largo Caballero, Fraternidad-Muprespa.
- López Peláez, Antonio y Pinilla, Javier (2006). «Condiciones de trabajo, flexibilidad y riesgos laborales en la economía tecnológica avanzada: el trabajo rotatorio a turnos y nocturno en la Comunidad de Madrid». *Sociología del Trabajo*, 57: 65-94.
- OCDE (1999). *Perspectivas del empleo 1999*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.
- OCDE (2014). «¿En qué medida es bueno su empleo? Medición y evaluación de la calidad de la calidad del empleo». *Perspectivas del empleo 2015*. Madrid: Ministerio de Empleo y Seguridad Social.
- OCDE (2015). «Mejorar la calidad del empleo en las economías emergentes». *Perspectivas del empleo 2015*. Madrid: Ministerio de Empleo y Seguridad Social.
- Ostermann, Paul (2000). «Work reorganization in an era of restructuring: trends in diffusion and effects on employee welfare». *Industrial and Labour Relations Review*, 53(2): 179-196.
- Ostermann, Paul (2003). «Flexibilidad y compromiso en el mercado de trabajo estadounidense». En: Auer, P. y Cazes, S. (comps.). *La estabilidad del empleo en una época de flexibilidad*. Madrid: OIT, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.
- Paoli, Pascal (2006). «La salud laboral en Europa. Balance de la situación a través de las encuestas sobre condiciones de trabajo». *ISTAS y ETUI-REHS. Nuevas perspectivas para la estrategia comunitaria de salud en el trabajo, 2007-2012*: 35-53.
- Pérez Zapata, Óscar et al. (2015). «Sostenibilidad y calidad del trabajo en riesgo: la intensificación del trabajo del conocimiento». *Revista del Ministerio de Empleo y Seguridad Social*, 116: 175-214.
- Pinilla, Javier (2004). «La intensificación del esfuerzo de trabajo en España». *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 22(2): 117-135.
- Pinilla, Javier (2015). «Evolución de las condiciones de trabajo en España». En: VV.AA. *Veinte años de la ley de Prevención de Riesgos Laborales*. Madrid: UGT.
- Prieto, Carlos (2002). «La degradación del empleo o la norma social del empleo flexibilizado». *Sistema*, 168-169: 89-106.
- Prieto, Carlos y Pérez de Guzmán, Sofía (2015). «La precarización del empleo en el marco de la norma flexible-empresarial de empleo». En: Torres Albero, Cristóbal (ed.). *España 2015. Situación social*. Madrid: CIS.
- Prunier-Poulmaire, S. (2015). «Décalage d'horaires et autres contraintes de travail». En: Thébaud-Mony, A. Davezies, P.; Vogel, L. y Volkoff, S. *Les risques du travail. Pour ne pas perdre sa vie à la gagner*. Paris: La Découverte.
- Ramsay, Harvie; Scholarios, Dora y Harley, Bill (2000). «Employees and High Performance Work Systems: Testing Inside the Black Box». *Journal of Industrial Relations*, 38: 501-531.
- Toffler, Alvin (1990). *El shock del futuro*. Barcelona: Plaza y Janés.
- Valeyre, Antoine. (2004). «Forms of Work Intensification and Economic Performance in French Manufacturing». *Eastern Economic Journal*, 30(4): 643-658.
- Valeyre, Antoine (2006). «Les formes d'intensification du travail industriel et leurs déterminants». En: Askenazy, P. et al. *Organisation et intensité du travail*. Octares.
- Vendramin, Patricia (2006). «Les TIC, complices de l'intensification du travail». En: Askenazy, P. et al. *Organisation e intensité du travail*. Octares.
- Vézina, Michel; Theorell, Töres y Brisson, Chantal (2015). «Le stress professionnel: approche épidémiologique». En: Thébaud-Mony, A. et al. *Pour ne pas perdre sa vie à la gagner*. Paris: La Découverte.
- Volkoff, Serge (2001). «Intensification et fragmentation du travail, la civilisation de la hâte». *BTS Newsletter*, 15-16.

RECEPCIÓN: 29/07/2016

REVISIÓN: 28/10/2016

APROBACIÓN: 24/01/2017

ANEXO

TABLA 1. Trabajadores según situación de trabajo por ocupación, 2007 (%)

¿En qué situación realiza Ud. su trabajo?	Directivos	Profesionales y técnicos	Personal sanitario	Personal docente	Empleados administrativos	Cualificados de la industria, montadores e instaladores	Obreros construcción e industria	Conductores	Vendedores	Trab. limpieza y hostelería	Defensa y seguridad	Total
Solo y aislado	12,2	11,6	7,9	25,4	10,0	7,50	6,8	59,5	25,5	28,4	30,1	19,0
Solo, pero al lado de otros trabajadores	45,1	47,3	42,2	39,0	62,1	59,1	48,3	23,2	56,0	45,8	25,7	48,7
En equipos o grupos de trabajo	41,4	39,6	49,6	32,2	26,9	33,2	44,3	16,0	17,2	24,8	42,6	31,2
Trabajo en mi domicilio conectado	0,3	0,6	0,0	0,0	0,40	0,0	0,0	0,3	0,3	0,1	0,0	0,2
Trabajo en mi domicilio sin conexión	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,1	0,3	0,1	0,0	0,0	0,0
N	304	482	417	484	1.125	723	1.371	393	1.119	1.781	249	8.448

Base: asalariados industria, construcción y servicios.

Fuente: VI Encuesta Nacional de Condiciones de Trabajo 2007.

TABLA 2. Trabajadores según situación de trabajo por ocupación, 2011 (%)

¿En qué situación realiza Ud. su trabajo?	Directivos	Profesionales y técnicos	Personal sanitario	Personal docente	Empleados administrativos	Cualificados de la industria, montadores e instaladores	Obreros construcción e industria	Conductores	Vendedores	Trab. limpieza y hostelería	Defensa y seguridad	Total
Solo y aislado	9,7	9,2	8,9	29,2	13,6	11,0	8,2	64,0	21,7	32,0	24,8	20,3
Solo, pero al lado de otros trabajadores	39,4	39,8	35,9	35,8	55,3	49,9	49,7	18,6	49,9	40,5	32,4	43,8
En equipos o grupos de trabajo que no pueden decidir entre ellos la división de tareas	13,6	17,9	22,2	8,8	11,6	21,7	21,8	9,1	13,7	14,5	21,4	15,7
En equipos o grupos de trabajo que sí pueden decidir entre ellos la división de tareas	36,9	32,2	32,8	25,8	19,0	16,8	19,7	8,2	14,5	12,2	20,6	19,8
Trabajo en mi domicilio	0,4	0,7	0,2	0,2	0,1	0,3	0,0	0,0	0,1	0,6	0,0	0,3
N	236	575	473	578	1.078	690	680	317	943	1.258	262	7.090

Base: asalariados industria, construcción y servicios.

Fuente: VII Encuesta Nacional de Condiciones de Trabajo 2011.

TABLA 3. *Trabajadores según situación de trabajo por sexo, 2007-2011 (%)*

¿En qué situación realiza Ud. su trabajo?	2007			2011		
	Hombre	Mujer	Total	Hombre	Mujer	Total
Solo y aislado	17,2	20,9	19,0	19,2	21,5	20,3
Solo, pero al lado de otros trabajadores	47,5	50,1	48,7	42,9	44,6	43,8
En equipos o grupos de trabajo que no pueden decidir entre ellos la división de tareas	34,4	27,8	31,2	16,3	14,9	15,7
En equipos o grupos de trabajo que sí pueden decidir entre ellos la división de tareas	n.d.*	n.d.*	n.d.*	21,0	18,5	19,8
N	4.348	4.111	8.459	3.616	3.474	7.090

Base: asalariados industria, construcción y servicios.

*n.d.= no disponible.

Fuente: VI Encuesta Nacional de Condiciones de Trabajo 2007 y VII Encuesta Nacional de Condiciones de Trabajo 2011.

TABLA 4. *Relación entre trabajar en equipo y el indicador de intensidad objetiva (%)*

Intensidad objetiva	Trabajo en equipo	
	No	Sí
Tres o más determinantes del ritmo		
No	58,1	43,6
Sí	41,9	56,4
N	4.544	2.512

Base: asalariados de industria, construcción y servicios.

Fuente: VII Encuesta Nacional de Condiciones de Trabajo 2011.

TABLA 5. *Relación entre trabajar en equipo y las exigencias de intensidad: rapidez, plazos y multitarea (%)*

Exigencias	Trabajar en equipo	
	No	Sí
Ninguna exigencia	34,7	25,9
Una exigencia	26,3	26,3
Rapidez y plazos	8,0	7,0
Rapidez y multitarea	8,4	8,8
Plazos y multitarea	2,8	3,9
Rapidez, plazos y multitarea	19,0	28,1
N	4.544	2.512

Base: asalariados de industria, construcción y servicios (N: 7.049).

Fuente: VII Encuesta Nacional de Condiciones de Trabajo 2011.

TABLA 6. Correlaciones entre variables de flexibilidad y de intensidad

		Equipo de trabajo	Trabajo temporal	Flexibilidad horaria	Intensidad «subjetiva»	Intensidad «objetiva»	Nº de determinantes de intensidad «objetiva»
Equipo de trabajo	Pearson	1	-0,002	-0,006	0,001	0,022	0,026(*)
Trabajo temporal	Pearson	-0,002	1	0,015	-0,005	-0,023	-0,020
Flexibilidad horaria	Pearson	-0,006	0,015	1	0,047(**)	-0,016	0,007
Intensidad «subjetiva»	Pearson	0,001	-0,005	0,047(**)	1	0,241(**)	0,289(**)
Intensidad «objetiva»	Pearson	0,022	-0,023	-0,016	0,241(**)	1	0,845(**)
Nº de determinantes de intensidad «objetiva»	Pearson	0,026(*)	-0,020	0,007	0,289(**)	0,845(**)	1

* La correlación es significativa al nivel 0,05 (bilateral).

** La correlación es significativa al nivel 0,01 (bilateral).

TABLA 7. Correlaciones entre variables de intensidad y estrés

		Estrés laboral	Nº de exigencias	Nº de determinantes del ritmo	Intensidad «subjetiva»	Intensidad «objetiva»
Estrés laboral	Pearson	1	0,180(**)	0,102(**)	0,159(**)	0,084(**)
Nº de exigencias	Pearson	0,180(**)	1	0,314(**)	0,900(**)	0,263(**)
Nº de determinantes del ritmo	Pearson	0,102(**)	0,314(**)	1	0,289(**)	0,845(**)
Intensidad «subjetiva»	Pearson	0,159(**)	0,900(**)	0,289(**)	1	0,241(**)
Intensidad «objetiva»	Pearson	0,084(**)	0,263(**)	0,845(**)	0,241(**)	1

** La correlación es significativa al nivel 0,01 (bilateral).

Análisis de las estadísticas oficiales del suicidio en España (1910-2011)

Analysis of Official Suicide Statistics in Spain (1910-2011)

Jesús Javier Sánchez Barricarte, Borja Martí Rubio y Andy Eric Castillo Patton

Palabras clave

Características sociodemográficas

- Durkheim
- Encuestas por paneles
- Suicidio
- Tasas estandarizadas

Key words

Socio-Demographic Characteristics

- Durkheim
- Panel Surveys
- Suicide
- Standardised Rates

Resumen

En este trabajo se muestra la evolución histórica de las tasas de suicidio en España desde 1910 hasta 2011. Como novedad se presentan las tasas de suicidio estandarizadas, lo que las hace perfectamente comparables geográfica y temporalmente, ya que no se ven afectadas por la estructura de la población. Utilizando datos históricos de una serie de variables socioeconómicas para todas las provincias y aplicando novedosas técnicas estadísticas de análisis de panel de datos, hemos podido confirmar muchas de las hipótesis establecidas por Durkheim a finales del siglo XIX, especialmente las relacionadas con el nivel de fecundidad y nupcialidad, la edad, el sexo y el índice de envejecimiento. También hemos contradicho los planteamientos del sociólogo francés en lo referente al impacto del proceso de urbanización y la pobreza sobre el suicidio.

Abstract

In this article we examine the evolution of suicide rates in Spain from 1910 to 2011. As something new, we use standardised suicide rates, making them perfectly comparable geographically and in time, as they no longer reflect population structure. Using historical data from a series of socioeconomic variables for all Spain's provinces and applying new techniques for the statistical analysis of panel data, we are able to confirm many of the hypotheses established by Durkheim at the end of the 19th century, especially those related to fertility and marriage rates, age, sex and the aging index. Our findings, however, contradict Durkheim's approach regarding the impact of urbanisation processes and poverty on suicide.

Cómo citar

Sánchez Barricarte, Jesús Javier; Martí Rubio, Borja y Castillo Patton, Andy Eric (2017). «Análisis de las estadísticas oficiales del suicidio en España (1910-2011)». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 160: 95-114. (<http://dx.doi.org/10.5477/cis/reis.160.95>)

La versión en inglés de este artículo puede consultarse en <http://reis.cis.es>

Jesús Javier Sánchez Barricarte: Universidad Carlos III de Madrid | jesusjavier.sanchez@uc3m.es

Borja Martí Rubio: Universidad Carlos III de Madrid | borjamarti1992@gmail.com

Andy Eric Castillo Patton: Universidad Carlos III de Madrid | aecastillopatton@gmail.com

INTRODUCCIÓN

La Organización Mundial de la Salud (2014) estima que más de 800.000 personas se suicidan cada año en el mundo. El suicidio es una de las tres principales causas de muerte entre las personas de 15 a 44 años, por lo que este fenómeno se ha convertido en un grave problema de salud pública en muchos países. En España fallecen más hombres por suicidio que en accidentes de tráfico (Instituto Nacional de Estadística, 2016). Sin duda que la comprensión de este complejo fenómeno es de interés para numerosos investigadores y responsables de políticas públicas.

En España no hay muchos trabajos de carácter histórico sobre el suicidio. Si no nos equivocamos, el primer estudio sobre el suicidio lo realizó Tapia y Gil (1900). Los que se retrotraen a las primeras décadas del siglo XX son muy pocos. Las publicaciones de Navarro Domínguez (1958), del Instituto Nacional de Estadística (1959) y de Mirón *et al.* (1997) ofrecen datos desde el año 1906, pero contienen graves defectos metodológicos (por ejemplo, trabajan con datos absolutos sin caer en la cuenta de la necesidad de hacer uso de algún indicador relativo; al no utilizar tasas, los autores llegan a conclusiones incorrectas). De Miguel (1969) hace una revisión de las tesis de Durkheim y las contrasta con datos sobre el suicidio en España durante la primera mitad del siglo XX. Su trabajo es metodológicamente mucho más rico que los anteriores, pero no utiliza tasas estandarizadas (más adelante trataremos este tema con profusión) ni hace uso de modelos estadísticos que, como los disponibles en la actualidad, nos permiten ponderar el efecto que las diferentes variables sociales pueden tener en la incidencia de este fenómeno. La mayor parte de los estudios publicados hasta ahora cubren cortos períodos de tiempo de épocas recientes (Álvarez Riesgo *et al.*, 1999; Álvaro Meca *et al.*, 2013; Gili *et al.*, 2013; Granizo *et al.*, 1996; Gutiérrez García, 1996 y 1998; López

Bernal *et al.*, 2013; Miret *et al.*, 2014; Tapia Granados, 2005).

Además de las publicaciones que hacen referencia al conjunto del país, también las hay que analizan este fenómeno en determinadas comunidades autónomas o provincias, igualmente centrándose en períodos muy breves de finales del siglo XX o principios del XXI (Arán Barés *et al.*, 2006; Córdoba-Doña, 2014; Morant *et al.*, 2001; Pérez Hoyos y Fallos Miñana, 1996; Rodríguez Pulido *et al.*, 1991; Vidal Rodeiro *et al.*, 2001).

Muy pocas investigaciones hacen algún mínimo análisis estadístico sobre las causas que han podido influir en el devenir de las tasas de suicidio. En el mejor de los casos aportan una breve descripción de los posibles factores que se sospecha que hayan podido desempeñar algún papel. Tan solo los trabajos de Tapia Granados (2005), Córdoba-Doña *et al.* (2014), Miret *et al.* (2014) y López Bernal *et al.* (2013) analizan estadísticamente si las crisis económicas que ha sufrido España recientemente han tenido algún impacto en la prevalencia del suicidio.

Dos son los principales objetivos que perseguimos en este trabajo. En primer lugar, queremos ofrecer una relación estadística fiable sobre la evolución histórica de la intensidad del suicidio (medida por las estadísticas oficiales) en España desglosada por sexo y grupos de edad desde inicios del pasado siglo XX hasta la actualidad. Recientemente han aparecido varias investigaciones sobre diferentes países en las que se analizan largos períodos temporales aportando información de gran interés para entender las causas del suicidio¹. Creemos que puede ser

¹ Portugal (1920-2013) (Dos Santos *et al.*, 2016), Inglaterra y Gales (1861-2007) (Thomas y Gunnell, 2010), Finlandia (1750-1984) (Stack, 1993), Canadá (1926-2008) (Thibodeau, 2015), Rusia (1870-2007) (Jukkala *et al.*, 2015), Alemania (1881-1989) (Weyerer y Wiedenmann, 1995), Suiza (1881-2000) (Ajdacic-Gross *et al.*, 2005), Estados Unidos (1928-2007) (Luo *et al.*, 2011) y Australia (1907-1990) (Morrell *et al.*, 1993).

muy relevante que también se haga este tipo de investigación para España, ya que el análisis de amplios períodos puede ser de gran ayuda, tanto para una mejor comprensión del fenómeno como para optimizar las estrategias nacionales de su prevención.

Aunque los factores que pueden incidir en el desencadenamiento de la conducta suicida son muchos (personales/individuales, sociales, psicológicos, culturales, biológicos y medioambientales), nuestra pretensión en este artículo es intentar descubrir si históricamente algún factor sociológico ha podido tener alguna influencia estadísticamente significativa. Este será, pues, nuestro segundo gran objetivo.

EL ANÁLISIS SOCIOLÓGICO DEL SUICIDIO EN DURKHEIM

El trabajo sociológico sobre el suicidio ha estado dominado por la tradición durkheimiana en el último siglo (Lester, 1992; Stack, 1982). Aunque fuera originalmente el marqués de Montesquieu quien propugnara una primera aproximación científico-social sobre la cuestión del comportamiento suicida (Gonthier, 1998: 120), fue el francés Émile Durkheim (1858-1917) quien aunó esfuerzos para explicar sociológicamente este fenómeno. Para Durkheim el comportamiento suicida no se debe exclusivamente a una serie de actos individuales, sino que cree que existen pautas sociales que lo explican. Incluso en un acto tan personal como este hay fuerzas sociales (fuera del individuo) que lo influyen. El suicidio es ante todo un fenómeno social y sus causas son antes sociales que individuales.

Sin pretender hacer una relación detallada, queremos destacar algunas de las hipótesis más relevantes que planteó Durkheim ([1897] 2015) sobre la influencia que diferentes factores sociológicos tienen sobre el comportamiento suicida:

a) La participación en la vida religiosa: la religión *per se* no preserva del suicidio sino

que contribuye a la integración social que lo mitiga. El proceso de secularización rompe los lazos que integran a los individuos con el grupo e incrementa el riesgo de suicidio. Cuanto menos sólido es el credo colectivo de una sociedad religiosa, menor será su grado de unión, y precisamente sería esa menor integración la que conduciría a una mayor incidencia de suicidios. Quienes profesan alguna religión protestante (mucho más individualista y con menos prácticas comunes) presentan un mayor nivel de suicidio en comparación con los católicos o los judíos (religiones más dogmáticas y jerarquizadas).

b) El nivel educativo: Durkheim observó una relación positiva entre el nivel de instrucción y la incidencia del suicidio. Creía que la secularización de la educación y el incremento del nivel educativo eran factores que contribuían al individualismo. Ahora bien, para Durkheim los seres humanos no se suicidan porque sean instruidos sino porque la sociedad religiosa de la que forman parte ha perdido su cohesión. La educación, como el suicidio, es efecto de una misma causa: la falta de cohesión social producto de la pérdida de prácticas y creencias comunes sólidamente sostenidas y desarrolladas. La solución no es desalentar la instrucción, más bien al contrario, se deben desarrollar las ciencias porque solo ellas pueden ser nuestro guía ante el progresivo debilitamiento de las sociedades religiosas.

c) La vida familiar: según las estadísticas que manejó Durkheim (fundamentalmente referidas a Francia), el hecho de vivir en matrimonio atenúa levemente la incidencia del suicidio en el caso de los hombres, pero en el caso de las mujeres es incluso perjudicial. El divorcio y la viudez alteran la vida familiar y predisponen más al suicidio de los varones, en cambio benefician a las mujeres. Para él no sería tanto la vida conyugal la que permitiría disminuir las probabilidades de suicidio sino los hijos y, con ellos, la vida familiar propiamente dicha. Nueve años antes de que apareciera su libro sobre el suicidio, Durkheim

([1888] 1998) publicó un artículo donde examinaba la relación entre las tasas de suicidio y las de fecundidad. Sus conclusiones son muy claras: el descenso de los niveles de fecundidad no solo perjudica a la sociedad en su conjunto sino también a los individuos al incrementar las tasas de suicidio. Cuantos más hijos se tienen, menor es la tendencia al suicidio. La vida familiar, como la religión, ayuda a reducir las tasas de suicidio porque incrementa la vitalidad del grupo social y, por lo tanto, la integración de sus miembros.

d) La vida política: las grandes revueltas sociales (guerras, revoluciones, etc.) avivan los sentimientos colectivos y facilitan una mayor integración social, por lo que hacen disminuir los suicidios. Estos son raros en sociedades jóvenes en vías de evolución, pero aumentan a medida que las sociedades se desintegran. La vida política (como la religión y la familia) facilita que se estrechen los lazos sociales entre los individuos. Por el contrario, el exceso de individualismo deja desamparadas a las personas y no les permite dar un sentido satisfactorio a sus vidas.

e) Los cambios bruscos económicos: según Durkheim, las transformaciones económicas súbitas (tanto las que aumentan el nivel de miseria como las que, por el contrario, incrementan la prosperidad) generan repentinos aumentos en las tasas de suicidio. Las crisis industriales o financieras acrecientan los suicidios no por lo que empobrecen a las sociedades (ya que las «crisis de prosperidad» tienen el mismo resultado), sino porque trastornan el orden colectivo y producen anomia. Con respecto al nivel de ingresos, Durkheim ([1897] 2015: 220) creía que la pobreza protege contra el suicidio porque es un freno por sí misma, «porque ella es, en efecto, la mejor de las escuelas para enseñar al hombre a contenerse». De esta manera, los países más pobres serían en cierta manera inmunes al suicidio. Durkheim establece la hipótesis de que mientras haya desarrollo económico habrá un incremento progresivo de la tasa de suicidios.

f) Los sectores económicos: Durkheim ([1897] 2015: 169) considera que «la gran industria favorece el suicidio». La transformación económica de una base agrícola a otra industrial alimenta la anomia económica. Las relaciones industriales y comerciales que se establecen en el siglo XIX, al carecer de toda regla moral (ya que toman al individuo como fin en sí mismo) y por las crisis periódicas que las acorralan, generan una situación de perpetuo cambio que impiden mantener fijo un orden normativo.

g) Características demográficas (edad y sexo): el suicidio es una manifestación esencialmente masculina (por cada mujer que se suicida, Durkheim estimó que se suicidan 4 varones) y en todos los países la tendencia crece regularmente desde la infancia hasta la vejez más avanzada.

h) Estructura demográfica (el envejecimiento de la población): además de afirmar que el suicidio aumenta con la edad y es mucho más frecuente entre la gente anciana que entre la población joven, Durkheim ([1897] 2015: 45) considera que las poblaciones con una estructura demográfica más envejecida también sufrirán mayores tasas de suicidio porque «en un pueblo envejecido y desorientado germinará fácilmente la insatisfacción vital, una melancolía inerte, que tiene funestas consecuencias. En cambio, en una sociedad joven, tenderá a prevalecer un idealismo ardiente, un proselitismo generoso y una abnegación activa».

i) Población urbana: según Durkheim ([1897] 2015: 38 y 306), «el suicidio, como la locura, está más extendido en las ciudades que en el campo [...] las causas sociales de las que depende el suicidio están estrechamente ligadas a la civilización urbana, y es en los grandes centros de población donde son más intensas», «el suicidio es mucho más urbano que rural». El proceso de urbanización (como la industrialización o la secularización) rompe los lazos entre el indivi-

duo y la vida en grupo y destruye las bases ancestrales de las relaciones familiares. Conforme la gente emigra a las ciudades en busca de oportunidades económicas, se debilitan los lazos con el resto de su familia, lo que incrementa el egoísmo y el riesgo de suicidio.

Aunque el enfoque metodológico de Durkheim ha sido criticado, especialmente en lo referente a la debilidad de su análisis causal (Alvira Martín y Blanco Moreno, 1998), consideramos que puede ser interesante partir de sus ingeniosas propuestas teóricas para comprobar si, utilizando información de un largo período temporal de las provincias españolas, las intuiciones del sociólogo francés encuentran alguna base empírica. Puesto que apenas hay disponibles investigaciones que presenten pruebas sobre la relación en el largo plazo entre modernización y suicidio, creemos que este trabajo puede rellenar un importante hueco en la literatura.

FUENTES Y METODOLOGÍA

Desde 1908 hasta 1972 los datos sobre suicidios fueron obtenidos de las *Estadísticas del suicidio en España*, publicados por el Instituto Nacional de Estadística (INE). Desde 1979 hasta 2013 la información fue servida electrónicamente por el INE.

Las tasas de suicidio provinciales han sido calculadas para los siguientes años censales: 1910, 1920, 1930, 1940, 1950, 1960, 1970, 1981, 1991, 2001 y 2011. Dado que el número de suicidios anuales en algunas provincias es muy bajo, y con objeto de reducir la variabilidad, las tasas se refieren a la media de suicidios de los cinco años alrededor de cada año censal. Por ejemplo, la tasa de una provincia determinada del año 1910 se ha calculado teniendo en cuenta en el numerador la media de suicidios observados durante los años 1908, 1909, 1910, 1911 y 1912. De esta manera, conseguimos reducir notablemente la inestabilidad estadística que pudiera haber, sobre todo en provincias con población reducida:

$$\text{Tasa total de suicidio} = \frac{\text{Número medio de suicidios en los 5 años alrededor del año censal}}{\text{Población registrada en el censo}} \times 100.000$$

Las tasas específicas de suicidio para cada grupo de edad o sexo se calculan de igual manera, pero restringiendo los suicidios (numerador) y la población (denominador) al grupo de edad o sexo que se desee.

Los datos sobre el número de suicidios que hemos utilizado son los reportados por las fuentes anteriormente citadas, sin modificaciones ni correcciones. Queremos advertir que hay algunos trabajos (Rodríguez Pulido *et al.*, 1991; Alvira Martín y Canteras, 1997; Amezaga Echevarría y Orgaz Alonso, 2010) que han llamado la atención sobre la deficiente calidad de los datos de los suicidios reportados por el INE (tanto los referentes a las *Estadísticas de suicidio* como a las *Estadísticas del Registro Causas de Muerte*).

Estas deficiencias se deben a una diversidad de factores: inexistencia de una definición consensuada del suicidio y la «distracción de datos» de los propios familiares dado el estigma social que tradicionalmente ha supuesto el suicidio. Creemos necesario insistir en que en esta investigación hemos trabajado exclusivamente con los datos oficiales y, por lo tanto, las conclusiones obtenidas están referidas únicamente a ellas.

Una vez recopilados los datos históricos provinciales, hemos hecho un minucioso análisis con el objetivo de identificar alguna falta de congruencia en los mismos. Por ejemplo, hemos tratado de detectar si en algunas provincias se producían variaciones extrañas en las tasas por edad y sexo. Igual-

mente, también hemos analizado si hubo cambios bruscos en los *rankings* de suicidio por provincias en períodos cortos de tiempo. Exceptuando quizá el caso de Vizcaya en el año 1920 (donde se percibe una anormal caída en la tasa de los varones), no hemos detectado ningún tipo de incoherencia que nos haga sospechar de la fiabilidad de nuestros datos. Averiguar el nivel de inconsistencia de las fuentes o las diferentes prácticas de registro de las distintas instituciones queda totalmente fuera del alcance de este trabajo, más aún dado su carácter histórico. Esa es una tarea que probablemente se tendrá que acometer en el futuro.

El suicidio es un fenómeno que está muy relacionado con el sexo (se suicidan muchos más hombres que mujeres) y la edad (la incidencia se incrementa notablemente entre los adultos y, sobre todo, ancianos), por lo que la composición o estructura de una población tiene un importante efecto sobre los valores de las tasas de suicidio de la población total. Es decir, aunque las tasas de suicidio en cada grupo de edad se mantuvieran constantes, las tasas referidas a la población total podrían variar simplemente por los cambios en la estructura de la población. Puesto que es bien conocido que a lo largo de nuestro período de estudio la estructura por edad y sexo de las diferentes provincias ha cambiado mucho, es imperativo aplicar técnicas de estandarización en el cálculo de las tasas de suicidio de la población total para que estas puedan ser comparables temporal y geográficamente. Así se ha hecho en otros estudios similares (Thomas y Gunnell, 2010; Stack, 1993; Neumayer, 2003).

En este trabajo hemos utilizado la conocida como técnica de estandarización directa (Vinuesa *et al.*, 1994: 52-54), que consiste simplemente en aplicar una población tipo a las tasas específicas de suicidio por edad y sexo observadas. La población tipo (o estándar) que hemos elegido ha sido la de los hombres del conjunto de España re-

cogida en el censo del año 2011. De esta manera, todos los valores de las tasas totales provinciales que hemos calculado son perfectamente comparables entre sí, ya que están referidos a la misma estructura demográfica².

Para testar la validez de algunas de las propuestas de Durkheim, hemos recogido información referida a un buen número de variables socioeconómicas. Nos hubiera gustado haber podido disponer de más (especialmente aquellas referidas al proceso de secularización, la incidencia del divorcio o la vida política, el estatus o la etnia), sin embargo, es fácil imaginar la gran dificultad que supone recopilar este tipo de información. No obstante, consideramos que, a tenor de los resultados obtenidos, la base de datos compilada es de gran relevancia.

Las variables para las que hemos podido recopilar datos son las siguientes:

- Producto interior bruto per cápita al coste de los factores en pesetas constantes del año 1995 (PIBpc): desde 1910 hasta 1920 los datos proceden de Rosés *et al.* (2010) y Díez Minguela *et al.* (2015); desde 1930 a 2000, de Alcaide Inchausti (2003). Como se verá posteriormente en el modelo estadístico que hemos elaborado, a partir de esta información también hemos calculado otra variable que recoge la tasa de crecimiento anual del producto interior bruto per cápita (Δ PIBpc).

² Para aplicar la técnica de estandarización directa lo ideal es disponer de las tasas específicas de suicidio para cada grupo de edad de 5 años. Sin embargo, dado que los datos sobre suicidios provinciales aportados por el INE vienen reportados en grandes grupos de edad, tan solo hemos podido calcular las tasas específicas de suicidio de tres grandes grupos etarios: 0-29, 30-59 y 60+ años. Por lo tanto, nuestra estandarización no es la ideal (dado el escaso número de grupos de edad), pero consideramos que es suficientemente válida para nuestro objetivo de investigación, ya que, como veremos más adelante, corrige sustancialmente los efectos de la edad y el sexo.

- Las tasas de empleo masculino (TEM) y femenino (TEF): indican el porcentaje de la población de cada sexo que está empleado. Desde 1910 a 2000 los datos proceden de Alcaide Inchausti (2007).
- El nivel de analfabetismo (Analfabetismo): es el porcentaje de población de más de 10 años que no sabe leer o escribir. Lo hemos calculado nosotros a partir de la información contenida en los diferentes censos.
- Nivel de urbanización (Urbanización): es el porcentaje de población que reside en municipios de 10.000 y más habitantes. La información desde 1910 hasta 2000 proviene de Goerlich *et al.* (2006).
- Índice de envejecimiento (Envejecimiento): es un indicador sintético del grado de envejecimiento de la estructura de una población y se obtiene dividiendo el conjunto de los ancianos (de 65 y más años) entre el de los niños (de menos de 15 años). Este índice lo hemos calculado nosotros a partir de los datos censales.
- Índice de Princeton de fecundidad marital (I_g): mide la intensidad de la fecundidad de las parejas casadas.
- Índice de Princeton de nupcialidad (I_m): es un índice de nupcialidad ponderado por la estructura de fecundidad de las mujeres huteritas casadas.

Hemos obtenido los valores de los índices de Princeton (I_g , I_m) de Coale y Watkins (1986). Esta información también está disponible electrónicamente en la siguiente página web de la Universidad de Princeton: <http://opr.princeton.edu/archive/pefp/>. Los autores de este estudio hemos tenido que calcular estos índices para todas las provincias para los años 1950, 1970, 1981, 1991 y 2001³. En

Coale y Watkins (1986: 153-162) se explica detalladamente la metodología del cálculo de estos índices.

ANÁLISIS DESCRIPTIVO DE LA EVOLUCIÓN HISTÓRICA DEL SUICIDIO EN ESPAÑA

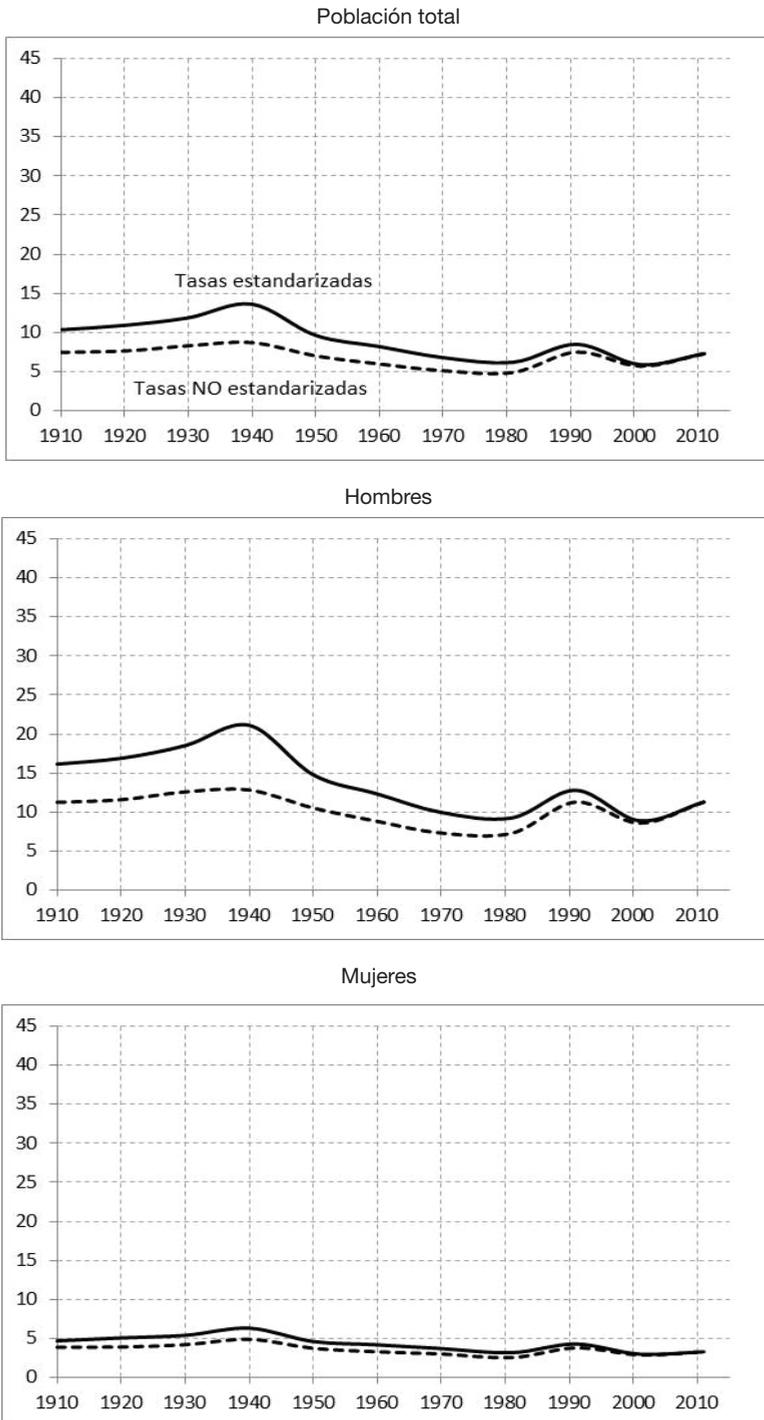
En el gráfico 1 podemos ver cuál ha sido la evolución de las tasas de suicidio en el conjunto de España desde 1910 hasta 2011. Observamos que, efectivamente, hay notables diferencias en los valores de las tasas estandarizadas con respecto a las que no lo están. La cambiante composición de la estructura por edad y sexo de la población española en el último siglo tiene un notable influjo en el cálculo de los valores de las tasas totales y, por lo tanto, nos confirma la necesidad de aplicar a todas las provincias y años una población tipo para hacerlas comparables geográfica y temporalmente.

Desde el año 1910 hasta 1940 se observa un ligero incremento en la incidencia del suicidio. Posteriormente, durante las décadas de la dictadura franquista, las tasas se redujeron a la mitad (entre 1940 y 1981 disminuyeron un 54,5% las tasas totales, 56,1% las de los hombres y 49,5% las de las mujeres). A partir del año 1981 se han producido oscilaciones (más marcadas entre los varones), aunque todavía no se percibe una tendencia clara si alcista o bajista.

Como predijo Durkheim, en España las tasas de suicidio de los hombres son mucho más elevadas que las de las mujeres. La ratio entre las tasas de ambos sexos (hombres / mujeres) se ha mantenido aproximadamente en una proporción de 3,5:1 (gráfico 2). Aunque algunos estudios previos (De Miguel, 1969: 200) pronosticaron una equiparación de los valores de esta ratio con el paso del tiempo, la verdad es que, salvo ligeras fluctuaciones, la relación se ha mantenido bastante estable. Este proceso de homogeneización de las tasas de los dos sexos sí que se ha

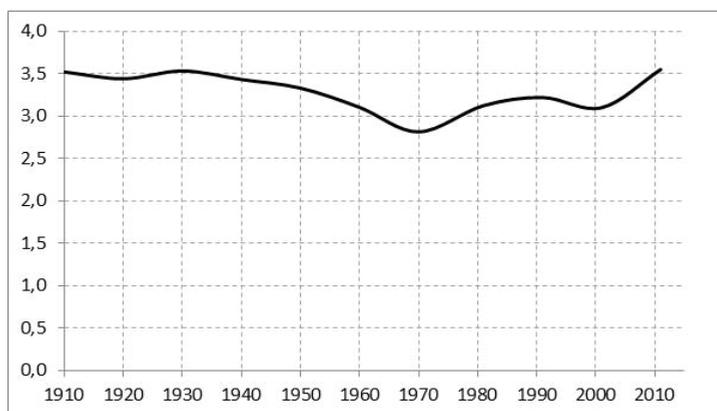
³ Hemos preferido omitir el año 2011 porque el número de parejas de hecho es bastante alto y si se tratan a estas como personas solteras se podrían trastocar sustancialmente los valores del índice de nupcialidad.

GRÁFICO 1. Evolución de las tasas de suicidio en España (1910-2011)



Fuente: Elaboración propia a partir de las fuentes que se detallan en el texto.

GRÁFICO 2. *Ratio entre las tasas de suicidio estandarizadas de ambos sexos (hombres/mujeres)*



Fuente: Elaboración propia a partir de las fuentes que se detallan en el texto.

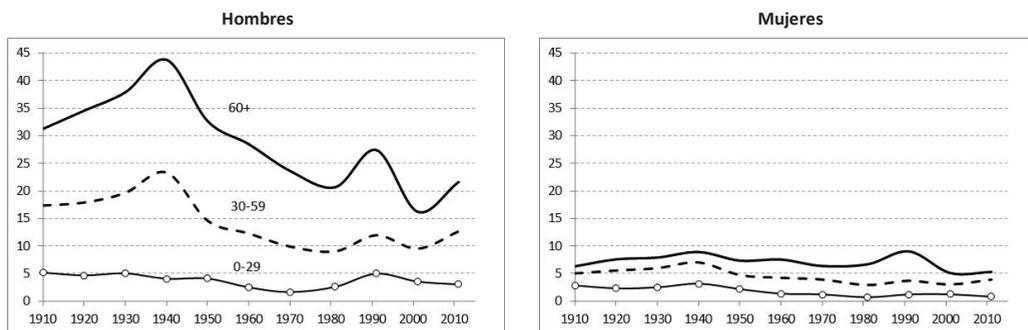
producido, sin embargo, en otros países. En Inglaterra y Gales, por ejemplo, esta ratio se redujo de 4:1 en los años 1880 a 1,5:1 en los años 1960 (Thomas y Gunnell, 2010).

En el gráfico 3 podemos comprobar que, como postuló Durkheim, en ambos sexos la incidencia del suicidio se incrementa con la edad. En algunos años, las tasas de los varones con edades superiores a los 60 años han llegado a ser más de 10 veces más elevadas que la de los menores de 30 años.

Cualesquiera que sean los factores que hayan afectado al nivel de suicidio de cada una de las provincias españolas (y que vamos a analizar posteriormente), el gráfico 4

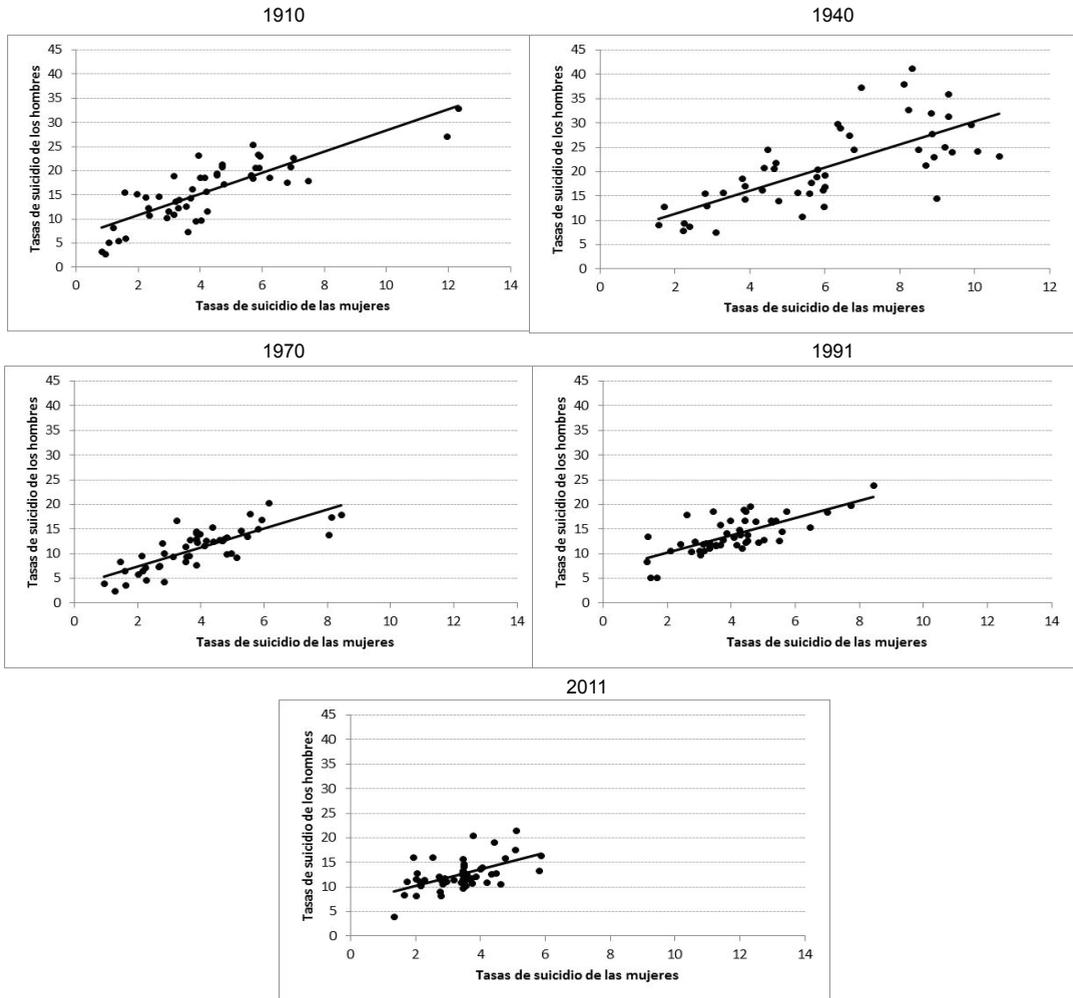
nos indica que estos influyen tanto a hombres como a mujeres. En este gráfico comprobamos que durante todo el período de estudio existe una correlación provincial positiva entre los valores de uno y otro sexo. Es decir, las provincias con las tasas de suicidio masculinas más altas también suelen ser las que tienen las tasas más altas entre las mujeres. Es importante destacar que la evolución de la incidencia del suicidio ha sido muy semejante tanto si nos fijamos en los sexos como en los diferentes grupos de edad. En Inglaterra y Gales (Thomas y Gunnell, 2010), por el contrario, los patrones difieren mucho según el sexo y la edad.

GRÁFICO 3. *Evolución de las tasas de suicidio según grupo de edad y sexo*



Fuente: Elaboración propia a partir de las fuentes que se detallan en el texto.

GRÁFICO 4. *Correlación entre las tasas de suicidio estandarizadas de ambos sexos en las diferentes provincias españolas*



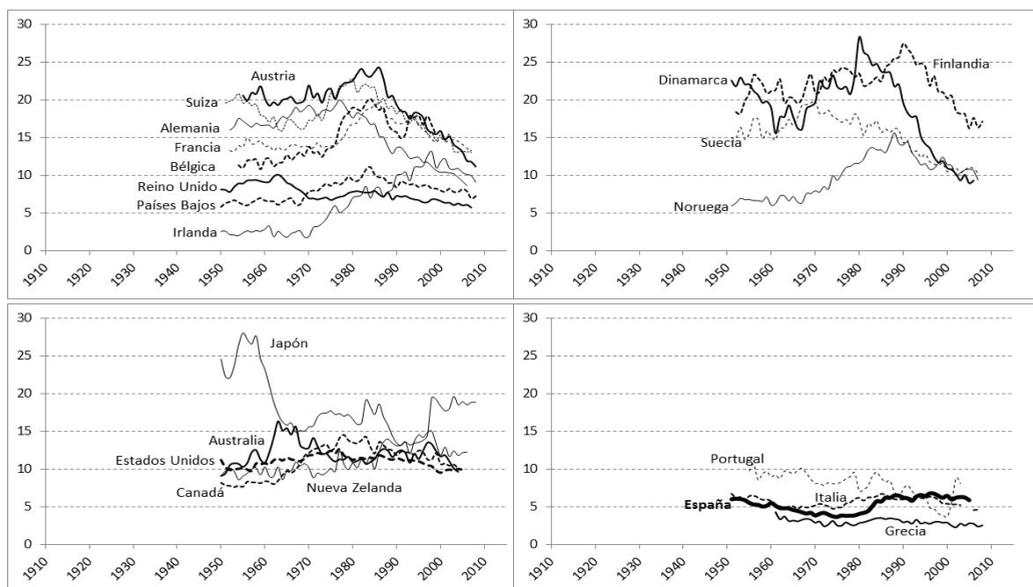
Fuente: Elaboración propia a partir de las fuentes que se detallan en el texto.

El suicidio en España en el contexto internacional

La Organización Mundial de la Salud (OMS) recoge información sobre la prevalencia del suicidio en diferentes países desde el año 1950 y calcula tasas estandarizadas para poder hacer estudios comparativos. Sin ánimo de hacer un estudio detallado sobre las diferencias de este fenómeno en España y el resto de países occidentales, hemos recogido en el gráfico 5 la evolución de las tasas en

21 países. Lo primero que llama la atención es que, en las últimas seis décadas, los países del sur europeo han sufrido tasas de suicidio notablemente más bajas que las del resto. El fuerte incremento de las tasas que se observa en la mayor parte de los países desde mediados del siglo XX hasta 1990 no se percibe en absoluto en España, Portugal o Grecia. La evolución de los países del sur de Europa es muy diferente a la del resto. Aunque las estadísticas de la OMS indican que en España las tasas se incrementaron un

GRÁFICO 5. Tasas de suicidio estandarizadas en diferentes países occidentales



Fuente: Base de datos de mortalidad de la Organización Mundial de la Salud (<http://apps.who.int/healthinfo/statistics/mortality/whodpms/>) y elaboración propia.

75% entre 1974 y 1988, lo cierto es que esta tendencia se frenó y se ha mantenido estable desde entonces. A pesar de este puntual incremento, las tasas españolas siguen siendo de las más bajas del mundo occidental.

MODELO ESTADÍSTICO

Dadas las características de los datos recogidos, tanto nuestra variable dependiente —tasa de suicidio masculino (TSM), tasa de suicidio femenino (TSF) y tasa de suicidio total (TST)— como las variables independientes (descritas anteriormente) están expresadas en logaritmos naturales, a excepción de Δ PIBpc y Urbanización, dado que, al tomar valores negativos (la primera) y 0 (la segunda) en algunas observaciones, no se pueden transformar. Además de las variables de interés, en nuestro modelo también hemos con-

siderado otras de control. Hemos incluido variables *dummy* anuales para neutralizar todos aquellos factores que cambian por igual en todas las provincias españolas, como pueden ser los avances tecnológicos, las confrontaciones bélicas, las modas, la aprobación de determinada legislación, etc. Si no tuviéramos en cuenta estos factores temporales podríamos incurrir en un sesgo en los resultados. De la misma manera, también hemos incluido un conjunto de variables *dummy* para controlar la posible heterogeneidad existente entre las distintas provincias y que no podemos neutralizar mediante las variables de interés en ámbitos como el clima, la estructura económica y social, la historia, etc. Con estos controles es posible evitar relaciones espurias que pudieran contener nuestros datos. En su forma general, nuestro modelo se construye de la siguiente manera:

$$\ln TST_{i,t} = \beta_0 + \beta_1 \ln PIBpc_{i,t} + \beta_2 \Delta PIBpc_{i,t} + \beta_3 \ln TEM_{i,t} + \beta_4 \ln TEF_{i,t} + \beta_5 \text{Urbanización}_{i,t} + \beta_6 \ln Im_{i,t} + \beta_7 \ln Ig_{i,t} + \beta_8 \ln \text{Envejecimiento}_{i,t} + \beta_9 \ln \text{Analfabetismo}_{i,t} + Y_t + \alpha_i + \mu_{i,t} \quad (1)$$

Es necesario entender que las características de nuestros datos hacen que nos situemos dentro del campo de las series temporales de corte transversal (*time series cross-section*), donde tanto la dimensión N (sección cruzada) como la T (tiempo) son grandes (49 y 914, respectivamente). Esto hace que, aparte de los típicos sesgos de heterogeneidad que nos encontramos en los datos de panel, también nos enfrentemos a un problema de autocorrelación propio de las series temporales. Con datos de corte longitudinal es bastante frecuente que el término de perturbación en un momento concreto siga una clara tendencia marcada por las perturbaciones asociadas a instantes anteriores.

Hemos identificado todos los problemas potenciales que pudieran aparecer en este tipo de datos. Mediante el test de Pesaran (2004) de dependencia de sección cruzada podemos comprobar que en nuestros datos los residuos están correlacionados entre las distintas provincias. Esta dependencia de los residuos puede llevar a un sesgo en los resultados (correlación contemporánea). Por otra parte, siguiendo a Wooldridge (2002), también observamos que existe un problema de correlación serial de primer orden, tal como explicamos anteriormente, lo cual puede afectar gravemente a los errores estándar de nuestras estimaciones⁵. En este caso, el error pasaría a estar definido como un modelo autorregresivo AR(1) donde:

$$\mu_t = \rho\mu_{t-1} + \varepsilon_t \quad (2)$$

Después de haber identificado los distintos problemas de autocorrelación, estimamos que el modelo que debemos utilizar es el conocido como *Panel Corrected Standard*

Errors (PCSE). Esta metodología utiliza una regresión Prais-Winsten para estimar los estadísticos. Lo fundamental es que a la hora de calcular los errores estándar y la matriz de varianzas-covarianzas de los estimadores, esta metodología asume que los errores son heterocedásticos y están contemporáneamente correlacionados entre los distintos paneles. De acuerdo con Beck y Katz (1995), con una dimensión temporal T más grande que N, los errores estándar mediante PCSE funcionan mucho mejor que con otras metodologías alternativas tales como la *Generalized Least Squares* (GLS). En particular, en nuestro caso, consideramos que hay autocorrelación de primer orden y que el coeficiente del proceso AR(1) es específico para cada panel.

Neumayer (2004) advierte que si en los modelos estadísticos no se controlan adecuadamente los efectos específicos de los países (en nuestro caso, provincias) podemos llegar a resultados opuestos. Insiste en que la adecuada especificación del modelo estadístico es fundamental para obtener los resultados correctos: es muy importante controlar los efectos fijos de cada país (o provincia, según el nivel de análisis geográfico que se utilice). Las técnicas de análisis de datos de panel tienen la ventaja sobre los análisis de series temporales que pueden controlar por estos efectos fijos y, de esta manera, se evitan muchos sesgos de series omitidas.

La naturaleza de nuestras variables podría evidenciar un posible problema de multicolinealidad, dado el alto grado de relación que pudiera existir entre ellas. En la tabla 1 podemos observar el factor de agrandamiento de la varianza. Según este criterio, las únicas dos variables con un problema grave de multicolinealidad serían Envejecimiento e I_g⁶.

⁴ Hemos interpolado linealmente los valores censales considerando que tanto la tasa de suicidio como las otras variables sociodemográficas no experimentan cambios bruscos en el corto plazo.

⁵ Ambos test son significativos al 1%.

⁶ Eliminar una de estas variables no sería una buena solución dado que podría afectar a la correcta identificación del modelo: las dos variables son relevantes,

TABLA 1. *Factor de agrandamiento de la varianza*

Variables	FAV
In Envejecimiento	13,6
In Ig	12,8
In PIBpc	9,6
In Analfabetismo	8,1
In TEM	3,8
In TEF	3,6
Urbanización	2,4
In Im	1,3
Δ PIBpc	1,2

Nota: Por lo general, se considera que valores superiores a 10 indican un problema serio con la multicolinealidad.

RESULTADOS

Los teóricos modernos han prestado especial atención a cómo los distintos factores económicos (especialmente el nivel de ingresos, las fluctuaciones económicas y las tasas de empleo) afectan al nivel de suicidios. Existen dos grandes corrientes teóricas al respecto. Por una parte están los teóricos «contracíclicos» (Brenner, 1987; Weyerer y Wiedenmann, 1995; Dos Santos *et al.*, 2016), quienes consideran que las tasas de suicidio se incrementan en las épocas de crisis y caen durante los *booms* económicos debido a que aumenta el nivel de consumo y la satisfacción. Por otra se sitúan los «procíclicos» (Ginsberg, 1966; Lester, 1996; Ruhm, 2000; Gerdtham y Ruhm, 2002; Jungeilges y Kirchgassner, 2003; Neumayer, 2004; Tapia Granados, 2005; Tapia Granados e Ionides, 2008; Jalles y Andresen, 2015), quienes defienden, en la línea de argumentación de Durkheim, que cuando la economía prospera las aspiraciones de la gente crecen más rápido que las recompensas, lo que provoca frustración y que se incrementen las tasas de suicidio. De alguna manera vienen a decir que cuando los niveles de ingreso son

más altos hay menos factores externos a los que culpar por los fracasos y miserias de la vida. En definitiva, la mortalidad (incluyendo el suicidio) se comporta procíclicamente, es decir, se mueve con los ciclos de crecimiento económico.

Los resultados de nuestro modelo estadístico (tabla 2) son poco convincentes a la hora de valorar la causalidad de la variable PIBpc sobre el suicidio oficialmente registrado. Solo en el caso del suicidio femenino se puede observar un efecto negativo, es decir, a mayor nivel de renta, menores tasas de suicidio. En el caso de los hombres, el signo también es negativo aunque no significativo. En cuanto a la variable que mide los incrementos del producto interior bruto (Δ PIBpc), los estadísticos de nuestro modelo también son negativos, pero no tienen significancia en ningún caso⁷. Estos resultados, por lo tanto, contradicen la hipótesis del efecto protector de la pobreza al que se refería Durkheim.

Algunos autores entienden que el acceso al empleo puede actuar como protección frente al suicidio puesto que las personas que trabajan se sienten socialmente más integradas (Morrell *et al.*, 1993; Rodríguez Andrés, 2005; Mayer *et al.*, 2011; Barr *et al.*, 2012), sin embargo, hay estudios que han encontrado un efecto positivo entre ambas variables (Ruhm, 2000; Laporte, 2004; Neumayer, 2004).

En nuestro modelo, las tasas de empleo de los dos sexos (TEM y TEF) tienen signos positivos, es decir, cuanto mayores son las tasas de empleo más altas son las de suicidio. Dos podrían ser las razones que explicarían esta relación positiva. En primer lugar, algunos trabajos pueden producir tal nivel de es-

tanto en la teoría como en nuestro modelo. La única consecuencia directa de esta multicolinealidad es que rebajaría la significatividad individual de ambas.

⁷ Tradicionalmente esta variable ha sido considerada como un factor explicativo destacado (Dos Santos *et al.*, 2016; Okada y Samreth, 2013), sin embargo, también es cierto que en otros trabajos (Kubeyev, 2012) se ha encontrado poca significatividad.

TABLA 2. Estimación de la incidencia del suicidio mediante el método Panel Corrected Standard Errors en las provincias españolas (1910-2000)

	Modelo 1		Modelo 2		Modelo 3	
	ln TST		ln TSM		ln TSF	
ln PIBpc	-0,0450		-0,0136		-0,1506	***
	<i>0,0336</i>		<i>0,0330</i>		<i>0,0484</i>	
ΔPIBpc	-0,0232		-0,0332		-0,0253	
	<i>0,0531</i>		<i>0,0532</i>		<i>0,0752</i>	
ln TEM	0,0916	**	0,0881	*	0,1043	*
	<i>0,0451</i>		<i>0,0460</i>		<i>0,0594</i>	
ln TEF	0,0605	***	0,0368	*	0,1383	***
	<i>0,0229</i>		<i>0,0223</i>		<i>0,0332</i>	
ln Analfabetismo	-0,0512		-0,0586		-0,0365	
	<i>0,0349</i>		<i>0,0369</i>		<i>0,0405</i>	
Urbanización	-0,1105	***	-0,0120	***	-0,0088	***
	<i>0,0015</i>		<i>0,0015</i>		<i>0,0023</i>	
ln I_g	-0,2312	***	-0,2555	***	-0,1944	***
	<i>0,0700</i>		<i>0,0690</i>		<i>0,0944</i>	
ln I_m	-0,2386	**	-0,2533	**	-0,1652	
	<i>0,1130</i>		<i>0,1094</i>		<i>0,1559</i>	
ln Envejecimiento	0,0272		-0,0014		0,1671	***
	<i>0,0574</i>		<i>0,0580</i>		<i>0,0786</i>	
Constante	2,2495	***	2,7483	***	1,1544	**
	<i>0,4118</i>		<i>0,4106</i>		<i>0,5549</i>	
R²	0,66		0,72		0,37	
Provincias	49		49		49	
Observaciones	4.459		4.459		4.459	

Niveles de significatividad estadística: p-valores *** <0,01; ** <0,05; * <0,1.

Errores estándar en cursiva.

Aunque son 50 las provincias españolas, en el modelo estadístico aparecen indicadas 49 porque hemos considerado Canarias como una sola provincia a lo largo de todo el período, a pesar de que en 1927 se decretó su división en dos.

trés en algunas personas que puede empujarles a quitarse la vida. Igualmente, allí donde las tasas de empleo son más elevadas, las personas ancianas o con algún tipo de dependencia pueden estar peor atendidas por sus familiares, lo que puede incrementar a su vez las tasas de suicidio. Nuestros modelos nos

indican que las tasas de empleo femenino (TEF) son mucho más relevantes a la hora de explicar las tasas de suicidio (tanto la total como las de los dos sexos).

Tapia Granados (2005), utilizando datos provinciales de España desde 1980 a 1997, obtiene resultados semejantes a los nuestros

con respecto a la relación entre empleo y suicidio. Por lo tanto, los resultados de nuestro estudio, como el de Tapia Granados, añadirían a España a la lista de países que sorprendentemente muestran que la mortalidad (y más específicamente el suicidio) oscila procíclicamente (incrementándose en los tiempos económicamente buenos y reduciéndose en los malos)⁸.

En cuanto al nivel educativo, Abel y Kruger (2005) y Lorant *et al.* (2005) encuentran que el bajo nivel educativo incrementa las probabilidades de suicidio entre los hombres, aunque para las mujeres, sin embargo, las conclusiones no son estadísticamente claras. En nuestro modelo, la variable que mide el nivel de analfabetismo, aunque no es estadísticamente significativa en ningún caso, sin embargo, tiene el signo negativo en los tres modelos. Es decir, como pronosticó Durkheim, los bajos niveles educativos podrían haber tenido cierto efecto protector del nivel de suicidio.

Respecto al impacto del nivel de urbanización, en la literatura podemos leer resultados contradictorios. Hay estudios (Stack, 1993; Simpson y Conklin, 1989) que han hallado una asociación positiva entre ambas variables, mientras que otros (Otsu *et al.*, 2004; Wang *et al.*, 2014; Kowalski *et al.*, 1987) muestran una relación negativa. Y para complicar más las cosas, Lester y Yang (1997) y Qin *et al.* (2003) encontraron que el nivel de urbanización afecta de manera distinta a cada uno de los sexos (lo incrementa en el caso de las mujeres y lo reduce en el de los hombres). Nuestro modelo parece dejar pocas dudas de que el proceso de urbanización que la población española vivió a lo largo del siglo XX (Goerlich *et al.*, 2006) tuvo un

efecto balsámico respecto a la incidencia del suicidio en ambos sexos. El signo negativo es muy significativo en los tres modelos. En este sentido, los datos españoles contradicen claramente la hipótesis de Durkheim de que el suicidio está estrechamente ligado a la civilización urbana⁹. Al contrario, es posible que el entorno urbano ofrezca más oportunidades económicas y más posibilidades para que las personas puedan desarrollar su propio estilo de vida, facilite la conexión con otros ciudadanos con los que compartir aficiones y seguramente también libere del control social (en ocasiones asfixiante) típico de municipios de pequeño tamaño donde todos los vecinos se conocen. Por lo tanto, el proceso de urbanización, lejos de debilitarla, podría facilitar la integración social de los individuos.

Diversos estudios (Lester y Yang, 1992; Wiedenmann y Weyerer, 1994; Rodríguez Andrés, 2005; Neumayer, 2003) han mostrado que existe una fuerte asociación negativa entre las tasas de fecundidad y las de suicidio, aunque tampoco faltan trabajos que desafían estas conclusiones (Classen y Dunn, 2011). Igualmente, Qin *et al.* (2003), Kposowa (2000) y Heikkinen *et al.* (1995) encontraron que estar soltero incrementa las probabilidades de quitarse la vida. Tal y como intuyó Durkheim, la fecundidad marital (I_g) tiene en los modelos especificados en la tabla 2 un signo negativo altamente significativo: los hijos protegen frente al suicidio. El sociólogo francés también planteó que la vida en matrimonio reducía la incidencia del suicidio de los hombres, pero no necesariamente la de las mujeres. Efectivamente, esto mismo parece indicarnos los resultados de nuestros modelos.

La tasa de envejecimiento de la población solo afecta de manera estadísticamente

⁸ El trabajo de Miret *et al.* (2014), utilizando datos para España desde 2001 a 2012, encontró que las ideas e intentos de suicidio en España no habían aumentado con la crisis económica. López Bernal *et al.* (2013) y Córdoba-Doña *et al.* (2014), por el contrario, hallan que la última crisis económica incrementó las tasas de suicidio.

⁹ Gutiérrez García (1998) considera, sin embargo, que en España hay un predominio del suicidio urbano sobre el rural.

significativa a las mujeres. El signo positivo de esta variable confirmaría, una vez más, lo acertado de la intuición de Durkheim cuando advirtió de las nefastas secuelas en términos de suicidios que tendrían que padecer las poblaciones con una estructura demográfica envejecida. Como predijo, en aquellos lugares donde el peso proporcional de las personas ancianas fuera elevado es posible que se genere un ambiente pesimista, una «melancolía inerte» que, de alguna manera, anime a algunas personas a terminar con sus vidas¹⁰. La falta de significancia de esta variable en los otros dos modelos (varones y población total) pudiera ser debido a la fuerte multicolinealidad con la variable que mide la fecundidad marital (I_g)¹¹.

Por último, destacamos que nuestro modelo estadístico parece ajustarse mucho mejor a la hora de predecir la incidencia del suicidio masculino que del femenino, puesto que el R^2 para los varones es de 0,72, mientras que en el caso de las mujeres es de 0,37. Esta diferencia podría explicarse porque el suicidio femenino puede estar influido por algunas otras variables que no hemos podido controlar en este estudio. Consideramos que estos resultados pueden ser un buen punto de partida para que futuras investigaciones profundicen en las diferencias del suicidio entre hombres y mujeres.

CONCLUSIONES

Con la prudencia que tiene que acompañar a cualquier estudio que utiliza datos cuya fiabilidad ha sido puesta en cuestión, hemos realizado un análisis histórico del fenómeno suicida en las diferentes provincias españo-

las según los datos oficiales. Conscientes de las posibles limitaciones de nuestras fuentes, hemos comprobado que al incremento del fenómeno suicida en las primeras décadas del siglo XX le siguió un período de desplome de las tasas que duró hasta aproximadamente la llegada del sistema democrático. A partir de entonces, hemos visto fluctuar levemente esta tasa en niveles bajos y todavía no podemos intuir si continuará por una senda alcista o bajista.

Teniendo como referente las hipótesis explicativas establecidas a finales del siglo XIX por Émile Durkheim, hemos recogido información de una serie de variables socioeconómicas y, aplicando técnicas de análisis de panel, hemos podido confirmar algunas de las intuiciones del sociólogo francés. La mayor parte de los resultados van en línea con su discurso teórico. Sólo en lo referente al impacto que el proceso de urbanización ha tenido sobre las tasas de suicidio (que para el caso de España se ha manifestado en sentido totalmente contrario a como él lo estipuló) y en el caso de las variables PIBpc y Δ PIBpc, nuestros resultados contradicen lo planteado por él.

Aunque pueda parecer contraintuitivo, las tasas de empleo masculina y femenina actúan contracíclicamente: cuando estas aumentan también se incrementan las tasas de suicidio. Por el contrario, los incrementos en los niveles de fecundidad, nupcialidad y analfabetismo tienen un efecto protector frente al suicidio, como lo intuyó Durkheim. En España, ser varón, tener una edad avanzada o vivir en una sociedad con una estructura demográfica envejecida incrementa las probabilidades de muerte por suicidio tal y como se especifica en la obra de este insigne francés.

Sin duda, queremos que este estudio sirva como muestra de admiración del pionero trabajo sociológico realizado por Émile Durkheim ([1897] 2015). A pesar de las muchas limitaciones (metodológicas, de acceso a fuentes, etc.) con las que tuvo que batallar, supo establecer una serie de principios que

¹⁰ Tengamos presente que las tasas de suicidio provinciales que utilizamos en nuestros modelos están estandarizadas y, por lo tanto, no se ven afectadas por la estructura de la población.

¹¹ Al regresar ambas variables el R^2 es de 0,86, lo cual es un signo inequívoco de multicolinealidad.

se han demostrado muy acertados para el caso de las estadísticas oficiales españolas.

BIBLIOGRAFÍA

- Abel, Ernest L. y Kruger, Michel L. (2005). «Educational Attainment and Suicide Rates in the United States». *Psychological Reports*, 97: 25-28.
- Ajdacic-Gross, Vladeta *et al.* (2005). «Age-period-cohort Analysis of Swiss Suicide Data, 1881-2000». *European Archives of Psychiatry and Clinical Neurosciences*, 256: 207-214.
- Alcaide Inchausti, Julio (2003). *Evolución económica de las regiones y provincias españolas en el siglo XX*. Bilbao: Fundación BBVA.
- Alcaide Inchausti, Julio (2007). *Evolución de la población española en el siglo XX por provincias y comunidades autónomas*. Bilbao: Fundación BBVA.
- Álvarez Riesgo, José A.; Iglesias García, Celso y Cuelto Espinar, Antonio (1999). «Mortalidad por suicidio 1975-1994: análisis, edad, periodo y cohorte». *Gaceta Sanitaria*, 13: 9138.
- Álvaro Meca, Alejandro *et al.* (2013). «Epidemiology of Suicide in Spain, 1981-2008: A Spatiotemporal Analysis». *Public Health*, 127(4): 380-385.
- Alvira Martín, Francisco y Blanco Moreno, Francisca (1998). «Estrategia y técnicas investigadoras en El Suicidio de Émile Durkheim». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 81: 63-72.
- Alvira Martín, Francisco y Canteras, Andrés (1997). *El suicidio juvenil*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.
- Amezaga Echevarría, Asier y Orgaz Alonso, Sergio (2010). «Cien años de estadísticas del suicidio en España: Análisis de la construcción del dato estadístico». *X Congreso Español de Sociología*, Grupo de Trabajo 1: Metodología.
- Arán Barés, María *et al.* (2006). «Evolución temporal y distribución geográfica de la mortalidad por suicidio en Cataluña y España (1986-2002)». *Gaceta Sanitaria*, 20(6): 473-480.
- Barr, Ben *et al.* (2012). «Suicides Associated with the 2008-10 Economic Recession in England: Time Trend Analysis». *British Medical Journal*, 345: e5142.
- Beck, Nathaniel y Katz, Jonathan N. (1995). «What to do (and not to do) with Time-series Cross-section Data». *American Political Science Review*, 89: 634-647.
- Brenner, Harvey (1987). «Relation of Economic Change to Swedish Health and Social Well-being, 1950-1980». *Social Science and Medicine*, 25(2): 183-195.
- Classen, Tim y Dunn, Richard (2011). «Suicide, Social Integration and Fertility Rates». *Applied Economics Letters*, 18(11): 1011-1014.
- Coale, Ansley y Watkins, Susan (eds.) (1986). *The Decline of Fertility in Europe*. Princeton: Princeton University Press.
- Córdoba-Doña, José *et al.* (2014). «Economic Crisis and Suicidal Behaviour: The Role of Unemployment, Sex and Age in Andalusia, Southern Spain». *International Journal for Equity in Health*, DOI: 10.1186/1475-9276-13-55.
- De Miguel, Jesús (1969). «El suicidio en España». *Revista Española de la Opinión Pública*, 18: 195-233.
- Díez Minguela, Alfonso; Martínez Galarraga, Julio y Tirado Fabregat, Daniel (2015). «Why Did Spanish Regions not Converge before the Civil War? Agglomeration Economies and (Regional) Growth Revisited». *Revista de Historia Económica*, DOI: 10.1017/S0212610915000300.
- Dos Santos, Joao; Tavares, Mariana y Pita Barros, Pedro (2016). «More Than Just Numbers: Suicide Rates and the Economic Cycle in Portugal (1920-2013)». *SSM-Population Health*, 2: 14-23.
- Durkheim, Émile ([1888] 1998). «Suicidio y natalidad: estudio de estadística moral». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 81: 171-191.
- Durkheim, Émile ([1897] 2015). *El suicidio. Un estudio de sociología*. Madrid: Akal.
- Gerdtham, Ulf-G. y Ruhm, Christopher (2002). *Deaths Rise in Good Economic Times: Evidence from the OECD*. Mimeo, Lund University.
- Gili, Margalida *et al.* (2013). «The Mental Health Risks of Economic Crisis in Spain: Evidence from Primary Care Centres, 2006 and 2010». *The European Journal of Public Health*, 23: 103-108.
- Ginsberg, Ralph (1966). *Anomie and Aspiration: A Reinterpretation of Durkheim's Theory*. New York. [Tesis doctoral].
- Goerlich Gisbert, F.; Azagra Ros, J.; Mas, M. y Chorrén Rodríguez, P. (2006). *La localización de la población española sobre el territorio. Un siglo de cambios. Un estudio basado en series homogéneas (1900-2001)*. Bilbao: Fundación BBVA.
- Gonthier, Frédéric (1998). «Algunas reflexiones epistemológicas de la idea del suicidio en sociología».

- Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 81: 117-131.
- Granizo, Juan J.; Guallar, Eliseo y Rodríguez Artalejo, Fernando (1996). «Age-Period-Cohort Analysis of Suicide Mortality Rates in Spain, 1959-1991». *International Journal of Epidemiology*, 25: 814-820.
- Gutiérrez García, José M. (1996). «El suicidio en España 1981-1991». *Revista de Psicopatología*, 16(2).
- Gutiérrez García, José M. (1998). «Predominio del suicidio urbano sobre el rural en España». *Actas Luso-Españolas de Neurología, Psiquiatría y Ciencias Afines*, 26: 111-115.
- Heikkinen, Martti et al. (1995). «Social Factors in Suicide». *The British Journal of Psychiatry*, 167: 747-753.
- Instituto Nacional de Estadística (1959). *El suicidio en España durante medio siglo: su carácter y evolución en los años 1906 a 1955*. Madrid: Gráficas Maitea.
- Instituto Nacional de Estadística (2016). Nota de prensa de 30 de marzo de 2016: «Defunciones según la Causa de Muerte». Disponible en: <http://www.ine.es/prensa/np963.pdf>
- Jalles, Joao T. y Andresen, Martin A. (2015). «The Social and Economic Determinants of Suicide in Canadian Provinces». *Health and Economic Review*, 5: 1-12.
- Jukkala, Tanya; Mäkinen, Ilkka y Stickley, Andrew (2015). «The Historical Development of Suicide Mortality in Russia, 1870-2007». *Archives of Suicide Research*, 19(1): 117-130.
- Jungeilges, Jochen y Kirchgassner, Gebhard (2003). «Economic Welfare, Civil Liberty, and Suicide: An Empirical Investigation». *Journal of Socio-Economics*, 31: 215-231.
- Kowalski, Gregory; Faupel, Charles y Starr, Paul (1987). «Urbanization and Suicides: A Study of American Countries». *Social Forces*, 66: 85-101.
- Kposowa, Augustine (2000). «Marital Status and Suicide in the National Longitudinal Mortality Study». *Journal of Epidemiology and Community Health*, 54: 254-261.
- Kubeyev, Bulat (2012). «An Econometric Investigation into the Nature of the Relationship Between Unemployment and Suicide». *The Student Economic Review*, XXVI: 70-80. Disponible en: <https://www.tcd.ie/Economics/SER/past-issues/2012.php>
- Laporte, Audrey (2004). «Do Economic Cycles Have a Permanent Effect on Population Health? Revisiting the Brenner Hypothesis». *Health Economics*, 13: 767-779.
- Lester, David (1992). *Why People Kill Themselves*. Springfield, Illinois: Charles C. Thomas.
- Lester, David (1996). *Patterns of Suicide and Homicide in the World*. New York: Nova Science Publisher.
- Lester, David y Yang, Bijou (1992). «Fertility and Suicide Rates: A Time Series Analysis in the United States». *Journal of Biosocial Sciences*, 24(1): 97-101.
- Lester, David y Yang, Bijou (1997). *The Economy and Suicide*. New York: Nova Science Publisher.
- López Bernal, James et al. (2013) «The Effect of the Late 2000s Financial Crisis on Suicides in Spain: An Interrupted Time-Series Analysis». *The European Journal of Public Health*, 23(5): 732-736.
- Lorant, Vincent, et al. (2005). «Socio-economic Inequalities in Suicide: A European Comparative Study». *The British Journal of Psychiatry*, 187(1): 49-54.
- Luo, Feijun, Florence et al. (2011). «Impact of Business Cycles on US Suicide Rates, 1928-2007». *American Journal of Public Health*, 101(6): 1139-1146.
- Mayer, Peter et al. (2011). *Suicide and Society in India*. New York: Routledge.
- Miret, Marta; Caballero, Francisco F.; Huerta-Ramírez, Raúl; Moneta, María; Olaya, Beatriz; Chatteerji, Somnath; Haro, Josep y Ayuso-Mateos, José L. (2014). «Factors Associated with Suicidal Ideation and Attempts in Spain for Different Age Groups. Prevalence before and after the Onset of the Economic Crisis». *Journal of Affective Disorders*, 163: 1-9.
- Mirón Canelo, José A. et al. (1997). «Epidemiología descriptiva del suicidio en España (1906-1990)». *Actas luso-españolas de neurología, psiquiatría y ciencias afines*, 25: 327-331.
- Morant, Consuelo et al. (2001) «Mortalidad por suicidio en Castilla-La Mancha (1991-1998)». *Psiquiatría Biológica*, 8(4): 135-140.
- Morrell, Stephen et al. (1993). «Suicide and Unemployment in Australia, 1907-1990». *Social Science and Medicine*, 36: 749-756.
- Navarro Domínguez, Orencio (1958). «El suicidio y su análisis demográfico-estadístico». *Revista Inter-nacional de Sociología*, 64: 637-679.
- Neumayer, Eric (2003). «Are Socioeconomic Factors Valid Determinants of Suicide? Controlling for National Cultures of Suicide with Fixed-Effects Estimation». *Cross-Cultural Research*, 37(3): 307-329.

- Neumayer, Eric (2004). «Recessions Lower (Some) Mortality Rates: Evidence from Germany». *Social Science and Medicine*, 58: 1035-1050.
- Okada, Keisuke y Samreth, Sovannroeun (2013). «A Study on the Socio-economic Determinants of Suicide: Evidence from 13 European OECD Countries». *The Journal of Socio-Economics*, 45: 78-85.
- Organización Mundial de la Salud (2014). *Preventing Suicide. A Global Imperative*. OMS.
- Otsu, Akiko et al. (2004). «Effects of Urbanization, Economic Development, and Migration of Workers on Suicide Mortality in Japan». *Social Science and Medicine*, 58(6): 1137-1146.
- Pérez Hoyos, Santiago y Fayos Miñana, Gloria (1996). «Evolución de la mortalidad por suicidio en el País Valenciano 1976-1990». *Gaceta Sanitaria*, 10: 4-11.
- Pesaran, Mohammad Hashem (2004). «General Diagnostic Tests for Cross Section Dependence in Panels». University of Cambridge, Faculty of Economics, *Cambridge Working Papers in Economics* 0435. Disponible en: <https://www.repository.cam.ac.uk/handle/1810/446>
- Qin, Ping; Agerbo, Esben y Mortensen, Preben (2003). «Suicide Risk in Relation to Socioeconomic, Demographic, Psychiatric, and Familial Factors: A National Register-based Study of all Suicides in Denmark, 1981-1997». *The American Journal of Psychiatry*, 160: 765-772.
- Rodríguez Andrés, Antonio (2005). «Income Inequality, Unemployment, and Suicide: A Panel Data Analysis of 15 European Countries». *Applied Economics*, 37: 440-450.
- Rodríguez Pulido, Francisco et al. (1991). «Suicide in the Canary Islands, 1977-1983». *Acta Psychiatrica Scandinavica*, 84: 520-523.
- Rosés, Joan; Martínez Galarraga, Julio y Tirado Fabregat, Daniel (2010). «The Upswing of Regional Income Inequality in Spain, 1860-1930». *Explorations in Economic History*, 47(2): 244-257.
- Ruhm, Christopher (2000). «Are Recessions Good for your Health?». *Quarterly Journal of Economics*, 115(2): 617-650.
- Simpson, Miles y Conklin, George (1989). «Socio-economic Development, Suicide, and Religion: A Test of Durkheim's Theory of Religion and Suicide». *Social Forces*, 67: 945-964.
- Stack, Steve (1982). «Suicide: A Decade Review of the Sociological Literature». *Deviant Behavior*, 4: 44-66.
- Stack, Steve (1993). «The Effect of Modernization on Suicide in Finland: 1800-1984». *Sociological Perspectives*, 36(2): 137-148.
- Tapia Granados, José A. (2005). «Recessions and Mortality in Spain, 1980-1997». *European Journal of Population*, 21: 393-422.
- Tapia Granados, José A. e Ionides, Edward L. (2008). «The Reversal of the Relation between Economic Growth and Health Progress: Sweden in the 19th and 20th Centuries». *Journal of Health Economics*, 27(3): 544-563.
- Tapia y Gil, Ambrosio (1900). *Los suicidios en España*. Madrid: Victoriano Suárez y L. Tasso.
- Thibodeau, Lise (2015). «Suicide Mortality in Canada and Quebec, 1926-2008: An Age-period-cohort Analysis». *Canadian Studies in Population*, 42(3-4): 1-23.
- Thomas, Kyla y Gunnell, David (2010). «Suicide in England and Wales 1861-2007: A Time-trends Analysis». *International Journal of Epidemiology*, 39: 1464-1475.
- Vidal Rodeiro, Carmen L. et al. (2001). «Distribución geográfica y temporal del suicidio en Galicia (1976-1998)». *Gaceta Sanitaria*, 15: 389-397.
- Vinuesa, Julio et al. (1994). *Demografía: Análisis y proyecciones*. Madrid: Editorial Síntesis.
- Wang, Chong-Wen; Chan, Cecilia y Yip, Paul (2014). «Suicide Rates in China from 2002 to 2011: An Update». *Social Psychiatry and Psychiatric Epidemiology*, 49(6): 929-941.
- Weyerer, Siegfried y Wiedenmann, Andreas (1995). «Economic Factors and the Rates of Suicide in Germany between 1881 and 1989». *Psychological Reports*, 76: 1331-1341.
- Wiedenmann, Andreas y Weyerer, Siegfried (1994). «Testing Durkheim's Theory of Suicide: Additional Results from Germany». *European Archives of Psychiatry and Clinical Neuroscience*, 244: 284-286.
- Wooldridge, Jeffrey M. (2002). *Econometric Analysis of Cross Section and Panel Data*. Cambridge, Massachusetts: MIT Press.

RECEPCIÓN: 08/09/2016

REVISIÓN: 16/11/2016

APROBACIÓN: 16/02/2017

Características de las madres primerizas y de los padres primerizos en la España del siglo XXI

Characteristics of First-time Parents in Spain along the 21st Century

Elena Vidal-Coso y Pau Miret-Gamundi

Palabras clave

- España
- Género
- Lugares de origen
- Nivel de estudios
- Primofecundidad
- Situación laboral

Key words

- Spain
- Gender
- Places of Birth
- Educational Attainment
- First-Parity Births
- Employment Status

Resumen

Este trabajo analiza la primofecundidad femenina y masculina en España entre 1999 y 2015. A través de la Encuesta de Población Activa en su versión panel, la probabilidad de tener un primer hijo se controla por edad y periodo de observación, y las variables independientes son el lugar de nacimiento, el nivel de instrucción y la relación con la actividad. Los resultados confirman el aplazamiento de la primera fecundidad entre los hombres y mujeres con mayor nivel educativo. La pervivencia de un patrón de género explicaría la mayor probabilidad de primera maternidad de las inactivas, mientras que el trabajo es indispensable para ser padre primerizo. No obstante, el desempleo y la temporalidad afectan negativamente a ambos sexos. La aportación de la población inmigrada queda confirmada especialmente por su calendario temprano.

Abstract

This study examines female and male first-time parents in Spain between 1999 and 2015. Based on the Labor Force Survey in its panel version, the probability of having a first child is controlled by age and observation period, using the independent variables of place of birth, educational attainment and employment status. Results confirm a delay in first parity births for men and women having a higher education level. The continuance of a gender pattern explains the higher probability of first-time maternity in unemployed women, whereas work is indispensable for being a first-time father. However, inactive and temporary employment negatively affect both genders. The contribution of the immigrant population is confirmed, especially due to its early timetable.

Cómo citar

Vidal-Coso, Elena y Miret-Gamundi, Pau (2017). «Características de las madres primerizas y de los padres primerizos en la España del siglo XXI». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 160: 115-138. (<http://dx.doi.org/10.5477/cis/reis.160.115>)

La versión en inglés de este artículo puede consultarse en <http://reis.cis.es>

Elena Vidal-Coso: Université de Genève (Suiza) | Elena.Vidal@unige.ch

Pau Miret-Gamundi: Centre d'Estudis Demogràfics de Barcelona | pmiret@ced.uab.cat

INTRODUCCIÓN

Es bien conocida la explosión de la fecundidad ocurrida en España desde finales de la década de los cincuenta hasta mediados de los setenta (Fernández Cordón, 1986), al igual que la tendencia contraria a partir de ese momento. Efectivamente, el sur de Europa, y España en particular, ha representado desde entonces un claro ejemplo de lo que los demógrafos llaman la fecundidad más baja entre las bajas (en inglés, *lowest-low fertility*), caracterizada por un Índice Sintético de Fecundidad (ISF) inferior al 1,3 (Kohler *et al.*, 2002). Estos mismos autores, así como Cabré (2003) o Miret (2006), han interpretado el brusco descenso en los niveles de fecundidad de los países europeos y su estabilización en niveles excepcionalmente bajos durante los dos últimos decenios del siglo XX, como el efecto de cambios importantes en el calendario de transición a la maternidad. De ese modo, el aumento de la edad a la maternidad, especialmente al primer hijo, estaba produciendo un efecto temporal, distorsionando a la baja el ISF (Bongaarts, 2002; Sobotka, 2004; Goldstein *et al.*, 2009). El fenómeno se conoce en inglés como *postponement transition* (Bongaarts y Sobotka, 2012), desde un patrón de maternidad temprano a uno tardío. España no ha sido ninguna excepción al proceso, convirtiéndose en un claro ejemplo de fecundidad a edades muy avanzadas, *latest-late fertility* (Billari, 2005).

El descenso del ISF se produce entre 1977 y 1986, estabilizándose a la baja hasta el año 1998, cuando la tendencia se vuelve ascendente, recuperándose muy levemente hasta llegar a un máximo de 1,45 en 2008, en paralelo al inicio de la crisis económica. Se recupera la fecundidad retrasada de las cohortes de edad más avanzada, nacidas en los sesenta y setenta (Bongaarts y Sobotka, 2012), coincidiendo con el relativo adelanto en el calendario de la primera fecundidad de las generaciones nacidas a partir de los

ochenta. Finalmente, no podemos olvidar la aportación de los nacimientos producidos entre la población nacida en el extranjero. Si bien el efecto *quantum* de la inmigración en la fecundidad ha sido poco destacable en conjunto (Roig y Castro-Martín, 2007; Castro-Martín y Rosero-Bixby, 2011), sí lo ha sido el efecto *tempo* en el adelanto de la edad a la maternidad (Castro-Martín y Martín-García, 2013; Devolder, 2010). Desde el ámbito socioeconómico se han apuntado a los efectos positivos sobre la fecundidad de un ciclo económico favorable. El empeoramiento de la situación económica con la llegada de la crisis económica en 2008 y el aumento del desempleo a partir de ese momento ha tenido como resultado la disminución de la tasa de fecundidad en España (Castro-Martín y Martín-García, 2013). La caída de la fecundidad en los períodos de crisis económica se ha interpretado, principalmente, como consecuencia del retraso de la formación familiar hasta que las condiciones mejoren (Adsera, 2011; Sobotka *et al.*, 2011; Örsal y Goldstein, 2010).

Este artículo se centra en el análisis de la primofecundidad en España, su calendario, así como sus principales factores individuales explicativos. El objetivo concreto es el de desvelar los diversos perfiles educativos, laborales y de origen (autóctono o extranjero) de las mujeres y de los hombres que tuvieron su primer hijo entre 1999 y 2015, según sea la edad de inicio de la formación familiar. La idea subyacente es la de subrayar la importancia de los distintos calendarios a la maternidad/paternidad en los diversos perfiles sociodemográficos de quienes devienen madres y padres primerizos.

La confluencia durante el período analizado de la transición a la maternidad de diversas cohortes explicaría que la hipótesis del coste de oportunidad (Becker, 1981) sobre la correlación negativa entre, por un lado, el nivel educativo y ocupación y, por otro, la primofecundidad, no se cumpla en todos los casos, ya que va a depender del calendario

al primer hijo. Se espera que para aquellas mujeres que han retrasado su transición a la maternidad, la relación sea la inversa. Las mujeres con mayor nivel educativo y con empleo suelen retrasar la maternidad, en comparación con las mujeres menos cualificadas o que no se han incorporado al mercado de trabajo (Blossfeld y Huinink, 1991; Brewster y Rindfuss, 2000; Esping-Andersen, 2013). La hipótesis para los hombres es que tanto el nivel de instrucción como la participación en el mercado de trabajo actúen de forma positiva en la transición a la paternidad. Finalmente, el aporte de la inmigración a la primofecundidad en España, tanto femenina como masculina, será significativo solamente entre la población de menos de treinta años, dada la más temprana maternidad y paternidad de la población nacida en el extranjero.

Aprovechando que a partir de 1999 la Encuesta de Población Activa permite identificar a los hijos de un determinado individuo presentes en un hogar dado, se construye una variable que indica si entre un ciclo y el siguiente se ha incorporado al hogar un neonato, cuya madre o cuyo padre no tenían hasta el momento ningún hijo residente en el hogar. La técnica de análisis será la regresión logística con datos panel, en que la ratio entre la primogenitura y la infecundidad se controlará por la edad de la mujer o del hombre y el periodo de observación, y en que se utilizarán como variables independientes el lugar de nacimiento, el nivel de instrucción y la relación con la actividad. Como aproximación a la inmigración se utilizará el lugar de nacimiento, considerando inmigrantes a quienes no han nacido en España. El período estudiado será el que va del primer trimestre de 1999 hasta el primer trimestre de 2015. Se analiza la transición a la primofecundidad de las mujeres nacidas entre 1957 y 1994, entre los 20 y 41 años, y de los hombres nacidos entre 1953 y 1992, entre los 22 y 45 años.

La mayoría de las investigaciones sobre la fecundidad se han centrado exclusiva-

mente en las mujeres, ignorando a los hombres, como si sus opiniones, expectativas o deseos no tuvieran influencia alguna en la decisión de tener hijos (Kravdal y Rindfuss, 2008). No obstante, la importancia de incluir en el análisis a los hombres cobra sentido dentro del contexto de las sociedades occidentales, en que el modelo tradicional del padre proveedor está desapareciendo a favor de una nueva paternidad, más comprometida con el cuidado de los hijos (Hobson y Morgan, 2002). Por tanto, este trabajo analiza la primofecundidad también desde el punto de vista masculino. El análisis separado para mujeres y hombres pretende desvelar los perfiles de madres y padres en el momento de su primera maternidad/paternidad.

MARCO TEÓRICO E HIPÓTESIS DE TRABAJO

El marco teórico de la «nueva economía del hogar», cuyo más conocido representante es Gary S. Becker (1960, 1981), ha guiado importantes estudios sobre la baja fecundidad (Brewster y Rindfuss, 2000; Ahn y Mira, 2002; del Boca, 2002). El argumento central de esta perspectiva económica es que la mayor dedicación de las mujeres a la educación y al mundo del trabajo aumenta el coste de oportunidad de la maternidad en términos de salarios no ingresados y de acumulación perdida de capital humano. Posponer la maternidad constituye para estas mujeres una estrategia para disminuir el coste de oportunidad que les supondría abandonar su carrera profesional, cuando esta aún no se ha consolidado. A mayor edad se espera que ya hayan alcanzado una posición y estabilidad laboral (Mincer, 1963; Esping-Andersen, 2013; Lappegård y Rønsen, 2005), y por tanto son menores los riesgos asociados a la interrupción de su carrera después del nacimiento del primer hijo. Este efecto aplazamiento se evidencia especialmente en España y en otros países del sur de Europa, donde

las dificultades para compaginar familia y trabajo son mayores (Castro-Martín y Martín-García, 2013). En estos países también se produce un conflicto institucional (McDonald, 2000), pues se basa en que los hijos son fundamentalmente un bien privado frente a la concepción de que son un bien social, por lo que fomentar la igualdad de género en las instituciones sociales como la escuela, el mundo laboral o las relaciones de pareja redundan en beneficio de la sociedad en su conjunto. No obstante, si bien el retraso a la maternidad ha sido un fenómeno inicialmente encabezado por las mujeres de alto nivel educativo (Mills *et al.*, 2011), se ha extendido a todos los grupos sociales, como argumentan para el caso español De la Rica e Iza (2005), aunque las diferencias de calendario continúan según el nivel educativo (Rendall *et al.*, 2010). Asimismo, numerosas investigaciones han estudiado los efectos del empleo femenino en el retraso a la maternidad (Blossfeld y Huinink, 1991; Brewster y Rindfuss, 2000; Esping-Andersen, 2013). Sin embargo, la relación tradicionalmente negativa entre participación laboral femenina y fecundidad presenta hoy día importantes variaciones entre países y cohortes. Mientras la correlación continúa negativa en el sur de Europa, se vuelve positiva en el norte de Europa (Ahn y Mira, 2002; Myrskylä *et al.*, 2011).

En línea con la asunción de la existencia de una clara división del trabajo entre sexos y del modelo del hombre como principal sustentador en el hogar, el marco teórico neoclásico de la «nueva economía del hogar» espera que el efecto del capital humano y de la participación laboral sea el inverso en los varones. Los mayores ingresos y estabilidad laboral asociados a la mayor inversión educativa y profesional significa para ellos mayores probabilidades de transición a la paternidad. Sin embargo, estudios más recientes apuntan a que el nivel educativo también influye en los hombres negativamente sobre su fecundidad (Preston y Sten, 2008), por una menor interrupción profesional de aquellos que retrasan

el momento de tener hijos (Henwood *et al.*, 2011), o la irrelevancia del estatus económico (Heckman y Walker, 1990).

Por otro lado, más allá de la participación en el mercado de trabajo en sí misma, otras investigaciones han centrado su atención en los efectos de la inestabilidad y precariedad laboral, ya sea a causa del trabajo temporal o del desempleo, en la demora de la maternidad. Sus conclusiones apuntan una clara relación entre las peculiaridades del mercado de trabajo de los países del sur de Europa, con altos índices de desempleo, trabajo precario e inestabilidad laboral entre los jóvenes, y el freno en la formación de nuevas familias (de la Rica e Iza, 2005; Adsera, 2011). En España, el hecho de que uno o los dos miembros de la pareja estén en situación de paro afecta a su comportamiento reproductivo, da razón de la caída de la fecundidad (Baizán, 2006; Adsera, 2011). Los resultados de estos estudios explicarían la evolución de la transición a la fecundidad reciente en España: una leve recuperación de la misma durante los años de bonanza, que se ve frenada en 2008 con el deterioro del escenario económico-laboral, tal como sostienen Castro-Martín y Martín-García (2013). En relación con el efecto del contexto macroeconómico, Kravdal (2002) demuestra que este persiste después de controlar por la situación laboral a nivel individual, sugiriendo que las percepciones de inseguridad laboral juegan un papel muy importante en las decisiones reproductivas. Otros estudios apuntan a que el efecto de la situación económica varía en función de la edad. Las mujeres de más edad posponen en menor grado su transición a la maternidad en escenarios desfavorables, ya sea por motivos biológicos o por una más estable situación laboral, mientras la gente más joven es la que más pospone su fecundidad durante las crisis económicas (Sobotka *et al.*, 2011).

Finalmente, el retraso de la transición a la maternidad o paternidad se explica desde perspectivas teóricas que ponen el acento

en la evolución de los valores postmodernos, como es el caso de la teoría de la «Segunda Transición Demográfica» (Van de Kaa, 1987; Lesthaeghe, 1995). El nuevo calendario de primofecundidad resulta de la tendencia al aplazamiento de aquellas decisiones irreversibles que limitarían la realización de las aspiraciones individuales. Dentro del nuevo sistema de normas sociales, el objetivo principal de las mujeres y hombres en su paso al mundo adulto no es el de casarse y tener hijos, sino la realización personal, en especial a través del éxito en su carrera profesional, aunque también a través de la relación con los demás. Según esta teoría, este nuevo individualismo conlleva una gran heterogeneidad en el calendario de maternidad/paternidad, de acuerdo con las características e intereses de los individuos. Esto explicaría, por ejemplo, la diversidad en el calendario de primofecundidad en aquellas poblaciones compuestas por individuos con diferentes bagajes culturales, como son los inmigrantes internacionales (Billari, 2005). Otras autoras (Roig y Castro-Martín, 2007; Castro-Martín y Rosero-Bixby, 2011) resaltan la importancia de las normas sociales, cuando sugieren que los migrantes de primera generación acostumbra a mantener las pautas reproductivas de la sociedad de origen. Esto explicaría, según los autores, que los calendarios de fecundidad de las inmigrantes sean mucho más adelantados que el de las españolas. Entre la diversidad de hipótesis sobre el comportamiento reproductivo de los migrantes (Kulu, 2005), otras apuntan a una reproducción adaptada a la nueva sociedad, o a los efectos de interrupción de la migración en el proyecto reproductivo, ya sea reprimiéndola o alentándola después de la llegada.

A nuestro entender, es precisamente la confluencia durante el período analizado de distintos calendarios a la maternidad y a la paternidad la que nos impide establecer un patrón de relación único entre el origen, el nivel educativo y la participación en el mer-

cado de trabajo de los individuos, por un lado, y su probabilidad de transición a la primofecundidad, por el otro. Asimismo el impacto de la situación económica en la decisión de aplazar la formación familiar va a depender de la edad y de la situación de empleo del individuo que toma la decisión, en función de criterios biológicos o de estabilidad profesional.

La primera hipótesis apunta al efecto negativo del nivel educativo en la primofecundidad. No obstante, se espera que para aquellas mujeres que han retrasado su transición a la maternidad más allá de los treinta años, la relación entre educación y primera fecundidad sea la inversa. La hipótesis para los hombres de cualquier edad es que a mayor nivel de instrucción, mayor probabilidad de convertirse en padres. La posibilidad de mayores ingresos entre los más educados representa una mayor estabilidad en el hogar, y por tanto hace más factible hacer frente a nuevas cargas familiares.

La segunda hipótesis relaciona la primofecundidad con la participación en el mercado de trabajo. Dada la persistencia de los roles tradicionales de género, esperamos que las probabilidades de abandonar un estado sin hijos han de ser mayores para las inactivas. Contrariamente, se espera mayor implicación laboral entre aquellas que han aplazado la maternidad. Por tanto, se espera altas probabilidades de primofecundidad para las empleadas más allá de los treinta. Para los hombres, otra vez esperamos unas probabilidades mínimas para los inactivos, desde el modelo ampliamente arraigado en nuestra sociedad del «hombre proveedor», en que los ingresos masculinos son vistos como prioritarios para el mantenimiento de la unidad familiar.

La tercera hipótesis apunta a la estabilidad en el trabajo. Para aquellas y aquellos que forman parte del mercado de trabajo, y con independencia de la edad, se esperan que las probabilidades de formación familiar sean

mayores entre los trabajadores con contrato indefinido. Asimismo, esperamos que el efecto del desempleo sea negativo en la primofecundidad. A pesar de que la disponibilidad de tiempo puede constituir situaciones favorables a la maternidad/paternidad, el desempleo conlleva situaciones de precariedad laboral y económica no deseables para empezar una nueva etapa como madres o padres.

La cuarta y última hipótesis sigue la explicación cultural para entender la heterogeneidad, tanto en los niveles como en el calendario de primofecundidad en España en función del lugar de nacimiento. Parte de la población inmigrada es originaria de sociedades que aún no han completado la segunda transición demográfica. Además, los inmigrantes acostumbran a reproducir las pautas por edad de fecundidad de su sociedad de origen o, en otros casos, especialmente los de migración por motivos de formación o reunificación familiar, se produce una aceleración de su reproducción justo después de su llegada. Por consiguiente, se espera que sus probabilidades de tener un primer hijo vayan a ser mayores que las de la población autóctona. No obstante, debido a su calendario más adelantado, la diferencia entre las probabilidades de primofecundidad de la población nacida en extranjero respecto a la autóctona es significativa especialmente entre aquellos que no han alcanzado la treintena.

FUENTE DE DATOS Y METODOLOGÍA

La Encuesta de Población Activa (EPA) es una fuente de datos de panel rotativo. El ritmo de la EPA es trimestral y el camino máximo de observación de los hogares es de seis trimestres, de modo que en cada ciclo un sexto de la muestra es sustituido por hogares de similares características, asegurándose en todo momento la representatividad de la misma. Por ello, la EPA precisa de una metodología específica, que tenga en cuenta su carácter de panel. No obstante, esta par-

ticularidad ha sido utilizada muy pocas veces en el análisis de las transiciones en el mercado de trabajo (o de la escuela al mercado de trabajo) y nunca para el análisis demográfico o de formación familiar (que siempre tiene un carácter transversal o, como máximo, de reconstrucción de las generaciones a partir de los datos de un momento dado en el tiempo, normalmente el segundo trimestre). En esta investigación se va a utilizar la EPA longitudinalmente para el análisis de la primofecundidad, relacionándola con la dinámica del mercado de trabajo¹.

Otras ventajas de la EPA son su tamaño muestral y su periodicidad. En efecto, la EPA entrevista aproximadamente a unos 65.000 hogares, de donde se obtiene información sobre unos 200.000 individuos, lo que permite obtener unos resultados altamente representativos de la sociedad española. Asimismo, dada su naturaleza trimestral, nos permite reseguir la relación entre la dinámica del mercado de trabajo y la formación familiar de manera continuada y actualizada. Esta última característica es para nosotros de especial interés, dado que nuestro análisis pretende, entre otros aspectos, discernir hasta qué punto la irrupción y consiguiente evolución de la crisis económica y laboral van a afectar los patrones de primofecundidad en España. Una de las mayores limitaciones de los datos de la EPA es que solo es posible identificar a los hijos residentes en el hogar. Y aunque esto puede afectar a los cálculos de fecundidad de primer orden en diversos escenarios como los de familias reconstituidas, por ejemplo, sobre todo lo hace en los casos de inmigrantes que tienen un hijo en España, pero que tienen otros residiendo en el país de origen. En efec-

¹ Al tratar con la probabilidad de primogenitura y no pretender estimar el número de primeros hijos, siguiendo las indicaciones del INE (1989), no se utilizan las ponderaciones. Si se quisieran usar sería necesario disponer de un ponderador longitudinal para un mismo individuo a lo largo de su período de observación, el cual no se ofrece por parte del INE.

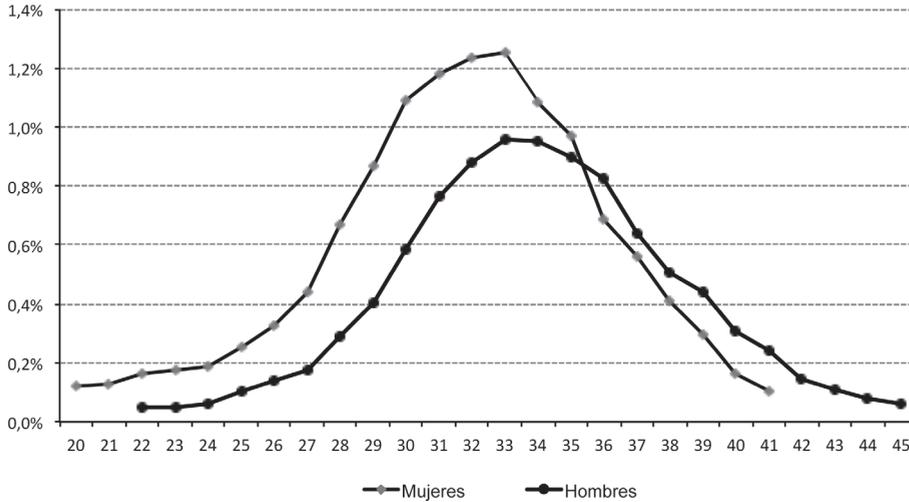
to, Castro-Martín y Rosero-Bixby (2011) y del Rey Poveda *et al.* (2015) identifican, a través de la Encuesta Nacional de Inmigrantes 2007, que cerca de la mitad de las mujeres inmigradas tenían hijos en el momento de llegada a España. Sin embargo, el porcentaje de aquellas, sobre todo recién llegadas, que dejan a hijos menores de 18 años en el país de origen es menor, el 19%. Son precisamente estos casos, cuando hay descendencia anterior a la migración que no cohabita en el hogar, los que pueden distorsionar nuestros cálculos de primofecundidad y de la edad a la misma de la población nacida en el extranjero. Ambos trabajos reconocen que la maternidad previa a la llegada es más común entre aquellas mujeres cuya inmigración se explica por motivos laborales, como son las latinoamericanas o las europeas del Este, ambos colectivos caracterizados por unos calendarios reproductivos más tempranos que el de las españolas.

En consecuencia, aprovechando que a partir del primer trimestre de 1999 la Encuesta de Población Activa permite identificar a los hijos de un determinado individuo presentes en el hogar, se construye una variable que indica si entre un ciclo y el siguiente se ha incorporado al hogar un neonato, cuya madre y cuyo padre, respectivamente la mujer y el hombre que se están observando, no tenían hasta el momento ningún hijo residente en el hogar. Al considerar la transición a la primofecundidad entre un trimestre (t) y el trimestre siguiente ($t+1$), necesitamos que cada mujer y cada hombre sean entrevistados al menos en dos trimestres consecutivos. Dado que en la EPA cada individuo es observado hasta en seis ocasiones, esto supone que consideramos hasta 5 posibles episodios de transición para cada persona. La variable dependiente es la transición a la primofecundidad y adopta el valor 1 cuando entre un momento de observación y el siguiente aparece en el hogar un nuevo miembro de cero años, y 0 cuando el hogar sigue sin neonatos. La técnica de análisis será la regresión logística con datos panel, en que

la ratio entre tener un primer hijo o que el hogar continúe infecundo se controla por la edad del individuo, el periodo de observación, y en que se utilizarán como variables explicativas el lugar de nacimiento, el nivel de instrucción y la relación con la actividad. Esta metodología permite obtener los efectos netos, sobre la probabilidad de transición a la primera maternidad o paternidad, de las características del individuo en relación a su nivel educativo, su lugar de nacimiento y su relación con la actividad económica y situación de empleo, una vez anulados los efectos del resto de covariables introducidas en el modelo. Adicionalmente, se repite el modelo multivariable para cada una de las categorías de nuestras variables explicativas para así poder desvelar los distintos calendarios a la primofecundidad específicos según el perfil educativo, de lugar de nacimiento y de relación con el empleo. Al centrarnos en el análisis de la transición a la primofecundidad, la muestra solamente considera a aquellas mujeres y aquellos hombres que parten de la situación de infecundidad o lo que es lo mismo, que en su primera observación no tienen ningún hijo en el hogar. Asimismo, al tratarse de una transición a un evento único (una persona solo puede convertirse una vez en madre o padre primerizo), las observaciones de los individuos se truncan en el momento en que se produce esta transición, es decir, en la observación en que aparece un neonato.

Las hipótesis de trabajo apuntan a que el perfil de edad, educativo, laboral y de origen variará según la transición sea a la primera maternidad o a la primera paternidad. A diferencia de otras fuentes de datos, como la Encuesta de fecundidad y valores de 2006 o el Censo de población de 2011, en que la fecundidad se considera como un tema estrictamente femenino, la EPA nos permite tomar en consideración las principales características socio-demográficas y laborales de los hombres en el momento de ser padres por primera vez. Por consiguiente, el análisis se realiza de forma separada para mujeres y

GRÁFICO 1. Tasas de primofecundidad según la edad y el sexo, 1999-2015

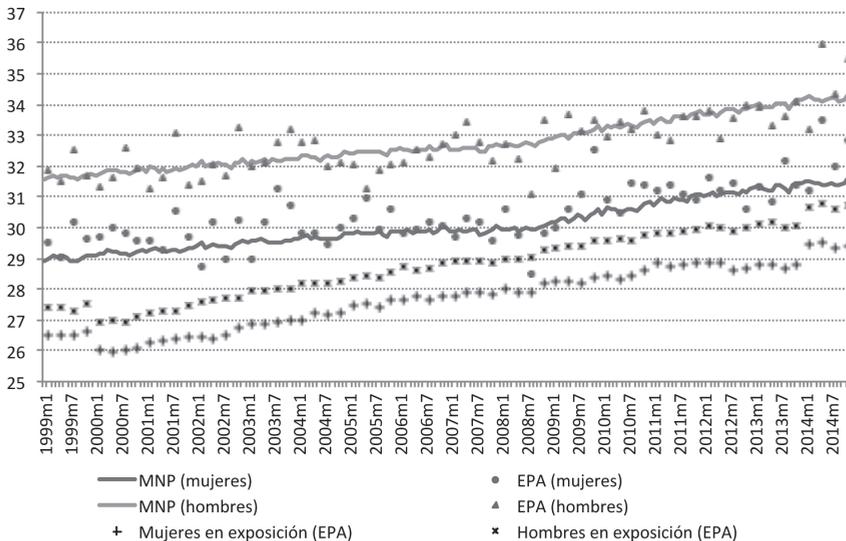


Fuente: Elaboración propia a partir de los datos primarios de la EPA, 1999-2015.

hombres, incorporando de ese modo la perspectiva de género en el análisis. Hemos seleccionado a mujeres de entre 20 y 41 años, pues se ha comprobado que la primofecundidad femenina es significativa durante este rango etario (gráfico 1). Así, seleccionamos la muestra de 274.351 mujeres sin hijos en el

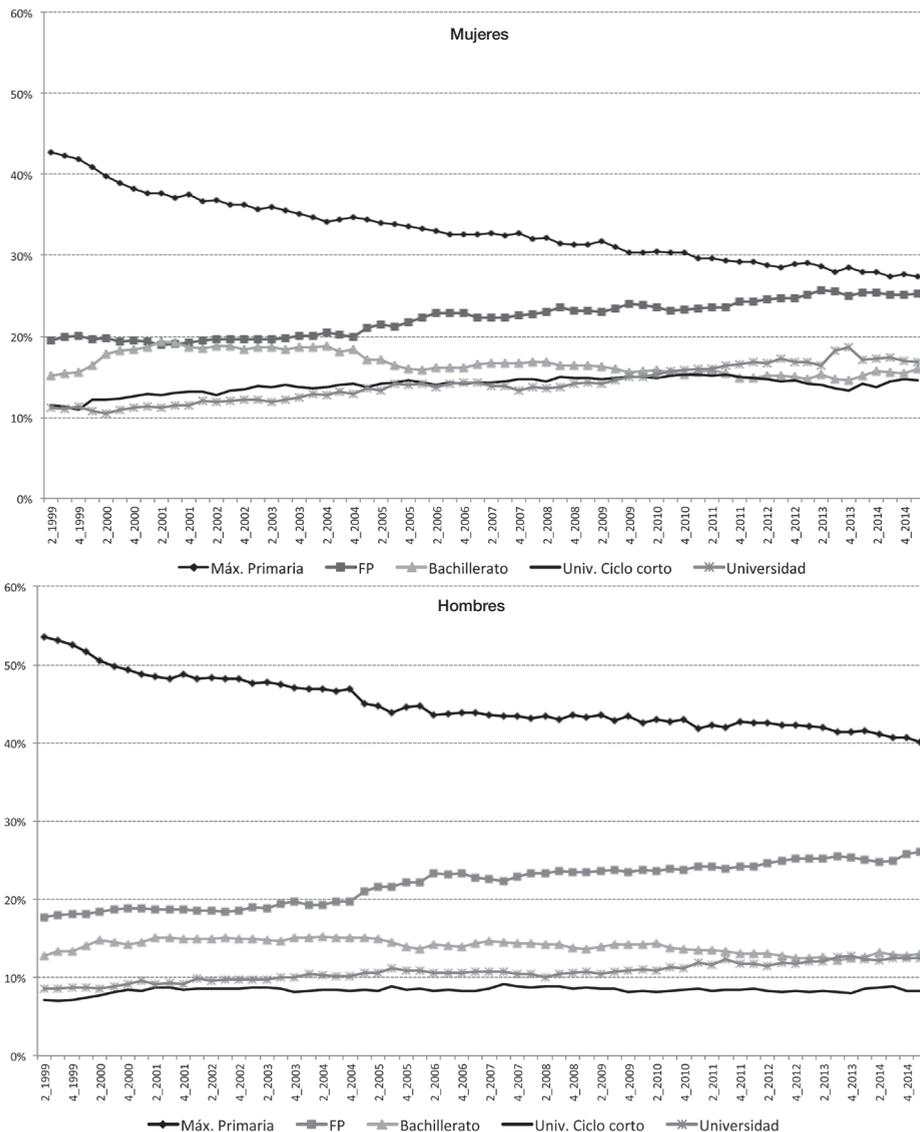
hogar observadas en 945.484 ocasiones, las cuales tuvieron 10.892 primeros hijos (4%) durante el período observado, de 1999 a 2015. En el caso masculino, aunque la curva de primofecundidad por edad es similar a la femenina, la pauta muestra un calendario de transición a la paternidad más tardío. Así,

GRÁFICO 2. Evolución de la edad media a la primofecundidad y de la edad media de la población en exposición



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos primarios de la EPA, 1999-2015, y del Movimiento Natural de la Población, 1999-2014.

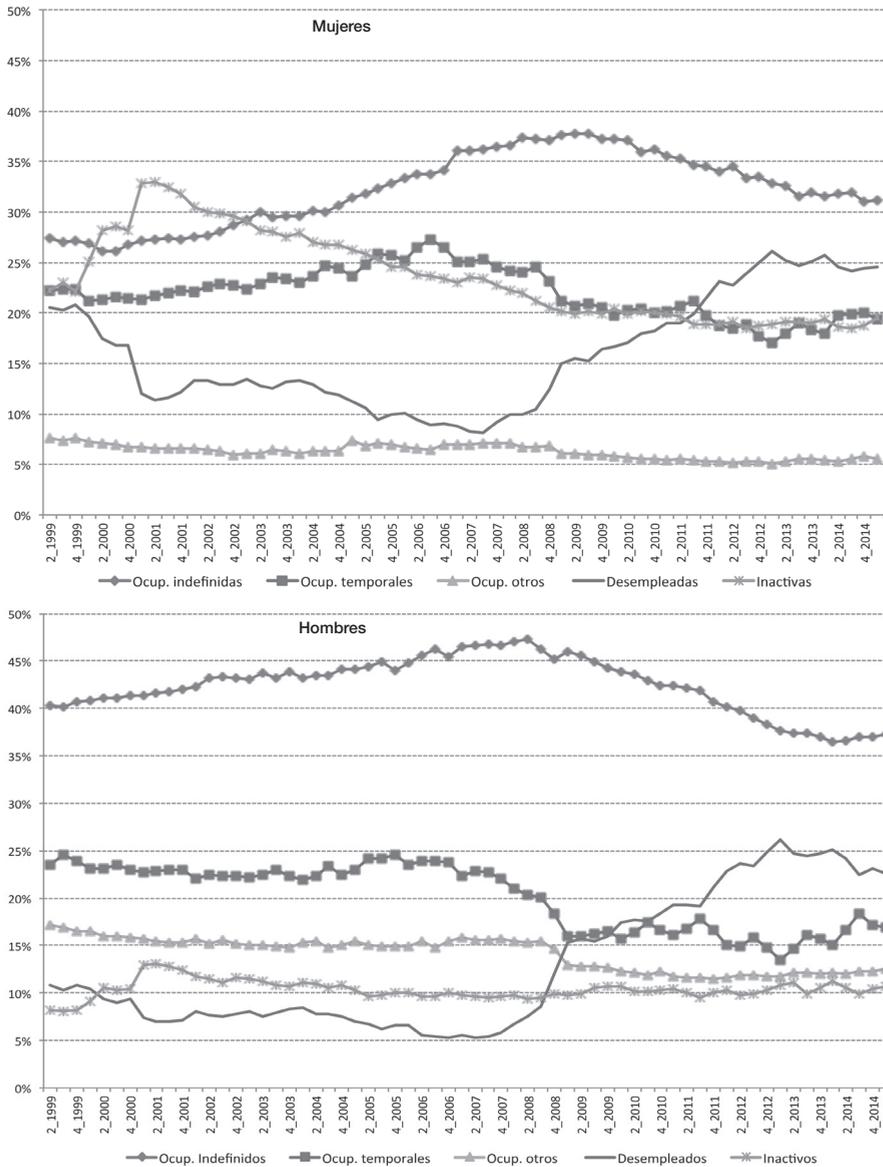
GRÁFICO 3. Evolución del nivel educativo de las mujeres y los hombres en observación



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos primarios de la EPA, 1999-2015.

para los hombres, la edad mínima al primer hijo son los 22 años y la primofecundidad deja de ser significativa más allá de los 45 años (gráfico 1). Así observamos a 351.602 hombres entre esas edades en 1.119.496 ocasiones, con 10.244 hijos de primer orden (3%). Las mujeres y los hombres expuestos a tener su primer hijo que se incluyen en la muestra han experimentado, durante el período

que aquí se observa, variaciones respecto a las variables explicativas. Para comprender los cambios en los patrones de primofecundidad hace falta primero describir cuál ha sido la evolución en la estructura por edad, nivel educativo, lugar de nacimiento o situación de empleo de la población considerada. Así, por ejemplo, el gráfico 2 muestra cómo, durante el período analizado de 1999 a 2015,

GRÁFICO 4. Evolución de la relación con la actividad de las mujeres y los hombres en observación

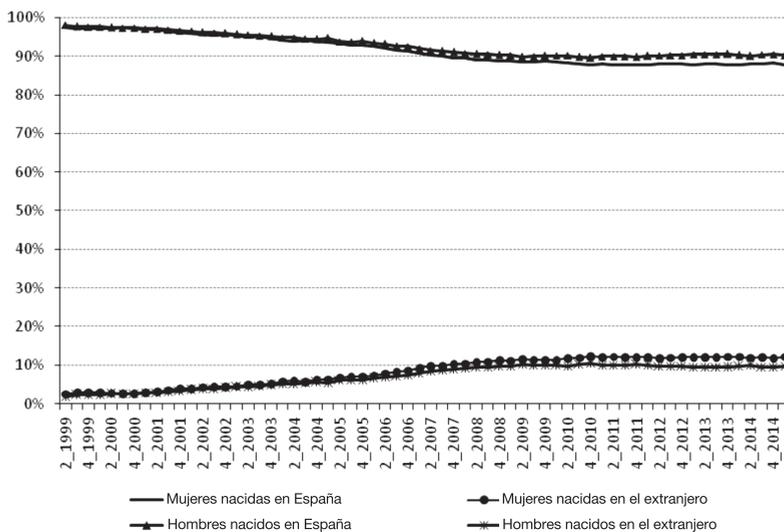
Fuente: Elaboración propia a partir de los datos primarios de la EPA, 1999-2015.

la edad media a la primera maternidad evoluciona de 29,6 a 32,9 años, y la de la primera paternidad, de 31,9 a 35,5 años². Asimismo,

se observa cómo, aunque inferiores, las edades medias de las mujeres y los hombres que todavía no han tenido descendencia en el

² En el mismo gráfico se puede comprobar que las edades medias a la primera maternidad y paternidad calculadas con la EPA coinciden en gran medida con las

elaboradas a través del registro de nacimientos, es decir, del Movimiento Natural de la Población.

GRÁFICO 5. Evolución del lugar de nacimiento de las mujeres y los hombres en observación

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos primarios de la EPA, 1999-2015.

momento de ser observados (en exposición a la primofecundidad) siguen la misma tendencia ascendente.

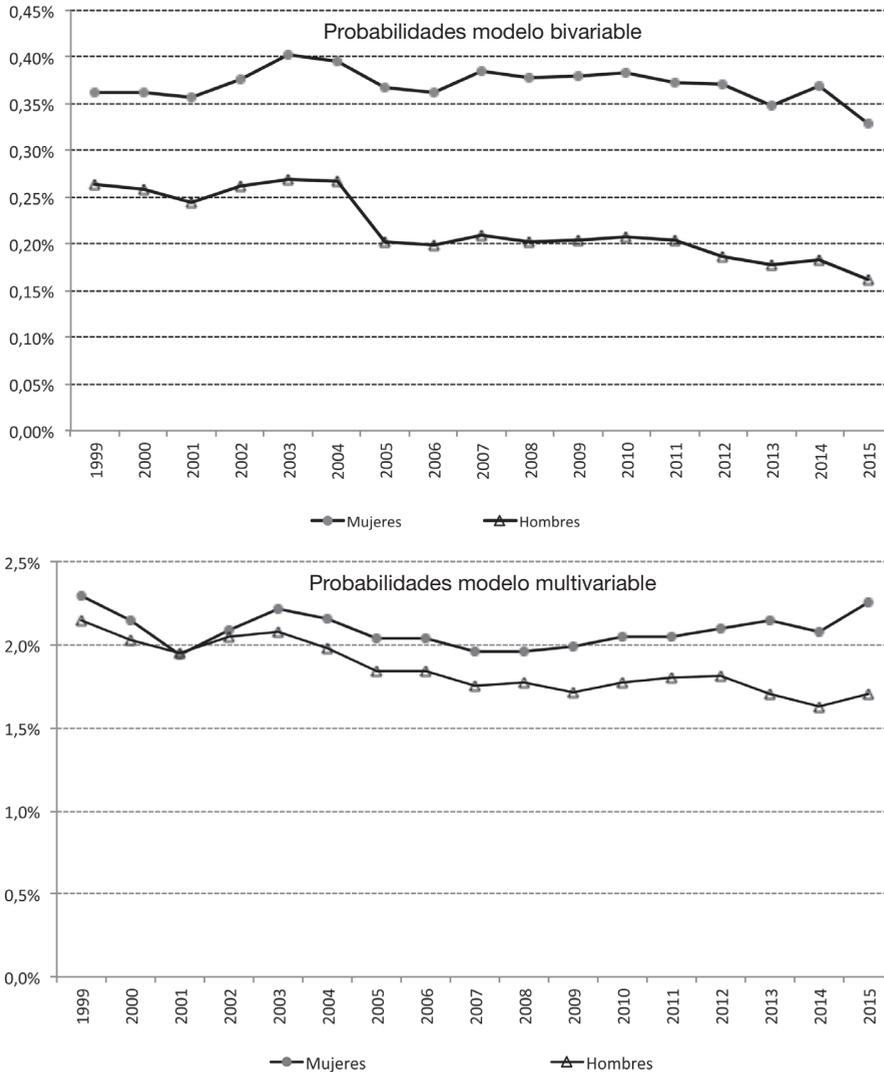
En cuanto al nivel educativo (gráfico 3), este ha aumentado de forma progresiva desde la entrada al nuevo siglo, en especial el de las mujeres. Efectivamente, el porcentaje de mujeres con educación como máximo de primaria ha descendido desde el 43% al 27%, mientras que han crecido las proporciones de mujeres con FP y con estudios universitarios, ya sean de ciclo corto o largo. Finalmente, el porcentaje de mujeres que han finalizado el bachillerato se ha mantenido estable alrededor del 15-17%. Los hombres también experimentan una mejora en relación a su estructura educativa, aunque la proporción de aquellos con estudios primarios es más alta en su caso, en detrimento de todas las otras.

En relación con la estructura laboral de las mujeres, el gráfico 4 muestra cómo se ha producido una disminución de la inactivas a favor de las ocupadas hasta el comienzo de la crisis económica en 2008. A partir de ese

momento, lo más destacable es el incremento espectacular del desempleo entre las mujeres. Si bien el desempleo femenino había descendido durante los años de expansión económica, pasa del 8% al 25%, entre el tercer trimestre de 2007 hasta el último de observación, el primero de 2015. Por tanto, se concluye que la población femenina está cada vez más presente en el mercado de trabajo, tal como indica la disminución del peso de la inactividad. No obstante, las perspectivas de empleo de estas mujeres se ven gravemente perjudicadas con la llegada de la crisis económica, sin que esto signifique una vuelta a la inactividad. En el caso de los hombres, el deterioro del contexto económico se ha traducido igualmente en la disminución relativa de los empleados y el aumento de los desempleados.

Finalmente, la importancia de la inmigración en España se traduce en el incremento progresivo de los porcentajes de mujeres y hombres expuestos a la primera maternidad considerados en nuestra muestra que han nacido en el extranjero, tal como muestra el gráfico 5.

GRÁFICO 6. Evolución en la primofecundidad femenina y masculina (probabilidades esperadas a partir de los modelos bivariante y multivariante de regresión logística con datos panel), 1999-2015



Nota: La población de referencia son personas de 33 años, con estudios máximos obligatorios y ocupación indefinida, nacidos en España.

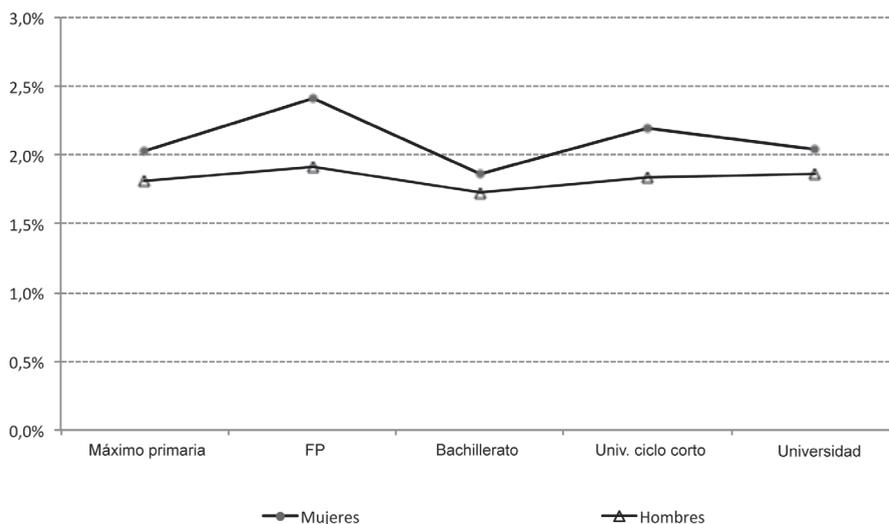
Fuente: Elaboración propia a partir de los datos primarios de la EPA, 1999-2015.

EVOLUCIÓN DE LA PRIMOFECUNDIDAD EN ESPAÑA

Antes de emprender el análisis en torno a los factores explicativos, analizamos la evolución a lo largo del período de la primera fecundidad en España. El gráfico 6 muestra las probabili-

dades de primofecundidad de mujeres y hombres para cada año de observación, antes y después de controlar por todos los factores explicativos. Al obtener las probabilidades anuales sin introducir control alguno, se observa que no hay cambios significativos en relación a la primofecundidad a lo largo del período.

GRÁFICO 7. Primofecundidad según el nivel educativo de mujeres y hombres (probabilidades esperadas a partir del modelo multivariable de regresión logística con datos panel), 1999-2015



Nota: Población de referencia: personas de 33 años, con ocupación indefinida, nacidos en España.

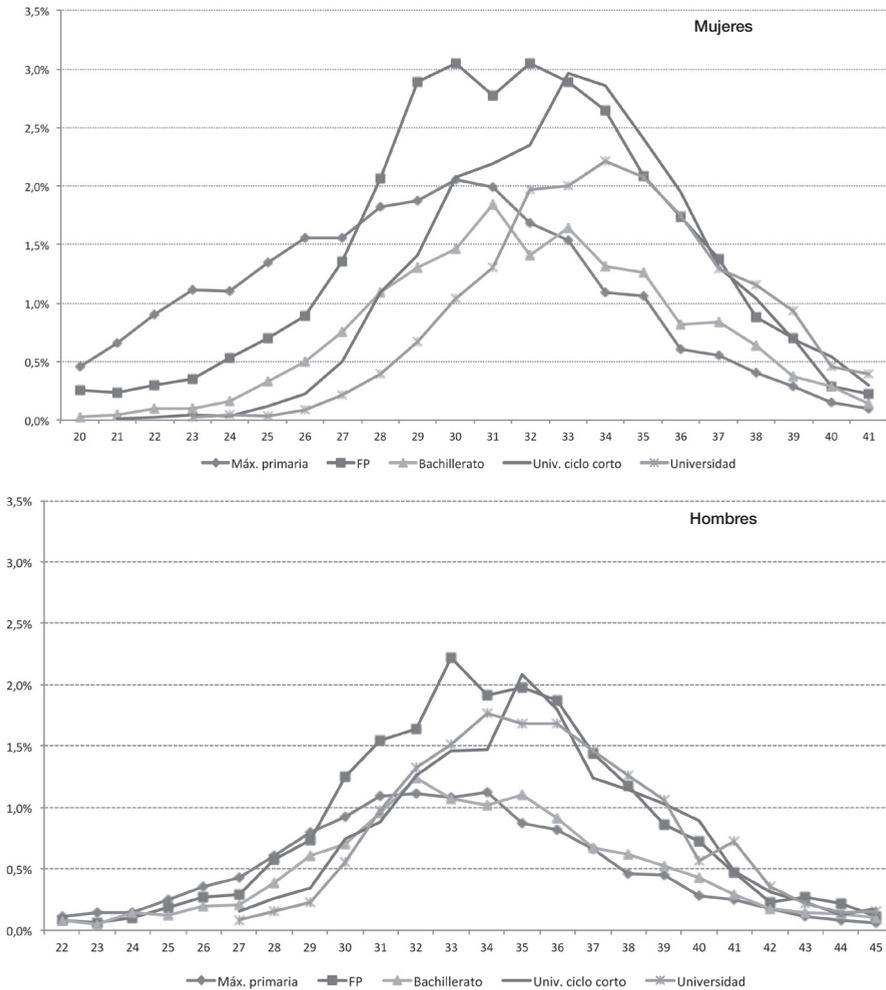
Fuente: Elaboración propia a partir de los datos primarios de la EPA, 1999-2015.

do, ya sea ésta femenina o masculina. En los resultados multivariables, se calcula el efecto neto del momento de observación, una vez anulado el efecto de los cambios en la estructura de edad, nivel de instrucción, lugar de nacimiento y situación de empleo. La población de referencia son las personas de 33 años³, con estudios de primaria o inferiores, con empleos indefinidos y nacidas/os en España. Para las mujeres con estas características se observa cómo su transición a la maternidad disminuyó suavemente hasta el año 2007, y con la crisis económica, en 2008, sus probabilidades de primofecundidad fueron aumentando ligeramente. Para los hombres la evolución ha sido paralela a la femenina, aunque en su caso el efecto de la crisis en el descenso de la primofecundidad no se nota hasta 2013. A priori, estos resultados contradecirían

para las mujeres la tesis expuesta por Kravdal (2002) de que el contexto de inseguridad laboral durante las crisis económicas persisten incluso después de controlar por situación laboral de los individuos, aunque no es así para los hombres. No obstante, no podemos sacar conclusiones robustas sobre las diferencias observadas año a año, pues no son estadísticamente significativas. En los modelos multivariables se introduce la variable temporal (tabla 1, modelo 2), agrupando los años anteriores a la crisis económica (1999-2007) y los años desde el comienzo de la misma (2008-2015). Esto permite confirmar que la transición a la fecundidad femenina fue ligeramente más probable durante el período de crisis. Este resultado no es extraño si se tiene en cuenta que en el modelo multivariable se anula el efecto del desempleo y se toma como referencia a las de 33 años, mientras que es la maternidad de las más jóvenes la más afectada durante las crisis económicas (Sobotka *et al.*, 2011). Para los hombres, la diferencia entre un período y el otro, aunque estadísticamente significativa, es muy pequeña.

³ La probabilidad de primofecundidad mayor la presentan las mujeres y hombres de 33 años (gráfico 1). A esto se debe, en gran medida, que las probabilidades obtenidas en los modelos multivariables sean más altas que las bivariadas, observadas para el conjunto de la población femenina o masculina.

GRÁFICO 8. Primofecundidad por edad y nivel educativo de mujeres y hombres (probabilidades esperadas a partir del modelo multivariable de regresión logística con datos panel, 1999-2015)



Nota: La población de referencia son las personas con ocupación indefinida, nacidos en España.

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos primarios de la EPA, 1999-2015.

LOS FACTORES EXPLICATIVOS DE LAS PAUTAS DE FECUNDIDAD DE PRIMER ORDEN EN ESPAÑA ENTRE 1999 Y 2015

El nivel educativo

En el gráfico 7 observamos que no se percibe con claridad la relación entre mayor nivel educativo y menor primofecundidad femenina. Los resultados de los modelos multivariables por sexo (gráfico 7 y tabla 1) desvelan que el nivel educativo es un factor poco de-

terminante en la primofecundidad femenina. En efecto, se observan mayores probabilidades para las mujeres con FP o carrera universitaria de ciclo corto, mientras que las diferencias entre las menos educadas y las mujeres universitarias de ciclo superior no son significativas. Para los hombres, no se observan diferencias en la probabilidad de tener un primer hijo por nivel educativo.

Los diversos calendarios de primofecundidad según el nivel educativo (gráfico 8) des-

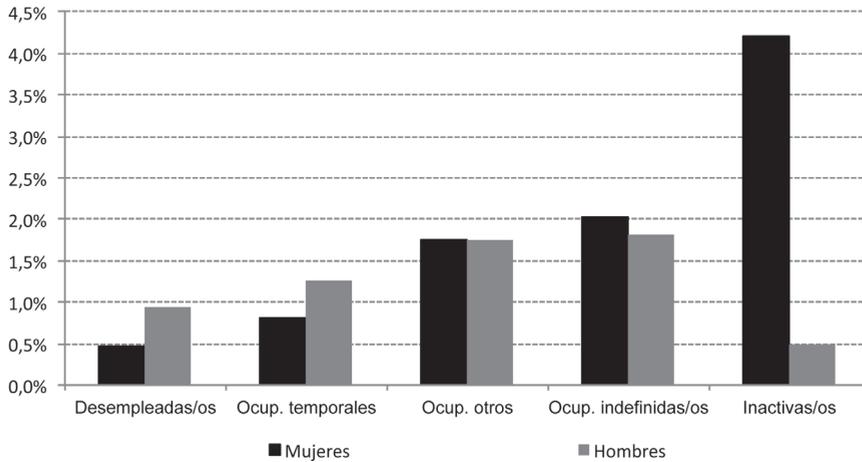
TABLA 1. Características asociadas a la primofecundidad de mujeres y hombres (coeficientes de regresión logística con datos panel), 1999-2015

Variables	Mujeres						Hombres					
	Modelo I			Modelo II			Modelo I			Modelo II		
	Odd ratio	S.E.	Prob.									
Edad												
23	0,15 ***	0,01	0,3%	0,15 ***	0,01	0,3%						
24	0,17 ***	0,01	0,4%	0,17 ***	0,01	0,3%						
25	0,24 ***	0,02	0,5%	0,24 ***	0,02	0,5%						
26	0,32 ***	0,02	0,7%	0,32 ***	0,02	0,6%						
27	0,42 ***	0,03	0,9%	0,43 ***	0,03	0,8%	0,23 ***	0,02	0,4%	0,22 ***	0,02	0,3%
28	0,62 ***	0,03	1,3%	0,63 ***	0,03	1,2%	0,35 ***	0,02	0,7%	0,34 ***	0,02	0,5%
29	0,79 ***	0,04	1,6%	0,80 ***	0,04	1,5%	0,47 ***	0,03	0,9%	0,46 ***	0,03	0,7%
30	0,95 ns.	0,05	1,9%	0,96 ns.	0,05	1,8%	0,65 ***	0,04	1,2%	0,64 ***	0,04	0,9%
31	0,99 ns.	0,05	2,0%	0,99 ns.	0,05	1,9%	0,82 ***	0,04	1,5%	0,81 ***	0,04	1,2%
32	1,00 ns.	0,05	2,0%	1,00 ns.	0,05	1,9%	0,93 ns.	0,05	1,7%	0,92 ns.	0,05	1,3%
33	1		2,0%	1		1,9%	1		1,8%	1		1,4%
34	0,86 ***	0,04	1,7%	0,86 ***	0,04	1,6%	0,99 ns.	0,05	1,8%	0,99 ns.	0,05	1,4%
35	0,75 ***	0,04	1,5%	0,75 ***	0,04	1,4%	0,93 ns.	0,05	1,7%	0,93 ns.	0,05	1,3%
36	0,53 ***	0,03	1,1%	0,53 ***	0,03	1,0%	0,86 ***	0,05	1,6%	0,85 ***	0,05	1,2%
37	0,43 ***	0,02	0,9%	0,43 ***	0,02	0,8%	0,67 ***	0,04	1,2%	0,66 ***	0,04	0,9%
38	0,32 ***	0,02	0,7%	0,32 ***	0,02	0,6%	0,54 ***	0,03	1,0%	0,53 ***	0,03	0,8%
39	0,23 ***	0,02	0,5%	0,23 ***	0,01	0,4%	0,47 ***	0,03	0,9%	0,46 ***	0,03	0,7%
40	0,13 ***	0,01	0,3%	0,13 ***	0,01	0,2%	0,33 ***	0,02	0,6%	0,32 ***	0,02	0,5%
41							0,27 ***	0,02	0,5%	0,26 ***	0,02	0,4%
42							0,17 ***	0,01	0,3%	0,16 ***	0,01	0,2%
43							0,12 ***	0,01	0,2%	0,12 ***	0,01	0,2%
44							0,09 ***	0,01	0,2%	0,09 ***	0,01	0,1%
45							0,07 ***	0,01	0,1%	0,07 ***	0,01	0,1%
Lugar de nacimiento												
Nacidos en España	1		2,0%	1		1,9%	1		1,8%	1		1,4%
Immigrantes	1,47 ***	0,05	2,9%	1,41 ***	0,05	2,6%	1,53 ***	0,06	2,7%	1,54 ***	0,06	2,2%
Nivel educativo												
Máx. primaria	1,00		2,0%	1		1,9%	1		1,8%	1		1,4%
FP	1,20 ***	0,03	2,4%	1,17 ***	0,03	2,2%	1,06 **	0,03	1,9%	1,05 *	0,03	1,5%
Bachillerato	0,92 **	0,03	1,9%	0,91 ***	0,03	1,7%	0,95 ns.	0,03	1,7%	0,95 ns.	0,03	1,3%
Univ. ciclo corto	1,08 **	0,04	2,2%	1,06 *	0,04	2,0%	1,01 ns.	0,04	1,8%	1,01 ns.	0,04	1,4%
Superior	1,01 ns.	0,03	2,0%	0,98 ns.	0,03	1,8%	1,03 ns.	0,04	1,9%	1,02 ns.	0,04	1,5%
Relación actividad												
Ocupado/a indefinido/a	1		2,0%	1		1,9%	1		1,8%	1		1,4%
Ocupado/a temporal	0,40 ***	0,01	0,8%	0,40 ***	0,01	0,8%	0,69 ***	0,02	1,3%	0,68 ***	0,02	1,0%
Ocupado/a otras sit	0,87 ***	0,04	1,8%	0,88 ***	0,04	1,6%	0,97 ns.	0,03	1,8%	0,97 ns.	0,03	1,4%
Desempleado/a	0,22 ***	0,01	0,5%	0,22 ***	0,01	0,4%	0,51 ***	0,02	0,9%	0,49 ***	0,02	0,7%
Inactivo/a	2,12 ***	0,05	4,2%	2,17 ***	0,06	4,0%	0,27 ***	0,02	0,5%	0,26 ***	0,02	0,4%
Periodo												
1999-2007				1		1,9%				1		1,4%
2008-2015				1,21 ***	0,03	2,3%				1,07 ***	0,02	1,5%
Constante	0,02 ***	0,00		0,02 ***	0,00		0,02 ***	0,00		0,01 ***	0,00	
Log likelihood	-50.614			-50.573			-50.344			-50.337		
Wald Chi ²	4.263 ***			4.280 ***			3.731			2.633 ***		

Significación estadística= "ns" no significativo; * error < 0,10; ** error < 0,05; *** error < 0,01.

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos primarios de la EPA, 1999-2015.

GRÁFICO 9. Primofecundidad según la relación con la actividad de mujeres y hombres (probabilidades a partir del modelo multivariable de regresión logística con datos panel), 1999-2015



Nota: La población de referencia son las personas de 33 años, con estudios máximos obligatorios, nacidos en España.
Fuente: Elaboración propia a partir de los datos primarios de la EPA, 1999-2015.

velan que la relación entre nivel educativo y la transición a la maternidad no es unívoca, sino que va a depender de la edad del fenómeno estudiado, tal como apuntaban nuestras hipótesis iniciales. Efectivamente, las mujeres con mayor nivel educativo retrasan la maternidad, mientras que las menos cualificadas emprenden la maternidad más jóvenes. Sin embargo, como acabamos de ver, este distinto calendario no siempre incide en la primofecundidad final: teniendo el primer hijo mucho más tarde, la probabilidad de transición a la maternidad de las mujeres universitarias no es estadísticamente diferente de la de las mujeres con estudios primarios. Por su lado, las mujeres con FP destacan por su mayor probabilidad de primera maternidad respecto a las mujeres con otros niveles de formación. Estas mayores probabilidades se inician al final de la veintena y también presentan una transición muy tardía, como sus compañeras de mayor nivel educativo. No obstante, para el calendario rezagado de las mujeres con FP no vale como explicación la de la estrategia de acumulación previa de capital humano. Efectivamente, tanto la formación académica de las mujeres con FP como su posterior po-

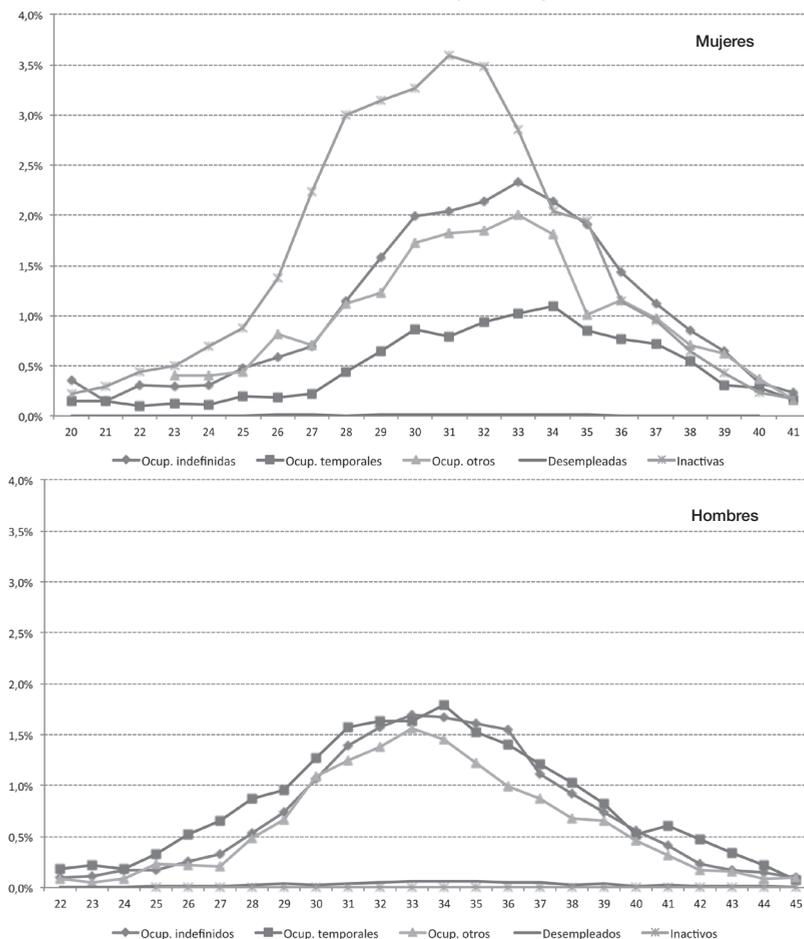
sicionamiento laboral ocurren a edades más tempranas que entre las universitarias. Nuestros resultados están en concordancia con la argumentación de De la Rica e Iza (2005), según la cual el retraso a la maternidad, aun siendo un fenómeno iniciado por las universitarias, se está extendiendo a otros grupos sociales menos formados.

En el caso masculino, la educación en los varones no provoca diferencias en la incidencia de primofecundidad. En definitiva, se observa que el efecto de la formación es menor entre los hombres que entre las mujeres. No obstante, también en los hombres se observa cómo el calendario a la primera paternidad depende del nivel educativo. Al igual que en el caso femenino, los hombres con mayor nivel educativo son los que más retrasan su paternidad.

La relación con la actividad

Las probabilidades esperadas mostradas en el gráfico 9 y la tabla 1 corroboran la hipótesis de la existencia de un patrón de género en la relación entre la participación en el mercado de trabajo y la primofecundidad. En efecto, se

GRÁFICO 10. Primofecundidad por edad y relación con la actividad de mujeres y hombres (probabilidades esperadas a partir del modelo multivariable de regresión logística con datos panel), 1999-2015



Nota: La población de referencia son las personas con estudios máximos obligatorios, nacidos en España.

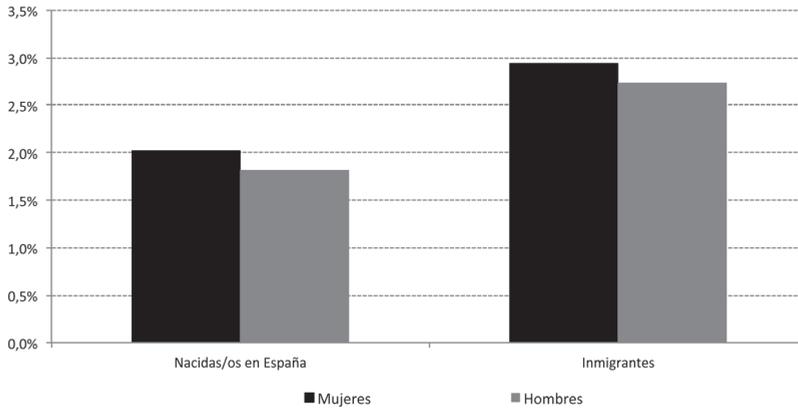
Fuente: Elaboración propia a partir de los datos primarios de la EPA, 1999-2015.

observa que las mayores probabilidades de fecundidad de primer orden se dan entre las inactivas⁴, mientras que el trabajo del hombre es condición *sine qua non* de su transición a

la primera paternidad. No obstante, los resultados respaldan la tercera hipótesis, que apunta a la estabilidad en el trabajo como condición para la formación familiar. Para quienes forman parte del mercado de trabajo, y con independencia de la edad, se esperan probabilidades de formación familiar mayores entre los trabajadores con contrato indefinido que entre aquellos con contrato temporal, siguiendo a Adsera (2011) y a González y Jurado-Guerrero (2006). Finalmente, acorde con Baizán (2006), entendemos que el efecto del desempleo es negativo en la primofecundi-

⁴ Interpretamos los altos niveles de primofecundidad entre las inactivas no solo como el resultado de unos roles de género tradicionales, sino también como efecto de la forma en que la EPA clasifica la inactividad, como ausencia de búsqueda activa de empleo o de una posible incorporación inmediata al mismo. Por tanto, nos preguntamos si entre las que se clasifican como inactivas el trimestre anterior al nacimiento de su hijo no hay muchas desempleadas que, por el inminente nacimiento de su hijo, no declaran una búsqueda activa de empleo.

GRÁFICO 11. Primofecundidad según el lugar de nacimiento de mujeres y hombres (probabilidades a partir del modelo multivariable de regresión logística con datos panel), 1999-2015



Nota: La población de referencia son las personas de 33 años, con estudios máximos obligatorios y ocupación indefinida.
Fuente: Elaboración propia a partir de los datos primarios de la EPA, 1999-2015.

dad, así como que la estabilidad laboral es más favorable en las mujeres que en los hombres. De hecho, son las desempleadas, seguidas de las ocupadas temporales y las ocupadas no asalariadas, las que presentan menor fecundidad de primer orden. Eso lleva a inferir que, tal como presentamos al inicio, la transición a la primera maternidad presenta un patrón dual en relación con el mercado de trabajo, pues es más probable tanto entre las inactivas como entre las que tienen un empleo estable. Esta condición de estabilidad laboral se cumple también en el caso de los hombres en su transición a la paternidad, si bien para ellos las diferencias entre los diversos estados laborales en su probabilidad de primofecundidad son menores que para las mujeres.

Las probabilidades por edad y relación con la actividad (gráfico 10 y tabla 1) corroboran asimismo la interacción entre la edad y la relación con la actividad laboral. Los resultados señalan que las inactivas presentan una primofecundidad mucho más temprana que las ocupadas (además de más intensa), pues la probabilidad de tener un primer hijo es mucho mayor desde los 20 hasta los 33 años. Entre las mujeres de 34 años y más que aún no habían tenido su primer hijo, las

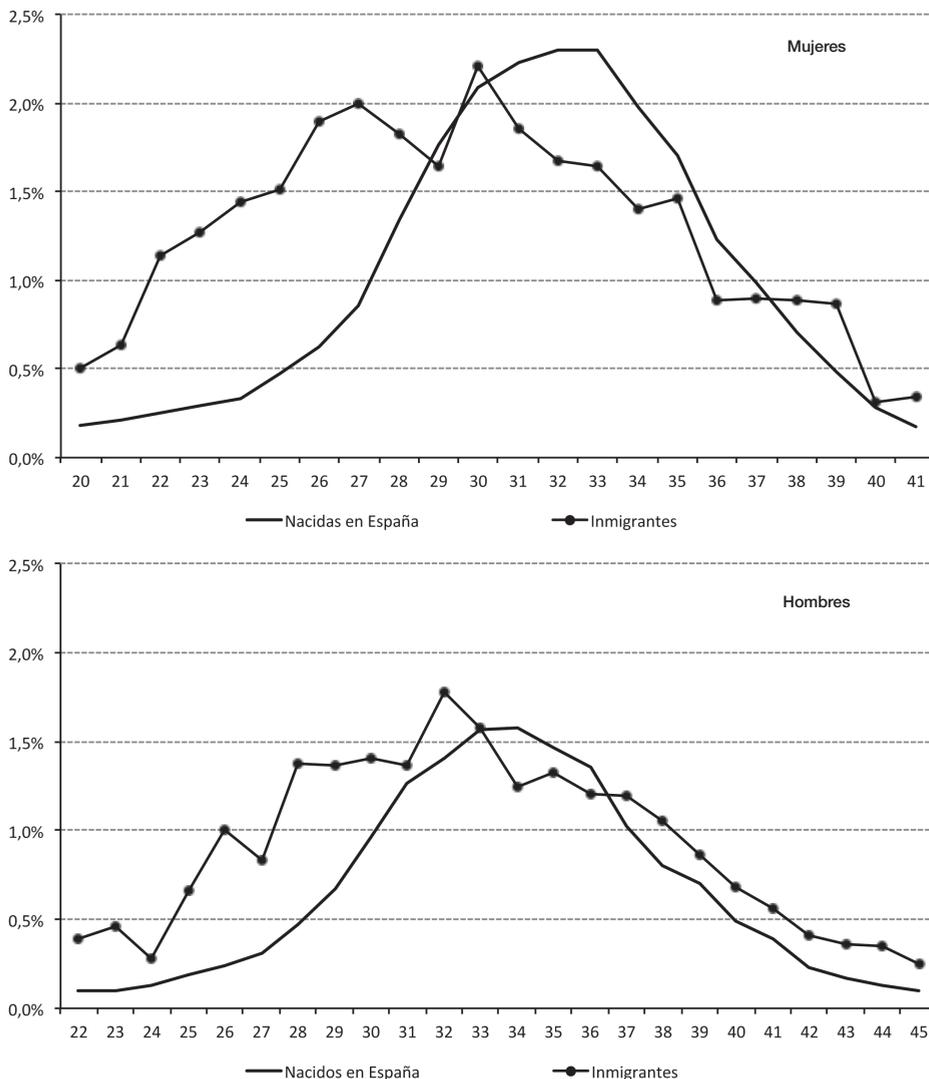
diferencias que supone estar ocupada o inactiva se minimizan, e incluso se observa una mayor probabilidad en el primer caso. Entre las empleadas, no se observan diferencias en el patrón de edad de la transición a la maternidad entre aquellas con contrato indefinido, temporales o las ocupadas no asalariadas, aunque las probabilidades son menores a todas las edades entre las temporales en concordancia con los resultados anteriores. Finalmente, hay que destacar la prácticamente nula probabilidad de primofecundidad de las desempleadas, independientemente de su edad.

En el caso masculino, las pautas por edad indican que el calendario masculino no depende de la modalidad de empleo.

El lugar de nacimiento

El gráfico 11 y la tabla 1 muestran claramente que el lugar de nacimiento marca una diferencia significativa, con una mayor propensión a la fecundidad de primer orden de los inmigrantes, ya sean hombres o mujeres. Además, los distintos patrones por edad por lugar de nacimiento de primofecundidad (gráfico 12) desvelan que el calendario es sustancialmente más temprano para las inmigrantes,

GRÁFICO 12. Primofecundidad por edad y lugar de nacimiento de mujeres y hombres (probabilidades a partir del modelo multivariable de regresión logística con datos panel), 1999-2015



Nota: La población de referencia son las personas con estudios máximos obligatorios y ocupación indefinida.

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos primarios de la EPA, 1999-2015.

una vez anuladas las diferencias de nivel educativo y de relación de actividad. Las mujeres inmigrantes presentan unas probabilidades muy superiores a las nativas entre los 20 y los 28 años; por el contrario, a partir de los 30, la transición a la maternidad es mayor entre las nacidas en España. Por tanto, mientras que el

retraso en calendario se debe casi exclusivamente a las autóctonas, el aumento en la propensión a tener primeros hijos entre el total de mujeres más jóvenes se explica, en parte, por la mayor probabilidad entre las inmigrantes. Entre los varones, no obstante, no se observa esta dualidad de calendario, pues los varones

inmigrantes presentan mayores probabilidades a todas las edades, salvo entre los 34 y los 36, cuando son mayores para los nacidos en España.

CONCLUSIONES

Las conclusiones a nuestros resultados apuntan a que no existe un único perfil de origen, educativo y laboral de aquellas mujeres y aquellos hombres que han emprendido la etapa vital de la maternidad o paternidad, sino que este perfil va a depender enormemente de la edad en que se inicia la aventura reproductiva: en definitiva, hay que distinguir el efecto de las variables explicativas consideradas sobre la probabilidad y sobre el calendario de la primofecundidad. El análisis ha desvelado los perfiles socioeconómicos de los nuevos padres y madres, en función de la edad de la transición reproductiva. Efectivamente, se ha evidenciado la fuerte interacción de la edad con los factores explicativos en relación a la probabilidad a la fecundidad de primer orden, especialmente en el caso femenino.

En relación a los factores explicativos, comprobamos cómo no se produce una correlación entre mayor nivel educativo y menor incidencia de primofecundidad, ya que las mayores probabilidades se observaban entre mujeres con formación profesional o con una formación universitaria intermedia, siendo menores entre las menos educadas y las mujeres con educación universitaria superior. Cuando se introducen los patrones por edad, vemos que los mayores índices de primofecundidad entre las más formadas siguen los postulados de la teoría del coste de oportunidad, del conflicto institucional y de la segunda transición demográfica. Así, las mujeres universitarias no deciden tener su primer hijo o hija hasta cumplidos los 30 años. En cuanto al efecto de la situación laboral, los resultados han mostrado un claro patrón de género, en que la inactividad de la

mujer se asocia a una mayor y más temprana transición a la primera maternidad y, de acuerdo con nuestra hipótesis inicial, también se observa un calendario tardío de entrada a la maternidad entre las mujeres con empleo. Además, el trabajo del hombre es condición *sine qua non* de su transición a la primera paternidad. No obstante, situaciones precarias como el desempleo o la temporalidad representan situaciones indeseables para formar familia, en especial para las mujeres. Por tanto, podemos afirmar que entre las mujeres que forman parte del mercado de trabajo (la inmensa mayoría), su transición a la primera maternidad ha sido tanto más probable cuanto mayor era la estabilidad en su empleo. Finalmente, la explicación a los mayores índices y el calendario temprano de primofecundidad entre la población inmigrada es que la mayor parte de los inmigrantes proceden de sociedades con diferentes normas culturales en relación a la formación familiar. Por tanto, esta población no ha interiorizado de igual forma que la nativa los cambios profundos en relación al comportamiento reproductivo propios de la segunda transición demográfica.

Respondiendo al cambio de modelo de paternidad, emergente en los países occidentales, este trabajo ha querido sumarse a otras aportaciones académicas que estudian el rol del hombre en las decisiones conjuntas de la pareja sobre tener hijos (por ejemplo, González y Jurado Guerrero, 2015). Contrariamente a las hipótesis neoclásicas, nuestros resultados muestran que los hombres más formados retrasan igual que las mujeres su paternidad, apuntando a que el coste de oportunidad de los hijos se produce también en los padres. Por otro lado, los resultados, según la relación con la actividad económica, confirmarían que el rol proveedor continúa siendo mucho más determinante en el caso masculino, dada la nula incidencia de primofecundidad para los que no tienen empleo. No obstante, el análisis se detiene justo en el momento en que nacen los hijos y,

por tanto, queda para futuras investigaciones desvelar cómo las mujeres y hombres adaptan su participación en el mercado laboral una vez son madres o padres por primera vez.

Nuestro trabajo centra la atención en el abandono de la infecundidad de los hombres y mujeres españoles a lo largo de un contexto económico-laboral cambiante. En esta investigación, hemos comprobado que las probabilidades calculadas de primera fecundidad para aquella población con empleo estable no se habían visto truncadas con la crisis económica. No obstante, se han confirmado los efectos negativos del desempleo y de la precariedad laboral. Concretamente, hemos visto cómo la transición a la maternidad ha sido prácticamente inexistente entre las desempleadas. Finalmente, apuntar que nuestros resultados han desvelado la pervivencia de la especialización del trabajo productivo y reproductivo entre los sexos, y del modelo del «varón proveedor» de las necesidades económicas de la unidad familiar. A pesar de ello, también revelan que estos patrones tradicionales no son válidos para todos los sectores de la población, en especial para aquellas mujeres más formadas y con mayor implicación laboral, que demoran su reproducción hasta hacerla cuadrar con sus expectativas profesionales y de igualdad de género.

Diversos autores alertan del aumento de la infecundidad entre las mujeres nacidas durante los años setenta (Castro-Martín y Seiz-Puyuelo, 2014; Esteve *et al.*, 2016), asociándolo al retraso de la edad a la primera maternidad y auguran bajos niveles finales de fecundidad para esas generaciones. Los autores alertan del aumento de la infecundidad por causas no deseadas. Se trata del caso de aquellos que han alcanzado la edad socialmente adecuada para tener hijos, pero que deciden posponer la decisión porque sus condiciones familiares o materiales no son las óptimas. Efectivamente, lo que realmente debería preocupar es que las mujeres y los hombres que hoy día deciden esperar

tiempos mejores para formar su familia no terminen dentro de pocos años con una infecundidad sobrevenida por causa de su edad tardía. Según nuestros resultados, quienes mayores riesgos tendrían de no ver cumplidos sus proyectos familiares por motivos biológicos serían aquellos que más los retrasan, es decir, los hombres y mujeres más formados y que forman parte de la fuerza de trabajo. Y no olvidemos que estos representan una mayor proporción cuanto más joven es una generación, especialmente entre las mujeres. Por tanto, aunque la decisión de tener hijos se toma a nivel individual, es la sociedad la que ha de poner las condiciones institucionales necesarias para evitar que se frustren los proyectos reproductivos, profesionales y de igualdad de género de los individuos, que a la larga constituyen los proyectos de futuro de esa misma sociedad.

BIBLIOGRAFÍA

- Adsera, Alicia (2011). «Where Are the Babies? Labor Market Conditions and Fertility in Europe». *European Journal of Population*, 21(1): 1-32.
- Ahn, Namkee y Mira, Pedro (2002). «A Note on the Changing Relationship between Fertility and Female Employment Rates in Developed Countries». *Journal of Population Economics*, 15(4): 667-682.
- Baizán, Pau (2006). «El efecto del empleo, el paro y los contratos temporales en la baja fecundidad española de los años 1990». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 115: 223-253.
- Becker, Gary S. (1960). «An Economic Analysis of Fertility». En: Becker, G. S. (ed.). *Demographic and Economic Change in Developed Countries*. New Jersey: Princeton University Press.
- Becker, Gary S. (1981). *A Treatise on the Family*. Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.
- Billari, Francesco (2005). «The Transition to Parenthood in European Societies». En: Hantrais, L.; Philipov, D. y Billari, F. (eds.). *Policy Implications of Changing Family Formation*. Brussels: Council of Europe Publishing, Population studies, vol. 49.

- Blossfeld, Hans-Peter y Huinink, Johannes (1991). «Human Capital Investments or Norms of Role Transition? How Women's Schooling and Career Affect the Process of Family Formation». *American Journal of Sociology*, 97(1): 143-168.
- Bongaarts, John (2002). «The End of the Fertility Transition in the Developed World». *Population and Development Review*, 28(3): 419-443.
- Bongaarts, John y Sobotka, Tomás (2012). «A Demographic Explanation for the Recent Rise in European Fertility». *Population and Development Review*, 38(1): 83-120.
- Brewster, Karin y Rindfuss, Ronald R. (2000). «Fertility and Women's Employment in Industrialized Nations». *Annual Review of Sociology*, 26: 271-296.
- Boca, Daniela del (2002). «The Effect of Childcare and Part Time Opportunities in Participation and Fertility of Italian Women». *Journal of Population Economics*, 15: 549-573.
- Cabré, Anna (2003). «Facts and Factors on Low Fertility in Southern Europe: The Case of Spain». *Papers de Demografia*, 222.
- Castro-Martín, Teresa y Rosero-Bixby, Luis (2011). «Maternidades y fronteras: la fecundidad de las mujeres inmigrantes en España». *Revista Internacional de Sociología (RIS), La inmigración en España: perspectivas innovadoras*, monográfico 1: 105-137.
- Castro-Martín, Teresa y Martín-García, Teresa (2013). «Fecundidad bajo mínimos en España: pocos hijos, a edades tardías y por debajo de las aspiraciones reproductivas». En: Esping-Andersen, G. (ed.). *El déficit de natalidad en Europa. La singularidad del caso español*. Barcelona: Obra Social «la Caixa», Colección Estudios Sociales, 36.
- Castro-Martín, Teresa y Seiz-Puyuelo, Marta (2014). «La transformación de las familias en España desde una perspectiva socio-demográfica». *VII Informe sobre la exclusión y desarrollo social en España*. Madrid: Fundación Foessa, Documento de trabajo, 1.1.
- Devolder, Daniel (2010). «Anàlisi de la fecunditat a partir de l'Enquesta Sociodemogràfica de Catalunya 2007». *Quaderns d'estadística*, 4. Barcelona: Institut d'Estadística de Catalunya, Generalitat de Catalunya.
- Esping-Andersen, Gøsta (2013). «Por qué la fecundidad es importante: teoría e investigación empírica». En: Esping-Andersen, G. (ed.). *El déficit de natalidad en Europa. La singularidad del caso español*. Barcelona: Obra Social «la Caixa», Colección Estudios Sociales, 36.
- Esteve, Albert; Domingo, Andreu y Devolder, Daniel (2016). «La infecundidad en España: tic-tac, tic-tac, tic-tac!!!». *Perspectives Demogràfiques*, 1: 1-4.
- Fernández Cordón, Juan A. (1986). «Análisis longitudinal de la fecundidad en España». En: Olano, A. (ed.). *Tendencias demográficas y planificación económica*. Madrid: Ministerio de Economía y Hacienda.
- Goldstein, Joshua R.; Sobotka, Tomás y Jasilioniene, Aiva (2009). «The End of Lowest-low Fertility?». *Population and Development Review*, 35(4): 663-700.
- González, M.^a José y Jurado-Guerrero, Teresa (2006). «Remaining Childless in Affluent Economies: A Comparison of France, West Germany, Italy and Spain, 1994-2001». *European Journal of Population*, 22(4): 317-352.
- González, M.^a José y Jurado-Guerrero, Teresa (2015). *Padres y madres corresponsables. Una utopía real*. Madrid: Catarata.
- Heckman, James J. y Walker, Ken J. (1990). «The Relationship between Wages and the Timing and Spacing of Births: Evidence from Swedish Longitudinal Data». *Econometrica*, 58: 1411-1441.
- Henwood, Karen; Shirani, Fiona y Kellett, Joanne (2011). «On Delayed Fatherhood: The Social and Subjective 'Logics' at Work in Men's Lives». En: Beets, G., Schippers, J. y Tevelde, E. R. (eds.). *The Future of Motherhood in Western Societies. Late Fertility and its Consequences*. Dordrecht: Springer.
- Hobson, B. y Morgan, D. (2002). «Introduction». En: Hobson, B. (ed.). *Making Men into Fathers: Men Masculinities and the Social Politics of Fatherhood*. Cambridge: Cambridge University Press.
- INE (1989). *Encuesta de Población Activa -Estadística de flujos, 2º trimestre 1987-2º trimestre 1988*. Madrid: INE.
- Kaa, Dirk J. van de (1987). «Europe's Second Demographic Transition». *Population Bulletin*, 42(1). Washington D.C.: Population Reference Bureau.
- Kohler, Hans-Peter; Billari, Francesco y Ortega, José A. (2002). «The Emergence of Lowest-Low Fertility in Europe during the 1900s». *Population and Development Review*, 28(4): 641-680.
- Kraval, Øystein (2002). «The Impact of Individual and Aggregate Unemployment on Fertility on

- Norway». *Demographic Research*, 6(10): 263-294.
- Kravdal, Øystein y Rindfuss, R. R. (2008). «Changing Relationships between Education and Fertility: A Study of Women and Men Born 1940 to 1964». *American Sociological Review*, 73: 854-873.
- Kulu, Hill (2005). «Migration and Fertility: Competing Hypotheses Re-examined». *European Journal of Population*, 21: 51-87.
- Lappegård, Trude y Rønsen, Marit (2005). «The Multifaceted Impact of Education on Entry into Motherhood». *European Journal of Population*, 21: 31-49.
- Lesthaeghe, Ron J. (1995). «The Second Demographic Transition in Western Countries: An Interpretation». En: Mason, K. O. y Jensen, A. M. (eds.). *Gender and Family Change in Industrialized Countries*. Oxford: Clarendon Press.
- McDonald, Peter (2000). «Gender Equity in Theories of Fertility Transition». *Population and Development Review*, 26(3): 427-439.
- Mills, Melinda *et al.* (2011). «Why Do People Postpone Parenthood? Reasons and Social Policy Incentives». *Human Reproduction Update*, 17(6): 848-860.
- Mincer, Jacob (1963). «Market Prices, Opportunity Costs and Income Effects». En: Christ, C. F. (ed.). *Measurement in Economics*. Stanford: Stanford University Press.
- Miret, Pau (2006). «Componentes demográficos del descenso de la fecundidad en España desde 1975 y de su evolución posterior». *Papers de Demografia*, 285.
- Myrskylä, Mikko; Kohler, Hans-Peter y Billari, Francesco C. (2011). «High Development and Fertility: Fertility at Older Reproductive Ages and Gender Equality Explain the Positive Link». *MPIDR Working Papers*, 2011-017. Rostock: Max Planck Institute for Demographic Research.
- Örsal, D.D. Karaman y Goldstein, Joshua R. (2010). «The Increasing Importance of Economic Conditions on Fertility». *MPIDR Working Papers*, 2010-014. Rostock: Max Planck Institute for Demographic Research.
- Preston, Samuel y Sten, Caroline (2008). «The Future of American Fertility». *NBER Working Paper*, 14498.
- Rey Poveda, A. del *et al.* (2015). «La interferencia entre el estatus familiar y las características individuales en el nacimiento del primer hijo tras la emigración a España». *Revista Internacional de Sociología*, 73(2).
- Rendall, Michael *et al.* (2010). «Increasingly Heterogeneous Ages at First Birth by Education in Southern European and Anglo-american Family-policy Regimes: A Seven-country Comparison by Birth Cohort». *Population Studies*, 64(3): 209-227.
- Rica, Sara de la e Iza, Amaia (2005). «Career Planning in Spain: Do Fixed-term Contracts Delay Marriage and Parenthood?». *Review of Economics of the Household*, 3: 49-73.
- Rindfuss, Ronald R. y Brewster, Karin, L. (1996). «Childbearing and Fertility». *Population and Development Review* (Supplement), 22: 258-289.
- Roig, Marta y Castro-Martín, Teresa (2007). «Childbearing Patterns of Foreign Women in a New Immigration Country: The Case of Spain». *Population English edition*, 62(3): 351-380. *Population Édition française*, 62(3): 419-446.
- Sobotka, Tómas (2004). «Is Lowest-low Fertility Explained by the Postponement of Childbearing?». *Population and Development Review*, 30(2): 195-220.
- Sobotka, Tomáš; Skirbekk, Vegard y Philipov, Dimiter (2011). «Economic Recession and Fertility in the Developed Countries». *Population and Development Review*, 37: 267-306.

RECEPCIÓN: 08/08/2016

REVISIÓN: 28/10/2016

APROBACIÓN: 16/02/2017

Comparación de dos índices de medición de la xenofobia en Andalucía

Comparison of Two Indexes of Measurement of Xenophobia in Andalusia

Gonzalo Herranz de Rafael y Juan Sebastián Fernández Prados

Palabras clave

- Andalucía
- Índices
- Investigación de réplica
- Racismo
- Xenofobia

Key words

- Andalusia
- Indexes
- Replication study
- Racism
- Xenophobia

Resumen

La principal finalidad del presente trabajo es comparar dos índices o medidas de xenofobia a través de una investigación de réplica. Tanto el índice elaborado por Díez Nicolás como el de Cea D'Ancona se han aplicado en un cuestionario para encuesta telefónica a residentes en municipios andaluces con alta densidad de extranjeros no comunitarios. Tras un análisis descriptivo, correlacional y explicativo de los resultados, la conclusión obtenida apunta a que ambos índices son altamente similares, a pesar de que parten de principios valorativos, teóricos y metodológicos diferentes. Por consiguiente, la elección de uno u otro índice estará en función del principio de parsimonia o simplicidad.

Abstract

The main purpose of this study is to compare two indexes or measures of xenophobia through a replication study. Both indexes developed by Díez Nicolás and Cea d'Ancona have been applied to a telephone survey questionnaire for residents of Andalusian municipalities having a high density of non-EU foreigners. After a descriptive, correlational and explanatory analysis of the results, the main conclusion suggests that both indexes are quite similar, although based on different evaluative, theoretical and methodological principles. Therefore, the selection of either index depends on the parsimony or simplicity principle.

Cómo citar

Herranz de Rafael, Gonzalo y Fernández Prados, Juan Sebastián (2017). «Comparación de dos índices de medición de la xenofobia en Andalucía». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 160: 139-150. (<http://dx.doi.org/10.5477/cis/reis.160.139>)

La versión en inglés de esta nota de investigación puede consultarse en <http://reis.cis.es>

Gonzalo Herranz de Rafael: Universidad de Almería | gherranz@ual.es

Juan Sebastián Fernández Prados: Universidad de Almería | jsprados@ual.es

INTRODUCCIÓN

No es muy común en sociología presentar investigaciones como réplicas sobre instrumentos de medición y de sus resultados (Lucas, Morrell y Posard, 2013). Seguramente, por la falta de consenso de la comunidad científica, y por la carga valorativa que conlleva la construcción del mismo (Neuliep, 1991).

Este trabajo es un análisis comparativo de dos instrumentos de medición y de sus resultados sobre las actitudes xenófobas en España y Andalucía. Elaborados por Cea D'Ancona (2002, 2004, 2005, 2009) y Díez Nicolás (1998, 2005), parten de principios valorativos, teóricos y metodológicos diferentes, aunque, como veremos más adelante, a la luz de los datos, con resultados análogos.

Para llegar a esta primera conclusión, se realizó una encuesta en Andalucía¹ donde, a partir de los indicadores incluidos por ambos, se incorporaron en el cuestionario las preguntas utilizadas por sendas investigaciones en la construcción de sus respectivos índices. Los objetivos de esta investigación son dos: rastrear las bases conceptuales, valorativas, teóricas y metodológicas de ambos instrumentos de medición y compararlos a la luz de los datos y resultados sobre las actitudes xenófobas en Andalucía.

Tolerantes, ambivalentes, reacios

Cea D'Ancona fundamenta su instrumento de medición del racismo y la xenofobia sobre tres pilares básicos: el conceptual, a partir de las actitudes frente a la inmigración; el teórico, englobado en las aportaciones del denominado «nuevo racismo», y el metodológico, esen-

cialmente en dos vertientes: en la elección de los indicadores más idóneos y en el análisis factorial. Respecto al conceptual, son las actitudes frente a la inmigración lo que explican el racismo y la xenofobia en España. Siguiendo la definición y la tipología de Lamberth (1980: 217) sobre las actitudes en sus tres componentes principales: afectivo, cognitivo y comportamental, elabora los tres ejes desde donde deben medirse, en grados de influencia, las actitudes: la distancia social (Oskamp, 1991); el grado de discriminación (igualdad de tratamiento); e implementación de los principios de igualdad (Kleinpenning y Hagedoorn, 1993). Es en este último donde se incluirían los indicadores más fehacientes de la xenofobia: los derechos de los inmigrantes y las políticas migratorias. El denominado «nuevo racismo», en sus distintas acepciones: moderno (McConahay, 1983; 1986), simbólico (McConahay y Hough, 1976; Kinder y Sears, 1981), aversivo (Gaertner y Dovidio, 1986), prejuicio sutil (Pettigrew y Meertens, 1995; Meertens y Pettigrew, 1997), ambivalente (Katz, Wackenhut y Hass, 1986), lo encuadra en la necesidad metodológica de lo que Devine (1989) denominaba como «paradoja del prejuicio racial», es decir, el prejuicio ha tornado en más sutil, por lo que es necesario crear nuevas formas de medida para localizarlo. O en términos mertonianos: incidir más en las bases latentes del racismo que en las manifiestas.

El logro de las propuestas del nuevo racismo, todas muy similares, además de las antes señaladas, es objetivar la variedad de dimensiones latentes que reproduce el racismo, aun cuando las manifiestas ya no se dan en la mayoría de las sociedades occidentales. Por el contrario, las limitaciones, siguiendo a Wetherell y Potter (1992), podrían estar en su incisivo psicologismo en las causas que explican el racismo, como cogniciones, sentimientos negativos, etc. y, por el contrario, olvidan los niveles de poder y dominación, económico, simbólico y cultural de unos grupos frente a otros en las distintas

¹ La investigación PRY108/11, «Xenofobia en Andalucía. Análisis de la xenofobia en municipios y ciudades de alta densidad de inmigrantes», fue financiada por el Centro de Estudios Andaluces en el año 2011 (Herranz de Rafael, 2008a, 2008b, 2010, 2012b).

sociedades. En este sentido, la explicación del racismo sería más estructural que psicológico. De hecho, tanto Cea D'Ancona (2009: 16) como Díez Nicolás (2009: 23) definen y explican el racismo en el ámbito de la exclusión social (Gunnar Myrdal, 1944).

Por lo tanto, una cosa es utilizar las fuentes del «nuevo racismo» para buscar nuevas formas de detección y medición del racismo y otra las causas explicativas del mismo. En conexión con lo anterior, y ya en el ámbito metodológico, propone una mayor sutileza en la elección de indicadores más precisos, de corte indirectos, como mejor forma de medición del racismo y la xenofobia. De los tres niveles de indicadores utilizados: distancia social, políticas inmigratorias y derechos de los inmigrantes y de ciudadanía, el primero y el tercero destacan por ser «los de mayor utilidad en la diferenciación de las actitudes ante la inmigración» (Cea D'Ancona, 2009: 109).

La construcción de su instrumento de medición lo realiza a partir de un análisis factorial de componentes principales con las variables recogidas en la encuesta sobre actitudes ante la inmigración del CIS, estudio 2214 de junio de 1996 y de los barómetros de febrero de 2000 y 2001. Posteriormente realiza un análisis discriminante, que actúa de variable dependiente de la clasificación de tres grupos obtenidos mediante la realización previa de un análisis de conglomerados K-media: tolerantes, ambivalentes y reacios. Según sus resultados, los más favorables a la inmigración son los tolerantes (67%), mientras que los más polares son los ambivalentes (27%) y los reacios (6%).

Alta, media y baja

Díez Nicolás (2009) estructura su instrumento de medición de las actitudes ante la inmigración en base a dos criterios: el conceptual, a partir de las actitudes frente a la inmigración, y el metodológico, esencialmente en dos vertientes: en la elección de

indicadores y análisis de componentes principales. Así, desde el punto de vista conceptual, define la xenofobia como las actitudes y/o comportamientos relativos a la exclusión social de los extranjeros, de las personas con una «nacionalidad distinta» de la propia, mientras que el racismo se refiere a los miembros de otras «razas diferentes» de la propia.

Desde el plano metodológico, argumenta, siguiendo a Zeisel (1947), que la construcción de índices tiene que estar basada en cuatro aspectos: exactitud (validez), utilidad teórica y práctica, economía y claridad. En el plano metodológico, la elaboración de su índice se basa en dos aspectos: uno es en el conocimiento *a posteriori* y otro en el análisis de componentes principales. Díez Nicolás reconoce que no se incluyeron determinadas preguntas para construir el índice, sino que se procedió al contrario, «se construyó un índice aprovechando determinadas preguntas incluidas en el cuestionario que, intuitivamente, parecían medir racismo y xenofobia» (2009: 24).

La construcción del índice se basó a partir de un análisis de componentes principales con 14 ítems de 1991 a 2007. Se obtuvieron tres factores (2004 y 2006): molestia como vecinos, hija enamorase de inmigrante y diferentes actitudes. Posteriormente, y basándose en la necesidad de la claridad y la economía que decía Zeisel, se simplificó el índice a 12 ítems que, recodificándolos a tres niveles de xenofobia, baja, media y alta, dan unos resultados del 74,1%, 17,8% y 5% respectivamente.

Las actitudes xenófobas en Andalucía

La replicación de ambos modelos se llevó a cabo a través de un estudio sobre las actitudes xenófobas en municipios y ciudades de alta densidad de inmigración en Andalucía.

MÉTODOS Y DATOS

Selección de municipios y ciudades

En el conjunto de la población andaluza, los extranjeros no comunitarios, incluyendo rumanos y búlgaros, representan el 5,3% de los empadronados (IEA, 2010). La selección de municipios se realizó teniendo en cuenta a aquellos que superaran el doble de este porcentaje, considerándolos de alta densidad. Como puede verse en la tabla 1, 42 municipios y ciudades andaluzas tenían una alta densidad de lo que se denominan inmigrantes o extranjeros no comunitarios, de los cuales 18 pertenecían a la provincia de Almería, nueve a Málaga, siete a Huelva, seis a Granada y uno, respectivamente, a Cádiz y Córdoba.

El concepto de densidad ha sido ampliamente tratado en otras investigaciones (Herranz de Rafael, 2008a, 2008b, 2010, 2012a, 2012b), refiriéndose al volumen de inmigrantes que residen en un determinado hábitat en proporción a su número de habitantes. Las evidencias indican que la mayor tasa de población extranjera o densidad está asociada con un aumento de la xenofobia, lo que ha motivado también la selección de aquellos municipios que por la composición de sus habitantes resultan más «sensibles» a estos contextos multiculturales (Herranz de Rafael, 2008a).

Muestra y error

La muestra ha sido extraída mediante muestreo aleatorio simple a partir de la base de datos de teléfonos Infobel (véase la tabla 2). El tamaño de la muestra de 600 entrevistas telefónicas para una población de algo más de 500.000 personas permitió asumir un error muestral de ± 4 para un nivel de confianza del 95%. El trabajo de campo se llevó a cabo a partir del servicio de CATI de la Universidad de Almería desde finales de 2011 a principios del 2012.

Indicadores e índices

En relación a los indicadores, se incluyeron, por una parte, las preguntas que tradicionalmente Díez Nicolás incluyó para generar su índice de xenofobia, y por otra, las que Cea D'Ancona ha incluido, en sus diferentes versiones, y que considera más adecuadas para la medición de la xenofobia.

COMPARACIÓN DE LOS DOS ÍNDICES

Ámbito descriptivo

Como puede observarse en la tabla 3, donde se comparan ambos índices, la tendencia actitudinal es casi idéntica, siendo la más significativa en los niveles bajos de xenofobia o en los tolerantes ante la inmigración. La distancia mayor se da en los muy xenófobos o reacios a la inmigración en 13,5 puntos porcentuales. Las actitudes xenófobas medias o ambivalentes son solamente 9 puntos.

Se puede afirmar, por lo tanto, que los resultados de uno y otro instrumento de medición de las actitudes ante la inmigración son bastante similares en sus análisis descriptivos, especialmente si el rango del intervalo que define alta xenofobia en el índice de Juan Díez Nicolás hubiera sido mayor. En cualquier caso, más allá de la comparación meramente descriptiva, el test de chi cuadrado concluye una alta significación $\chi^2(4, N=464)=265,4, p<0,001$ que muestra una importante asociación entre ambas escalas. Además, el cálculo del coeficiente de correlación de Pearson ($r=0,73, p<0,001$) muestra de nuevo una alta puntuación y significación, reforzando así que ambas escalas no solo poseen una estrecha vinculación sino también un comportamiento semejante a la hora de distribuir la misma población encuestada según cada categoría de los índices.

Respecto al perfil socioeconómico que presentan los andaluces residentes en municipios de alta densidad que pueden considerarse más o menos xenófobos, según los

TABLA 1. *Municipios andaluces con alta densidad de extranjeros no comunitarios*

	TOTAL	EXTRANJEROS NO-UE	% EXT NO-UE+RyB
04902-Ejido (El)	84.227	28.114	33,40
04903-Mojonera (La)	8.301	2.552	30,70
04066-Níjar	26.516	7.840	29,60
04102-Vícar	22.853	6.500	28,40
04079-Roquetas de Mar	82.665	22.426	27,10
04049-Garrucha	8.626	1.870	21,70
04075-Pulpí	8.182	1.644	20,10
04090-Tahal	446	79	17,70
04100-Vera	13.985	2.399	17,20
04044-Fines	2.378	400	16,80
04035-Cuevas del Almanzora	13.025	1.999	15,30
04088-Tabernas	3.627	514	14,20
04060-Lucainena de las Torres	690	96	13,90
04065-Nacimiento	482	64	13,30
04006-Albox	11.178	1.404	12,60
04064-Mojácar	7.581	916	12,10
04093-Turre	3.626	430	11,90
04016-Antas	3.403	368	10,80
TOTAL ALMERÍA	301.791	79.615	
11021-Jimena de la Frontera	10.431	1.151	11,00
TOTAL CÁDIZ	10.431	1.151	
14068-Villaharta	743	98	13,20
TOTAL JAÉN	743	98	
18162-Polopos	1.821	625	34,30
18093-Gualchos	4.368	1.052	24,10
18006-Albuñol	6.704	1.095	16,30
18109-Jete	892	137	15,40
18133-Molvízar	3.273	457	14,00
18028-Benalúa de las Villas	1.434	199	13,90
TOTAL GRANADA	18.492	3.565	
21046-Lucena del Puerto	2.759	444	16,10
21050-Moguer	19.569	2.905	14,80
21021-Cartaya	17.905	2.411	13,50
21061-Rociana del Condado	7.317	985	13,50
21044-Lepe	25.886	3.370	13,00
21005-Almonte	21.782	2.551	11,70%
21014-Bonares	6.015	669	11,10
TOTAL HUELVA	101.233	13.335	
29068-Manilva	13.813	2.502	18,10
29069-Marbella	134.623	22.272	16,50
29901-Torremolinos	65.448	9.566	14,60
29054-Fuengirola	71.482	10.392	14,50
29051-Estepona	65.592	8.014	12,20
29023-Benahavis	4.373	517	11,80
29025-Benalmádena	58.854	6.848	11,60
29070-Mijas	73.787	8.338	11,30
29073-Monda	2.410	270	11,20
TOTAL MÁLAGA	490.382	68.719	
TOTAL MUNICIPIOS-MUESTRA	923.072	166.483	18,00
TOTAL ANDALUCÍA	8.302.923	437.945	5,30
% MUESTRA/ANDALUCÍA	11,10	38,00	

Fuente: Elaboración propia a partir de IEA Andalucía. Datos básicos 2010.

TABLA 2. Ficha técnica de la encuesta

ÁMBITO: Andalucía.

POBLACIÓN: Andaluces con nacionalidad española con 18 o más años residentes en municipios con más del 10,6% de extranjeros extracomunitarios (incluyendo rumanos y búlgaros), lo que supone una población de unas 517.000 personas, aproximadamente.

TAMAÑO DE LA MUESTRA: 601 personas entrevistadas.

TIPO DE MUESTREO: Aleatorio simple, afijación proporcional por provincias-municipio, sexo y edad.

ERROR MUESTRAL: ± 4 .

NIVEL DE CONFIANZA: 95% ($p = q = 0,50$).

TIPO DE ENTREVISTAS: Entrevistas telefónicas realizadas a través de CATI.

TRABAJO DE CAMPO: del 1 al 23 y del 26 al 30 de diciembre de 2011. Del 10 al 15 de enero de 2012.

Fuente: Elaboración propia.

dos instrumentos de medición, los datos evidencian una gran similitud, aunque con alguna diferencia, en especial en aquellos que son reacios a la inmigración o muy xenófobos (véase la tabla 4). Considerando uno y otro índice como escalas ordinales, una primera aproximación sin entrar en análisis *post hoc* del ANOVA nos permite observar el comportamiento de las variables sociodemográficas como factores de dichas escalas o índices. Así se encontró una significación global en todas las variables o factores para las dos escalas salvo para la edad, y en el caso de la escala de Cea D'Ancona, además en el sexo y si ha viajado o no al extranjero. Hay que destacar los resultados y la significación en las variables de ingresos (para el índice de Díez $F(3,865)$, $p=0,002$ y para el índice de Cea $F(4,568)$, $p=0,000$) y nivel edu-

cativo (para el índice de Díez $F(5,384)$, $p=0,000$ y para el índice de Cea $F(4,732)$, $p=0,000$).

En resumen, los perfiles sociodemográficos de los andaluces en ambos instrumentos de medición son casi idénticos, como puede verse en la tabla 4 adjunta. Los menos xenófobos o tolerantes serían hombres de 31 a 45 años, con ingresos altos, con educación universitaria, que se definen de clase alta, de ideología de izquierdas (o de centro), que tienen una identidad supranacional, practicante o nada practicante religiosamente, si viajan al extranjero y viven en municipios con baja densidad de extranjeros.

En sentido contrario, los más xenófobos o reacios a la inmigración serían: mujeres, de 46 a 60 años o más, con ingresos bajos o medios, con un nivel de educación bajo o medio,

TABLA 3. Índices comparados de xenofobia en Andalucía

Índice Díez	%	Índice Cea	%
Bajo	72,7	Tolerantes	68,5
Medio	22,0	Ambivalentes	12,7
Alto	5,3	Reacios	18,8
Total	100,0		100,0

Fuente: Elaboración propia.

TABLA 4. Perfil de los andaluces según los índices de Cea y Díez

Índices	Índice Cea			Índice Díez		
	Tolerantes	Ambivalentes	Reacios	Baja	Media	Alta
Total	318(68,5%)	59(12,7%)	87(18,8%)	437 (72,7)	132(22,0%)	32(5,3%)
<i>Sexo</i>						
Hombres	72,7	11,0	16,3	76,7	19,6	3,8
Mujeres	63,9	14,6	21,5	68,3	24,6	7,0
<i>Edad</i>						
18-30	65,8	17,5	16,7	72,4	22,4	5,4
31-45	71,6	11,0	17,4	79,9	14,4	5,4
46-60	70,9	7,3	21,8	73,9	20,9	5,2
+60	63,5	16,5	20,0	62,9	32,1	5,0
<i>Ingresos</i>						
Bajos	60,7	15,3	24,0	66,5	27,1	6,4
Medios	70,6	12,4	17,1	75,9	19,2	4,9
Altos	89,9	5,1	5,1	92,1	6,3	1,6
<i>Nivel de estudios</i>						
Baja	59,7	14,4	25,9	63,9	28,4	7,7
Media	72,1	13,5	14,4	80,0	15,6	4,4
Alta	79,4	9,6	11,0	84,2	14,5	1,3
<i>Clase social subjetiva</i>						
Alta	74,1	20,4	5,6	84,7	15,3	0,0
Media	72,6	10,0	17,4	76,6	17,9	5,5
Baja	54,5	16,4	29,1	60,7	32,6	6,7
<i>Ideología</i>						
Izquierda	73,9	11,7	14,4	74,3	20,9	4,7
Centro	67,4	14,0	18,6	75,2	19,3	5,5
Derecha	57,5	6,9	35,6	57,3	30,2	12,5
<i>Identificación espacial</i>						
Local	52,9	18,0	29,1	60,9	32,0	7,1
Nacional	72,1	12,0	15,9	77,5	17,8	4,7
Supranacional	95,3	2,3	2,3	100	0,0	0,0
<i>Práctica religiosa</i>						
Practicante	72,0	12,0	16,0	68,7	23,9	7,5
Practica esporádica	69,6	10,4	20,0	67,9	26,2	6,0
Nada practicante	71,7	17,0	11,3	79,7	18,8	1,4
<i>Viajes al extranjero</i>						
Sí	71,6	12,3	16,0	83,2	12,6	4,2
No	67,9	12,8	19,3	70,8	23,7	5,5
<i>Densidad extranjeros</i>						
Alta (>20%)	38,2	19,4	42,4	56,2	35,7	8,1
Baja (10-20%)	85,3	9,0	5,7	85,3	11,5	3,2

Fuente: Elaboración propia.

de clase social baja o media, de ideología de derechas, localista, con una práctica religiosa esporádica, no viajan al extranjero y viven en un municipio de alta densidad de extranjeros. Como se ha podido comprobar, ambos instrumentos de medición tienen casi el mismo comportamiento en el ámbito descriptivo sobre las actitudes xenófobas de los andaluces.

Ámbito correlacional y explicativo

Avanzando algo más en la investigación, hemos llevado a cabo un análisis de regresión múltiple para observar, en ambos índices, las diferentes variables que parecen explicarlos mejor. Se han incluido cuatro modelos, correspondientes a cada índice, donde ambos aparecen como variables dependientes,

TABLA 5. Resumen de los perfiles de los andaluces según los índices de Cea y Díez

	Índice Cea		Índice Díez	
	Más tolerantes	Más reacios	Menos xenófobos	Más xenófobos
Nivel de estudios	Alta	Baja	Alta	Media (28,4%)
Clase social subjetiva	Alta	Baja	Alta	Media (32,6%)
Ideología	Izquierda	Derecha	Izquierda/Centro	Derecha
Identificación espacial	Supranacional	Local	Supranacional	Local (media 32,05)
Sexo	Hombre	Mujeres	Hombres	Mujeres
Edad	31-45 años	46-50 años	31-45 años	+ 60 años (medio)
Ingresos	Altos	Bajos	Altos	Medios (27,1%)
Práctica religiosa	Practicantes/ No practicantes	Esporádicos	Nada practicantes	Esporádicos
Viajes extranjero	Sí	No	Sí	No
Densidad	Baja	Alta	Baja	Alta

Fuente: Elaboración propia.

siendo las independientes las sociodemográficas más significativas.

Antes de entrar en los modelos de regresión, nos interesaba saber el grado y signo de asociación de cada instrumento con las variables sociodemográficas tradicionalmente más relevantes (véase la tabla 6). Ambos índices tienen el mismo nivel de asociación y en la misma dirección en todas las variables sociodemográficas analizadas (edad, nivel de estudios, clase social subjetiva, identificación política, práctica religiosa, identificación espacial e ingresos), salvo en la práctica religiosa donde el signo es distinto aunque la diferencia no es relevante ni las correlaciones significativas. Además, existe una completa coincidencia en la significación de las correlaciones ($p=0,01$) con las mismas cinco categorías sociodemográficas (estudios, clase social subjetiva, identificación política, espa-

cial e ingresos) entre los dos índices, sin embargo, de entre todas ellas destaca en ambos la identificación espacial por alcanzar una correlación relativamente alta.

Como se decía anteriormente, se han elaborado cuatro modelos con el objeto de analizar el comportamiento de diferentes variables sociodemográficas tratadas como independientes para explicar los dos índices de Cea D'Ancona y Díez Nicolás mediante un análisis de regresión lineal (véase la tabla 7). Respecto al primer modelo, las variables independientes incluidas coinciden con todas las utilizadas para describir el perfil de los encuestados andaluces. Los valores de R^2 fueron de 0,161 y 0,118 de los índices de Cea y Díez respectivamente, indicando una explicación baja de la variabilidad de los índices por parte de las variables independientes. A pesar de este primer resultado, obser-

TABLA 6. Correlaciones entre las variables sociodemográficas continuas y los índices de xenofobia (Cea y Díez)

Índice	Edad	Nivel de estudios	Clase social subjetiva	Identificación política	Práctica religiosa	Identificación espacial	Ingresos
Díez	0,066	-0,221**	0,157**	0,154**	-0,075	-0,249**	-0,162**
Cea	0,028	-0,209**	0,149**	0,185**	0,002	-0,277**	-0,190**

* $p=0,05$ ** $p=0,01$.

Fuente: Elaboración propia.

TABLA 7. Modelos de regresión entre las variables sociodemográficas y los índices de xenofobia (Cea y Díez)

	Modelo I		Modelo II		Modelo III		Modelo IV	
	Índice Cea	Índice Díez						
R ²	0,161	0,118	0,205	0,129	0,205	0,129	0,202	0,129
ANOVA Sig	0,005	0,010	0,000	0,000	0,000	0,000	0,000	0,000
Coeficientes B								
Sexo	-0,116	-0,046	0,007	-0,003				
Edad	0,101	-0,022						
Nivel de estudios	-0,200	-0,215*	-0,179**	-0,156*	-0,175**	-0,155*	-0,199**	-0,150**
Clase social subjetiva	0,108	0,137	0,093	0,079	0,092	0,079	0,113*	0,075*
Práctica religiosa	0,049	-0,085						
Ideología	0,231**	0,193*	0,222**	0,191**	0,223**	0,191**	0,219**	0,192**
Identificación espacial	-0,172*	-0,179*	-0,227**	-0,196**	-0,229**	-0,196**	-0,232**	-0,195**
Ingresos	0,018	0,137	-0,064	0,011	-0,060	0,012		
Viaje al extranjero	0,012	-0,021	-0,019	-0,004				

* p=0,05 ** p=0,01.

Fuente: Elaboración propia.

vamos en el análisis de la varianza que el modelo resulta significativo, por lo que hay que rechazar la hipótesis nula de que la variabilidad observada en la variable dependiente sea explicada por el azar, admitiendo entonces la asociación entre ambos índices y algunas de las variables independientes incluidas, como son, para el caso del modelo de Cea D'Ancona, la identificación política y espacial, mientras que, para el de Díez Nicolás, a esas dos variables hay que añadir con significación también la del nivel de estudios.

En el segundo modelo hemos eliminado las variables que no resultaron significativas en la correlación (edad y práctica religiosa) y que además tampoco lo fueron en el primer modelo de regresión. Así, las siete variables independientes contribuyeron según el estadístico R² a explicar el índice de Cea en un 20,5% de su varianza o variación y en el caso del índice Díez en un 12,9%, aumentando con respecto al primer modelo este indicador y la significación de la ANOVA. En esta ocasión coinciden las tres variables que aportan de manera significativa al modelo

para uno y otro índice (nivel de estudios, identificación política y espacial). En el tercer modelo se han eliminado las variables sociodemográficas cualitativas que no aportaban nada al modelo anterior, lo cual provoca que los indicadores de la regresión, R² y significación de la ANOVA se mantengan idénticos y los coeficientes B apenas varíen.

Finalmente, en el cuarto modelo se ha eliminado la variable de ingresos al ser la única que carecía de significación, dada su intensa relación con la variable clase social que provoca colinealidad (de hecho el coeficiente de correlación de Pearson entre ambas es de r=0,54, p<0,001). Esto último se confirma porque en este último modelo, las cuatro variables adquieren significación a la hora de contribuir a la explicación de uno y otro índice. En definitiva, el modelo IV consigue prácticamente la explicación más alta con mayor significación de todas las variables dependientes. De acuerdo a estos datos podemos decir que para ambos instrumentos de medición aplicados en los municipios y ciudades de Andalucía con alta densidad de inmigración: 1. Cuanto más se acercan

los andaluces a identificaciones localistas, mayor es el grado de xenofobia o reacios a la inmigración. 2. Cuanto más alta es la autopercepción de clase, menor es el grado de xenofobia o más tolerante a la inmigración. 3. Cuanto más a la izquierda se posicionan los andaluces, más tolerantes son ante la inmigración. 4. Por último, la educación, donde los niveles bajos tienden a mayores actitudes xenofobas, conducta que va disminuyendo a medida que se alcanzan cotas educativas más altas.

CONCLUSIONES

En primer lugar, la replicación de ambos instrumentos de medición del racismo y la xenofobia nos ha dado, a través de los datos, unos altos niveles de similitud, por lo que podemos decir que ambos son complementarios y no excluyentes, aunque partan de principios teóricos y metodológicos diferentes. Por un lado, en el ámbito descriptivo, la alta correlación y asociación expresada en los estadísticos de Pearson y Chi cuadrado nos revela que ambos índices están midiendo la misma variable de estudio, además, los perfiles sociodemográficos con un elevado grado de coincidencia refuerzan la misma idea. Por el otro lado explicativo, los diferentes modelos de regresión vienen a indicar que las variables independientes se comportan de una manera muy similar en su dirección, significación y estadísticos. Tal vez la única diferencia sustancial pueda ser que en los distintos modelos de regresión lineal múltiple explica más el índice de Cea D'Ancona que el de Díez Nicolás, aunque a favor de este último hay que destacar su mayor simplicidad y estabilidad en su metodología y aplicación frente al instrumento de la primera, mucho más complejo y cambiante en su elaboración y análisis. En resumen, tanto por la similitud de las categorías de los dos índices, asociación, correlación y semejanza en los perfiles sociodemográficos como por la coincidencia en las variables

sociodemográficas que explican prácticamente de la misma manera uno y otro índice, nos encontramos en disposición de afirmar que ambos instrumentos o índices miden lo mismo o al menos nos sirven para conocer el mismo ámbito de la realidad social, la xenofobia.

Las razones que se encuentran detrás de esta importante similitud entre ambos índices recuerda al debate existente entre las escalas de prejuicio sutil y manifiesto, donde podríamos en cierto modo situar a Cea y Díez, respectivamente. Espelt (2006) obtiene en un estudio comparativo entre ambas escalas de prejuicio una correlación alta ($r=0,76$, $p<0,000$) que le lleva a cuestionar que estemos midiendo dos constructos diferentes y esto se debe, más allá de los debates teóricos, a la dificultad de operacionalizar el prejuicio sutil al caer fácilmente en la deseabilidad social, donde los encuestados aciertan cuáles son las respuestas «socialmente correctas». Si los índices de Cea y Díez miden el mismo constructo y con resultados prácticamente idénticos, tal vez la elección entre uno u otro instrumento dependerá del principio de parsimonia o simplicidad en el que, como se decía más arriba, destaca el segundo. En cualquier caso, y desde el punto de vista metodológico, habrá que seguir realizando investigaciones variando el colectivo objeto de xenofobia, replicando estudios con muestras mayores al presente estudio limitado en ese aspecto, comparando instrumentos-índices-escalas, etc., tal y como sugieren Gómez y Huici (1999).

BIBLIOGRAFÍA

- Cea D'Ancona, M.^a Ángeles (2002). «La medición de las actitudes ante la inmigración. Evaluación de los indicadores tradicionales de "racismo"». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 99: 87-111.
- Cea D'Ancona, M.^a Ángeles (2004). *La activación de la xenofobia en España*. Madrid: CIS.

- Cea D'Ancona, M.^a Ángeles (2005). «La exteriorización de la xenofobia». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 112: 197-230.
- Cea D'Ancona, M.^a Ángeles (2009). «La compleja detección del racismo y la xenofobia a través de las encuestas. Un paso adelante en su medición». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 125: 13-45.
- Devine, Patrice G. (1989). «Automatic and Controlled Processes in Prejudice: The Role of Stereotypes and Personal Beliefs». En: Pratkanis, A. R.; Breckler, S. J. y Greenwald, A. G. (eds.). *Attitude Structure and Function*. Hillsdale, NJ: Erlbaum.
- Díez Nicolás, Juan (1998). *Actitudes hacia los inmigrantes*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Dirección General del Instituto de Migraciones y Servicios Sociales.
- Díez Nicolás, Juan (2005). *Las dos caras de la inmigración*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.
- Díez Nicolás, Juan (2009). «Construcción de un índice de xenofobia-racismo». *Revista del Ministerio de Trabajo e Inmigración*, 80: 21-38.
- Dovidio, John F. y Gaertner, Samuel L. (1986). *Prejudice, Discrimination and Racism*. San Diego: Academic Press.
- Espelt, Esteve (2006). «Las escalas de prejuicio manifiesto y sutil: ¿una o dos dimensiones?». *Anales de Psicología*, 22: 81-88.
- Gaertner, Samuel L. y Dovidio, John F. (1986). «The Aversive Form of Racism». En: Dovidio, J. F. y Gaertner, S. L. (eds.). *Prejudice, Discrimination, and Racism*. Orlando, FL: Academic Press.
- Gómez, Ángel y Huici, Carmen (1999). «Orientación política y racismo sutil y manifiesto: relaciones con la discriminación». *Revista de Psicología Social: International Journal of Social Psychology*, 14(2-3): 159-180.
- Gunnar Myrdal, Karl (1944). *An American Dilemma: The Negro Problem and Modern Democracy*. New York: Harper and Bros.
- Herranz de Rafael, Gonzalo (2008a). «Xenofobia: un estudio comparativo en barrios y municipios almerienses». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 121: 109-132.
- Herranz de Rafael, Gonzalo (2008b). *Xenofobia y Multiculturalidad*. Valencia: Tirant lo Blanch.
- Herranz de Rafael, Gonzalo (2010). «Modernidad y xenofobia en Andalucía y Cataluña: un análisis comparativo». *Papers*, 95: 977-1000.
- Herranz de Rafael, Gonzalo (2012a). «An Empirical Study on Xenophobia in Almería (Spain)». *Sociological Research Online*, 17(2): 5-31.
- Herranz de Rafael, Gonzalo (2012b). *Xenofobia en Andalucía. Análisis en municipios y ciudades con alta densidad de inmigrantes*. Sevilla: Centro de Estudios Andaluces, Factoriadeideas, IF001/13.
- IEA (2010). *Andalucía: datos básicos 2010*. Sevilla: IEA.
- Katz, Irwin; Wackenhut, Joyce y Hass, R. Glen (1986). «Racial Ambivalence, Value Duality and Behavior». En: Dovidio, J. F. y Gaertner, S. L. (eds.). *Prejudice, Discriminations and Racism*. San Diego: Academic Press.
- Kinder, Donald R. y Sears, David O. (1981). «Prejudice and Politics: Symbolic Racism Versus Racial Threats to the Good Life». *Journal of Personality and Social Psychology*, 40(3): 414-431.
- Kleinpenning, Gerard y Hagendoorn, Louk (1993). «Forms of Racism and the Cumulative Dimension of Ethnia Attitudes». *Social Psychology Quarterly*, 56(1): 21-36.
- Lamberth, John (1980). *Psicología Social*. Madrid: Pirámide.
- Lucas, Jeffrey W., Morrell, Kevin y Posard, Marek (2013). «Considerations on the "Replication Problem" in Sociology». *The American Sociologist*, 44(2): 217-232.
- McConahay, John B. (1983). «Modern Racism and Modern Discrimination». *Personality and Social Psychology Bulletin*, 9: 551-558.
- McConahay, John B. (1986). «Modern Racism, Ambivalence and the Modern Racism Scale». En: Dovidio, J. F. y Gaertner, S. L. (eds.). *Prejudice, Discriminations and Racism*. Orlando, FL: Academic Press.
- McConahay, John B y Hough, Joseph C. (1976). «Symbolic Racism». *Journal of Social Issues*, 32: 23-45.
- Meertens, Roel W. y Pettigrew, Thomas F. (1997). «Is Subtle Prejudice Really Prejudice?». *Public Opinion Quarterly*, 61: 54-71.
- Neuliep, James W. (ed.) (1991). *Replication Research in the Social Sciences*. Newbury: Sage.
- Oskamp, Stuart (1991). *Attitudes and Opinions*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice Hall.

- Pettigrew, Thomas F. y Meertens, Roel W. (1995). «Subtle and Blatant Prejudice in Western Europe». *European Journal of Social Psychology*, 25(1): 57-76.
- Sears, David O. (1988). «Symbolic Racism». En: Katz, P. A. y Taylor, D. A. (eds.). *Eliminating Racism*. New York: Plenum Press.
- Wetherell, Margaret y Potter, Jonathan (1992). *Mapping the Language of Racism*. London: Harvester-Wheatsheaf.
- Zeisel, Hans (1947). *Say it with Figures*. New York: Harper.

RECEPCIÓN: 29/02/2016

REVISIÓN: 28/04/2016

APROBACIÓN: 11/11/2016

Crítica de libros

Creatividad. Números e imaginarios

José Ángel Bergua (dir.), Enrique Carretero, Juan Miguel Báez y David Pac

(Madrid, CIS, 2016)

La investigación científica entraña una sutil —y a menudo dramática— tensión entre simplicidad y economía conceptual, de una parte, y fidelidad al objeto, de otra. O, dicho de otro modo, entre reducir la complejidad, un imperativo insoslayable para el científico, y deformar el objeto hasta hacerlo irreconocible. El afán reduccionista de los modelos analíticos nos tiene acostumbrados a lo segundo, desgraciadamente, y por ese motivo adquieren especial valor aquellos trabajos en los que los investigadores se resisten a perder de vista los matices y aristas de su objeto, aceptando la complejidad y ayudándonos a lidiar con ella

La obra dirigida por José Á. Bergua, publicada por el CIS con el título *Creatividad. Números e imaginarios*, responde plenamente a este deseable propósito. El objeto de estudio escogido por los autores es la *creatividad*, una noción que en los últimos años ha ido ganando protagonismo en la literatura científico-social en la medida en que se vincula a la actividad económica, es decir, al propósito de manejar y estimular la actividad creativa como factor productivo, como parte decisiva del valor añadido presente en ciertos mercados tales como el tecnológico, el científico o el artístico. El trabajo de referencia en este campo fue publicado por Richard Florida¹ en el año 2002 con el título *The Rise of Creative Class*, aunque desde entonces se han publicado numerosos trabajos que continúan ese impulso inicial.

Sin embargo, la creatividad es demasiado compleja para ser manejada mediante modelos economicistas. Como señala agudamente Ferrán Sáez Mateu², la semántica de la creatividad apunta a la fusión de cuatro ideas profundamente arraigadas en la mentalidad occidental —heredera de las tradiciones griega y judeocristiana—. En primer lugar, la creatividad remite a una forma peculiar de racionalidad que no puede ser activada a voluntad, sino que se despierta o activa a partir de algo interior al individuo, la *inspiración*. En segundo lugar, la creatividad apunta a la emergencia en el plano consciente y articulado de algo que se presenta ya de forma inexpresable en el plano de lo subconsciente e *imaginario* (es decir, una anamnesis, en el lenguaje de Platón, o una afloración de lo inconsciente, en el de Freud). En tercer lugar, la creatividad se instala en el ambiguo ámbito de la *transgresión*; la imaginaria cristiana, por ejemplo, sitúa los primeros actos creativos del hombre (Adán y Eva, Caín y Abel) en contextos de transgresión moral porque el acto creativo es siempre una ruptura del *orden* que nos es *dado*. Por último, todo acto de creación es también una *alteración* de lo *instituido*, una *alteración* de la *disposición natural* de las cosas.

¹ Florida, R. (2002). *The Rise of the Creative Class*. New York: Harper Business, Harper Collins.

² Sáez Mateu, F. (2006). «La creatividad como problema filosófico», *Trípodos*, 19.

Esta compleja genealogía, que los autores de la obra que nos ocupa conocen bien, impide que la creatividad sea reducida fácilmente a números e indicadores sociodemográficos, reclamando para sí un abordaje denso, pluridisciplinar y caleidoscópico. La creatividad es un concepto *sobredeterminado* cuya semántica recuerda a aquello que señaló Marcel Mauss a propósito del *hecho social total*, es decir, una práctica, objeto o noción en la que se acumulan, expresan y articulan diferentes órdenes de realidad. Del mismo modo, en la creatividad se funden, cuando menos, tres vertientes analíticamente distinguibles: en primer lugar, la psicológica, centrada en definir aspectos internos de la creatividad como la inteligencia, el proceso creativo, el papel de la emoción, etc. En segundo lugar, una vertiente sociológica que presta atención al papel del grupo, el entorno, el medio social, etc. Por último, una dimensión antropológica que intenta dar respuesta a las concepciones de la creatividad en las diferentes culturas o entornos socioculturales.

La noción de creatividad que manejan los autores retrata con atención y meticulosidad la complejidad del concepto. La creatividad tiene que ver con la aparición de algo nuevo, imprevisto, impulsado por la actividad de cualquier clase de agente individual o colectivo. El punto de vista sociológico, además de prestar atención a los agentes intervinientes, subrayaría las condiciones y el contexto social del acto creativo. Pero, más allá de la sociología, a la hora de investigar la creatividad, la mirada debe dirigirse a su carácter imprevisible e incluso inadmisibile para el sistema o contexto en el que aparece.

Este hecho delata la imposibilidad de mantener la indagación acerca de los procesos creativos dentro de la lógica de la investigación científica convencional y nos avanza la necesidad de observarla de formas diversas, fuera del *laboratorio*, pues sobre el acontecer creativo gravita la incertidumbre: un acto de creatividad, por el hecho de traer consigo una novedad que antes era imprevista (e inadmisibile), pone precisamente en el foco de su reflexión aquello a lo que la ciencia no puede nunca llegar. La creatividad es, pues, lo imposible, y la única manera de que cualquier tipo de conocimiento esté a la altura de esa imposibilidad es que se conforme con prestar atención a las condiciones y contexto en los que aparece.

Esta *sobredeterminación* conceptual, que constituye un obstáculo analítico y, al mismo tiempo, un reto intelectual formidable, exige del investigador un despliegue metodológico a su altura. La *apertura metodológica* es justo lo que se echa en falta en trabajos como el de Florida, cuya orientación analítica, aunque valiosa, reduce exageradamente el fenómeno hasta desfigurarlo. Esta voluntad de mirar de frente a la complejidad es precisamente uno de los puntos fuertes de la obra que reseñamos. De este modo, aunque imprescindible, la referencia a Florida y la clase creativa solo puede ser el punto de partida.

Bergua y sus colaboradores han elaborado una investigación que, como la mejor práctica hermenéutica, conduce al lector por una trayectoria espiral de perspectivas que desgranar, iluminan y muestran en sus vericuetos el proceso creativo. Los encuadres metodológicos sucesivos nos ofrecen tres aproximaciones en las que los hallazgos obtenidos en cada una de ellas son reinterpretados a la luz de la siguiente, sin caer en la mera yuxtaposición de contenidos.

La primera aproximación a la creatividad sigue los pasos del trabajo seminal de R. Florida, adaptando el diseño original a las singularidades del caso español. Se trata de un abordaje cuantitativo en el que la creatividad se concibe como un agregado de tres factores que combinan el aspecto relativo al *conocimiento* —imprescindible en cualquier proceso creativo o de innovación—, el *talento* y una *dimensión disposicional* —*tolerancia* es la etiqueta propues-

ta por Florida—. Así, los autores construyen los índices de creatividad de las comunidades autónomas y provincias españolas como una combinación de tres índices parciales, a saber, *tecnología*, *talento* y *tolerancia*, que, a su vez, están compuestos por otros tres subíndices: la *tecnología* que incluye información I+D, innovación y alta tecnología; el *talento*, compuesto por el volumen de las clases creativas, el número de titulados y el volumen de investigadores, y, finalmente, la *tolerancia*, para la que se utiliza la misma interpretación que hizo Florida para el caso norteamericano, es decir, medida a partir de la cantidad de extranjeros, bohemios y homosexuales.

Dos conclusiones se desprenden de este primer encuadre. Por una parte, la clase creativa española, encabezada por territorios como Madrid, Barcelona, País Vasco y Navarra, se encuentra infradimensionada (entre 5 y 8 puntos porcentuales, según el periodo que se considere) si la comparamos con los centros de mayor productividad creativa del mundo (Estados Unidos, el centro y el norte de Europa). Por otra parte, el factor denominado *tolerancia*, que incluye Florida en su modelo, no da cuenta de las diferencias observadas. La creatividad no es reducible a la mera acumulación de talento, conocimiento y tecnología, desde luego, pero ese plus de valor que desencadena el proceso creativo o lo dificulta no puede ser captado correctamente mediante el indicador que suma la presencia de extranjeros, bohemios y homosexuales. Como los autores sugieren, se percibe la necesidad de ir más allá de ese indicador y elaborar historias de vida a partir de personajes que representen las ocupaciones que en España se incluyen en la clase creativa según la considera Florida.

La segunda aproximación metodológica se plantea en la obra como un intento de superar los déficit detectados en la perspectiva cuantitativa. El factor *tolerancia* debe ser reinterpretado cualitativamente y los autores plantean, en consecuencia, un segundo movimiento en el que, a través de entrevistas en profundidad e historias de vida, se dé sentido y contenido a dicho factor disposicional. El trabajo de investigación desarrollado a partir de nueve casos-tipo permite indagar en ciertos aspectos decisivos que incrementan la inteligibilidad del proceso creativo. Así, cuestiones tales como la educación recibida, el círculo de amistades, el estilo de trabajo y el ocio se perfilan ahora como claves para comprender mejor la potencia y el proceso creativo.

Las conclusiones obtenidas a partir del material cualitativo analizado llevan a los investigadores a confirmar la relación íntima entre creatividad y estilos de vida ricos, diversos y heterogéneos, aunque, al mismo tiempo, la clase creativa no pueda abstraerse de las fuerzas sociales centrípetas que sitúan al creativo en un mundo de relaciones institucionales formales. Si bien las trayectorias biográficas de los creativos son diversas, parecen contener ciertos elementos transversales que apuntan a la existencia de entornos de relación personal ricos e intensos, cierta capacidad para sortear o contrabalancear los efectos frustrantes del orden social y profesional instituido con dominios de experiencia personal alternativos, donde los vínculos formales son sustituidos por otros más fluidos, variables e imprevisibles. Probablemente sea este ámbito de la sociabilidad más inmediata y fluida el que muestre una mayor diferencia con el modelo norteamericano, pues el contexto español sitúa la emergencia del ímpetu creativo más cerca de la experiencia social fluida que de los marcos laborales reglados donde se ejerce la profesión.

El tercer movimiento metodológico ejecutado por los autores utiliza el trabajo de campo etnográfico como técnica y se dirige a explorar ese plus de ímpetu creativo que se resiste a ser retratado en las dos primeras aproximaciones. La fase de campo consiste en dos etnografías paralelas: por una parte, el trabajo de un diseñador gráfico gallego cuya actividad fue

compartida durante varios meses y, de otra, durante un año y medio, con 13 diseñadores de prendas y 6 de complementos en Aragón. El enfoque etnográfico empleado mediante observación participante intenta acceder desde el interior de los espacios, los tiempos y los ritmos al propio proceso creativo, al propio vivir creando en sus rutinas y sus eferescencias.

Desde el punto de vista teórico, el recurso a lo «imaginario» se utiliza para designar ese fondo de sentido que se le resiste, por excesivo, a la heterogeneidad blanda de nuestro mundo y que, a la vez, no cesa de ser invocado. Pero ¿a qué hace referencia lo imaginario? Los autores, a partir de una exhaustiva lectura e interpretación de la literatura acerca de este tema, trabajo que en sí mismo posee un valor destacable y que puede encontrar el lector en las páginas de esta obra, se refieren a lo imaginario como un poder creador, el poder difuso y latente que se encuentra disponible en una sociedad o comunidad humana bajo el plano de lo simbólico e instituido. Si lo simbólico representa el orden instituido en una sociedad bajo formas convencionales en las que la fuerza creadora del grupo se encuentra cristalizada, lo imaginario representa el potencial instituyente que alberga toda colectividad y que, en los intersticios de la vida social distribuida en redes y grumos, se manifiesta aquí y allá desbordando imprevisiblemente lo esperado, emergiendo bajo nuevas formas de expresión colectiva o individual y refractando las consignas del poder instituido.

Las conclusiones obtenidas en esta fase del trabajo de investigación son complejas y difíciles de reseñar. En síntesis, apuntan al menos los siguientes hechos: a) en primer lugar, el espacio-tiempo social en donde desarrolla su labor el creativo contrasta con aquellas pautas instauradas por el régimen de trabajo característico de la modernidad, en las que tanto el espacio como el tiempo se ven subordinados a una racionalidad productiva; b) la ubicación laboral del profesional creativo mantiene un difícil y singular equilibrio entre las formalidades de su perfil y redes profesionales, más instituidas y formales, y la necesidad de mantener un dominio de experiencia, práctica y vivencia abierto —instituyente— que responde a la pretensión de encontrar el modo de vida más adecuado para mantener viva la llama de la creatividad; c) la actividad creadora se manifiesta en un orden de saber práctico en el que las ideas e innovaciones necesitan encarnarse en objetos, figuras y formas. La actividad creativa, aunque deudora del saber formal, así como de la tecnología y la información disponibles, exige también un tiempo de maduración y emergencia, así como de la fecundidad imaginaria alimentada por una mirada distraída, oblicua y flotante hacia lo no dicho en la formalidad del orden instituido, es decir, hacia lo presente pero no expresado; d) por último, en la creatividad parece mostrarse una fuerza utópica residual pero inagotable. Esta fuerza poco o nada tiene que ver con el impulso utópico que alimentó los grandes discursos modernos sobre la transformación del mundo como todo. Se trata, más bien, de una utopía de baja intensidad que no propone finalidad histórica alguna, pero en donde sí pervive el ansia por trascender la realidad a través de la imaginación, previamente detectado un desajuste entre el mundo tal como se nos presenta y el mundo tal como nos hubiera gustado que fuese. Visto de este modo, el signo más inequívoco de este vigor *utópico* de la imaginación radicará en su insobornable anhelo por transgredir *lo instituido*.

Concluyo. La imaginación sociológica que con tanto acierto reivindicó Charles Wright Mills es la brújula que debe guiar toda investigación social. La obra escrita por Bergua, Carretero, Báez y Pac es un excelente ejemplo de imaginación sociológica, además de un sólido trabajo empírico. El lector encontrará en él un relato esclarecedor acerca de la creatividad, desplegada en toda su complejidad, pero al mismo tiempo una invitación para seguir investigando sobre el fondo imaginario y magmático que alimenta el proceso creativo. En cualquier

caso, como todo buen ejercicio de hermenéutica social, la lectura de *Creatividad. Números e imaginarios* no les dejará fríos, pues, como el símbolo, da que pensar.

por Miguel Ángel CASTRO NOGUEIRA

Consejería de Educación de la Comunidad de Madrid

mcastron@ono.com

La secesión de los ricos

Antonio Ariño y Juan Romero

(Barcelona, Gutenberg, 2016)

Aunque no faltan estudios acerca de las devastadoras consecuencias de la crisis en la que, desde hace prácticamente una década, continuamos inmersos, lo cierto es que, si bien sabemos bastante acerca de los perdedores, escaso es nuestro conocimiento acerca de quienes han ganado con la misma: sabido es que a las ciencias sociales les resulta más asequible estudiar a los pobres que a los ricos. Desde esta perspectiva, solo cabe recibir como una buena noticia la existencia de una investigación que se ocupa, precisamente, de estos últimos: en un libro innovador y de amena lectura, Ariño y Romero han conseguido acercarse a esa élite mundial que ha llegado a concentrar unas cotas de poder y de riqueza inéditas en la historia de la humanidad.

Prologado por Josep Ramoneda, el volumen se divide en cinco partes: en la primera, la más breve, se define esa «secesión de las élites» que se viene produciendo a nivel mundial desde hace unas cuatro décadas y que es a la vez un síntoma definitorio del nuevo capitalismo, una de las causas del estallido de la crisis y un factor determinante en la evolución de la misma. Frente a otros conceptos propuestos por la bibliografía durante los últimos años, como dualización o polarización, los autores prefieren el de secesión, que definen como «un proceso de desanclaje financiero, económico, político, cultural, moral y residencial de las élites en relación con la sociedad en la que se hallan nacionalizadas y tributan», o también como una «separación, distanciamiento e independencia relativa de un grupo respecto a un conjunto al que previamente pertenecía». Tal término permite comprender tanto grandes tendencias estructurales como las estrategias grupales e individuales vinculadas a las élites. El proceso tiene, pues, dimensiones subjetivas y objetivas, caracterizándose por su carácter multidimensional: es tanto político y económico como cultural y moral, y es la otra cara de la precarización, la vulnerabilidad y la pobreza creciente de amplias capas de la población, así como del retroceso democrático que padecemos. Se debe insistir en que la secesión es un hecho anterior a la Gran Recesión, y que es, a la vez, síntoma y causa de los cambios sociales que han conformado el nuevo sistema.

El capítulo segundo, titulado significativamente «La segunda era dorada de la riqueza» (la primera sería el capitalismo de tipo decimonónico), es el más extenso, y a lo largo del mismo se realiza un análisis general de las nuevas élites globales. Apostando por un análisis de larga duración, se constata cómo a nivel mundial se ha producido un nuevo giro hacia la

desigualdad, que se produce a distintos niveles: un evidente alejamiento entre los polos de mayor y menor renta, pero también una creciente y compleja gradación interna. Hay que tener en cuenta el carácter multidimensional de la desigualdad, que no se reduce a los ingresos, sino que se articula sobre otros factores, como la edad, el sexo, el estatus, las redes o, en un plano espacial, las diferencias nacionales o regionales. Al respecto, es interesante constatar cómo las clases medias globales de los países emergentes y las clases medias hasta hace bien poco asentadas en los países ricos han seguido trayectorias divergentes.

El análisis de la riqueza en una perspectiva estructural permite comprobar cómo durante la crisis la «clase global millardaria» (los ultrarricos que disponen de más de 30.000.000 de activos en dólares) ha crecido especialmente durante los años de crisis, tanto en número como en riqueza, aunque se insiste en destacar que el fenómeno es anterior al *crack* financiero de 2007-2008, y solo se entiende desde una perspectiva histórica. Se detallan tanto las fuentes de la riqueza como la procedencia geográfica de los nuevos ricos, aspectos que reflejan claramente los desplazamientos del sistema capitalista: son frecuentes las fortunas gestadas en el ámbito de las nuevas tecnologías, así como la emergencia de nuevos ricos entre rusos y chinos. Aunque hay que tener en cuenta siempre las variaciones territoriales y la fuerte correlación entre regiones y tipos de ingresos, otras fuentes de enriquecimiento han sido las finanzas, las patentes, la expansión del consumo o la construcción de grandes infraestructuras (especialmente en países emergentes), pero también los negocios ilegales, como el tráfico de drogas. Se suman a la nueva élite las celebridades del mundo del arte y del deporte, así como quienes han basado su fortuna en prestarle servicios: cocineros, abogados, médicos, etc., que contribuyen así a configurar una «economía autosostenible de la plutonomía». Pero debe tenerse en cuenta la composición compleja de las fuentes de la fortuna: no es infrecuente que los nuevos ricos compaginen diversas fuentes de ingresos.

Ahora bien, ¿quiénes son estos nuevos ricos? El libro nos brinda jugosas tablas con sus nombres, sus fortunas y sus lugares de residencia. A grandes rasgos, la nueva élite es predominantemente masculina, ha llegado a la cúspide de la riqueza en edad adulta, está casada (mediante matrimonios homogámicos) y tiene titulación universitaria. Se concentra en primer lugar en Europa, y en segundo, en Estados Unidos, pero ha crecido proporcionalmente más en países emergentes. Y, lo que es más relevante para comprender los cambios, no es una élite rentista, sino que trabaja, lo que le permite legitimar sus ganancias como justa recompensa a su valía personal: los emprendedores han desplazado, pues, a los herederos.

De gran interés resulta el análisis de las estrategias desplegadas por la élite secesionista. En primer lugar, su internacionalización: así como el capitalismo es global, globales son sus estrategias, que se manifiestan tanto en los negocios como en las pautas residenciales, educativas o de ocio, combinando frecuentemente ciudades globales y sociedades liberales (que les permiten ejercer sus propios estilos de vida) con regímenes duros para las relaciones laborales. También globalizan su capital relacional, mediante un despliegue de estrategias como la pertenencia a foros sumamente selectos, más o menos extravagantes o glamurosos, que les permiten a la vez generar sentido de pertenencia a una categoría social y operar «en connivencia con organizaciones que forman parte del entramado de la gobernanza mundial».

Pero sin la deslegitimación del modelo social y económico surgido tras la Segunda Guerra Mundial no hubiera sido posible legitimar la desigualdad actual. Es importante, al respecto, destacar que la deslegitimación no vino desde abajo, sino desde arriba, y que el crucial proceso que se analiza en el libro tiene, por tanto, una dimensión ideológica fundamental: el «individualismo posesivo posmoderno», que ha sabido transformar ideas democráticas de

movimientos sociales del siglo XX (autonomía personal, mérito, talento), en una ideología meritocrática basada en el darwinismo educativo y en la apología del mérito. Respecto al primero, cabe decir que la creación de un sistema educativo global, basado en la movilidad internacional y jerarquizado en función de la demanda de las élites, sirve hoy no solo para proporcionar competencias, sino también para crear un capital social basado en redes sociales de confianza; para transmitir, en definitiva, el privilegio económico. Respecto a la segunda, se ha encontrado en ella una legitimación de las desigualdades como producto natural del carácter de los individuos. Prácticas como el *offshoring* (espacio lógico de desarrollo del nuevo modelo de capitalismo), el cierre residencial, el consumo ostentoso y, en general, los estilos de vida, son analizadas como estrategias de una élite que, deslegitimando cualquier eficacia de las políticas sociales, hacen de una filantropía profesionalizada y a medida de los gustos personales tanto una fuente de evasión de impuestos como un factor de legitimación y adquisición de capital simbólico; de ahí que se pueda hablar de «filantrocapitalismo».

En la tercera parte se analiza la eurozona. Aunque en ningún momento se deja de tener en cuenta que hay varias «Europas sociales», se constatan desajustes generalizados, como los que se producen entre crecimiento e igualdad, entre Estados y mercados, entre sistema financiero y economía real, entre el trabajo como recurso global y los mercados de trabajo locales, o entre Estado, soberanía y democracia, que desembocan en problemas compartidos (aunque con importantísimas agudizaciones según las zonas): el desempleo juvenil, la pobreza infantil, los crecientes niveles de pobreza y exclusión social (incluida esa nueva realidad de los trabajadores pobres), las brechas salariales (con contrastes regionales, de clase y de género) asociadas a la dispersión salarial producto de la derrota de los sindicatos, etc. En la nueva fase del capitalismo global y desregulado, muchos territorios europeos se sitúan entre los perdedores, ensanchándose la fractura entre el norte y el sur de Europa en términos territoriales, pero también, en términos de estructura social, entre el 10% que se sitúa en la cúspide y el 10% que se sitúa en la base. Como fruto de la «política económica de la inseguridad», facilitada por la pérdida de centralidad de la clase obrera, se expulsa a crecientes sectores de población de los mercados de trabajo estables, de los ámbitos de protección social y de los derechos de ciudadanía. Y es que «el efecto combinado de la crisis de crecimiento y las políticas de austeridad están modificando de forma dramática nuestras estructuras sociales». Muy acertadamente se nos advierte de que el «descensor social» funciona en Europa desde mucho antes de 2008, y aquí hay que decir que se echa de menos alguna referencia a los estudios de Castel, publicados en la década de los noventa. Tampoco se alude al concepto de «brasileñización del mercado de trabajo», lanzado en su día por Beck, pero implícitamente se sitúan los autores frente a esta tesis, al afirmar que, al menos en el sur de Europa, nos estamos acercando más a los Estados Unidos que a América Latina. En definitiva, mientras las clases más ricas se escinden y se separan, incluso físicamente, y aunque la clase media dista de haber desaparecido, los procesos económicos y políticos están fragmentando claramente la parte central de nuestras sociedades. Como consecuencia de esta situación de incertidumbre y de inseguridad, crecientes sectores de la población se repliegan hacia el Estado-nación y hacia salidas políticas populistas: Europa se ve como el problema, y no como la solución. A destacar aquí los análisis acerca de los partidos tradicionales, de su crisis y de cómo la derecha tiene franca ventaja: el neoliberalismo ha ganado claramente la batalla de las ideas, la más importante.

En el cuarto capítulo se focaliza la atención todavía más, y nos acercamos a la realidad española. Aunque no sabemos mucho de nuestros ricos, sí sabemos que durante los últimos

años estos no han dejado de crecer, y que la concentración de riqueza en pocas fortunas ha seguido un ritmo más acelerado que en otros países. Las especificidades de la élite se relacionan estrechamente con las de nuestro capitalismo: frente a los millardarios surgidos de las finanzas o de las nuevas tecnologías, en España predominan los vinculados a la construcción, los supermercados y la industria textil. Además, la transmisión de la herencia es más importante que en otros países. Los sectores más punteros de la innovación mundial brillan, pues, por su ausencia, en un país donde predomina el «capitalismo de compadreo». No dejan los autores de presentar un panorama de las divergencias sociales que han fracturado el país durante los últimos años, destacándose cómo, tras una etapa de notable reducción de las desigualdades a partir de la transición democrática, desde la Gran Recesión estas se han incrementado en medida notablemente mayor que en buena parte de Europa, lo que se explica porque, durante la fase de crecimiento, la capitalización no se tradujo en redistribución, sino que, al contrario, se deslegitimó la importancia de las políticas sociales.

En el último capítulo, los autores se plantean si hay alternativas, cuestión a la que responden de manera afirmativa, sugiriendo una especie de vía europea para la lucha contra la desigualdad. Pero antes de plantear medidas concretas, advierten de la falacia que supone enfrentar a ese 1% más rico al 99% más pobre. Las cosas son, desde un punto de vista sociológico, mucho más complejas, ya que ese 99% ni existe como actor ni como categoría analítica. Es más, lo verdaderamente importante para entender cómo se legitiman las desigualdades es comprender cómo contribuimos cada uno de nosotros, en nuestras prácticas más rutinarias y cotidianas, a su legitimación. Volviendo a la idea de que la desigualdad es multidimensional, los autores plantean las múltiples manifestaciones de complicidad cotidiana con la desigualdad, empezando por el sistema de enseñanza, en el que se compite por lograr los bienes escolares más escasos y rentables en el mercado (la solidaridad familiar se convierte así en un reproductor de desigualdad); el miedo a perder estatus (que implica legitimar la desigualdad de quienes están en el peldaño inmediatamente inferior); la evasión, en la medida de nuestras posibilidades, de las obligaciones tributarias; o la adquisición de bienes simbólicos a través del consumo, que nos lleva a buscar constantemente estrategias de distinción. La mercantilización de todos los aspectos de la vida social, al agudizar la necesidad de dinero, encareciendo aún más la pobreza, amplía, pues, la brecha entre ricos y pobres. Y lo más destacable de todo esto es, quizá, que, a diferencia de lo que sucedió durante la primera edad de oro del capitalismo, hoy apenas hay una resistencia digna de tal nombre: «[...] hoy, todos nos hallamos insertos en la matriz del capitalismo [...] y en el horizonte global no hay modelos alternativos creíbles», afirman Ariño y Romero, a quienes tal vez hubiera sido útil aquí retomar el concepto gramsciano de hegemonía.

Ante esta situación, en la que los mercados gobiernan y los gobiernos se limitan a administrar, cabe preguntarse cómo se armonizan, en sociedades plurales e individualistas, eficiencia económica y equidad social, teniendo en cuenta que el mercado ha demostrado que no resolverá la desigualdad. Las soluciones no son fáciles: pasan por más y mejor Europa, por repensar la ciudad como espacio político, invertir las tendencias a la segregación y fracturación social, conocer el impacto de las políticas de austeridad, conocer los procesos a escala local y dar contenidos concretos a conceptos como transparencia y rendición de cuentas. Para todo ello, se requiere revertir el marco del debate; es decir, dar la vuelta a la batalla de las ideas. Nos va en ello la democracia, incompatible con los niveles de desigualdad actuales.

En definitiva, de la colaboración —inusual desgraciadamente, y esta es otra lección que podríamos extraer del libro— entre un sociólogo y un geógrafo, ha resultado un texto inno-

vador, que pone orden en cosas que ya sabíamos y que nos revela muchas otras que desconocíamos, articulando todo desde una perspectiva teórica coherente. Un libro que aúna la síntesis y el análisis crítico de la bibliografía disponible con la búsqueda de fuentes que han permitido acercarse a un fenómeno tan multidimensional como opaco. Importante, pues, para entender la turbulenta dinámica en que nos hallamos inmersos. Y además, bien escrito, lo que siempre es de agradecer.

por Pedro GARCÍA PILÁN
Universitat de València
pedro.garcia@uv.es

Hidden in Plain Sight. The Social Structure of Irrelevance

Eviatar Zerubavel

(Oxford, Oxford University Press, 2015)

La inacabable riqueza de la obra de Erving Goffman se refleja en sus notables epígonos; su influencia se deja notar en Gary Alan Fine y el estudio de los grupos, en Harvey Sacks y el análisis conversacional y, en el caso que nos ocupa aquí, en Eviatar Zerubavel, profesor e investigador del Departamento de Sociología de la Rutgers University.

Ante todo, *ver* significa *elegir* (Berger, 2008); consustancial a nuestra limitada capacidad humana de percibir el mundo (Bachelard, 2013), *elegir* significa a su vez *discriminar*.

Siguiendo la senda de anteriores libros, como *Elephant in the Room* (2006) y en una línea mucho más microsociológica que los trabajos de William Ocasio (2001), Zerubavel, en *Hidden in Plain Sight*, parece dispuesto a romper dicha aporía. Como en anteriores libros suyos, este libro prosigue la indagación de lo real desde lo microsociológico, lo que el autor llama sociología cognitiva [*cognitive sociology*]. Humanista, epistemológicamente constructivista y ceñido a la cotidianeidad, el libro aquí reseñado está escrito desde el entusiasmo contagioso. La *idée fixe* de Zerubavel es la atención y sus derivadas y, a tales efectos, desgrena sus fundamentos y efectos. Pasemos a verlos.

En el primer capítulo («Noticing and Ignoring»), Zerubavel, que suele explicar a los lectores sus preferencias y comparte sus experiencias personales que lo llevan a enunciar sus teorías, introduce el concepto de atención [*attention*].

Esta posee un rol central en la organización de la percepción del mundo y de la vida consciente, pues la visibilidad de las cosas, las personas y los fenómenos no solo depende de los condicionantes físicos del observador, sino de la atención que el observador deposite en ellos. La atención implica siempre un acto de focalización mental [*mental act of focusing*], y cualquier focalización conlleva una selección particular: el estrechamiento de la realidad, la preferencia sobre alguno de sus aspectos y la reducción de los estímulos. Se aísla una por-

ción del mundo visual, mientras que otra queda relegada a un segundo plano; una parte del mundo quedará, así, iluminada por nuestra atención, mientras que otra, nada despreciable, permanecerá ignorada, lo que se denomina ceguera no intencionada [*inattentional blindness*]. Zerubavel toma de la *Gestalt* el ejemplo de la figura y el fondo para mostrarnos que cuanto más fijamos la atención en un aspecto del mundo fenoménico (figura), más ciegos estamos ante otros (fondo); la relevancia de uno transforma al resto en irrelevante. Sobre esta base, Zerubavel apela por una sociología de la atención [*sociology of attention*], porque la relevancia y la irrelevancia no se periclitaa las capacidades cognitivas de aprehender el mundo, sino que se trata de un acto social. Es, en palabras de Zerubavel, sociomental: las estructuras sociales se embeben profundamente en nuestros hábitos mentales. Por lo cual, nuestra atención resulta de nuestra voluntad, pero también, y no en menor medida, de la socialización de la cual somos productores y producto.

Tras estas bases, en el segundo capítulo («Figure and Background»), Zerubavel expone el caso del vaso de Rubin para incidir nuevamente en la dicotomía asimétrica de figura y fondo. Si la figura que capta nuestra atención queda delineada y separada por unos instantes del resto del mundo, el fondo se transforma al mismo tiempo en una masa amorfa, indistinguible, irrelevante. La forma [*shape*] siempre es el producto de la disociación de la figura sobre el fondo mediante la atención; solo poseen forma aquellas cosas sobre las cuales recae nuestra atención. Dicho modelo perceptivo también resulta aplicable al reino de lo mental. La distinción entre lo relevante [*noteworthy*] y lo irrelevante [*unworthy*] supone que existan del mundo fenoménico pequeñas partes visibles y articuladas y otras, por el contrario, enormes, implícitas, invisibles, inexploradas. La exploración del mundo, nos alerta Zerubavel en el tercer capítulo («Search and Hiding»), se ve afectada por esta distinción. Cuando buscamos, ya poseemos una imagen de búsqueda [*search image*] que nos guía y moldea sociomentalmente; este contraste inicial entre la figura y el fondo facilita la búsqueda de los contornos y las formas que emergen del mundo. Cuanto mayor sea la desemejanza de lo que buscamos, más fácil nos resultará distinguir mentalmente la figura como un ente aislado. Muy kantianamente, los signos que nos lanza el mundo no surgen de él, sino de nuestros hábitos mentales, y el origen de estos hábitos son sociales.

Este último punto se retoma y expande en el cuarto capítulo («The Social Organization of Attention»). El capítulo se abre incidiendo en nuestras limitaciones para captar el mundo; además de las limitaciones de la percepción, que responden al orden de lo biológico, se añaden las limitaciones sociomentales, del orden de lo social. La clásica distinción romántica entre naturaleza y cultura toma aquí visos sociales. La elisión de ciertos elementos del mundo no deja de ser la predisposición social de nuestra atención: «[...] we notice and ignore things not only as individuals and as human beings but also as social beings. While it is certainly Nature that equips us with our sense organs, it is nevertheless our social environment that so often determines how we actually use them access the world» (Zerubavel, 2015: 52). Las pertenencias sociales, llámese tradiciones, convenciones, hábitos o normas, modifican profundamente nuestra relevancia perceptiva de los fenómenos. Quiérase o no, formamos parte de comunidades atencionales [*attentional communities*], cuyas tradiciones y hábitos atencionales se replican entre sus miembros. Toda pertenencia social modela subliminalmente nuestra atención. Ciertos detalles se considerarán socialmente relevantes, ya sea consciente o inconscientemente, y otros, igualmente dispuestos a la percepción sensorial, serán ignorados. Por lo tanto, para Zerubavel la atención se basará no solo en nuestra capacidad sensorial y mental individual, sino también en el filtro sociomental de la comunidad a la cual pertenezcamos. De modo que las normas y tradiciones o la adscripción a profesiones con-

cretas modifican, e incluso obstaculizan, nuestro pleno acceso en bruto al mundo. Así como los cirujanos focalizarán su atención en una comprensión espacio-temporal muy concreta —la intervención quirúrgica en un cuerpo descontextualizado reducido a un solo órgano— o los matemáticos restringirán su cogitación a unos cálculos con valores y variables acotados, así los detectives o los reporteros tendrán una atención puesta en una vasta generalidad para hallar indicios, patrones y evidencias por doquier. Y no solo las profesiones, sino cualquier pertenencia grupal: un miembro del Ku Klux Klan pondrá especial atención en cualquier delito perpetrado por un miembro de la comunidad afroamericana, pasando por alto los llevados a cabo por los WASP. Esta atención selectiva por la cual unos elementos se deben enfatizar y otros ocultar, suele venir motivada por las normas tácitas e invisibles, esto es, una *moral* construida socialmente y encarnada en los cuerpos. Las normas estipulan escrupulosamente lo correcto de lo negativo, lo sublime y lo aberrante, por lo que cualquier desviación [*deviance*] respecto de la norma motiva el extrañamiento, cuando no el estigma. La normatividad, en tanto control sociomental, consiste en delimitar moralmente nuestros actos, en pasar por alto lo insulso y en ocultar lo monstruoso mediante los tabús. Aprender esta normatividad de la atención es la base de la socialización atencional [*attentional socialization*], cuando internalizamos por vía de la socialización la normatividad. La normatividad sublimizada introduce en nosotros imposiciones atencionales. Este tipo de socialización, por la cual se adquiere la habilidad de enfocar e ignorar, permite distinguir al experto del novato y al miembro de la comunidad del extranjero. El propio dominio de un vocabulario determinado —la jerga— es toda una declaración de intención; el lenguaje, «[...] a veritable a priori form of perception and cognition» (Zerubavel, 2015: 67), la lengua de la tribu impele a interactuar el mundo de un modo predefinido y a configurarnos una imagen de este compartida con sus miembros. Para explicar lo sociomental de la atención, el foco colectivo de la atención [*collective focus of attention*], Zerubavel recoge la siguiente anécdota ilustrativa: en base a una misma muestra empírica, Zerubavel comparó sus notas etnográficas con las notas de los alumnos de Robert Bales, se sorprendió. Mientras las suyas se focalizaban en la gestión de la impresión, la presentación del *self* y el uso del espacio —una aproximación, huelga decir, goffmiana—, la del resto de alumnos recogían la óptica de Bales de dinámicas de poder. Vivir en compañía de otros facilita el intercambio del sentido de la relevancia [*shared sense of relevance*]; acuerdos tácitos, silenciosos y sobrentendidos denotan ese sentido compartido. Tomando una resolución en extremo goffmiana, Zerubavel halla el porqué de la atención en el *frame*. Según Goffman (1988), el *frame*, que forma parte de nuestras estructuras cognitivas y que en la cotidianidad nunca entramos a cuestionar por su naturalidad, dota de sentido cualquier acción nuestra en relación a nuestra interacción social con otros; la organización de la vida en sociedad se asienta sobre la predictibilidad socialmente construida y socialmente aprendida y asimilada. Cuando se comparte con otros una misma *visión* de la realidad, se comparte también una misma forma de atención.

Finalmente, en «*Conclusions*», y evocando la *vision* túnel, la consigna final queda perfectamente planteada: «*There is much more we could potentially perceive or conceive had we not deemed it irrelevant. Indeed, selective attention involves a considerable element of mental constriction, thus effectively 'closing' our minds*» (Zerubavel, 2015: 74). A esta estrechez mental [*narrow-mindedness*] producida por la excesiva focalización de la atención se añade el extremo contrario: la multifocalidad o atención distribuida; acciones tan comunes en oficinistas como el *multitasking* contribuyen a dispersar la atención en muy distintas acciones. En contraposición a la atención selectiva, Zerubavel habla de la conciencia abierta [*open awareness*], un estado mental que abre nuestra percepción a cuanto podamos experimentar,

sin restricción ni elisión. Según él, toda apertura al mundo es la marca del genio creador. De modo que es preciso, en la terminología de la *Gestalt*, realzar y traer al primer plano [*foregrounding*] aquellos aspectos invisibles de la realidad, en una reexaminación de nuestras categorías de correcto/incorrecto, relevante/irrelevante. En esta inversión, en la que el fondo se vuelve figura y la figura en fondo, nos aportaría la relativización de ciertas normatividades y la ruptura del *taken for granted* garfinkeliano que coartan la exploración de lo real y de lo imaginario. En las últimas páginas, Zerubavel nos recuerda que los horizontes mentales son producto de la imaginación [*figment*] y que está en nuestra mano expandirlos y reconfigurarlos.

Así pues, en este breve libro de apenas cinco capítulos, en poco más de noventa páginas (más el doble en referencias y *marginalia* varia), Zerubavel se centra —valga la redundancia— en la atención para volver a demostrarnos la presencia fantasmagórica de lo socialmente invisible en nuestras vidas. Libro, en suma, brevísimo, fulgurante, que inspira a romper con los prejuicios que nieblan nuestra mirada sociológica.

Bibliografía

- Bachelard, Gaston (2013). *La Formación del Espíritu Científico. Contribución a un Psicoanálisis del Conocimiento Objetivo*. México DF: Siglo XXI.
- Berger, John. (2008). *Ways of Seeing*. London: Penguin Books.
- Goffman, Erving (1986). *Frame Analysis: An Essay on Organization of Experience*. Lebanon: University Press of New England.
- Ocasio, William (2011). «Attention to Attention». *Organization Science*, 22(5): 1286-1296.
- Zerubavel, Eviatar (2006). *The Elephant in the Room. Silence and Denial in Everyday Life*. Oxford-New York: Oxford University Press.

por Fran MORENTE
 Universitat de Vic
 Fjmp.1984@gmail.com

Dioses útiles, naciones y nacionalismos

José Álvarez Junco

(Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2016)

La cuestión identitaria y el nacionalismo son temas recurrentes y de actualidad. Las tensiones territoriales se ven acompañadas de un elemento nacionalista indudable, que actúa como sustento de cada una de las pretensiones de los diversos actores implicados. Este componente también tiene relevancia en las obras de distintos autores que apoyan las tesis contrapuestas en conflicto. Asimismo, la emergencia de diferentes movimientos populistas de derecha en

Europa con rasgos nacionalistas tiene consecuencias nefastas en el avance de la construcción europea, puesta en cuestión con el *brexít*.

Frente a este panorama, que en el contexto español peca en la mayor parte de casos de un sesgo notable y que no aporta claridad, Álvarez Junco ofrece una obra accesible, sin caer en el poco detalle y la tendencia al empleo de lugares comunes y generalidades, puesto que justifica cada una de sus tesis y las ilustra con ejemplos fáciles de entender. Aporta una visión holística del nacionalismo, exponiéndolo desde un punto de vista histórico y sociológico, y lo hace mediante una metodología de análisis de casos que resume más adelante en unos pocos postulados: lucha por el poder y la influencia, importancia secundaria del elemento cultural, y relevancia de la nobleza como impulsora de los procesos de construcción nacional en casos como el británico o el francés. Asimismo, consigue describir de modo eficaz sus conclusiones: el nacionalismo es algo relativo, no es perpetuo, al formar parte de otro conjunto de identidades, y, generalmente, es el resultado de procesos dirigidos desde las élites, aunque estos no estén dirigidos *ad hoc* a crear una identidad nacional.

La estructura del libro es fundamental para conseguir ese análisis global. Álvarez Junco parte del cambio de paradigma y las nuevas tendencias derivadas del primordialismo y modernismo. La tendencia poscolonial se basa en las aportaciones de autores como Chatterjee y Bhabha, y analiza los procesos de construcción nacional poscolonial como rompedores con los conceptos tradicionales que se emplearon en Europa para ese fin. Para ellos, estos conceptos —modernidad, progreso— eran empleados de modo excluyente con respecto a colectivos importantes, como los campesinos y las mujeres. También da mucho valor al relato nacional y lo vincula con las teorías del discurso. La corriente política se basa en la importancia del Estado en el nacionalismo y cómo se emplea para conseguir ejecutar los procesos de construcción nacional. En esta vertiente del nuevo paradigma hay más debate, pues algunos autores, como Setton-Watson, Armstrong, Smith y Llobera, añaden matices a las tesis, principalmente aludiendo a elementos históricos previos. Smith y Llobera proponen, enlazando con esto, una vía media entre el primordialismo y el modernismo, sin negar elementos clave de ambos. Por último, Hastings y Gaz añaden matices con respecto a la religión y a la permanencia temporal del nacionalismo desde el inicio de los tiempos, siendo el último autor mucho más discutido por su uso inexacto e interesado de algunos conceptos como «Estado» y «nación». Álvarez Junco aboga por tratar la cuestión desde una narración no nacionalista que analice los acontecimientos fuera de ese prisma y que aleje la disciplina de lo permanente y lo mítico. Pero también hace guiños a dos ámbitos. Por un lado, a la sociología en cuestiones como el análisis de la estructura social y la presencia de los movimientos sociales para explicar el surgimiento de los nacionalismos. Por otro, se incluye una disquisición de índole lingüística sobre los conceptos de «nación», «Estado», «Estado-nación»..., con algunos matices históricos. A posteriori, inicia una disertación sobre los diversos casos de construcción nacional, centrándose especialmente en aquellos que se llevan a cabo en el contexto inicial de la Europa feudal. Cada uno de ellos tiene ciertas peculiaridades, pero en general son procesos en los que lo principal son disputas de poder e intentos de extender la hegemonía a más territorios, teniendo la cultura un papel accesorio y justificador de tales disputas de poder. Más tarde, el concepto de nación se empleará con diferentes consecuencias y con matices, dependiendo del país y de la época histórica, durante el proceso de construcción de los Estados-nación liberales. Por ejemplo, en Francia, la idea de nación se usará para conseguir la unificación cultural del país mediante el uso de la educación, el servicio militar y las redes de comunicaciones, a costa de perder una gran riqueza lingüística; en Alemania servirá para unificar el país, pero el nacionalismo alemán,

romántico y con un importante componente étnico, entrará en conflicto con la modernización institucional, con fatídicas consecuencias. Italia es un caso similar y a veces contradictorio, ya que asume unos elementos previos a la construcción nacional, pero también insiste en la necesidad de «hacer italianos»; en Estados Unidos, el nacionalismo se utilizará para cohesionar una amalgama de intereses individuales y colectivos diversos, lo que explica que los derechos individuales no se añadieran a la Constitución estadounidense hasta la inclusión de las Enmiendas, y en Latinoamérica se empleará este elemento para legitimar los privilegios de una minoría que ignora ampliamente a la población indígena. Enlazando con la frase inicial de Edward Gibbon, los nacionalismos funcionan aquí como dioses útiles para un fin.

La última parte de la obra se centra en el nacionalismo en la Península Ibérica, comenzando, en primer lugar, por una exposición sobre el nacionalismo español que desmitifica muchas de las asunciones comunes sobre el tema, relativizándolas de un modo simple, pero efectivo. Así, la época visigoda pierde su aura de etapa idealizada; los Reyes Católicos no crean la nación española, sino que realizan una unión dinástica; la nación que se describe en el siglo XVI sirve para legitimar el poder del rey, que tiene un fuerte componente católico en parte por el agravio que supone que otros países duden de ese carácter; la Ilustración será un período en el cual España seguirá negando su atraso, y las Cortes de Cádiz tendrán que hacer malabares para justificar su concepto de «soberanía nacional». Más tarde comenzará un dualismo sobre la identidad nacional entre una conservadora y católica y otra progresista y laica que se extenderá durante años y años, y que se verá influido por momentos clave como el desastre de 1898. Este aspecto ya fue tratado por el autor en su aclamada obra *Mater Dolorosa*. La identidad progresista y laica tomará las riendas en la Segunda República, pero el enfrentamiento durante ese período llevará a la Guerra Civil y a la implantación del nacionalcatolicismo franquista, con las consecuencias que esto tiene para la identidad nacional española actual, que impide el desarrollo de cualquier propuesta que tenga similitudes con este período y obliga a justificaciones especialmente cuidadosas en los casos en que estas iniciativas prosperen, como en el de la fiesta nacional del 12 de octubre.

Una vez acaba este análisis, Álvarez Junco trata el caso de la construcción nacional portuguesa, relacionada en muchos puntos con la española, como en la unión dinástica entre 1580 y 1640 y el movimiento iberista, para pasar a explicar el caso catalán, rompiendo con muchos de los elementos de su relato nacionalista, especialmente en el caso de la Revolta dels Segadors y la Guerra de Sucesión. El caso del nacionalismo vasco es sorprendente y demuestra el interés que había en su uso como elemento legitimador de ciertos privilegios (en concreto, la hidalguía). Por último, los casos gallego y andaluz tienen rasgos comunes y podrían considerarse ejemplos de las tesis primordialistas, pero especialmente en el nacionalismo andaluz no se aprovecharon del todo y se debería hablar incluso de un regionalismo, más común en el resto del país, con tintes nacionalistas.

La suma de todos estos elementos es un volumen ideal para relativizar el nacionalismo, especialmente en un momento en que se demuestra muy fuerte y capaz de revertir muchos de los procesos de construcción supranacional que se han llevado a cabo en las últimas décadas.

por Fernando RAMÍREZ DE LUIS

Universidad Pablo de Olavide

framde@alu.upo.es

*Con la música a otra parte... Entre política y sociedad***Jaime Ferri (ed.)**

(Granada, Libargo, 2016)

Trabajo amplio y completo el que ha editado Jaime Ferri, dedicado al estudio de las relaciones entre la música, en un sentido amplio, y la política, también objetivada en formas, cuerpos y contextos diversos. Es este un trabajo necesario y demandado, y es que de un tiempo a esta parte existe, a nivel académico, un vacío en cuanto al análisis de la relación entre la música y la política, más allá de los trabajos clásicos de la Escuela de Frankfurt —pensemos en los escritos de Adorno (2000) dedicados a la dimensión ideológica y política de la música—, y de las obras más recientes de John Street (2000) o Simon Frith (1999), en el ámbito anglosajón. Por tanto no existe un corpus teórico, o una adaptación de teorías políticas o sociológicas, que hayan abordado de manera rigurosa y sistemática la relación entre la música y la política. De ahí la necesidad de una obra como esta, que trata de abrir un campo y desbrozarlo, con las dificultades que eso siempre conlleva.

Como toda compilación, los capítulos y las temáticas son diversos, pero ahí reside una de las potencialidades del texto: el mostrar la encarnación de lo político en una diversidad de contextos y formas distintas, pero complementarias, ya sea a través de conflictos raciales, de género, de clase, económicos... Y es que estamos ante un texto bien balanceado en cuanto a la presencia de artículos teóricos y empíricos, si bien la decisión de organizar la lectura a partir del orden alfabético no parece la más adecuada y hubiese sido más coherente agruparlo metodológicamente.

Desde la perspectiva teórica, son dos los artículos que se encargan de la compleja tarea de tratar de definir qué es lo político, y de qué maneras se relaciona con lo musical. Jaime Ferri es quien primero aborda esta cuestión. Dentro de las diversas formas en las que estos elementos pueden interactuar, Ferri analiza algunos casos en los que el poder político ha tratado de dominar el discurso musical, imponiéndole un sentido ideológico, como en el caso de los nacionalismos con los himnos, o de algunos regímenes políticos con la obra de autores de referencia (Shostakovich), siendo el caso de este último un interesante ejemplo de resistencia por parte del autor ante las presiones gubernamentales. El marco teórico fijado por Ferri se complementa muy bien con los capítulos de Antonio Lillo sobre el papel de la música en los conflictos del siglo XX y el estudio de caso sobre las fiestas de moros y cristianos de Pedro Ángel López Sánchez, textos con una perspectiva más histórica que ejemplifican la importancia de la música durante los conflictos políticos, así como en la construcción memorística y la recreación festiva de los mismos.

Siguiendo la línea teórica abierta por el capítulo de Jaime Ferri, Israel Pastor se sumerge en una ambiciosa tarea en su correspondiente capítulo al tratar de dilucidar qué son exactamente las canciones políticas. Si en el caso de Ferri su capítulo estaba volcado con las músicas cultas, Pastor lo hace con la música pop-rock, generando una taxonomía de canciones con contenido sociopolítico, distinguiendo entre canciones comprometidas (que abordan lo social en un sentido amplio), ideológicas (centradas en ideas políticas) y políticas (que hablan del poder y sus instituciones). Pardo completa su trabajo introduciendo otros elemen-

tos de análisis, como es el contexto y la recepción que de las canciones se hace por parte de la audiencia, y planteándose hasta qué punto las canciones políticas pueden tener un impacto real en partidos e instituciones, siendo pesimista su conclusión. Estos tipos ideales, en el sentido weberiano, parecen demasiado estrictos en algunos casos, pendientes de pequeños matices (¿hasta qué punto *The times they a-changing* de Bob Dylan puede ser considerada una canción política y no comprometida?), si bien este capítulo ayuda a cubrir una de las necesidades que apuntaba al principio de la reseña: la ausencia de textos que se arriesguen a producir corpus teórico y que den pie a debatir y a profundizar en la realidad política de las músicas, populares o cultas.

Inciendo en la importancia contextual del análisis, Josep Pedro estudia la dimensión política del *blues*, recorriendo en su capítulo las diversas polémicas teóricas en cuanto al contenido político de este género, situado desde algunas corrientes como un género acomodaticio y desde otras como un género resistente. Pedro problematiza estas visiones maniqueas, analizando la evolución histórica del *blues* y la riqueza de sus evoluciones, relacionadas con la diversidad territorial, la expansión y la hibridación de un género que, en contextos de crisis económica y política, ha producido canciones de contenido político muy específico, utilizando ejemplos de la América de los años treinta y de la España actual.

Michèle Dufour firma un capítulo heredero de los trabajos de Norbert Elias (2002) sobre Mozart y la sociedad cortesana. En este caso, el conflicto, la cuestión política a dilucidar, es la concepción del amor y de la pareja que entra en disputa en Europa a finales del siglo XVIII, entre la concepción del amor cortesana, basada en el control de los sentimientos, y la burguesa, basada en el amor romántico. Por tanto, en el fondo estamos también ante un conflicto de clases: una emergente, la otra en desaparición. Dufour analiza, a partir del libro *Las amistades peligrosas*, y de las óperas de Mozart *Las bodas de Fígaro*, *Don Giovanni* y *Così fan tutte*, ese conflicto latente en cuanto a la conceptualización del amor, de los roles de género y de la pareja, lo que no dejan de ser reflexiones en torno a la libertad individual y a la moralidad, temas de preocupación para pensadores y humanistas en los albores de la era de las revoluciones.

Desde una óptica más ensayística, Sabino Méndez dedica su capítulo a analizar cómo ha cambiado el mundo de las músicas populares, y de la cultura popular en general, desde mediados del siglo XX, a partir de algunas reflexiones realizadas por Umberto Eco en su conocida obra *Apocalípticos e integrados*. Tomando como hilo las reticencias y las potencialidades que el escritor italiano veía en los desarrollos económicos y comerciales de la cultura popular, Méndez reflexiona sobre lo que podríamos llamar la economía política de las músicas populares, la forma en que los cambios industriales han influido en la legitimación artística del pop-rock, y sobre los desafíos que implican los recientes desarrollos tecnológicos en la forma en que se consume y distribuye música.

Rafael García Alonso firma uno de los capítulos más completos de la obra, en el que reflexiona sobre el dúo femenino Vainica Doble, aportando una visión *bourdiana* a su corpus teórico, a partir del análisis de la situación del grupo dentro del campo de las músicas populares, así como de sus orígenes sociales, reflejados en sus capitales culturales y sociales, sin dejar de lado la perspectiva de género, fundamental para entender la obra de Vainica Doble. En ese sentido, Alonso las encuadra dentro de la segunda ola del feminismo, a partir de la toma de conciencia y rebelión ante el lugar subordinado a las féminas, si bien en sus textos también hay posicionamientos sociales ante cuestiones como el machismo, la educación o la ecología. El autor analiza de manera sutil los conflictos políticos, o de poder, en el sentido

weberiano, que aparecen en los textos de las canciones de este grupo, y que en general plantean situaciones de subordinación y resistencia dentro de diversas instituciones sociales, como la familia, la educación o el trabajo, centrándose sobre todo en la forma en que Vainica Doble desafía las lógicas patriarcales con numerosos ejemplos.

A pesar de los numerosos ejemplos y estudios de caso de esta compilación, a nivel teórico sobrevuela por ella un problema, que no es suyo, sino que ha caracterizado, y caracteriza, el análisis sociológico de la cultura desde hace mucho tiempo, y es el riesgo de entender la música, el arte y la cultura como un reflejo de las estructuras sociales, de las ideologías imperantes (Hennion, 2002), sin prestar atención a cómo el arte y la cultura pueden desarrollar un papel en la conformación y diseminación de ideas o movimientos políticos, y sin prestar atención tampoco a lo que Bourdieu (1994) llamaría «la política interna del campo», es decir, a las relaciones de poder presentes dentro de un campo cultural dado. ¿Qué ocurre con las relaciones entre los músicos y las industrias discográficas? ¿Qué papel juegan los nuevos mediadores tecnológicos en la distribución y consumo de música? Estas relaciones internas de poder pueden ser aun más importantes de analizar que la forma en que el poder político, o determinadas ideologías, inspiran la letra de determinadas canciones.

Y es que, como apunta Josep Pedro en su capítulo sobre el *blues* y lo político, «[...] el problema es cómo evaluar la reivindicación, el compromiso o la contestación en la música popular, y cómo interpretar estos valores en canciones asociadas a contextos espacio-temporales diferenciados[...]» (p. 194). En realidad, la pertinente pregunta de Pedro es una reflexión que la sociología política lleva tiempo intentando responder acerca del impacto de los movimientos sociales en la política institucional. ¿De qué manera medimos o evaluamos la influencia de manifestaciones u ocupaciones del espacio público en los partidos políticos? Quizá haya que retomar la vieja distinción de Joseph Gusfield (1994) entre movimientos sociales estructurales y fluidos, caracterizándose los primeros por tener objetivos políticos claros (mejora de las condiciones salariales, igualdad de sexos), mientras que el impacto de los segundos se centra más en modificar los discursos presentes en la opinión pública y en modificar la forma en la que los ciudadanos se relacionan, hablan y discuten, sobre política. Y es ahí, en esa faceta cultural, en la que la música, sin duda, tiene mucho que decir y sobre la que en futuros trabajos y proyectos habría que profundizar con mayor amplitud.

por Fernán del VAL RIPOLLÉS

fernadelval@gmail.com

Bibliografía citada

- Adorno, Theodor W. (2000). *Sobre la música*. Barcelona: Paidós.
- Bourdieu, Pierre (1994). *Las reglas del arte*. Barcelona: Anagrama.
- Elias, Norbert (2002). *Mozart: sociología de un genio*. Barcelona: Península.
- Frith, Simon (1999). *Performing Rites: On the Value of Popular Music*. Cambridge (Massachusetts): Harvard University Press.
- Gusfield, Joseph (1994). «La reflexividad de los movimientos sociales: revisión de las teorías sobre la sociedad de masas y el comportamiento colectivo». En: Gusfield y Laraña (coords). *Los nuevos movimientos sociales: de la ideología a la identidad*. Madrid: CIS.
- Hennion, Antoine (2002). *La pasión musical*. Barcelona: Paidós.
- Street, John (2000). *Política y cultura popular*. Madrid: Alianza.